



CARLOS DE LA FUENTE Y PÉREZ-VILLAMIL

EL CORAZÓN DE LOS LOBOS



Lectulandia

En la Alemania nazi de los años 30, Franz y Rudolf son dos amigos que viven en su ciudad natal de Landsberg am Lech, ajenos a los sucesos que la historia les depararía. Deseosos de aventura y de dar un radical cambio a sus monótonas vidas, deciden probar suerte en Berlín, dónde conocen a un tercer chico. Allí, los tres amigos serán sorprendidos por los acontecimientos que desembocarían en la Segunda Guerra Mundial y de la que terminarán formando parte, creando entre ellos, no pocas discrepancias frente al nazismo. Al margen de la guerra, Franz se enamora de una campesina llamada Hildegard, con la que vivirá una bellísima historia de amor, que marcará el resto de su vida. Una delicada y conmovedora historia de amor y guerra, que narra parte de la Segunda Guerra Mundial a través de los ojos de un soldado alemán y de las humillaciones y sufrimientos que padecieron, como perdedores del mayor conflicto bélico de nuestra historia contemporánea.

Lectulandia

Carlos de la Fuente y Pérez-Villamil

El corazón de los lobos

ePub r1.0

Titivillus 23.04.18

Título original: *El corazón de los lobos*
Carlos de la Fuente y Pérez-Villamil, 2015
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Proyecto Scriptorium

epub  libre



Más libros,
más libres



Esta novela está dedicada a todos aquellos hombres y mujeres que arriesgaron e incluso perdieron su vida, bien porque creyeron tener un deber como alemanes o por la obligación impuesta, fruto de un régimen totalitario.

A todos ellos...

Nota del autor

Aunque la historia narrada en esta novela y sus personajes son ficticios, los hechos que se relatan, así como sus fechas, son reales. Hechos recogidos en los libros de historia y en el propio testimonio de las personas que los vivieron.

Las opiniones vertidas por los personajes deben ser consideradas dentro del contexto de la propia novela, no pretendiéndose en ningún caso hacer apología de ninguna corriente o ideología política.

PRÓLOGO

Ni Carlos de la Fuente y Pérez-Villamil es alemán ni, claro, pudo estar allí cuando se produjeron los hechos: la persona se siente llamada donde la sensibilidad, la inclinación, halla su sitio. Las voces, el carácter, los lugares, ¡los tiempos!, de los que *algo* te dice que son tuyos. Los espacios y modos a los que perteneces, aunque hayas nacido extraño a ellos. El mundo de las ideas. ¡Tan real, sin embargo!

Desde muy niño Carlos de la Fuente, en sus propias palabras, «sin saber ni cómo ni por qué» se sintió atraído por todo lo germano: el sonido, la estética, la fuerza. Romántico empedernido, encontró más tarde en el genio nacional teutón la imagen de sí mismo. Lo fascinó, por fin, el momento en el que, exacerbados, Romanticismo, estética, poder, estallaban en una ópera grandiosa: la Segunda Guerra Mundial. Un espectáculo digno de los dioses. Inhumano. Con un protagonista que se creyó escogido: Adolfo Hitler, Midas capaz de transformar en dolor cuanto tocaba. Y el dolor fue, también, el de su pueblo.

Ciudades borradas por las bombas, el fósforo abrasando la piel, el hambre, el miedo. Consecuencias de un sueño.

Franz, Helmuth, Hildegard...

Carlos escribe su novela para reivindicar a los millones de alemanes que, ajenos y hasta contrarios a las doctrinas hitlerianas, combatieron por sentido del deber, por patriotismo o por imposición.

Cuando Franz abandona su casa en Landsberg am Lech lo

hace solo con intención de prosperar. Y cuando se alista en el ejército es porque se siente parte del esfuerzo alemán, del orgullo alemán, de la vergüenza alemana que debe ser lavada.

«Hoy es un gran día –les dice *herr*^[1] Wagner a los tres amigos, Franz, Rudolf, Helmuth–. Como sabéis, Austria ha sido anexionada a Alemania, formando así un gran imperio tras haber anexionado dos años atrás la región del Sarre. Alemania, de manos de nuestro Führer^[2], que Dios guarde muchos años, se está convirtiendo en una gran potencia tanto industrial como militar que evitará en un futuro no muy lejano que naciones como Francia o Inglaterra vuelvan a reírse de nosotros». Y Franz, un poco más adelante: «[...] creo que tengo el deber y la obligación de luchar por nuestra patria, aunque eso choque frontalmente con mis principios. Antes que yo está Alemania».

Pero los designios de Hitler iban mucho más allá de un mero conflicto que situara a Alemania en su sitio. Que le devolviera el papel preponderante que le correspondía por derecho. El derecho de la fuerza. «Yo soy la guerra», dice Hitler, que nunca se priva de expresar su desprecio por quienes se avienen a pactar, por quienes tratan de eludir un enfrentamiento armado, y considera que en eso, justo en eso, está el germen de su inevitable fracaso: «Garantizaré pactos, haré promesas, las romperé y, cuando las rompa, vendrán a suplicarme y firmaré otros pactos y haré nuevas promesas, que volveré a romper».

Uno tras otro, todos se rendirán a Hitler. Por miedo, por prudencia, por debilidad, taras de las que él, Hitler, y sus compatriotas alemanes carecen. «La guerra es el estado natural del hombre», afirma. ¿Y una vez aniquilada la voluntad de las naciones? Será el momento de crear el Nuevo Hombre. De alumbrar la Nueva Sociedad. En sus conversaciones con el que fuera presidente del Senado de la Ciudad-Estado Libre de Danzig, Hermann Rauschning, entonces nacionalsocialista, Hitler expone (agosto de 1932) su modelo del mundo futuro, un mundo, naturalmente, regido por Alemania: «¿Qué aspecto tendrá el futuro orden social, camaradas? Os lo voy a decir. Habrá una clase de señores, procedente de los elementos más diversos, reclutada en el combate, que de ese modo

encontrará su justificación histórica. Estará la muchedumbre de los distintos miembros del partido, ordenada jerárquicamente. Estos serán los que conformen las nuevas clases medias. Habrá también una gran masa de personas anónimas, la colectividad de los sirvientes, de los menores de edad *ad aeternum*. Poco importa que en la precedente sociedad burguesa hayan sido propietarios agrícolas, trabajadores u obreros. La posición económica y el papel social de antaño no tendrán el menor significado. Estas distinciones ridículas se fundirán en un solo y único proceso revolucionario. Más abajo todavía encontraremos la clase de los extranjeros conquistados, de los que, fríamente, llamaremos los modernos esclavos. Y por encima de todo estará la nueva gran nobleza, compuesta por las personalidades dirigentes de más mérito y las más dignas de ejercer una responsabilidad. De esta forma, en la lucha por el poder y por el dominio en el interior y en el exterior de la nación, se creará un orden nuevo». Un orden nuevo forjado en el combate. Una meritocracia dura, inmisericorde. Así lo recoge Rauschning en su libro *Hitler me dijo*, publicado en 1939, en el exilio. De que estos encuentros en Berchtesgaden tuvieron efectivamente lugar hay sobrada prueba documental. Como curiosidad, incluso una fotografía tomada por Rudolf Hess en la que, contra un fondo de tupidos bosques, tras la casa del anfitrión aparecen Hitler, Hermann Rauschning, el Gauleiter Forster y su otro acompañante desde Danzig: Linsmayer, Führer de las SA.

De que las palabras de Hitler hayan sido fielmente recogidas por Rauschning parece haber poca duda, pese a los intentos de desmentido desde círculos nazis o filonazis. Hasta ellos conceden veracidad al libro que refleja en gran parte el pensamiento y el modo de expresarse de Hitler, y su objeción apunta más a aspectos concretos en los que creen ver contradicciones y líneas de pensamiento confuso, que juzgan imposibles en el superhombre llamado a regir los destinos del orbe: estamos hablando de fechas tan tempranas como 1940. Poco claro, seguramente, no era Hitler, que se ufanaba de su don para «simplificarlo todo» y afirmaba: «lo imposible

es lo que siempre triunfa». Él estaba decidido a triunfar. Y, tras Hitler, una vez en el poder, millones de alemanes humillados por el Tratado de Versalles, impacientes por tomarse la revancha sobre quienes los habían derrotado en la guerra anterior y les habían luego impuesto las más duras condiciones. Entre ellos, hasta que sus diferencias profundas con el nazismo lo alejaron del partido, Hermann Rauschning. Y entre ellos, con diferente nivel de compromiso, Franz, Rudolf, *herr* Wagner. Recuperar la dignidad perdida, la grandeza de Alemania. Y hacerles sentir esta grandeza a las demás potencias. Para ello no había otro camino que la guerra. Y la guerra, que iba a llevar a Alemania al desastre, fue mayoritariamente querida por los alemanes. Deseaban recuperar Alemania a las órdenes del hombre que iba a destruirla para crear una Alemania nueva. Otro universo en el que esa Alemania no tendría sentido.

Franz, Helmuth, Hildegard.. Arrojadlos a la corriente de la Historia que los arrastra hacia su destino.

Le duele al autor de esas criaturas, nacidas de su pluma y del pueblo con el que se identifica, lo cruel que este destino fue para los alemanes.

Carlos de la Fuente aporta datos ya conocidos:

- Se calcula que unos dos millones de mujeres alemanas entre los doce y los ochenta años fueron violadas por el ejército ruso cuando sus tropas entraron en Alemania.
- A los prisioneros alemanes recluidos en los campos de prisioneros norteamericanos a lo largo de la cuenca del Rin, y a instancia de Eisenhower, se les retiró la denominación de *prisioneros de guerra* para no tener que acogerse a la Convención de Ginebra y saltarse las normas de custodia y trato que esta Convención les obligaba a cumplir. Se les llamó *fuerzas enemigas desarmadas* (DEF). Por ese motivo murieron de hambre, sed y enfermedades contagiosas miles de alemanes.
- No se permitió la entrada de la Cruz Roja a los campos para atender a los alemanes hasta 1946, casi un año después de la finalización del conflicto. Las raciones de comida entregadas por la Cruz Roja para los

alemanes en muchas ocasiones no se entregaban y, en otras, se entregaba solo la mitad. Hay que recordar que hubo decenas de estos campos por toda Alemania y que no solo había soldados alemanes, sino mujeres y niños.

- Peor suerte corrieron los alemanes capturados por los soviéticos, ya que fueron conducidos a campos de prisioneros en Siberia, donde se calcula, según determinadas fuentes, que entre 750 000 y 900 000 soldados germanos murieron de frío, hambre o enfermedades. Los rusos no liberaron a los alemanes supervivientes hasta el año 1955 (diez años después de terminar la guerra).

Horrible, el sufrimiento genera sufrimiento. En las mujeres violadas («las mujeres soldado rusas jaleaban a sus camaradas», refieren víctimas de las violaciones) los bárbaros pretendían vengar la barbarie anterior que no respetó, tampoco, nada. Del horror, el horror. Tuvo que ser para los aliados un espectáculo insoportable el que encontraron en los campos de exterminio. Esa furia puede comprenderse. ¿Y prolongarla tanto tiempo? Con certeza, al odio, que tal vez no acabara de mitigarse nunca, sucedió la ignominia del hábito, la norma establecida. La desidia. Sin embargo, señala Carlos de la Fuente, ese odio, esa pulsión justiciera, esa necesidad de vengar a los presos convertidos en esqueleto y piel, a los incinerados, a los millones de judíos cuya raza se había resuelto exterminar, no impidió a los norteamericanos rescatar a científicos nazis, igual de entre los más culpables, halagarlos, mimarlos y emplearlos en su beneficio. El animal humano.

El corazón de los lobos, una novela en la que el autor se ha dado entero. Sincera. Tierna. Honesta. Pasajes que quedan en la memoria: la cena en el hotel Fürstenhof, con la costura de las medias pintada en las piernas (nada sorprendente entonces y a lo largo de años). El tren de los judíos. El refugio del granjero Josef y su madre. La noche pasada en un tanque ruso. Personajes: Robert, el mecánico de la mano destrozada, la vecina prostituta, el cura, el alegre Klaus, *frau*^[3] Klessinger y sus enfermeras

-el llanto por el Führer-, Franz, Helmuth, Rudolf, los Wagner, la abuela Jutta, Hildegard. Es hora de encontrarse con ellos.

Federico Volpini
Madrid, 10 de agosto de 2012

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

BERLIN

Abril de 1937

Landsberg am Lech es un bonito pueblo al sur de Alemania, con una preciosa plaza adoquinada donde se encuentra una torre de planta cuadrada con un enorme reloj, rodeada de numerosas casas burguesas de distintos colores, un lugar donde aún se respiran ciertos aires del Medioevo, que también posee cantidad de ejemplos de arquitectura barroca. Esta ciudad sería famosa por su fortaleza, donde Adolf Hitler estuvo preso en 1924 y escribió su *Mein Kampf*. Es un sitio tranquilo, con gran tradición textil y comercial, donde todo el mundo se conoce. Un lugar perfecto para vivir.

Es el sitio donde nací y donde vivía con mi abuela Jutta en una vieja casa con algo de jardín y verjas pintadas en un triste azul claro, junto a la calle principal del pueblo. Ella cuidó de mí desde que fallecieron mis padres en 1917 a consecuencia del fuego de una ametralladora francesa. De mi padre apenas recuerdo algo y de mi madre, aunque yo era muy pequeño, no olvidaré nunca ese rostro redondeado, dulce, y ese halo de ternura que la rodeaba y que la guerra me arrebató para siempre, con tan solo tres años de edad.

Hacía un bonito día de primavera, ideal para que comiésemos en el jardín aprovechando esos tan ansiados rayos de sol tras un largo y crudo invierno. Por la tarde, si mi abuela no necesitaba que le ayudase en algo, me acercaría a ver a Rudolf, mi querido amigo de la infancia. Le conocía desde que tenía uso de razón, su madre y la mía eran compañeras en el taller de costura de *frau* Weissmann, donde trabajaban hace muchos años haciendo pantalones y camisas de caballero. El padre de Rudolf

tenía una taberna en Landsberg, única fuente de ingresos de la familia.

Le apreciaba mucho, siempre habíamos sido como uña y carne y guardo muy buenos recuerdos de nuestra infancia mientras jugábamos en la orilla del río o nos deslizábamos en invierno con los trineos por las empinadas calles del pueblo. Una vez hasta casi terminamos debajo de un carro de estiércol; años después de aquello todavía nos echábamos a reír cuando lo recordábamos.

Era un chico un poco obeso y algo más bajo que yo, de pelo rojizo y ondulado, que se peinaba continuamente con la mano, con muchas pecas en la cara, de ojos negros, sin profesión conocida, aunque solía ayudar a su padre en la taberna. A mi juicio solo tenía un defecto: era demasiado ambicioso, capaz incluso en un momento dado de perder sus principios con tal de conseguir lo que quería. Eso sí, siempre aplicando la ley del mínimo esfuerzo. Lo que podía llegar a ser un serio problema.

Eran las cinco de la tarde y me dirigía a la taberna de Rudolf. Algunas nubes comenzaban a aparecer en el cielo. Empezaba a levantarse algo de viento, cogí aire y aprecié ese inconfundible olor a tierra mojada que le hace sentirse a uno tan lleno de vida. Iba paseando junto al río, disfrutando de las vistas, y a lo lejos pude ver encima de un tronco que sobresalía del agua a dos cornejas pelearse por lo que parecía ser una rana, bajo la atenta mirada de una estafada garza que miraba con impotencia mientras pretendían comerse el fruto de su esfuerzo. Pensé en lo bien que me sentía y en lo bello que me resultaba aquel lugar para vivir. Un lugar donde la tranquilidad y la armonía entre sus vecinos eran las notas predominantes.

Entré en el húmedo y lúgubre local. Hacía más frío allí dentro que en la calle. Siempre había conocido ese lugar igual, apenas había cambiado desde hacía años. Las viejas y destartaladas mesas de madera, las esquinas de los techos con las mismas telarañas, y ese ligero olor a rancio, a viejo. Saludé a mis ancianos vecinos, *herr Braun* y *herr Spitz*, que se encontraban como siempre, tomando unas cervezas en una de las sucias mesas que se hallaban a la izquierda de la entrada, junto a la ventana. Allí estaba Rudolf apoyado en la barra con una jarra de cerveza a medio terminar. Cuando me vio entrar me hizo un guiño y sonrió.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—¿Tú qué crees? Trabajando, aunque no lo parezca. ¿Quieres una cerveza?

—Sí, gracias.

—No hace falta que me des continuamente las gracias por todo.

—Lo siento, es la costumbre.

—Otra vez, ¿no ves? Lo has vuelto a hacer —replicó Rudolf molesto.

—¿A qué te refieres?

—A pedir disculpas también por todo. Se ve que la férrea educación de tu abuela ha surtido efecto. Ya sé que eres un chico educado y refinado, todo lo contrario a mí, pero somos amigos desde hace años y no son necesarios tantos formalismos.

—Puede que tengas razón, pero no consigo evitarlo, lo tengo interiorizado. Y además, si dejo de comportarme así, temo perder las buenas costumbres y

convertirme en un ser repulsivo y despreciable como tú. —Ambos nos echamos a reír, yo golpeé a Rudolf en el hombro amistosamente—. ¿Sabes?, he estado pensando acerca del futuro.

—¿Qué futuro?

—El que nos espera aquí en Landsberg. Tengo veintitrés años y tú uno más que yo, deberíamos plantearnos seriamente qué hacer en la vida. ¿No crees?

—Sí, pero dónde y el qué. Tú todavía tienes algunos estudios, pero yo estoy todo el día aquí metido, mi padre se empeña en que herede esta asquerosa taberna y sirva cervezas toda mi vida como ha hecho él.

—Eso es una tontería, seguro que si le explicas a tu padre que quieres progresar, que quieres conocer mundo y probar suerte en otro sitio, lo entenderá. Martin, el buhonero, me comentó la semana pasada que desde los juegos olímpicos en Berlín existen un montón de proyectos y obras: autopistas, edificios oficiales y demás. Tú has trabajado algo en la construcción y yo soy delineante, seguro que, en una ciudad tan grande como Berlín y con el empuje que está teniendo todo el país en estos últimos tiempos, conseguimos algo de trabajo. Esto ya no es lo que hace unos años, desde que está el NSDAP^[4] en el poder todo ha cambiado. Se respiran nuevos aires, se nota en el ambiente, en la gente, hay ilusión...

—La idea no me parece descabellada del todo, pero ¿qué pasa si no encontramos nada? —preguntó Rudolf.

—Esa posibilidad existe, no te lo voy a negar. Pero al menos lo habremos intentado. Nos volvemos y por lo menos habremos vivido nuestra pequeña aventura. En la vida a veces tienes que tomar decisiones, aunque solo sea por el hecho de no arrepentirte en el futuro de no haberlas tomado.

—No sé, lo tendría que pensar más detenidamente y ver cómo se lo digo a mis padres.

—Piénsalo. Si te decides, podríamos pedir prestado algo de dinero y hasta que encontrásemos trabajo tendríamos para ir tirando. Y si no encontrásemos nada, siempre nos quedaría alistarnos en la Wehrmacht^[5].

Rudolf sonrió y los ojos se le iluminaron.

—Eso no me parece mala idea. ¿Has visto los nuevos uniformes? Son impresionantes. Además, sería una buena forma de ganarnos la vida y hacer algo por nuestro castigado país. A mí ya sabes que el ejército siempre me ha llamado la atención. El hijo mayor de *frau* Ernst, Albert, está con una motocicleta de aquí para allá, por lo visto es una especie de mensajero o enlace. ¿Te imaginas? Tú con una motocicleta por ahí, sería genial.

Pasamos más de una hora hablando del tema y dejando volar nuestra imaginación con convertirnos en grandes caballeros con una dilatada carrera militar, dignos de respeto y admiración ante el resto de mortales del pueblo. La idea de formar parte del ejército no nos disgustaba a ninguno de los dos, aunque preferíamos primero intentar encontrar otro trabajo. Considerábamos que era mejor ver algo de mundo y saber algo

más de la vida, aparte de lo que habíamos visto en Landsberg, antes de formar parte de tan alto y digno colectivo.

—¡Bueno!, parece que se ha estropeado el día, y además está anocheciendo, me voy para casa —le dije—. Piensa en lo que hemos hablado, yo estoy decidido, solo depende de ti.

Rudolf sonrió levemente y levantó la mano para despedirse de mí, a la vez que yo apuraba mi jarra.

* * *

Al día siguiente, como todos los domingos, acompañé a mi abuela Jutta a misa, donde nos encontramos, entre otras personas, a *frau* Ernst, con la que mi querida Jutta mantenía una estrecha amistad desde hacía años. A la salida de la iglesia, ambas se quedaron hablando y yo me volví a casa solo, sabía de otras veces que la conversación podría dilatarse durante alguna que otra hora. Ya a la hora de comer tenía la intención de contarle mis planes a mi abuela, antes incluso de conocer la respuesta de Rudolf. Temía que al estar tan unida a mí se fuese a llevar un disgusto, aunque por otro lado si me quería, como creía que lo hacía, debería entender que tarde o temprano ese momento tenía que llegar, por lo que me armé de valor y le dije:

—Abuela, he estado pensando que ya tengo una edad en la que debo encauzar mi vida, ya sabes..., buscarme un buen trabajo, ver algo de mundo, conocer a alguna chica... No sé, todo ese tipo de cosas. Y aquí en el pueblo la verdad es que no hay muchas oportunidades para un chico joven, o por lo menos las que hay no son de mi interés.

Mi abuela siempre había sido una mujer muy fuerte anímicamente, siempre pendiente de su imagen frente a los demás, dura, muy dura, de hecho no recuerdo haberla visto nunca llorar, ni siquiera al recordar la muerte de mi madre, su hija. Pero cuando le dije estas palabras y levanté la vista para ver su reacción, pude observar como dejó de comer. Sus ojos habían cambiado, noté la tristeza en ellos. Entendí entonces que ella sabía perfectamente a lo que me refería.

Tragando saliva y cogiendo aliento me dijo:

—Franz, hijo, sabía que esto llegaría, rezaba todas las noches para intentar alargar en lo posible este momento. Me aterroriza la idea de perderte.

—Abuela, no me vas a perder. Además, solo tengo la intención de probar suerte, no quiere decir que no vaya a volver. E incluso si las cosas me fuesen bien, te podrías venir a vivir conmigo.

—No, Franz, hijo, yo ya no estoy para traslados, llevo toda mi vida en esta casa y en este pueblo. Además, tú tienes todo un futuro por delante y yo solo sería un estorbo para ti, un tronco en el camino. Debes volar al igual que vuelan los nuevos pájaros al final del verano.

—No quiero que te preocupes, no me pasará nada. Soy consciente de lo mucho que has sufrido con la guerra, con la muerte de mis padres y demás, pero no tiene por

qué seguir siendo así siempre, soplan nuevos aires en Alemania y todos debemos poner nuestro granito de arena para hacer de este país algo de lo que la gente se sienta orgullosa, para que se sientan orgullosos de ser alemanes.

—Es cierto que lo hemos pasado mal, la vida no se ha portado especialmente bien con nuestra familia. Alguien dijo una vez que las guerras las declaran los políticos y las sufren los pueblos, siempre sufrimos los mismos. Aunque egoístamente me gustaría que te quedases conmigo, la verdad es que no puedo ni debo impedirte. ¿Ya has pensado dónde ir? ¿Te vas solo?

—He hablado con Rudolf y queremos ir a Berlin.

—¿Rudolf? Ese chico..., hay algo en él que no me gusta, pero nunca he sabido qué es. Esa manera en que mira.

—Es buen chico. Algo rudo y áspero, pero en el fondo es buena persona.

—Supongo que prefiero que te vayas con él antes que te marches solo, al fin y al cabo compañía por lo menos te hará. Y Berlin... Berlin es una ciudad muy grande, yo estuve hace muchos años una vez con tu abuelo. Debéis tener cuidado, seréis dos chicos de pueblo en una ciudad gigantesca. Me preocupa, no debéis fiaros de nadie...

—Guardó silencio durante algunos segundos—. ¿Te he dicho alguna vez que eres el vivo retrato de tu abuelo? Alto, moreno y con esos enormes ojos azules... Aunque las manos huesudas, con esos largos dedos, no son de nuestra familia, se parecen más a las de tu padre. ¡Qué buen hombre era tu padre! A mí me quería mucho... y adoraba a tu madre.

Mientras hablaba, se quedó con la vista fija en la ventana, como ausente, tal vez recordando su pasado, a mi abuelo o cómo iba a ser su vida a partir de ahora que se quedaba completamente sola. Al verla así, le pregunté:

—¿Qué te preocupa? ¿Hay algo más, verdad?

—Sí. Sabes que el hijo de *frau* Ernst, Albert, está en el ejército. Ella me ha dicho que hay rumores dentro de la propia Wehrmacht de una posible guerra.

—¿Guerra? —Me eché a reír—. Eso es ridículo. Por todos es conocido que el Führer pretende recuperar las zonas de los Sudetes^[6], Pomerania y Silesia. Lo cual no me parece a mí, ni a mucha gente de este pueblo, una mala idea, ya que esos territorios nos fueron arrebatados por nuestros «queridísimos» vecinos polacos y checos. Eso es una cosa e ir a la guerra es otra muy distinta. ¿Realmente crees que los polacos o los checos se enfrentarían a nosotros? Son unos muertos de hambre y tienen algo que es nuestro. Nuestro Führer quiere lo mejor para Alemania y además él ya ha pasado una guerra, sabe lo que es eso y confío en que tendrá la suficiente inteligencia como para recuperar esos territorios sin la necesidad de un enfrentamiento bélico.

—¿De veras le crees tan inteligente? —sonrió irónicamente, como si conociese el futuro que nos esperaba.

—Por supuesto. Y además no conviene que hables así de él, alguien podría malinterpretar tus palabras y buscarte algún problema.

—¿A mi edad? Ya me da igual.

Al día siguiente, por la tarde fui a la taberna con la intención de ver a Rudolf. Cuál sería mi sorpresa cuando, nada más entrar, su padre se acercó malhumorado hacia mí y me dijo:

—¿A qué vienes aquí, Franz? ¿A llenarle a mi hijo la cabeza con tus estúpidas ideas de aventura? ¿Dónde se va a ganar mejor la vida que aquí, en su propio negocio? Los jóvenes sois increíbles, siempre creyendo que vais a descubrir algo que no hemos visto los demás, siempre pensando que sois más listos que nadie. No sabéis lo que os espera ahí fuera. Sois como dos hojas a merced del viento.

—*Herr Koenig*, solo fue una idea y supuse que a Rudolf le podría interesar.

Podría haberle dicho lo que pensaba, como por ejemplo que esa vieja y apestosa taberna no era el futuro de nadie, excepto de su egoísmo, o que consideraba a su hijo capaz de algo más aparte de servir cervezas, pero por educación me callé. Se metió corriendo en la cocina pegando un portazo mientras Rudolf me miraba a los ojos con una levísima sonrisa. En ese momento entendí que se había decidido. Una extraña sensación me recorrió el cuerpo, entre la alegría de comenzar una nueva vida y la nostalgia que me iba a suponer abandonar Landsberg y a mi abuela. Le dije a Rudolf:

—Por la reacción de tu padre entiendo que ya te has decidido.

—Sí. Cuenta conmigo. Anoche discutí con él. Estoy cansado de esta estúpida familia, siempre con sus normas... «No debes hacer esto» o «Debes hacer lo otro», «¿Dónde vas?», «¿Vas a venir muy tarde?». Anoche fue la gota que colmó el vaso y me di cuenta de que irnos de aquí es la única salida a toda esta porquería. Ahora es mejor que te vayas, mi padre te considera responsable directo de mi decisión y es conveniente que no coincidas con él durante unos días, hasta que se le pase un poco el enfado. Luego seguro que lo entenderá.

—De acuerdo, sin problema. Vete preparando el terreno para que te dejen algo de dinero y hablamos a finales de semana.

—Bien, amigo. Hasta entonces.

Al volver a casa noté a mi abuela extraña. No era la misma, estaba triste y eso verdaderamente era lo único que me preocupaba de toda esa aventura.

Tras cenar los dos, le dije que Rudolf se había decidido y que sería mi compañero de viaje, a lo que asintió con la cabeza sin decir nada. Le di las buenas noches y me fui a acostar.

Pasaron seis días sin ver a Rudolf, preferí dejar pasar algo de tiempo antes de volver a ver la cara a su padre. Tras este paréntesis me acerqué a la taberna. En un par de días ultimamos los detalles de nuestra partida y decidimos salir de viaje el viernes, así tendríamos el domingo para acoplarnos, buscar alojamiento y ambientarnos un poco antes de empezar a buscar trabajo el lunes o el martes.

Era jueves por la noche, a la mañana siguiente partiríamos. *Herr Koenig*, el padre de Rudolf, el cual parecía haberse resignado a nuestra andadura, accedió a acercarnos a la estación de ferrocarril en su Opel P4, un bonito automóvil color verde botella que

había comprado hacía un año, tras ahorrar durante un lustro. Pasarían a recogerme a las seis de la mañana.

Una vez en la cama, no conseguía conciliar el sueño pensando en el viaje, en Berlín o en qué nos depararía el futuro. Sin duda alguna esto representaba un cruce de caminos en mi vida y yo ya había elegido qué sendero recorrer. Equivocado o no, es algo que debía intentar.

Al final y por cansancio, me terminé durmiendo, pero hacia las dos de la madrugada me desperté. Oía una especie de sollozos, de leves lamentos que procedían de la habitación de mi abuela. ¡Dios mío! Estaba llorando... Pobre mujer... Pensé que debía ir a consolarla, después de todo yo era el responsable o causante de que llorase, pero tras sopesar la idea decidí que debía dejar las cosas tal y como estaban, ya que dado su carácter de mujer férrea y dura mi presencia para consolarla en su habitación podría ser más un golpe a su orgullo que un consuelo.

Por la ventana de mi habitación entraba una azulada luz procedente de una enorme luna llena. Pensé: «¿Cuándo volveré a ver esa enorme luna desde mi cama?». Quizás en un par de meses pudiese estar de vuelta, o si me salían las cosas como yo esperaba, no volvería a verla nunca más a través de esa vieja ventana. Llevaba más de veinte años durmiendo en esa habitación y nunca antes me había fijado en esa enorme luna y en su mágica y extraña luz azulada.

Eran las seis de la mañana. Estaba en la cocina con mi abuela desayunando algo cuando oí el claxon del Opel. Me abracé a mi querida Jutta, ella tembló y sin decir nada nos despedimos. Ella, aunque con los ojos húmedos, no rompió a llorar, pero yo sabía que no era tan dura como ella creía, ignoraba que esa noche la oí. Tenía una fuerte presión entre la nariz y la frente, creí que al final el que iba a llorar era yo, pero cogí aire, le di un beso y salí de casa sin más dilación.

Llegaríamos a München en algo más de una hora, donde cogeríamos un tren hasta Nürnberg y una vez allí directos a Berlín. Un viaje verdaderamente largo y agotador, de casi dos días, maldurmiendo y comiendo en las estaciones de ferrocarril, como si fuésemos vagabundos.

A nuestra llegada a Berlín, sobre las diez de la mañana, lo que más me impresionó fue la gran cantidad de automóviles y el enorme bullicio. Todo estaba formado por grandes calles con edificios de varias alturas, escaparates y rótulos luminosos. Era verdaderamente impresionante, todo era gigantesco. Entre el humo de los automóviles, las chimeneas y algunos puestos ambulantes de comida, el aire olía a todo menos a aire; fue entonces cuando me vino a la memoria el olor a tierra mojada del aire de Landsberg. La gente andaba de un lado para otro como si tuviese prisa.

Estábamos desorientados, con nuestras ropas obsoletas, las maletas y nuestros ojos mirando hacia todos lados. Se veía a la legua que no éramos más que dos chicos de pueblo en busca de oportunidades.

* * *

Pasamos toda la mañana sin parar de andar, deambulando por largas avenidas y angostas callejuelas, pero sin saber tampoco dónde ir, intentando buscar alguna referencia entre tanta cantidad de información, un sitio donde poder dejar las maletas y librarnos de los tormentosos zapatos, zapatos que por otra parte llevaba más de tres años sin ponerme, desde que fui al funeral de mi abuelo. Qué malos recuerdos me traían cada vez que los miraba, pero eran los únicos que tenía.

Mientras íbamos por una calle de la que no recuerdo el nombre, pero que nos permitía ver a lo lejos el Reichstag^[7], a Rudolf se le ocurrió la idea de beber algo y hacer un descanso en una taberna, lo que a mí me pareció una excelente idea.

Al entrar nos pedimos dos cervezas. El local se encontraba lleno de gente, era bastante amplio y tenía unas columnas de hierro forjado repartidas por todo el salón donde los clientes colgaban los abrigos. Se encontraba pintado en un beis oscuro muy bonito que le daba cierto aire bohemio. Rápidamente pensé en las diferencias existentes entre ese negocio y el del padre de Rudolf, a mí tampoco me importaría que me dejasen en herencia un local de esa categoría y que además parecía funcionar tan bien, pero no le comenté nada a mi compañero de aventuras por no ofenderle. Según terminé de hacer esta reflexión, Rudolf me dijo:

—Esto es una taberna y no la porquería que pretende dejarme mi padre.

—Tampoco seas tan duro con él, Rudolf. Tu padre, el hombre, no ha visto otra cosa y de hecho te da todo lo que tiene, poco o mucho, sucio o limpio, fructífero o no, es todo lo que posee.

—A ver si ahora vas a darle la razón a él... Es un estúpido y punto.

—No es darle la razón. Es que él no ha visto otra cosa y cree que lo suyo es lo mejor.

—Pues que hubiese tenido el valor de volar como estoy haciendo yo ahora.

—Rudolf, las circunstancias y las épocas que a cada persona le toca vivir a veces no le permiten mucho margen de maniobra. Las cosas en la mayoría de las ocasiones no son tan fáciles como parecen.

En una de las paredes del local, junto a la barra, había una especie de tablón, donde la gente colgaba con unas pequeñas tachuelas rojas diferentes anuncios. Unos anunciaban la reparación de calzado, otros se ofrecían para peinar a señoras a domicilio y otros simplemente pretendían vender una bicicleta o ropa usada.

De entre todos aquellos trozos de papel, muchos de ellos unos encima de otros por la falta de espacio en el tablón, pude ver uno manuscrito con una caligrafía perfecta que decía: «Se alquila habitación. Económica, muy luminosa. Preguntar al camarero». Rápidamente se lo dije a mi amigo y, como indicaba en el anuncio, nos dirigimos al camarero:

—Disculpa, estaríamos interesados en alquilar una habitación —le dije a la vez que le señalaba con mi dedo índice el tablón. Él nos miró de arriba abajo. Claro estaba que este muchacho hacía de filtro para no alquilársela a cualquier persona.

—¿De dónde sois? ¿A qué os dedicáis?

—Venimos de Baviera y de momento estamos buscando trabajo.

—Supongo que tendréis dinero para tirar durante algún tiempo.

—Sí, sí, por supuesto.

—Bien. Según salgáis del local, a mano derecha sale una calle pequeña. La cogéis, y tras andar unos ciento cincuenta metros veréis una ferretería; junto a ella hay una casa con una puerta azul, allí preguntáis por *herr* Wagner y le decís que habéis visto el anuncio en la taberna y que os manda Nikolas.

—De acuerdo, muchas gracias.

Nos terminamos las cervezas y nos dirigimos rápidamente a la vivienda, la cual encontramos sin problemas, tal y como nos había indicado el camarero. Era una casa grande y al parecer antigua, de tres plantas, con una fachada blanca perfectamente restaurada y de cuyas ventanas de color azul colgaban unas bonitas flores rosas y blancas que se encontraban en unas jardineras.

Llamamos a la puerta y una señora de unos sesenta años, rubia, muy bien vestida y educada, nos abrió la puerta, muy sonriente, y se quedó seria al vernos, como si estuviese esperando a alguien y viese que no era la persona que esperaba.

—Buenas tardes, señora —le dije—. Quisiéramos ver a *herr* Wagner. Nos manda Nikolas de la taberna, es por lo del anuncio.

—Sí, esperad un momento, ahora le aviso. Pasad si queréis, no os quedéis en la puerta.

—Sí, gracias.

Ella subió las escaleras y desapareció mientras nosotros nos encontrábamos en el recibidor mirándolo todo. Nunca habíamos visto tanto lujo, el suelo de la casa estaba todo enmoquetado y las paredes tenían un papel que parecía estar hecho como de paja, muy bonito y en un sobrio color verde hoja. La escalera era de madera blanca muy antigua, y toda la casa, o al parecer hasta donde alcanzaba nuestra vista, se encontraba llena de cuadros, algunos de ellos muy buenos, por cierto, otros sin embargo eran retratos de antiguos soldados, soldados que parecía como si nos observasen.

Oímos como alguien bajaba por las escaleras. Se trataba de la señora que nos abrió la puerta, que desde el descansillo nos hizo un gesto con la mano para que la acompañásemos y nos condujo hasta un despacho con una enorme librería y sillones de cuero marrón. En uno de ellos y tras una mesa se encontraba un señor de unos setenta años muy serio, grueso, con un gran y blanco bigote, el cual nos indicó con un gesto que nos sentásemos, y la señora se retiró.

—Buenas tardes. Ya me ha comentado mi esposa que venís por lo de la habitación. ¿Cómo os llamáis?

—Yo soy Franz Schneider y mi amigo se llama Rudolf Koenig.

—Tenéis cara de buenos muchachos. En el precio de la habitación iría incluida la cena. Las normas de esta casa son: nada de juergas, nada de chicas y nada de borracheras. Os advierto que seré inflexible con esto. ¿Estáis de acuerdo?

—Sí, *herr Wagner*, estamos de acuerdo. Pero, por favor, ¿nos podría antes de nada decir cuál es el precio? Porque a lo mejor nos resulta algo elevado para nuestra economía. Tiene usted una casa muy bonita y lujosa. Andamos un poco justos de dinero, ya me entiende...

—Ya veo, por las maletas, que no sois de por aquí. ¿De dónde sois?

—De Baviera, concretamente de Landsberg am Lech, y queríamos buscar trabajo aquí, en Berlin. Nos comentaron que se están realizando gran número de infraestructuras. En nuestro pueblo la verdad es que no hay muchas oportunidades.

—Bien, bien, pero no creáis que va a ser fácil, hace años que la gente lo está pasando mal. Ahora que empieza a haber trabajo y futuro, hay muchas personas con las mismas aspiraciones que vosotros. Me caéis bien, parecéis honrados. Vamos a hacer una cosa: el precio lo vais a poner vosotros. Esta es mi casa y yo no me dedico a esto, esto no es un hotel, solo pretendo que haya algo de juventud y de vida en este hogar. Nuestro único hijo era militar, al igual que yo, pero falleció en la guerra y mi mujer y yo ya somos mayores, nos encontramos solos. Más que nada lo hago por ella, se atormenta continuamente, día tras día, con la idea de que en algún momento nuestro hijo llamará a la puerta y la abrazará. Pero en el fondo tanto ella como yo sabemos que eso no va a ocurrir. Seguramente con vosotros aquí, y con el hijo de un buen amigo que llegará en un par de semanas, se distraerá un poco. Lo dicho, vosotros pagadme en función de lo que consideréis justo a los servicios que recibís. ¿Os parece bien?

—Sí, sí, por supuesto. No se preocupe, no le defraudaremos.

—Sé que no. Acompañadme, os enseñaré vuestra habitación.

Tras subir una planta más nos condujo por un largo pasillo donde había un baño a la derecha y dos habitaciones a la izquierda. Nos metimos en la que se encontraba más al fondo. Se trataba de una habitación bastante grande y luminosa con una pequeña chimenea, sobre la que estaba el retrato de un chico muy joven vestido de militar y, justo debajo, un gran jarrón de porcelana con flores frescas. Había dos camas y una mesita con dos sillas bastante antiguas. Toda la casa estaba bastante desfasada y vieja en relación con lo que se suponía que era el Berlin de esos años, pero sin duda alguna era muy lujosa y aún guardaba ese aire de majestuosidad. *Herr Wagner* señaló el retrato y dijo:

—Ese era mi hijo. Fue abatido por los británicos en la batalla del Somme, en julio de 1916. ¡Dios mío, ya han pasado más de veinte años! ¡Jamás se lo perdonaré, malditos malnacidos, me arrebataron lo que más quería en este mundo! Bien sabe Dios que si algún día tengo la posibilidad, por remota que sea, de hacérselo pagar, lo haré —mientras pronunció esas palabras no separó su mirada de aquel retrato—. ¿Os gusta? Es muy grande, aquí tendréis espacio de sobra y además tiene mucha luz.

—Sí, *herr Wagner*, es perfecta para nosotros —respondí.

—Poneos cómodos, aseaos y deshaced las maletas. Son casi las cuatro. La hora de cenar es a las siete. Nos veremos en el salón. Está, según bajáis la escalera, a mano

derecha. Sois bienvenidos, chicos.

—Muchas gracias —correspondí.

Al salir de la estancia cerró la puerta. En ese momento Rudolf se dejó caer en una de las camas, agotado sin duda por no haber dormido mucho en el tren, y exclamó:

—¡La casa no está mal! ¿Pero no crees que estos dos viejos están un poco locos?, ¿no te parecen un poco raros?

—¡Puede! Pero no parecen mala gente y de momento es la única habitación que hemos encontrado. Además, sinceramente, lo de pagarle lo que queremos me parece una ventaja.

—Pues yo no lo veo tanta ventaja. ¿Qué es para él un precio justo? ¿Y para nosotros? ¿Coincidirá nuestra idea de precio justo con la suya?

Mientras Rudolf se empezaba a quedar dormido, yo me quedé mirando por la ventana la azotea del edificio de enfrente. Era una gran terraza llena de macetas con plantas y flores, con una mesa de madera medio deshecha por las inclemencias del tiempo y encima de ella un gato de angora gris que tenía un collar con un cascabel. Estaba tumbado lamiéndose las patas al margen del bullicio de la calle. En ese momento salió a la terraza una mujer de unos cuarenta años muy atractiva. Llevaba el pelo recogido con una especie de pinza, con una bata roja y fumando un cigarro. Tenía un andar despreocupado, quizás algo vulgar. Cogió al gato entre sus brazos, apoyó su cabeza en él a modo de almohada y antes de volver a entrar en la casa giró la cabeza, como si supiese que la estaba mirando. Me sonrió, me guiñó un ojo y se metió. En ese instante yo me aparté de la ventana rápidamente. ¡Qué vergüenza! Pensaría que la estaba observando. Por otra parte, razón no le faltaba, es precisamente lo que estaba haciendo.

Rudolf se había quedado totalmente dormido. Yo también me tumbé, estaba roto, necesitaba descansar. Al cabo de un rato me levanté alarmado. ¿Qué hora sería?, la cena era a las siete. Miré el reloj y eran las seis, menos mal que me había despertado a tiempo. Pero..., un momento..., algunas flores del jarrón estaban algo marchitas. ¿Cómo podía ser que en apenas dos horas, desde que estuvo en la habitación *herr Wagner*, las flores se hubiesen marchitado? Entonces me di cuenta de que eran las seis, pero de la mañana del día siguiente. Desperté rápidamente a Rudolf. Habíamos dormido más de doce horas. ¿Qué pensaría el casero? ¿Que éramos unos holgazanes, unos vagos? Yo estaba avergonzado, mientras que a Rudolf parecía darle igual. Tampoco podíamos ir a esas horas de la mañana a darle explicaciones al dueño de la casa, por lo que decidimos hacer algo de tiempo colocando los armarios con la ropa que traíamos y aseándonos tranquilamente.

Una hora más tarde llamaron a la puerta. Era *frau Wagner* para decirnos que el desayuno estaba preparado y que nos esperaban. Bajamos. Yo me encontraba tremendamente incómodo ante tal situación. Entramos en el majestuoso salón, una estancia amplia con una enorme mesa de madera oscura en el centro con seis sillas a juego. Había también una enorme vitrina con diversas bandejas y fuentes de plata y

algunas piezas de vajilla. En un rincón de la habitación había un gran sofá de varias plazas, en el mismo verde hoja que el papel de las paredes, el cual se encontraba adornado con unos antiquísimos y horribles cojines de color marrón. En dos de las paredes había cornamentas de ciervo, gamo, corzo y hasta dos cabezas enormes de jabalí disecadas. Al estar en la planta baja la estancia tenía luz, pero ni mucho menos tanta como nuestra habitación del tercer piso. Era un sitio sobrio y suntuoso que inspiraba solemnidad y que no invitaba precisamente a comer, sino a dormir. Los caseros ya estaban sentados a la mesa.

—*Herr y frau Wagner*, sentimos enormemente no habernos presentado anoche a cenar. Sabemos que no es excusa, pero el viaje fue largo y no dormimos bien durante todo el trayecto. Por lo que les pedimos disculpas y les prometemos que no volverá a pasar —comenté.

—Tranquilos, chicos —contestó *herr Wagner*—. Anoche cuando fui a buscaros a la habitación os vi ahí tirados encima de las camas, vestidos hasta con los zapatos, y supuse que estaríais destrozados y que lo que necesitabais más que cenar era dormir. No pasa nada, pero intentad que no se repita.

—Por supuesto, *herr Wagner*, no volverá a suceder —asegué.

—Tenéis intención de buscar trabajo enseguida, ¿no es así? —preguntó.

—Sí, efectivamente. Para eso hemos venido aquí a Berlín y cuanto antes lo consigamos, mejor —dijo Rudolf.

—Bien. Terminad de desayunar y subid a mi despacho. Allí os daré un par de direcciones donde es probable que os puedan hacer un hueco.

Terminamos de desayunar y subimos al despacho de *herr Wagner* que nos estaba esperando. Nos indicó con un movimiento de cabeza que nos sentásemos. Mientras esperábamos Rudolf y yo en completo silencio, *herr Wagner* escribía unas direcciones en un trozo de papel, en la misma perfecta caligrafía que el anuncio de la taberna.

En ese tenso silencio solo escuchaba el roce de la pluma sobre el papel y la respiración irregular y entrecortada de nuestro casero. A veces parecía como si fuese a dejar de respirar, con interminables periodos sin coger aliento debido seguramente a su edad y, sobre todo, al sobrepeso. Rudolf y yo nos mirábamos de reojo y, disimuladamente, sonreíamos con cierto aire de complicidad.

Además de las direcciones, nos preparó también unas cartas de recomendación, las cuales debíamos entregar a los encargados de las empresas.

Nunca llegué a entender por qué ese hombre confió tanto en nosotros. No nos conocía de nada, pero el hecho era ese y además, por lo menos yo, no tenía la menor intención de traicionarle o decepcionarle. De quien no estaba tan seguro era de Rudolf, me daba miedo esa ambición, el querer correr demasiado para conseguir sus objetivos. Temía que me fuese a dejar mal ante los Wagner.

Esa misma mañana nos dirigimos a las afueras de Berlín, donde había una especie de complejo de garajes o locales grandes donde cada uno de ellos pertenecía a una

empresa. Nosotros estábamos buscando un taller de torno y fresa llamado Mahlwerk-Meyer, en el número nueve de Elektriikerstrasse.

Una vez allí preguntamos por Gustav, que debía ser el encargado, y le dijimos que veníamos de parte de *herr* Wagner, a la vez que le hacíamos entrega de la carta de recomendación de nuestro casero. La leyó, y con cara de preocupación, quizás por haberse encontrado de repente en un tremendo compromiso, nos comentó:

—Solo dispondría de algo de trabajo para uno de vosotros. Hay trabajo, pero no el suficiente como para los dos. Además, aquí ya somos demasiados. Decidle de mi parte a *herr* Wagner que lo lamento mucho, pero solo puedo daros trabajo a uno. ¿Qué os parece?

—¿En qué consistiría el trabajo? ¿Qué tendríamos que hacer? —preguntó Rudolf.

—El que se quedase empezaría de aprendiz para ayudar a algún operario a limpiar piñones, desbastar piezas o preparar los pedidos de los clientes. Con el tiempo terminaría aprendiendo a manejar el torno. El sueldo sería de cien RM^[8].

—Nos parece bien —respondió—, pero solo podremos darle una respuesta definitiva cuando los dos encontremos trabajo. Vinimos desde muy lejos juntos y juntos seguiremos.

Quedamos en darle una respuesta en unos días, mientras buscábamos otro puesto de trabajo. Aquella contestación de Rudolf verdaderamente me sorprendió, me había demostrado ser un amigo. A no ser que lo hubiese hecho por el interés de ver cuál sería el salario del segundo trabajo que supuestamente encontraríamos y poder así elegir el más alto, o porque el trabajo en Mahlwerk-Meyer no le gustó demasiado y prefería ver qué saldría después. Siempre mantuve esa duda, porque en la siguiente visita que teníamos, una empresa dedicada a la fabricación de uniformes para el ejército, el encargado tenía disponible una plaza de mozo de almacén para ayudar a rellenar cajas o cargar los camiones, y el sueldo curiosamente resultó ser el mismo.

Al final del día decidimos que Rudolf entraría a trabajar en la fábrica de uniformes y yo en el taller de torno y fresa, dado que siempre se me había dado bien trabajar con las manos y prefería una actividad relacionada con cotas, medidas, figuras, antes que cargar un camión de uniformes. Rudolf, por el contrario, prefería un trabajo más físico y no tener que pensar demasiado, por lo que el puesto del almacén le pareció hecho a su medida.

Sin más dilación comenzamos a trabajar al día siguiente. En mi caso, el trabajo me gustaba y se me pasaban las horas rápidamente. Además, tras dos semanas en la empresa, comencé a entablar cierta amistad con Robert, que era la persona a la que solía ayudar en el torno. Robert era un hombre ya mayor con una dilatada experiencia profesional en la mecanización de piezas. Muy delgado y enjuto, con algo de joroba, de pelo casi albo y siempre con un cigarrillo apagado y consumido en la comisura de los labios. En su mano derecha solo albergaba los dedos pulgar e índice, el resto los perdió cuando se le enganchó la mano en una prensa y se los machacó por completo, teniéndoselos que amputar. Solo me fastidiaba de él una cosa: cada vez que me

saludaba o hacía bien algún cometido, me despeinaba con su media mano, agitándome el pelo cariñosamente. Daba igual lo bien peinado que pudiese salir de casa, al final de mi jornada siempre tenía el pelo como si hubiese estado colgado boca abajo. Con el tiempo, y cuando le conocí más a fondo, me fue importando menos este gesto, ya que no había ninguna malicia ni ninguna segunda intención en ello. Yo procuraba ser muy diligente y perfeccionista en mi trabajo, pero, cuando algo no quedaba del todo bien, Robert me decía: «Chico, chico. Si yo lo hago perfecto con mano y media, tú lo deberías bordar con las dos manos». Y razón no le faltaba, era increíble verle trabajar y manejar esas máquinas con apenas dos dedos. Siempre bromeaba con la posibilidad de quedar un día para ir a bailar y que le buscara una novia. Pero aunque le apreciaba como persona y profesional, no era el tipo de hombre que pudiese encontrar pareja en una sala de baile. Además, su halitosis conseguía que todo el mundo le hablase al menos a un metro de distancia, excepto yo, que no tenía más remedio que trabajar junto a él. Nunca llegué a verle sin ese cigarrillo consumido en sus labios, creo que hasta se bañaba con él.

La vida en la casa de los Wagner era algo monótona, triste y gris. Era un matrimonio muy encerrado en sí mismo y tanto Rudolf como yo procurábamos salir a dar una vuelta antes que quedarnos en casa hablando de cosas triviales.

Un domingo por la mañana, Rudolf y yo nos encontrábamos en la habitación medio dormitando cuando de repente llamaron a la puerta. Se trataba de *frau* Wagner, la cual nos indicó que había llegado alguien al que debíamos conocer y que nos vistiésemos.

Nos aseamos y vestimos lo antes posible y bajamos al salón. Allí se encontraban los Wagner muy sonrientes en compañía de un menudo y joven chico de aspecto frágil, con unas gafas redondas de alambre, pelo algo rizado y oscuro, de manos huesudas y con un cierto aire bohemio e intelectual que recordaba al compositor Gustav Mahler. Era muy correcto y afable en el trato y no dejaba de sonreír.

—¡Chicos! Os presento al hijo de un muy buen amigo mío, se llama Müller, Helmuth Müller. Y vivirá con nosotros durante un largo periodo.

—Hola, buenos días —saludó Helmuth—. ¿Qué tal estáis? Espero ser una buena compañía para vosotros.

—Igualmente. Estamos encantados de conocerte —respondí.

—Helmuth ocupará la habitación contigua a la vuestra. ¿Seríais tan amables de indicarle dónde es mientras abro el correo?

—Por supuesto, *herr* Wagner. Acompáñanos, Helmuth, te indicaremos tu habitación —le dije.

Mientras subíamos por las escaleras, Rudolf cogió la enorme maleta de Helmuth, ya que este apenas podía cargar con ella, casi era más grande y pesada que él.

—¿Qué te trae por Berlín? ¿Buscas trabajo? —pregunté.

—En realidad vengo a estudiar Derecho en la Universität unter den Linden.

—¡Vaya, vaya! Así que tenemos ante nosotros a un futuro abogado —

comentó Rudolf.

No me gustó el tono en que dijo estas palabras y mucho menos lo de «abogaducho», parecía como si pretendiese ofender o provocar al pobre chico. Noté cierta envidia. Helmuth solo le contestó asintiendo con la cabeza y sonriendo. Me caía bien ese chico, tenía una mirada noble y era correcto y discreto. Intuía que nos llevaríamos bien.

Una vez en la habitación, convenientemente acondicionada por *frau* Wagner, Rudolf se sentó agotado en una silla tras dejar la enorme maleta caer contra el suelo. A lo que Helmuth exclamó:

—¡Cuidado! Rudolf, por favor, llevo cosas delicadas dentro. Muchísimas gracias por haberme ayudado a subirla.

—¿Ayudado? —preguntó Rudolf—. ¡Pero si la he subido yo solo! Además, ¿se puede saber qué diablos llevas que sea tan pesado y delicado?

—Sobre todo ropa, que es lo que pesa. También llevo una cámara de fotos que me regaló mi padre, con su trípode y material para el revelado.

—¿Así que te gusta la fotografía? Eso es estupendo, siempre me ha llamado la atención —comenté.

—Si tenemos ocasión te podré enseñar. Mi cámara es una Leica I^[9]. Es algo antigua, pero es muy fiable y sencilla de utilizar.

A todo esto Rudolf comenzaba a quedarse dormido, no sé si para demostrar su rechazo y falta de interés hacia la afición de Helmuth o por no haber podido dormir hasta las tres de la tarde, como solía hacer los domingos.

Nos quedamos conversando en la habitación durante algo más de una hora. Helmuth me contó que su padre, *herr* Müller, salvó la vida de *herr* Wagner en la guerra y que a raíz de aquello ambos eran muy amigos. Me dijo que venía de una familia humilde, que tenía una pequeña granja a las afueras de un pueblo llamado Müncheberg, cerca de Berlín. Su madre había fallecido al dar a luz a su hermana, que vivía con su padre en la granja.

Los meses siguientes transcurrieron entre el trabajo en el taller, las salidas a las tabernas y a algún cabaré, y mis largas conversaciones con Helmuth, que me demostró ser una persona extremadamente madura y sensata para su edad, con una claridad mental sin precedentes y que razonaba con una lógica inusual. Resultó ser un buen compañero de dilatadas e interesantes sobremesas de fin de semana en las que ambos creíamos tener todas las ideas necesarias para arreglar el mundo. ¡Qué ignorante e iluso te hace la juventud y qué poco tarda uno en darse cuenta de ello, cuando la realidad muestra su cara más amarga!

Marzo de 1938

Uno de aquellos días nos despertamos con una excelente noticia. Nuestro Führer había conseguido el Anschluss^[10]. Sin duda alguna aquello era un hecho histórico. Ya era hora, poco a poco íbamos recuperando nuestro antiguo imperio.

En la calle no se hablaba de otra cosa, la gente estaba contenta y en el trabajo brindamos con vino por tan emotivo momento histórico.

En casa de los Wagner había cena especial para festejar ese día. El que no demostraba haberse alegrado en exceso era Helmuth. Parecía contento, pero como con reservas. No sé qué le pasaba. Tampoco pretendía decirle nada, cada uno siente las cosas de una manera distinta. Aunque no estuvieses de acuerdo con la política del NSDAP, la anexión de Austria al territorio alemán no dejaba de ser una buena noticia, más aún a sabiendas de que una gran mayoría de los austriacos estaba a favor.

Eran las siete de la tarde y nos dispusimos a cenar. *Herr* Wagner estaba eufórico y *frau* Wagner seguía en su mundo, en su modesta presencia, sin decir una palabra más alta que otra, viendo pasar la vida a la sombra de su marido. Una mujer anulada por la fuerte y arrolladora personalidad de su marido. La mesa estaba puesta, habían sacado parte de la vajilla que se encontraba guardada en la vitrina y habían descorchado una botella de un vino francés. *Herr* Wagner se puso de pie y solemnemente nos dijo:

—Hoy es un gran día. Como sabéis, Austria ha sido anexionada a Alemania, formando así un gran imperio tras haber anexionado dos años atrás la región del Sarre. Alemania, de manos de nuestro Führer, que Dios guarde muchos años, se está convirtiendo en una gran potencia tanto industrial como militar, que evitará en un futuro no muy lejano que naciones como Francia o Inglaterra vuelvan a reírse de nosotros. Estoy en disposición de decir, y lo sé de buena tinta, que estos hechos no son aislados y que poco a poco se irán recuperando aquellos territorios que un día fueron nuestros.

Tras aquel pequeño discurso se sentó y comenzamos a cenar. *Frau* Wagner había hecho un guiso de patatas con carne delicioso. Tras la cena, la cual había transcurrido sin demasiada conversación, el casero se dirigió a Helmuth y le dijo:

—Llevas toda la cena callado. ¿Estás triste? ¿Te ocurre algo? ¿Acaso es que no te alegras por el momento histórico que te ha tocado vivir?

—Sí, por supuesto. No me ocurre nada, simplemente no estoy totalmente de acuerdo con la manera en que se ha llevado este tema del Anschluss —respondió.

—¿A qué te refieres? —preguntó *herr* Wagner.

—Me refiero al asesinato del canciller austriaco *herr* Dollfuss en 1934, o a los más de ochocientos asesinados por el Partido Nacionalsocialista Austriaco, o a la población austriaca que no está de acuerdo con la anexión. ¿Qué va a ser de ellos? ¿También se los matará? A decir verdad, no, no estoy del todo contento con el Anschluss, no por el hecho en concreto, sino por lo que pueda venir a partir de ahora.

Herr Wagner, con rabia e indignación contenida, le contestó:

—¡Mira, Helmuth!, no tomes a mal mis palabras, ya sabes que te quiero como a un hijo y que te vi nacer, pero no sabes lo que dices. No tienes ni la más remota idea

de lo que pasa a tu alrededor. Aunque eso que comentas sea verdad, en todos los grandes logros de la historia de la humanidad se han producido bajas irremediables, gente que sobraba, gente que se oponía al normal curso de la historia y a la decisión de la mayoría. Tu padre no se alegraría al saber que piensas así, aunque tú no eres el responsable, es esa universidad en la que te llenan la cabeza con tonterías. Si estudiaseis más historia, os daríais cuenta de lo que hemos sido y cómo ciertos países se han estado aprovechando y burlando de nosotros desde que existe el mundo. Ha llegado la hora de hacérselo pagar, de hacer justicia. Por fin tenemos al timón de nuestro país a un hombre visionario, con las ideas claras, valiente y decidido. ¡Falta hacía ya!

—Helmuth, *herr Wagner* tiene toda la razón, todos esos muertos no son más que escoria, gente que sobraba al oponerse al destino —dijo Rudolf—. Cuando sacas de una fundición una pieza siempre hay material alrededor que sobra, y aunque es material igual que el de la pieza, no es parte indispensable de ella, por lo que hay que eliminarlo para obtener el resultado final que pretendemos. Te pondré otro ejemplo: cuando quieres hacer una talla de madera partiendo de un tronco, la madera que eliminas es tan buena como la que pretendes reservar para la talla, sin embargo, hay que eliminarla para poder obtener la figura definitiva, el resultado final. Eso mismo pasa con la gente. Si el precio de la anexión de Austria a Alemania son esos ochocientos muertos y su canciller, bienvenido sea. Yo defiendo la idea de que «el fin justifica los medios».

Yo no daba crédito, pocas veces había oído a Rudolf hablar tanto y con tanta solemnidad. Le veía perfectamente convencido de las palabras que pronunció. De hecho, por un instante y mientras hablaba, no me pareció él. Sabía que la postura de Rudolf frente a la política era infinitamente más radical y extrema que la mía, pero de ahí a pensar en los muertos como escoria había mucho trecho. Quizás pudiera estar sobreactuando para ganarse el reconocimiento de *herr Wagner*, lo cual parecía haber conseguido a juzgar por la cara de satisfacción del casero.

—¿Y tú, Franz? ¿Qué opinas al respecto? Eres el único que falta por posicionarse acerca de este tema.

—Yo, *herr Wagner*, partiendo de la base de que me alegro enormemente de la anexión, porque eso indica que seremos en el futuro más fuertes y prósperos, mi posición frente a este tema sería intermedia entre lo que opinan Rudolf y Helmuth.

Herr Wagner comenzó a reír a carcajadas mientras limpiaba su pipa y dijo:

—Eres un diplomático, Franz. Tú sí que sabes andar entre dos aguas. Eres inteligente, chico, no te posicionas en los extremos, pero con el tiempo esa ambigüedad no te servirá de nada y llegará un momento en tu vida en el que debas elegir entre norte o sur, izquierda o derecha, blanco o negro. No puedes vivir eternamente en el gris.

—No veo por qué no, *herr Wagner*. Simplemente digo que aunque estoy a favor de la anexión, hubiese preferido que no hubiese habido tantas bajas. Si se pueden

conseguir las cosas hablando y no disparando, mejor que mejor, ¿no? Antes de llegar a matar a nadie, seguro que hay soluciones alternativas para conseguir lo mismo sin necesidad de fusilar a la gente.

—¿Pero qué tonterías tenéis en la cabeza? ¿Acaso es normal que nos roben territorios donde aún hoy viven compatriotas nuestros sin defenderlos con uñas y dientes? ¿Acaso se nos ha escuchado a los alemanes? ¿Consideráis que la historia de la humanidad o de Europa se ha forjado sobre charlas y palabrería? De ninguna manera, no, no, y rotundamente no. Europa se ha hecho a base de guerras, de luchas encarnizadas entre pueblos, de sangre. ¿Y vosotros sois la nueva Alemania? ¿La Alemania en la que confía nuestro Führer para conseguir sus objetivos? ¡Menos mal que no hay muchos como vosotros! ¡Todo el mundo a acostarse, la cena ha terminado!

Herr Wagner se levantó violentamente de la mesa, lo que provocó que una copa de vino se cayese sobre el blanco mantel bordado que rápidamente puso en pie *frau Wagner*, con esa mirada sumisa, más de servidumbre que de esposa. Todos nosotros subimos a las habitaciones mientras la casera se quedó recogiendo la mesa. Una vez arriba, nos metimos los tres en la habitación de Helmuth. Allí comentamos la violenta e incómoda situación que acabábamos de presenciar. Helmuth y yo coincidimos en que se había alterado en exceso cuando solo estábamos disfrutando de una charla y de nuestras diferentes opiniones en la sobremesa, y que el mismo respeto que mostrábamos nosotros por su opinión debía él tener por las nuestras. Por su parte, Rudolf no se mostraba en desacuerdo con la reacción de *herr Wagner*, sino que más bien la justificaba y la aprobaba. De cualquier forma, no debíamos darle mayor importancia y nos fuimos a acostar, ya que al día siguiente todos teníamos que madrugar.

Yo, una vez en la habitación, no conseguía dormirme. No dejaba de darle vueltas a la reacción de *herr Wagner*. Rudolf, sin embargo, roncaba a pierna suelta, tanto que parecía que las paredes se pudiesen venir abajo de tal escándalo.

Me levanté con la intención de encenderme un cigarrillo y distraerme un poco mirando por la ventana mientras me llegaba el sueño. Corrí ligeramente las cortinas para mirar y allí estaba otra vez la chica del ático de enfrente. Se encontraba dentro de su casa, al parecer con la radio puesta, bailando en compañía de un hombre bastante mayor que ella. Esta vez no estaba en bata, sino que llevaba puesto un bonito vestido verde, muy escotado, con un collar de perlas. De pronto, el hombre la cogió por la cintura y comenzó a besarla sin ninguna delicadeza, cosa que a ella no pareció importarle demasiado.

La chica miró hacia mi ventana, sonrió y me guiñó un ojo como meses antes, pero esta vez era imposible que supiese que la estaba observando, yo estaba con la luz apagada, no podía verme. ¿O sí? Qué estúpido, claro que sabía que estaba mirando, habría visto la luz del cigarro. Qué torpe fui, ¿cómo no caí en aquel detalle? Si antes ella tenía dudas sobre si era un mirón o no, yo mismo se las acababa de despejar.

Pero... ¿cómo explicarle que no pretendía observarla?, que simplemente su casa estaba frente a mi ventana a escasos diez metros. ¡Qué situación! Ambos se abrazaron muy efusivamente y desaparecieron de mi vista. Supuse que sería su novio o marido, pero ¿un novio o marido besaría de esa forma tan grotesca y grosera a su compañera? Lo dudo.

Al día siguiente, cuando volvía del trabajo, varié ligeramente mi recorrido habitual, ya que tenía que comprar unos sellos y una postal para mi abuela. Yo iba a lo mío sin fijarme demasiado cuando, de repente, levanté la vista y la vi a escasos veinte metros de mí. Era ella, la vecina de enfrente. No sabía qué hacer, si seguir adelante fingiendo no haberla visto o darme la vuelta. Mientras me decidía, la distancia se iba acortando y ella me vio.

Pocas veces he pasado tanta vergüenza como ese día. Seguí andando haciendo como si no la hubiera visto cuando, al pasar junto a ella, exclamó con cierta mofa:

—¡Buenas tardes, vecinito! ¿Dónde vas tan rápido? No me como a nadie.

Y seguí andando incapaz de articular una palabra más. Cuando me di la vuelta, allí estaba ella, esperando a que la mirase, momento que aproveché para lanzarme un beso, guiñarme un ojo y reírse de mí. Noté cómo en ese momento me ardía la cara por el sonrojo. Entonces fue cuando caí en la cuenta de su provocativa manera de vestir, de su desparpajo con los hombres, poco común en una señorita que se considerase respetable, y en lo que hacía ahí en medio de la calle. Todo encajaba, se trataba de una prostituta, muy atractiva, por cierto. Ahora entendía las miradas, las sonrisas y el baile en el salón de su casa la noche anterior.

Habían pasado varios meses en los que mi amistad con Helmuth cada vez era más fuerte, a la vez que se iban deteriorando mis vínculos con Rudolf. Tenía muchos puntos en común con Helmuth, era una gran persona, un buen amigo, y comencé a darme cuenta de los defectos y errores de Rudolf. ¿Cómo no los vi antes? Quizás al ser una amistad de la infancia nunca había prestado atención al cinismo, envidia y odio que Rudolf era capaz de desarrollar.

Creo que era algo mutuo, pues, aunque dormíamos en la misma habitación, hacía meses que los dos sabíamos que las cosas habían cambiado. Él últimamente solía salir a tomar algo con la gente de su empresa y venía a altas horas de la noche, sin que hasta aquel momento me hubiese invitado a acompañarlos, lo cual inequívocamente era muestra de algo, ya que antes eso hubiese sido impensable, éramos como hermanos.

Era lunes, 7 de noviembre, hacía mucho frío y estaba nublado. Era un día gris en el sentido más amplio de la palabra, sin nada relevante, un día como otro cualquiera. Al volver del trabajo, mi casero, bastante enojado, me dijo que un polaco había disparado contra un diplomático alemán en París, *herr* Von Rath, y que este se encontraba gravemente herido. Por lo visto, el agresor fue a la embajada a pedir ayuda tras saber que su familia se encontraba en los campamentos de la frontera entre Alemania y Polonia por las deportaciones de judíos del pasado día 28, y el hecho de

que la embajada no le hiciera ni caso es lo que había causado la reacción del polaco.

Después de ver todos estos sucesos desde la perspectiva que solo el tiempo transcurrido es capaz de dar, puedo considerar esa semana como el principio de la guerra, el punto de no retorno, porque a raíz de aquello Europa no volvería a ser la misma.

Dos días después, el día 9, Von Rath falleció a consecuencia de las heridas. Esa misma noche se desató la mayor muestra de odio expresada hasta el momento. Fue terrible. Esa locura pasaría a la historia como «la noche de los cristales rotos».

Ese viernes después del trabajo me quedé charlando y fumando con Helmuth en mi habitación.

—¿Has visto? —le pregunté—. La calle estaba llena de gente de las SS^[11] y de policía.

—Es increíble. Los nazis han destruido casi todas las sinagogas de Alemania, los comercios de los judíos, sus almacenes... Esto es una locura. Y todo porque un polaco loco ha asesinado a Von Rath. ¿Qué culpa tienen los judíos de aquí de lo que haga un descerebrado?

—Tienes razón. Las cosas están tomando un rumbo que no me gusta. Me preocupa esta violencia. Espero que todo se calme poco a poco. Robert, mi compañero de trabajo, me ha dicho que vio a un grupo del NSDAP golpear con palos a un judío en plena calle hasta dejarle inmóvil en el suelo. Se habla de varios muertos. ¿Dónde nos lleva esta sinrazón?

—Ya veremos dónde desemboca todo esto —contestó Helmuth—. Sí, lo veo muy mal, y aunque toda esta situación no va con nosotros, no descarto dejar los estudios durante un tiempo y volver a Müncheberg hasta que las cosas se calmen un poco.

—Ahora que mencionas tu pueblo, dijiste en una ocasión que podíamos ir a pasar un fin de semana a tu casa, a distraernos un poco en tu granja y conocer a tu familia —comenté.

—Sí, tengo ganas, pero ya de cara a la primavera, ¿no te parece? Ahora hace mucho frío y está todo nevado. Allí mi padre tiene muchos animales y es un bonito sitio en medio del campo donde pasar unos días agradables. Seguro que te gusta.

—Cuando tú digas.

Seguimos hablando durante algún tiempo hasta que se nos acabó el tabaco.

Los meses posteriores transcurrieron con relativa tranquilidad. Comenzaron los llamamientos para alistarse en la Wehrmacht y los tres sabíamos que, tarde o temprano, nos tocaría cumplir con nuestra patria. Tras la ocupación de Praga el 15 de marzo de 1939, las pretensiones del Führer se hacían cada vez más evidentes y los tambores de una posible guerra cada vez se oían con más fuerza.

CAPÍTULO II

ELLA

Abril de 1939

Un buen día, con la llegada de las luminosas y no tan frías tardes de abril, decidimos pasar el fin de semana siguiente en casa de Helmuth y disfrutar allí de la tranquilidad del campo, lejos del gentío y el bullicio del inmenso Berlín.

Llegamos un sábado por la mañana temprano a Müncheberg, un pequeño pueblo al este de Berlín. La casa de Helmuth era una pequeña construcción antigua a las afueras, muy coqueta y pintada en un color rojo oscuro, con las ventanas blancas y el techo de madera, que no tendría más de dos o tres estancias. Junto a ella un enorme y anciano melocotonero comenzaba a florecer. Apartada unos cincuenta metros se encontraba una nave no muy grande, de color blanco con desconchones de pintura, con un recinto vallado donde un grupo de ocas no dejaban de armar escándalo. Todo era perfecto, la paz que se respira en el campo a esas horas de la mañana, la luz, el olor del aire. Un bonito día.

Aunque llegase a vivir doscientos años, nunca olvidaré ese día, el día que marcaría el resto de mi existencia.

Al vernos llegar, el padre de Helmuth se levantó de la mecedora y se nos acercó para abrazar y besar efusivamente a su hijo. *Herr Müller* era un hombre de pelo canoso, con un enorme bigote, algo encorvado y cojo de la pierna derecha. En su cara, sembrada por decenas de profundas arrugas, se podía ver el resultado del esfuerzo, del trabajo en el campo y del sacrificio de sacar adelante él solo a dos niños.

Nos saludó con una amplia y sincera sonrisa, como si nos conociese de toda la vida, a la vez que nos estrechó la mano, una mano gruesa y dura como la piedra.

Entendí de dónde había sacado Helmuth ese carácter afable y simpático que le caracterizaba. Como se suele decir, de tal palo tal astilla. Pura genética.

Entramos los cuatro en casa y allí estaba ella, sentada en una silla en el comedor, cosiendo. Cuando levantó la vista al oírnos entrar yo creí morir de dolor. Era un ángel, era tan bella que hacía daño. Una extraña sensación recorrió todo mi cuerpo cuando nuestras miradas se cruzaron. Helmuth se adelantó a su padre y corrió a abrazar a su hermana. *Herr Müller* nos presentó:

—Hija mía, estos chicos son amigos de tu hermano. ¿Cómo dijisteis que os llamabais? Disculpad mi mala memoria, los años no pasan en balde.

—Ellos son Franz y Rudolf —contestó rápidamente Helmuth.

—Bien. Pues eso, hija, se llaman Franz y Rudolf. Chicos, os presento a mi hija Hildegard.

Nos dimos la mano cordialmente. Era la criatura más bella que jamás había visto. No era muy alta, de aspecto menudo, de fina, sedosa y blanca piel que contrastaba enormemente con unos grandes y redondos ojos verdes. De nariz menuda y respingona, con una media melena rubia ceniza, que le daba un aspecto angelical. Todo en ella era pura sencillez y a la vez puro equilibrio, nada en aquella hermosa criatura estaba fuera de lugar, su cara era simplemente perfecta, su cuerpo era frágil, delicado, sin excesivas curvas, solo las justas. Cuando se movía lo hacía lentamente, sin brusquedad, en armonía con su entorno. Todavía recuerdo aquella blusa clara que llevaba, la cual apenas contrastaba con el color de su piel, y esa falda gris por debajo de la rodilla, seguramente las mejores prendas que pudo encontrar para recibirnos.

—Es un placer conoceros, ¿habéis tenido un buen viaje? —me preguntó.

—¡Oh! Sí, sí. Por supuesto —tardé unos segundos en contestar, me había quedado extasiado mirándola. ¿Se me habría notado mucho?

Tenía una voz aterciopelada, preciosa. Oírla transmitía paz, sosiego, bondad. Hablaba bajo y pausado. ¿Todo en esa mujer iba a ser perfecto? De momento, hasta donde había podido observar, sí.

—¿Os apetece comer o beber algo? He preparado un pastel de mantequilla.

No acabó de pronunciar estas palabras cuando contestó rápidamente Rudolf, a la vez que se frotaba las manos y se remangaba la camisa:

—Sí, sí, gracias, seguro que está estupendo.

Me quedé asombradísimo. ¿Dónde había dejado Rudolf su educación? ¿Cómo pudo ser tan primario, tan rudo? Quizás nunca la tuvo. Hildegard se rio de él mientras iba en busca del dulce.

—Franz, tú también probarás un trozo, ya verás como te gusta —se dirigió a mí.

—Bien. Muchas gracias.

Tras comernos el delicioso pastel, caí en la cuenta de no haberme fijado en nada de lo que me rodeaba. Desconocía cómo era el comedor, solo había tenido ojos para Hildegard.

Estábamos en una sala más bien grande, con dos ventanas en la pared opuesta a la

de la puerta de entrada a la casa, las cuales daban a un enorme prado que en aquellos últimos días de abril se encontraba cubierto por un manto amarillo de flores. Junto a una de las ventanas había un fogón y, al lado, una alacena de madera con platos y vasos, restos sin duda de al menos dos vajillas. Bajo la otra ventana se encontraba un viejo piano de pared, del cual apenas se podía leer la marca debido al mal aspecto exterior que presentaba. Una cosa era segura: era muy antiguo.

Encima del piano, en el lado derecho, había un portarretratos con la foto de una mujer muy guapa y que, por el parecido con Hildegard, supuse que se trataría de su madre, la cual había fallecido por una hemorragia tras dar a luz a su hija.

En medio de la estancia había una mesa rectangular de madera muy gruesa con seis sillas de parecidas características. Lo que me llamó la atención fue que del vetusto techo colgaba una lámpara de velas; por lo visto no debían de tener luz eléctrica, seguramente por la distancia que los separaba del pueblo. Era una vivienda muy modesta y humilde, sin excesos de ningún tipo.

Cuando nos quisimos dar cuenta comenzó a anochecer. El día había pasado sin apenas enterarme. Sin duda alguna a consecuencia de la fascinación que despertó en mí esa muchacha.

Habíamos comido, charlado y dado una vuelta viendo los animales de la granja. Todo esto, que nos llevó prácticamente todo el día, para mí había sido un momento, un instante.

Tras la cena, Rudolf y yo nos fuimos a dormir a una habitación contigua a la nave de los animales, ya que en la casa no había sitio para los cinco. La habitación no estaba mal, Hildegard se encargó de acondicionarla días antes de nuestra llegada. Había una litera de madera con unas mantas blancas, una silla, un perchero y un orinal bajo la cama.

Me asomé por la pequeña ventana, desde la cual se podía ver luz en la casa de los Müller. Aparte de eso no se veía absolutamente nada, no había luna o al menos yo no la veía. Era una noche cerrada, silenciosa, excepto cuando algún cerdo o alguna oca rompían ese silencio, lo cual hasta llegaba a agradecerse para dejar de oír ese pitido continuo y tenue que uno cree oír cuando el silencio es absoluto.

Yo me acosté arriba y Rudolf, al estar bastante más grueso que yo, optó por aplicar una vez más la ley del mínimo esfuerzo. Nada más acostarnos le dije a Rudolf:

—¿Verdad que Hildegard es preciosa? ¿No te parece un ángel?

—¡Bueno, bueno! Nuestro Franz se ha enamorado —respondió a la vez que se reía—. Es guapa, nada más. No tiene pecho ni trasero. Además, se ha reído de mí, es una estúpida.

—No digas tonterías, cómo me voy a enamorar de ella si hace diez horas que la conozco. Y el que se haya reído de ti te está bien empleado, por tus modales. Solo te faltó babear al oír la palabra *pastel*.

—Ya habló *herr* Perfekt. Lo siento, pero estoy lo suficientemente cansado como

para no seguir escuchando sandeces. ¡Hasta mañana!

—¡Pues hasta mañana! —le dije.

A veces conseguía sacarme de quicio con su ilimitada ignorancia y ese orgullo tan suyo. El orgullo del ignorante.

Tardé bastante en conciliar el sueño, no podía dejar de pensar en ella. Cada vez que cerraba los ojos la veía. Llegué a pensar tanto en su rostro que al final no podía acordarme de su cara, como si mi cerebro ante tanta repetición se bloquease.

A la mañana siguiente, las ocas se encargaron de que madrugásemos, ya que desde bien temprano comenzaron a armar escándalo. Me levanté ansiando el momento del desayuno para poder ver de nuevo a Hildegard. Tras asearnos y vestirnos, no sin frío, ya que la habitación no disponía de calefacción, Rudolf y yo nos dirigimos a la casa, donde en el quicio de la puerta ya se encontraba *herr Müller* afilando un hacha. Al vernos exclamó:

—¡Buenos días, chicos! ¿Qué tal habéis dormido? Seguramente hayáis madrugado tanto gracias a las ocas, ¿no? —preguntó a la vez que se reía levemente.

—Sí, efectivamente —afirmó Rudolf—. Si usted me permitiese, y sin ninguna molestia, con esa hacha se acabarían los madrugones —decía mientras señalaba al grupo de ocas.

Herr Müller se rio, creyendo que Rudolf bromeaba. Pero Rudolf y yo sabíamos que hablaba en serio.

—Pasad, hace frío, desayunad algo caliente.

—Muchas gracias, *herr Müller*. Es muy amable —le agradecí.

Una vez dentro, allí estaba ella de nuevo. Al verme sonrió y bajó la vista. Noté un nudo en la garganta, quizás ese gesto significase que yo también le gustaba. Tuve la extraña sensación de conocerla de antes, como si en mis sueños más profundos y remotos hubiera estado ella. Solo pude beber algo de leche caliente, tenía el estómago cerrado. ¿Sería cierto que ese gesto significaba algo más o simplemente me estaba haciendo ilusiones y falsas esperanzas sobre algo que no tenía la mayor importancia? Ella insistía en que comiese algo de pastel, pero yo no podía.

Me molestaba verla ahí como si fuese una criada, pendiente de todos nosotros por el solo hecho de que fuese la mujer de la casa. En un par de ocasiones pretendí ayudarla a poner la mesa o encender el fuego, pero *herr Müller* me reclamó con la intención de que estuviese con los hombres, dándome a entender que en su casa las normas eran esas y que era el trabajo que debía realizar su hija. Pese a todo, él solo tenía ojos para su hija, se veía a la legua que Hildegard era lo más preciado que ese hombre había tenido jamás.

Durante el desayuno, *herr Müller* nos preguntó:

—¡Chicos! ¿Cómo andáis de fuerzas? ¿Podrías ayudarme con el hacha? Tengo localizado a unos seis kilómetros de aquí un enorme tejo que se incendió el año pasado a causa de un rayo. Está prácticamente carbonizado, pero aún podremos sacar un remolque de leña.

—Por supuesto, *herr Müller*, faltaría más —contesté.

Era lo mínimo que podíamos hacer después de estar allí hospedados. Helmuth también asintió con la cabeza, pero a Rudolf no le hizo ninguna gracia.

Subimos los cuatro al carro mientras Hildegard se quedó en casa, adecentándolo todo un poco y preparando la comida para nuestra vuelta. Además, era domingo y tenía cita obligada en la iglesia del pueblo, ya que cantaba en el pequeño coro de la parroquia.

Tras un corto, pero muy incómodo recorrido llegamos hasta el gigantesco tejo, el cual estaba casi completamente carbonizado. Rápidamente nos pusimos manos a la obra. Helmuth y yo nos encargamos de manejar la impresionante sierra con el fin de presentarle batalla al inmenso y duro tronco mientras *herr Müller* se ocupaba de ir cortando con el hacha las ramas de pequeño diámetro. Por su parte, Rudolf se encargaba de ir colocando y cargando en el carro la madera que iba saliendo. Todo funcionaba a la perfección, excepto que a Rudolf hubo que ayudarle, ya que se le acumulaba el trabajo, más bien por su desidia y falta de cooperación que por nuestra rapidez y destreza en el manejo de la sierra y el hacha.

En poco más de tres horas conseguimos llenar el carro hasta arriba, aunque antes, con la ayuda de la mula, logramos arrancar del suelo gran parte de las raíces del árbol.

El día había levantado y, entre la salida del sol y el ejercicio, en el camino de vuelta comencé a marearme y a sentirme mal, tenía ganas de vomitar y empezaba a sentir un fuerte dolor de cabeza. Rápidamente me percaté de que el error había sido desayunar tan poco. A nuestra llegada a la casa nadie cayó en la cuenta de mi estado hasta que Hildegard me vio.

—¡Por Dios! Franz, ¿qué te ocurre? ¡Estás blanco!

—Nada, me encuentro perfectamente. —Por nada del mundo me hubiese gustado que Hildegard pensase que era un blando. ¿Qué clase de hombre creería que soy?

—¡A lo mejor es que está enamorado y tiene la sangre en otra parte del cuerpo en lugar de tenerla en la cabeza! —Una carcajada salió de la apestosa boca de Rudolf.

—Deja de decir tonterías.

Si las miradas matasen, Rudolf habría caído fulminado en ese momento, ya que el comentario me sentó como una puñalada. Me había desenmascarado ante Hildegard, me había traicionado. Sin duda alguna no era el comportamiento que uno espera de un amigo.

Me senté en una de las sillas y Hildegard me adelantó un cazo de un estupendo consomé que había preparado para la comida. Al cabo de una media hora me sentí mucho mejor y recobré en parte el color natural de mi piel.

A medida que iban pasando las horas, Hildegard me parecía más y más bella. Durante el tiempo que duró mi indisposición, estuvo pendiente de mí en todo momento, me sentí cuidado, mimado. Era maravilloso ser el centro de atención de un ángel.

Ya por la tarde, después de comer, comenzó a ponerse el sol y preparamos todo para volver a Berlín. Yo no quería irme, no quería dejar de ver a Hildegard.

Una vez en el autobús, preferí no dirigirle la palabra a Rudolf con la intención de que notase que me había molestado enormemente su grosero comentario, pero tampoco pareció importarle en exceso. Había sido un corto pero intenso fin de semana, y mientras miraba el paisaje con la cabeza apoyada en el cristal de la ventanilla, comencé a reflexionar sobre estas últimas cuarenta y ocho horas. ¿Por qué no me sentía anímicamente bien?, ¿por qué ese nudo en la boca del estómago al ver a Hildegard?, ¿por qué acababa de dejar de verla y ya tenía ganas de volver a estar con ella? A lo mejor Rudolf tenía razón y quizás me estuviese enamorando..., pero debía descartar esa idea, era la hermana de un amigo y compañero. Si comenzaba a salir con ella y todo salía bien, estupendo..., pero ¿qué pasaría si saliese mal y yo estuviese confundiendo mis sentimientos y por culpa de ello Hildegard sufriese? Aparte de no perdonármelo jamás, casi con toda seguridad perdería la amistad de Helmuth, al que apreciaba enormemente. Decidí que lo mejor sería olvidarme de ella y dar por hecho que todo había sido fruto de la impresión que me causó su bonita cara y el cambio de escenario en el que habitualmente me solía mover. No debía darle mayor importancia y ese «enamoramiento» sería pasajero, e igual que llegó se iría. Estaba totalmente convencido.

Llegamos a Berlín cerca de las ocho de la tarde. Los tres estábamos agotados, el tejo nos había presentado una dura batalla. Ya en nuestra habitación, Rudolf y yo caímos rendidos en las camas. Sin embargo, aún tenía las suficientes fuerzas para decirle a Rudolf cuatro cosas.

—Rudolf, quiero que sepas que no me ha parecido nada bien que te hayas burlado de mí cuando me encontraba mal, delante de Hildegard. Además, insinuar que mi palidez era debida a que mi sangre no se encontraba donde debía ha sido una enorme grosería por tu parte. Solo un necio confundiría amor y sexo.

—¿Me estás llamando necio? Te diré una cosa, Franz, desde la amistad y el aprecio que te tengo. Estoy cansado de que todo te moleste, eres un pejugero. Además, no me negarás que te hubiera gustado acostarte con ella, ¿no?

—Te equivocas, Rudolf. Créeme si te digo que durante todo el tiempo que hemos estado en Müncheberg, ni una sola vez se me ha pasado eso por la cabeza. Con ella es distinto que con otras chicas que he conocido, es algo especial, es magia, es fragilidad, es algo concerniente al alma, no al cuerpo. No sé qué es, nunca lo había sentido antes, pero de lo que sí estoy seguro es de que no se trata de sexo.

—¡Mira, Franz, olvidemos todo esto! No vamos a discutir por una chiquilla. ¿Qué tendrá, diecinueve o veinte años como mucho? Si te ha molestado mi comentario, lo siento, creí que te lo tomarías con humor. Estoy muy cansado, ese condenado árbol me ha destrozado la espalda. ¡Hasta mañana!

Una vez más me había dejado con la palabra en la boca. No dejarme terminar de explicarle las cosas me enojaba bastante, y últimamente solía hacerlo demasiado.

Habían pasado casi dos semanas desde que conocí a Hildegard y, al contrario de lo que pensaba, mis ganas por verla iban en aumento. Me sentía angustiado, distraído, ausente, hasta tal punto que comencé a bajar mi rendimiento en el trabajo y a cometer errores que ocasionaron en mi jefe y en mi querido amigo Robert un enorme descontento.

No podía evitarlo, no podía dejar de pensar en ella, los días se me hacían interminables, deseaba con todas mis fuerzas que llegara la noche para dormirme y olvidarme de todo. Era una reacción contradictoria: por una parte, cuando estaba consciente, mi cabeza no podía pensar en otra cosa que no fuese su imagen y su voz, mientras, por otro lado, deseaba no estar consciente para dejar descansar mi cabeza. No verla me atormentaba.

Un día al terminar el trabajo le propuse a Robert tomar unas cervezas con la intención de que me aconsejara. Supuse que, al ser un hombre bastante mayor que yo, habría tenido una experiencia similar, y sin duda era el único con el que tenía la suficiente confianza, dado que Rudolf se reiría de mí, Helmuth no debía saber nada hasta que aclarase mis ideas, y *herr Wagner* me inspiraba mucho respeto como para contarle algo así.

Dicho y hecho. Al terminar nuestra jornada nos fuimos a una taberna cercana, pedimos dos cervezas y nos sentamos en una de las mesas del salón. En un primer momento hablamos del trabajo y de algunos compañeros, hasta que en un momento dado él me sacó el tema.

—¡Bueno, bueno, chico! ¿Qué querías comentarme?

—Robert, como ya habrás notado, desde hace un par de semanas me cuesta mucho concentrarme en el trabajo. Hace algo más de quince días conocí a una chica, una chica maravillosa. Desde entonces no consigo quitármela de la cabeza, los días se me hacen interminables y tengo muchas ganas de verla, la echo de menos y solo estuve con ella poco más de un día... Sé que todo esto puede parecerme muy extraño. No soy persona que crea en el amor a primera vista, pero el destino ha querido que cambie de opinión en este aspecto.

—Chico, no hay duda, estás enamorado de ella. Tienes los síntomas típicos del mal de amores. Lo peor de todo esto es que no existe cura para tu mal que no sea estar veinticuatro horas al día junto a ella —sonrió y asintió con la cabeza, como si ya hubiese pasado él por lo mismo—. Yo tuve una novia durante tres años que me dejó cuando tuve el accidente, decía que la gente nos miraba cuando íbamos por la calle. Se avergonzaba de mí porque me faltaba media mano. ¿Qué clase de amor sentía ella por mí? Yo sí estaba enamorado de ella, era mi chica. Yo no la hubiese dejado porque le faltase media mano, ni siquiera el brazo entero. Digo esto para que veas que sé de lo que estás hablando. Que he estado locamente enamorado de una mujer y he sentido lo mismo que tú sientes ahora.

—Entonces, ¿cuál es tu consejo? ¿Qué debo hacer? Estoy algo confuso porque es la hermana de un amigo y no quisiera perder su amistad si la relación no llegase a funcionar.

—Debes lanzarte, y si tus sentimientos son sinceros y puros, debes hacer caso a tu corazón. Tu amigo seguro que lo entenderá. Uno debe actuar de corazón, sin maldad, con el alma. Si luego las cosas no funcionan entre vosotros, es porque vuestro destino no era estar juntos. Pero recuerda una cosa: no se puede amar a medias, al igual que no se puede vivir a medias, porque amar y vivir es lo mismo. En mi opinión, no tienes alternativa: o le dices abiertamente lo que te está pasando y lo que sientes por ella, o te auguro un largo camino de sufrimiento y desesperación. Hay almas que están predestinadas a amarse y a estar juntas una vida tras otra, reencarnación tras reencarnación.

—¿Verdaderamente crees que eso es así? ¿Crees en la reencarnación? ¿En haber conocido a la misma persona años atrás, en otra vida, en otro lugar, en otra época?

—¡Por supuesto! Y si no, ¿cómo explicarías las fobias o los gustos? ¿Y el conocer o que te resulten familiares sitios donde nunca has estado? ¿O el empezar a hablar con alguien que te acaban de presentar y conectar como si le conocieses de toda la vida? ¿Qué otra explicación habría a todo esto?

—He sentido con Hildegard esa sensación —le confesé—. No me resulta una persona en absoluto extraña. Si eso fuese así, ¿crees que mi futuro estaría junto a ella?

—Por supuesto, Franz. Debes hacer caso a tu corazón, armarte de valor y hablar con tu amigo, explicarle la situación y a la vez intentar saber si ella siente algo similar por ti.

—Gracias, Robert, has sido de gran ayuda. Debo irme, yo te invito. Hasta mañana, amigo.

—No hay de qué. Mucha suerte. Hasta mañana.

Tardé un par de días en decidir cómo le iba a exponer a Helmuth la situación. Debía ir con pies de plomo para que no me malinterpretase.

Un día estaba descansando en mi habitación cuando de repente llamaron a la puerta. Era Helmuth, traía un papel en la mano y supuse que era una citación de alistamiento o algo similar, ya que habían empezado a llamar a filas a bastante gente, lo que me preocupó, no quería que Helmuth se fuese.

—Hola, Franz. Perdona, ¿puedo hablar contigo un momento?

—Sí, por supuesto. Pasa, siéntate. Tú dirás.

—Mira, Franz, para mí no es fácil decirte algo que creo que debes saber. ¿Qué tal te lo pasaste en Müncheberg? ¿Qué te pareció mi hermana?

—Me lo pasé muy bien y tu hermana me pareció una muchacha encantadora, además de muy guapa.

—Franz, esto que tengo en la mano es una carta de ella que he recibido hoy. No voy a decir más, permíteme que te la lea, pero antes prométeme que nada de esto

afectará a nuestra relación.

—Te lo prometo.

Por una parte me sentí muy aliviado al no tratarse de ninguna citación oficial, pero por otra me asustaba conocer el contenido de la carta. Mi nerviosismo iba en aumento y Helmuth comenzó a leer:

Müncheberg, 6 de mayo de 1939.

Querido Helmuth:

Créeme que lo que te voy a contar a continuación es el fruto de mucho reflexionar, de muchas noches en vela y de una situación que ya no puedo controlar.

Por favor, tómate en serio porque tengo un problema y tú eres el único que puede ayudarme.

Desde que conocí a Franz no puedo quitármelo de la cabeza. No dejo de pensar en él, en su rostro, en sus manos, en su sonrisa. Al principio creí que sería pasajero y que con el paso de los días le olvidaría, pero me equivoqué.

Nada ansío más en este momento que estar junto a él. Obviamente debes guardarme el secreto y hacerme el favor de averiguar si él siente algo por mí. Pocas veces he sido tan sincera contigo, «hermanito», pero esta situación se ha descontrolado, hasta he llegado algunos días a perder el apetito. Creo que estoy locamente enamorada de él.

Por lo demás, aquí todo sigue igual. Papá se fatiga últimamente en exceso y me preocupa no saber qué hacer si algún día le pasase algo.

Te echamos de menos. Espero tus noticias. Cuídate.

Tu hermana que te quiere...

—Como ves, he faltado a la discreción que mi hermana me pide. Esto no sería así si no fuese porque creo que tú sientes algo por Hildegard. Me fijé en la manera en que la tratabas y en cómo te quedabas extasiado mirándola. Deberías aprender a disimular un poco —Helmuth sonrió.

—Helmuth, me alegra enormemente el contenido de esa carta, tanto es así que pensaba sacarte el tema un día de estos, ya que yo también considero que estoy enamorado de Hildegard. Los tormentos que ha sufrido ella en estas casi tres semanas son exactamente los mismos que he sufrido yo. Solo deseo estar con ella.

—¡Eso es fantástico! Bien, en ese caso le contestaré y le diré que el sentimiento es recíproco, que te acercarás un sábado a verla, así os conoceréis mejor. Pero guárdame el secreto, nunca debe saber que conoces el contenido de esta carta o se morirá de vergüenza. ¿Te parece? —Helmuth pareció quitarse un peso de encima y se mostró entusiasmado.

—Sí, sí, por supuesto, me parece perfecto —le respondí, y ambos nos abrazamos—. Gracias, amigo.

—Eso sí, te rogaría que fueses siempre claro con ella y que no le hicieses daño, es una persona muy sensible. Sé que eres buen chico, me lo has demostrado en numerosas ocasiones y pienso que eres el mejor para mi hermana. No quería que saliese con alguno de los chicos del pueblo, son todos muy rudos y brutos. No sabrían cuidar de ella como es debido.

—No te preocupes, Helmuth, antes me haría daño yo que hacerla sufrir.

Helmuth volvió a su habitación y yo me sentí el hombre más afortunado del mundo. ¡Dios mío! No me lo podía creer, todo parecía un sueño: Hildegard enamorada de mí y yo de ella. Aquello era lo más asombroso y maravilloso que me había pasado jamás.

Al rato llegó de trabajar Rudolf, pero preferí no contarle nada por miedo a que se riese de mis sentimientos o, peor aún, se mofase de los sentimientos de Hildegard. La relación con Rudolf en los últimos meses se había deteriorado bastante a consecuencia, entre otras cosas, del grupo de amigos con los que últimamente salía. Solía venir a altas horas de la madrugada, ebrio, cuando al día siguiente tenía que trabajar. No creo que estuviese haciendo bien, eso a la larga repercutiría en su trabajo y en la relación con los caseros, que empezaban a estar un poco molestos con el ruido que producía al llegar por la noche cuando todos los demás descansábamos.

Al rato de estar en la habitación me dijo:

—Se te ve muy contento. ¿Has tenido noticias de tu abuela? ¿Se ha echado un novio?

—No consiento que te metas con mi abuela. ¿Me entiendes? Últimamente estás desconocido, Rudolf, no haces nada más que meterte conmigo continuamente. ¿Qué te he hecho yo para que haya cambiado tanto tu trato hacia mí?

—Pues nada, ¿qué me vas a hacer? Nada ha cambiado, excepto que tú has perdido el sentido del humor. Voy a salir, vendré tarde. —Comenzó a cambiarse de ropa para irse.

Los dos sabíamos que no era culpa mía, nunca me había hablado de esa manera, antes era más respetuoso. Quizás todo se debiese a esa gente con la que salía hasta altas horas de la noche, a lo mejor no eran una buena influencia para él; sabía que Rudolf no tenía una férrea personalidad y que se dejaba influenciar con facilidad.

Al día siguiente al volver del trabajo coincidí en la calle con mi vecina del ático, a la que saludé cortésmente, habiendo superado ya la vergüenza de meses atrás. Ella no me contestó, pero de repente me chistó y me volví para ver qué quería.

—Oye, ¿el chico gordo y pelirrojo que vive en esta casa es amigo tuyo?

—Sí, ¿por qué? ¿Le conoces?

—No. Digamos que he oído hablar de él.

—¿En qué sentido? ¿Ha hecho algo malo?

—Depende de quién valore el hecho. A lo mejor es meterme donde no me llaman, pero te digo esto porque me caes bien. Pareces buen chico y se ve a la legua que aunque seáis amigos no os parecéis en nada. Tu amigo sale con malas compañías, mala gente.

—¿Como quién? ¿Ladrones, asesinos?

—Podría ser. Me ha comentado un cliente cercano al NSDAP que tu amigo y otros chicos con los que anda participaron en las revueltas contra los negocios de los judíos en noviembre pasado^[12].

—Sé que mi amigo es algo radical en sus planteamientos, pero no le creo capaz

de algo así.

Ella se rio a carcajadas y me dijo:

—Qué iluso eres. Te sorprendería lo que una persona normal puede hacer cuando va acompañado de una turba descontrolada, en ese anonimato que da luz verde a lo más primitivo de uno. A mí me da igual, no quiero saber nada de política, pero supuse que te gustaría saberlo.

Con la información que me facilitó mi vecina, las salidas nocturnas de Rudolf y la posición radical que parecía tener en temas de política, supuse, y el tiempo me daría la razón, que Rudolf y el brazo más radical del Nacionalsocialismo de Hitler empezaban a ser buenos amigos. Las piezas comenzaban a encajar y entonces empecé a entender el comportamiento de Rudolf hacia mí.

Esa misma noche me dispuse a hablar con él. Quería preguntarle y saber si había tenido algo que ver con los disturbios contra la comunidad judía, además tenía que comentarle que sus salidas nocturnas y sus amistades acabarían haciéndole daño.

Llegó más pronto de lo normal, y según entró por la puerta decidí que era el momento, antes de que se cambiase de ropa y se marchase, como hacía últimamente.

—Rudolf, me gustaría comentarte algo. ¿Tienes cinco minutos? —Yo estaba algo nervioso, ya que desconocía la reacción que podía causar en él aquel tema.

—¿De qué se trata?

—Me han dicho que tú participaste en los disturbios contra los judíos en noviembre. Ya sabes, la noche aquella que se quemaron las sinagogas y destrozaron los comercios de los judíos...

—¿Quién te ha dicho eso? Yo no tuve nada que ver. ¿Quién ha sido el mentiroso? Seguro que ha sido el lisiado ese con el que trabajas. Además, aunque fuese verdad... ¿Cuál es el problema? ¿Acaso no se lo tienen bien merecido? ¿Acaso no era hora ya de pararles los pies? No me negarás que fue un justo escarmiento ¿no?

—Rudolf, ¿participaste o no?

Se quedó pensativo durante unos segundos. Se estaba poniendo nervioso, pues había comenzado a levantar la voz.

—¿Qué narices te pasa? Sí, participé, pero no hice daño a nadie. Aunque, si te soy sincero, no por falta de ganas, sino porque no tuve la oportunidad de apalea a una rata de esas. ¿Y tú de qué lado estás? ¿No serás un amigo de los judíos?

—Estoy del mismo lado que tú, pero hay medios y mecanismos para librarnos de esta gente sin necesidad de apalearlos o destrozales sus negocios. Sabes que el Führer ha tomado duras medidas fiscales contra ellos para lograr que se vayan de Alemania, y ya se han marchado miles de ellos. Pero no estoy de acuerdo contigo en que la violencia, o por lo menos ese tipo de violencia, sea una solución.

—¿Y de qué han servido esas medidas fiscales? Hay que arreglarlo de otra forma. Hay que ser más contundente y dejarles claro que no los queremos aquí. Eres un blando, Franz. Alemania se está forjando a base de hombres como yo o como *herr Wagner*. ¿Qué aportas tú a tu patria? No puedo soportar que seas tan tonto. Crees que

puedes arreglarlo todo con la negociación y las palabras. Eres un ignorante. Me das asco.

Rudolf a estas alturas de la conversación era otro. Me gritaba a escasos centímetros de la cara mientras levantaba los brazos como si quisiera agredirme.

—Deberías tranquilizarte —le dije—. A mí también me da asco ser amigo de alguien que tiene que ver con semejante barbarie.

—Pues entonces está todo muy claro. Mañana mismo hablo con *herr* Wagner y me voy de aquí. A lo sumo tardaré en irme el tiempo que tarde en encontrar otra habitación. Éramos muy amigos, Franz, pero tu posición frente a este tema de los judíos es totalmente contraria a la mía. No sé si sabrás que tengo amigos muy influyentes y que estoy muy bien relacionado. Mientras tú te dedicabas a charlar con el retrasado de Helmuth, yo he ido noche tras noche forjándome un futuro. Así que, en recuerdo a nuestra antigua amistad, olvidaré esta conversación y no daré cuenta de vosotros. Me debéis un favor..., y muy grande.

—¿Qué tiene que ver Helmuth en todo esto?

—¿Eres idiota? Helmuth es un declarado pacifista, está en contra de cualquier medida coercitiva por suave que sea. Helmuth es el perfecto antialemán, o perfecto cobarde, que viene a ser lo mismo. Es todo lo contrario de lo que debe ser un patriota. Él vendería a los judíos o a los comunistas nuestra patria, nuestra Alemania, ¿qué digo «vendería»?; ¿se la regalaría con tal de no disparar un tiro!

—Creo que estás sacando las cosas de quicio. Helmuth o yo somos tan alemanes o más que tú. Y no porque no aprobemos ciertas cosas o ciertos métodos somos cobardes o menos alemanes que cualquier otro.

—No hay nada más que hablar, mañana mismo buscaré otra habitación.

Yo me sentía triste por nuestra discusión. Rudolf era mi amigo desde que éramos pequeños, le quería. Era el hermano que nunca tuve. Pero había cambiado demasiado. Estaba irreconocible, como si le hubiesen lavado el cerebro. Esa misma noche se marchó y ya no volvió ni siquiera a dormir.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, le conté a Helmuth lo sucedido. Pese a la desilusión que sentía por lo que había pasado, estaba emocionado: por fin era sábado. El sábado que iría a ver a Hildegard. Llovía mucho y, aunque llevaba paraguas, me empapé los zapatos en mi recorrido hasta la estación de autobuses. Entre mis prisas por llegar a tiempo y la copiosa lluvia, casi consigo que un camión me llevase por delante. Estaba ansioso por verla.

A mi llegada a Müncheberg no llovía, pero se notaba que lo había estado haciendo al menos durante varias horas. Me dispuse a hacer a pie los casi tres kilómetros que separaban el pueblo de la casa de Hildegard. Mientras iba andando por el camino pensaba en qué es lo primero que le diría o si le parecería que iba correctamente vestido, aunque llevaba mi mejor chaqueta y la camisa y el pantalón perfectamente planchados por *frau* Wagner. Había que andar por un camino sin asfaltar, lleno de pequeños charcos que iba sorteando como podía. Al lado izquierdo

del camino una columna de grandes chopos me acompañaban en mi travesía. Las nubes comenzaban a retirarse lentamente, dejando pasar entre ellas algo más de luz. Todo el campo estaba empapado, no hacía demasiado frío y algún que otro rayo de sol lograba alcanzar las praderas mojadas, consiguiendo deslumbrarme y obligándome en alguna ocasión a girar la cabeza en sentido opuesto. Todo aquello era muy bonito.

Tras pasar una pequeña elevación del paisaje, pude ver por fin la casa de Hildegard. Es cuando verdaderamente me puse nervioso. Paso a paso conseguí al fin llegar a la casa. Todo estaba en calma. Ni siquiera las ocas armaron escándalo al verme. Llamé a la puerta y me abrió Hildegard. ¡Dios! Ya casi había olvidado su rostro de tanto pensar en él. Pasé al interior y sentado en el comedor se encontraba *herr Müller* muy serio.

—Hola, Franz —Hildegard sonrió y la cara se le llenó de luz.

—Hola, Hildegard. ¿Qué tal estás? Hola, buenos días, *herr Müller*.

—¿Qué tal, chico? Me alegro mucho de verte —respondió *herr Müller*—. Siéntate. Hildegard, por favor, ¿le podrías poner a Franz algo de beber e ir a darles de comer a los cerdos y a las ocas? Tengo que hablar un momento a solas con él.

Me temí lo peor. Quizás *herr Müller* no aprobase mi relación con Hildegard, quizás tenía otros planes para ella o yo no le pareciese lo suficientemente bueno para su hija. Pero rápidamente se despejaron mis dudas y, apenas salió Hildegard por la puerta, me dijo:

—¡Bueno, bueno! Seré muy breve y directo. No me gusta andar por las ramas... Chico, mi hija no deja de hablar de ti. Sé lo que eso significa. Y sé perfectamente a qué has venido hasta aquí. Me parece bien que iniciéis una relación si verdaderamente os gustáis el uno al otro, pero mi hija no es chica de una noche..., ya me entiendes... Y si no estás dispuesto a mantener una relación seria y formal con ella, lo mejor es que te des la vuelta y te vayas por donde has venido. Mis hijos son mi verdadero tesoro, el único tesoro de un hombre. Nada está por encima de un hijo, y como comprenderás no pienso consentir que nadie les haga daño, y mucho menos a Hildegard. Yo, aunque me veas viejo y cojo, estoy en el mundo, no soy tonto y sé que Hildegard es una muchacha muy especial. Hasta un tonto se daría cuenta.

—*Herr Müller*, es obvio que su hija es alguien especial, y yo me di cuenta la primera vez que la vi. También comprendo perfectamente su preocupación, y creo que estoy en disposición de decirle que debe usted estar totalmente tranquilo porque mis intenciones con Hildegard son claras y sinceras, y mi única meta a partir de ahora no es otra que hacerla feliz.

Herr Müller sonrió satisfecho.

—En ese caso cuentas con mi aprobación. Cuida de ella.

En ese momento llamaron a la puerta y Hildegard le preguntó a su padre si habíamos terminado de hablar y si podía pasar. Tras un tenso silencio en que los tres nos mirábamos las caras unos a otros sin saber qué decir, Hildegard me propuso que

fuésemos los dos a buscar caracoles, dado que con las recientes lluvias era muy probable que el campo estuviese lleno de ellos.

Comenzamos a andar por la pradera, yo al menos con sumo cuidado, ya que llevaba zapatos y no quería que se me mojasen más de lo que ya se me habían mojado en Berlin. Era una situación extraña, tensa, los dos conocíamos los sentimientos del otro, en teoría no debería asustarnos, sin embargo ninguno de los dos quería dar el primer paso de cogernos de la mano o simplemente comenzar a hablar para romper el hielo. Al final me decidí, más que nada porque lo contrario no nos llevaba a ninguna parte.

—Imagino que tu hermano te diría lo que me está sucediendo desde que te conocí, ¿no? ¿Te ha comentado algo? —Yo no deseaba tampoco darme por enterado abiertamente de los sentimientos de ella hacia mí, dado que Hildegard en su carta le pidió a Helmuth discreción.

—Sí, me comentó algo. Me dijo que yo te gustaba y que pensabas mucho en mí desde aquel día que nos conocimos. ¿Y de mí? ¿Te dijo algo de mí?

—Más o menos. Me comentó que yo te caía bien y que sería bien recibido si un día me acercase a verte.

Ambos nos miramos a la cara y sonreímos. Una ligera y fresca brisa acariciaba nuestros rostros. El sol comenzó a desperezarse y a abrirse camino entre las nubes. Un numeroso grupo de grajillas que se encontraban posadas en unos viejos olmos levantaron el vuelo a nuestro paso y se perdieron en el horizonte.

Ella llevaba una cesta de madera y juntos comenzamos a recoger los caracoles que íbamos encontrando. Al bajar una pequeña pendiente, y dado que yo no llevaba el calzado más apropiado para el campo, resbalé y caí al suelo. Hildegard no pudo aguantar la risa y yo no pude hacer otra cosa que acompañarla en sus carcajadas. Acto seguido, y tras un rato desternillándonos, ella me ofreció su mano para ayudarme a levantarme del suelo.

Cogí su mano y, evitando en lo posible tirar de ella en exceso, me puse de pie, momento en el que ella se quedó frente a mí mirándome, con esa cara de bondad y de paz que un día me enamoró. Me cogió de la cintura y apoyó su cabeza contra mi pecho, con la mirada perdida en el infinito. Fue un momento mágico, inigualable. Me sentí el hombre más feliz y afortunado del mundo...

—Me alegro mucho de que hayas venido —dijo Hildegard—. Debo confesarte algo: desde el día que te conocí no he podido dejar de pensar en ti, las noches se me hacían eternas, los días me resultaban interminables, solo deseaba estar contigo. No sé por qué me ocurre esto, pero parece como si ya te conociese, como si te estuviese esperando desde hace tiempo. El primer día que entraste por la puerta de mi casa y te vi supe que eras tú el hombre que siempre añoré, el hombre de mis sueños de adolescente. No sé el tiempo que llevo esperándote, quizás toda mi vida, pero me alegra mucho saber que ya has llegado.

—Lo que acabas de decir es lo más bonito que me han dicho nunca. Mis

sentimientos hacia ti son los mismos, a mí me ocurre exactamente igual. No dejo de pensar en ti, a lo último ya esa situación comenzó a afectarme en el trabajo e incluso en la pérdida de apetito. ¿Cómo no iba a venir? Tu padre me ha aleccionado sobre la conveniencia de que mantenga contigo una relación seria y pensando en el futuro. Nada me haría más feliz que pasar el resto de mi vida contigo.

A partir de ese momento todos los miedos, los nervios y las tensiones desaparecieron. Nos cogimos de la mano y fuimos poco a poco llenando la cesta de caracoles, los cuales había que reconducir a su interior de vez en cuando, ya que se escapaban. Llegamos de nuevo a casa sobre la una del mediodía y *herr Müller* se había encargado ya de poner la mesa.

—¿Qué tal, chicos? ¿Habéis cogido muchos caracoles?

—Sí, la verdad es que no se nos ha dado nada mal, hemos traído la cesta prácticamente llena.

Tras la cena, *herr Müller* me acercó al pueblo en su carro para poder así coger el autobús que me llevaría de vuelta a Berlin.

Al llegar a la habitación me acosté con la intención de descansar, había sido un día de mucha tensión, pero por otro lado me encontraba eufórico, por lo que no conseguía dormirme, no dejaba de dar vueltas en la cama de un lado hacia otro. Rudolf llevaba ya un par de días que no aparecía a dormir.

De repente oí que alguien llegaba, subía las escaleras y se detenía en la primera planta, donde se encontraba, entre otras estancias, el dormitorio de los Wagner. Llamaban a una puerta con insistencia. Pensé que el único que podía entrar en casa con llave y llamar seguramente al dormitorio de los Wagner, que ya se encontraban durmiendo, era Rudolf, porque Helmuth me dijo que esa noche se quedaría a dormir en casa de un compañero de la universidad. La situación me intrigó tanto que no pude hacer otra cosa que levantarme, salir con cuidado de la habitación y situarme cerca del descansillo de la escalera con la intención de oír mejor lo que ocurría. *Herr Wagner* se levantó, abrió la puerta de su habitación y espetó:

—¡Rudolf! ¿Se puede saber qué es lo que quieres a estas horas de la noche?

—Perdone, *herr Wagner*, tengo que hablarle. Necesito que usted me haga un favor.

Momentos después ambos se encontraban en el despacho y escuché perfectamente toda la conversación. Me quedé petrificado cuando oí la petición...

—Mire, *herr Wagner*, he pensado en alistarme voluntariamente al ejército, pero no quiero ser un soldado más. ¿Se acuerda usted de que me dijo que si alguna vez decidía ir un poco más allá que el resto de alemanes en el sacrificio por mi patria se lo dijese? Mi deseo es entrar en las SS y si usted me pudiese ayudar, yo...

—¿Estás seguro? Sabes que tendrás que hacer grandes sacrificios porque pertenecerás a la élite. Tengo muy buenos amigos dentro de las SS y del NSDAP y no me gustaría que mi amistad con ellos se viese deteriorada porque tú no estés a la altura.

—Sí, ya lo he pensado y lo tengo decidido. No quiero ser un cualquiera, quiero tener un futuro y creo que reúno las condiciones necesarias para servir a Alemania y a nuestro Führer.

—¿Lo tienes decidido, al igual que decidiste no aparecer a trabajar en la fábrica de uniformes desde hace casi un mes? ¿Sabes que el gerente me llamó y me lo explicó todo? Me dijo que te pasas las noches de aquí para allá, metiéndote en líos y emborrachándote. Voy a recomendarte una vez más para tu ingreso en las SS porque creo que de los tres chicos tú eres el más valiente y el más comprometido con nuestra patria, aparte eres con el que me siento más identificado. Políticamente pensamos muy parecido y eso es lo que tienes a tu favor, pero no me vuelvas a pedir nada más, creo que mi mujer y yo nos hemos portado contigo mejor de lo que tú lo has hecho con nosotros.

—Lo de no ir a trabajar tiene su explicación. Estoy saliendo por las noches con gente del NSDAP, haciendo labores de información sobre posibles objetivos. Hemos pasado mucha información sobre judíos, polacos y alemanes. Estoy dispuesto a todo por Alemania, lucharé por ella hasta caer agotado o muerto. Creo firmemente que nuestro Führer es el único capaz de devolver a nuestra patria su orgullo y su fuerza. Él ha sido elegido por Dios para gobernar Alemania.

—Eso está muy bien, chico, pero no es ninguna excusa. Tú adquiriste un compromiso por ambas partes, uno conmigo y otro con la empresa. Un compromiso es sagrado y debes cumplirlo siempre. No lo olvides. Si un hombre pierde su palabra, ya no es un hombre.

—Tiene usted toda la razón, le pido disculpas y le prometo que esta vez no le defraudaré.

—Bien —contestó *herr* Wagner—. El lunes sobre las once de la mañana te vas a la SS-Hauptamt^[13], en el número 7-11 de Douglasstrasse, aquí en Berlin-Grünewald. Una vez allí preguntas por el oficial Karl Dietrich de la SS-Personalamt^[14] y le dices quién eres. Para entonces, yo ya habré hablado por teléfono con él. No olvides llevarte el Wehrpass^[15]. Entrarás como voluntario en las SS.

Salió de la casa corriendo, cerrando la puerta de un portazo, mientras *herr* Wagner volvía a su dormitorio. No podía dar crédito a mis oídos. ¿Rudolf? ¿En las SS? ¡Dios mío! Aquel chico estaba loco. ¡Y como voluntario! Si me llamaban iría a luchar, y si fuese preciso daría mi vida por mi patria porque era mi obligación como alemán, pero de ahí a presentarme voluntario en las SS había mucha diferencia...

Estábamos casi a finales de junio y ya hacía más de un mes que Hildegard y yo salíamos juntos, aunque hasta entonces solo nos habíamos visto de sábado en sábado. Cada día era más feliz. Me hacía sentir alguien especial cuando me encontraba con ella, estaba en todo momento pendiente de mí. A veces parecía como si estuviese soñando y, sin que me viese, me pellizcaba disimuladamente para asegurarme de que tanto ella como nuestra relación era real.

Nunca me había encontrado tan bien, solo me preocupaba la idea de tener que

ingresar en el ejército y dejar de verla. *Herr Müller* me había autorizado a quedarme los fines de semana en la granja y dormir allí (en la habitación contigua a la nave de los animales, claro), para poder pasar más tiempo con Hildegard, aunque creo que lo hacía pensando egoístamente, ya que cuando estaba allí le ayudaba bastante. Llegó incluso a ofrecerme la posibilidad de pasar varios días, lo cual no me pareció mala idea.

Un día, salí con Helmuth a dar una vuelta por el centro de Berlín con la intención de hacer algunas fotos con su Leica. Le encantaba hacer fotografías del ambiente de las calles, del rostro de las personas o de los vehículos que circulaban; decía que algún día esas fotos valdrían dinero.

Al final de la mañana había disparado su cámara una veintena de veces. Estuvo fotografiando un improvisado comedor social en plena calle y una fila de vehículos militares que pasaban a gran velocidad por una de las avenidas. También estuvimos hablando con una anciana que pedía limosna a la entrada de la St. Marienkirche^[16], la cual, tras contarnos su vida con todo detalle y darle algo de dinero, conseguimos que se dejase fotografiar. La vieja nos decía que era muy mayor y había visto mucho, que llevaba años pidiendo en la puerta de esa iglesia y que se pasaba el día observando a la gente paseando. «No vienen buenos tiempos», repetía una y otra vez cada varios minutos. Decía que notaba el aire enrarecido. Al despedirnos de ella nos dijo que nos cuidásemos mucho, que vendrían años muy oscuros y que fuésemos fuertes y pacientes porque al final aparecería la luz.

A nuestra llegada a casa Helmuth y yo, recordando a la anciana, no dejábamos de reír. La verdad es que con ese pañuelo negro en la cabeza y esa enorme nariz parecía una bruja. Llegamos a la conclusión de que vivir en la calle terminaba por volver locas a las personas, como era seguramente el caso de aquella intrigante mujer.

Tres días después de aquello, Helmuth vino a mi habitación.

—Ya he revelado las fotos, han salido fantásticas, excepto estas tres de la vieja loca. No lo entiendo. ¿Sería la luz? En lugar de la vieja ha salido como un fogonazo y no se ve absolutamente nada. Mira —me dijo.

—Sí, qué pena. Si te parece, podríamos acercarnos mañana y se las repetimos, pero acuérdate de llevar dinero. Espero que nos reconozca y no nos vuelva a contar el periplo de su vida.

—De acuerdo, me parece perfecto. Así también haré alguna foto a la iglesia, ya que el otro día se me olvidó.

Al día siguiente, tal y como acordamos, nos dirigimos de nuevo a St. Marienkirche con la cámara preparada y con la intención de hacer nuevamente las fotos. A nuestra llegada la vieja no estaba en la puerta y supusimos que quizás se encontrase dentro, pero tampoco estaba allí. El párroco al vernos nos preguntó si buscábamos a alguien. Le dijimos que buscábamos a la anciana que solía pedir limosna en la entrada de la iglesia desde hacía años, tal y como nos había contado ella misma días antes, y el cura nos dijo que él llevaba en esa parroquia más de quince

años y que nunca había existido ninguna vieja que pidiese en la puerta, que el único que pedía era un hombre de mediana edad y que llevaba varios días sin ir.

Nos quedamos con la boca abierta. No podía ser. ¿Quién era esa mujer? ¿Por qué sus fotos no habían salido? ¿Sería un ente, un alma bondadosa que no hizo más que advertirnos del escenario de odio, terror y sangre que posteriormente llegaría? ¿O quizás fuese verdaderamente una loca que soltaba su discurso catastrofista por todos los rincones de Berlin?

Con el paso del tiempo, y viendo lo que faltaba por venir, llegué a la conclusión de que fuese quien fuese tenía toda la razón. Todavía, años después, cuando la recuerdo se me pone la carne de gallina. ¡Y nosotros nos reímos de ella, tomándola por una vieja loca! ¡Qué atrevida es la ignorancia!

Aquel hecho me hizo reflexionar mucho sobre la vida y el futuro. No se lo conté a Hildegard por no preocuparla, ya que todo este tipo de cosas le asustaban y era muy susceptible a ciertos temas, sobre todo cuando se escapaban a la lógica, como era el caso. Hildegard procuraba alejar de ella toda negatividad, creyendo que si solo hablaba de cosas positivas le iría mejor en la vida.

* * *

El sábado siguiente me fui como de costumbre a ver a Hildegard e hice una vez más a pie esos interminables tres kilómetros, en compañía de mis ya viejos conocidos los chopos. Hacía un estupendo y soleado día de junio. Al sortear la elevación del terreno y ver la casa pude observar junto a ella a Hildegard, que me estaba esperando. Al verme salió corriendo hacia mí y yo también aceleré bastante mi paso con el fin de recortar la distancia que nos separaba en el menor tiempo posible. Los dos nos fundimos en un apasionado y emotivo abrazo, a la vez que nos comíamos a besos. ¡Dios, cómo la amaba!

Ese día no almorzamos en la granja, sino que cogimos algo de comida y las bicicletas y decidimos pasar el día en el campo y comer junto a un riachuelo cercano, donde ella decía haber visto una vez una nutria. La bicicleta de Helmuth me resultaba algo incómoda, era algo pequeña para mi estatura, pero conseguí no perder de vista a Hildegard. El paseo había merecido la pena, el sitio elegido por Hilde (como solía llamarla a veces) para comer era verdaderamente una preciosidad. Era una pequeña pradera de hierba muy corta que por uno de sus lados limitaba con la orilla de un riachuelo de agua cristalina. El resto de ese pedazo de paraíso se encontraba rodeado por una cortina vegetal a base de alisos, abedules y algún olmo.

Tras comer en la más absoluta tranquilidad, acompañados solo por el canto esporádico de algún cuco, nos sentamos en un tronco medio podrido que había junto al riachuelo y comenzamos a conversar mientras nos comíamos unos estupendos melocotones, cogidos esa misma mañana del melocotonero que había junto a la casa. Estaban todavía un poco verdes, pero dulces.

—No quiero que te vayas nunca —me dijo.

—No me voy, me quedaré hoy a dormir en tu casa —le sonreí.

—No seas tonto, ya lo sé, me refiero a que no quiero que estalle una guerra y te vayas al ejército. Helmuth me dijo que estaría dispuesto a desertar, si fuese preciso, antes que empuñar un arma y matar a alguien.

—Seguro que lo dice por decir. ¿Crees que es una buena opción desertar? Tarde o temprano te localizarían y las consecuencias ya las conoces. Entonces sí que me perderías para siempre. Además, creo que tengo el deber y la obligación de luchar por nuestra patria, aunque eso choque frontalmente con mis principios. Antes que yo está Alemania.

Ella me abrazó mientras miraba fijamente cómo una hoja bajaba lentamente por el curso del arroyo, como si de una pequeña barca se tratase.

Permanecimos abrazados durante bastante tiempo sin decir nada, pero diciéndonoslo todo. Era uno de esos momentos que se te quedan en lo más recóndito del cerebro y donde nunca nadie te los puede arrebatar. Están ahí para el resto de tu vida; por muchos años que pasen o muy mayor que seas, siempre los recordarás con la misma frescura. De repente me di cuenta de que Hilde estaba llorando.

—¿Por qué lloras, amor mío?

—Soy tan feliz que no quiero que nada ni nadie me separen de ti.

—No te preocupes, no quiero que llores. Si me voy será por una temporada. Además, ¿dónde crees que me mandarían? Pues a algún lugar de Alemania, de maniobras o algo así. —Me la quedé mirando a los ojos y si cabe estaba aún más bella que cuando no lloraba.

Le limpié con mis dedos las lágrimas y la besé. Ella se tranquilizó y, sonriendo de manera algo forzada, cambió de tema intentando olvidar la conversación.

—Mira, te voy a mostrar algo que seguramente no sepas. ¿Sabías que si partes el hueso del melocotón, dentro hay una especie de almendra? Verás. —Cogió un hueso de uno de los melocotones que nos acabábamos de comer y lo partió con una piedra —. ¡Qué sorpresa! No solo hay una almendra, sino que hay dos. ¡Mira!, son dos almendras que encajan perfectamente una con otra. Además, juntas tienen forma de corazón.

—Sí, la verdad es que es curiosísimo. —E hice creer que no lo sabía, pero en realidad ya conocía las almendras que hay dentro del hueso de ciertas frutas. Creí que haciéndome el tonto impediría que se perdiese esa luz de ilusión que iluminaba sus ojos.

—Vamos a hacer un juramento. Juraremos que no nos separaremos nunca. A partir de ahora llevaremos encima cada uno de nosotros nuestra media almendra, y cada vez que estemos juntos las uniremos, formando así ese pequeño corazón, para recordarnos a ambos que tenemos un compromiso. El compromiso más bello entre dos personas, estar juntos para siempre hasta que la muerte nos separe.

—Me parece perfecto. —Sellamos nuestro contrato con un beso y me guardé mi media almendra.

Comenzaba a levantarse algo de aire y junto al agua la verdad es que empezaba a hacer fresco, por lo que decidimos recoger las cosas y volver a casa antes de que se nos hiciese de noche. Fue un día maravilloso y ambos estábamos muy enamorados.

Durante la cena, *herr Müller* empezó a contarnos historias de la guerra, pero Hildegard y yo no le hacíamos caso. No dejábamos de mirarnos con cierta complicidad, observábamos el uno en el otro cada gesto, cada mirada, cada milímetro de nuestras caras.

Al día siguiente, como cada domingo, Hildegard cantaba en el coro de la iglesia de Müncheberg y me acerqué con ella para oírla cantar. Aunque mi abuela se había encargado de que desde niño escuchase a los clásicos, como Bach, Haendel o Mozart, y de hecho me enorgullecía de tener cierta cultura musical, la verdad es que nunca me llamó en exceso la atención la música vocal y mucho menos la religiosa. Siempre que nombro a Haendel me acuerdo de mi abuela, de él me decía que aunque su música era divina y solo inspirada por Dios, el sujeto en cuestión le producía bastante antipatía, ya que renegó de vivir en Alemania para nacionalizarse británico, algo que Jutta nunca le perdonaría al pobre Haendel. Pero obviamente mi interés se centraba más en escuchar y ver a Hildegard que en la obra en sí.

Una vez dentro de la iglesia me llamó poderosamente la atención el tamaño de la nave central del edificio, que me pareció muy grande para un pueblo pequeño. Primero hubo una misa de difunto en recuerdo a un vecino que había fallecido días atrás, y tras esta comenzaron a interpretar la obra. Se trataba del inigualable *Réquiem* de Mozart.

Aunque no me apasiona la música vocal, debo reconocer que con el *Réquiem* tengo que hacer una excepción. El comienzo del primer movimiento pone los pelos de punta y permanecen así hasta el *Lacrimosa*^[17]. Es una obra sin igual, y la presencia de Hilde en el coro la hacía si cabe aún más maravillosa. En muy contadas ocasiones nace alguien como Mozart o Bach, que no hacen más que demostrar al resto de la humanidad lo insignificantes y mediocres que somos.

En los momentos en los que no cantaba no dejaba de mirarme y se distraía, lo que provocó en un par de ocasiones que se perdiera y que fuese retrasada con respecto al resto del coro. Todo aquello me resultaba muy gracioso, ver su cara de angustia cuando se daba cuenta de que no iba al mismo ritmo que los demás. Al terminar, ella quiso que conociese al párroco de la iglesia.

—*Herr Bauer*, disculpe, quiero presentarle a mi novio, se llama Franz Schneider.

—*Herr Bauer*, es un verdadero placer. Bonita parroquia.

—Buenos días, Franz, encantado de conocerte. Gracias, aunque a duras penas conseguimos mantenerla, ya que no hay mucho presupuesto, solo se acuerdan de los militares. Hildegard me ha hablado de ti, dice que eres un chico maravilloso y todas esas cosas...

—¡Bueno! No se crea todo lo que le cuenta —le dije riéndome.

—Seguro que tiene razón —respondió—. ¿Qué te ha parecido la obra? ¿La

conocías?

—Sí, sí, por supuesto. Muy bien interpretada, aunque algunas voces del coro dejan mucho que desear —dijo sonriendo.

—¡Serás sinvergüenza! —dijo Hildegard sonriendo a la vez que me daba con la mano en la cabeza.

Nos despedimos de *herr* Bauer y volvimos a casa, donde *herr* Müller nos estaría esperando para comer. Tras la comida ayudé a Hilde a recogerlo todo y a lavar los cacharros, a lo que su padre esta vez no se opuso. Tras pasar la tarde tranquilos, paseando por los alrededores y sin ningunas ganas de volver a Berlin, *herr* Müller me llevó en su carro hasta la estación de ferrocarril, ya que el servicio de autobús en el que yo solía viajar había sido suspendido, al parecer indefinidamente, porque los dos autobuses que hacían ese recorrido habían sido requisados para la Wehrmacht. No era la primera vez que había oído hablar de esas expropiaciones, ya que mi gerente tuvo que entregar una moto DKW^[18] que poseía.

* * *

El martes siguiente al volver de trabajar, mi casero me llamó a su despacho.

—Franz, hijo, a lo mejor es meterme donde no me llaman, pero hay algo que creo que debes saber. Los rumores de una posible guerra toman cada vez más peso. El otro día, hablando con un buen amigo que tengo en las SS, me comentó que se ha enterado de que antes de febrero de 1940 llamarán a los seis primeros reemplazos, dentro de los cuales creo que estás tú, ¿no?

—Exacto, *herr* Wagner. Estoy dispuesto a aceptar mi responsabilidad y mi obligación como alemán cuando sea requerido para ello.

Mientras que por un lado tenía ganas de cumplir con mi deber, por otro lado presentía que esto supondría una piedra en el camino en mi relación con Hildegard.

—Durante todo este tiempo que habéis estado viviendo aquí, mi mujer y yo os hemos cogido cariño. Y es mi deber ofreceros para ayudaros. Sabes que, aunque estoy jubilado, todavía conservo grandes y poderosos amigos dentro del ejército, aparte de mi afiliación al NSDAP. Te seré muy claro: los hombres de reemplazo ocuparán los puestos que nadie quiera, es decir, lo peor y lo más arriesgado. En cambio, si te alistas voluntariamente, siempre estarás visto de cara a la sociedad y al propio ejército de otra forma muy distinta. Sinceramente creo que no te compensa caer en un mal sitio por demorar tu destino seis meses. ¿Tienes interés en entrar en alguna unidad del ejército? ¿Tienes preferencia por algo?

—En principio no —respondí—. No porque me dé igual ir a un sitio que a otro, sino porque tampoco conozco mucho del ejército y sus unidades. Cuando hice el servicio militar estuve en Automoción, pero fuera de ahí apenas conozco nada.

Mi casero tenía toda la razón. No podía arriesgarme a que me mandasen fuera cuando alistándome voluntario a lo mejor conseguía no salir de Alemania, o por lo

menos eso es lo que yo creía entonces.

—¡Bueno! Tú te presentas en la Wehrersatzdienststelle^[19] y dependiendo de dónde te toque hablamos, ¿te parece? Además, cobrarías bastante más que en el taller.

—Sí, de acuerdo, muchas gracias. Le estoy muy agradecido. Una última cosa, *herr Wagner*, ¿sabe usted algo de Rudolf?

—Estuvo aquí la otra noche. Él, de hecho, ya se ha decidido y se presentó voluntario en las SS el pasado lunes. La conversación que mantuve con mi amigo de las SS, en principio, era por Rudolf, y me dijo lo que te he comentado de los reemplazos.

Tras darle de nuevo las gracias, me levanté y me fui a mi dormitorio. Necesitaba hablar con Helmuth y contarle lo de los reemplazos. Yo estaba muy nervioso. Una cosa era esperar a que un día te llamasen y otra muy distinta dar tú el primer paso.

—Hola, Helmuth, perdona que te moleste. ¿Puedo pasar? Estoy un poco preocupado. *Herr Wagner* me ha dicho que antes de febrero del año que viene llamarán a filas a los seis primeros reemplazos y que me recomienda presentarme voluntario para caer en un buen sitio.

—¿Cómo? ¡Al final es verdad! Están como locos llamando a todo el mundo. ¿Qué estarán preparando? No tardarán en llamarme a mí. ¡No pienso faltar por nada del mundo a mis principios! ¡No tengo la culpa de que el timón de Alemania lo lleven un puñado de descerebrados! Este viernes me vuelvo a Müncheberg y que me encuentren si pueden.

—Helmuth, piensa, no puedes hacer eso, sabes que tarde o temprano te encontrarían.

—¡Bueno! Pues me haré objetor de conciencia y arreglado.

—Tampoco es una solución. La objeción de conciencia está castigada, igual que la traición, con la pena de muerte. ¿Recuerdas a aquellos trescientos objetores que guillotinaron?

—¿Cuáles? —me preguntó—. ¿Los testigos de Jehová?

—Sí, efectivamente. ¿Quieres terminar como ellos? ¿Quieres darles ese disgusto a tu padre y a tu hermana?

Helmuth bajó la cabeza y se quedó callado mientras se quitaba las gafas y se frotaba los ojos.

—Esto no es justo. ¿Por qué tenemos que ir nosotros y romper con nuestra vida, nuestro trabajo, nuestros estudios? ¡Esto es una locura! ¿Tú qué vas a hacer?

—Alistarme como voluntario —le respondí—. No estaba ni mucho menos en mis planes, pero creo que es la decisión más acertada.

—¡Franz! No puedes hacer eso. Al ir voluntario pasas a formar parte de su estúpida maquinaria de guerra.

—Lo sé, Helmuth, pero también piensa que tenemos una obligación y hay que cumplirla. Sinceramente, *herr Wagner* me ha abierto los ojos y creo que es lo mejor. Además, tanto voluntarios como forzosos, al final, todos formaremos parte de esa

maquinaria.

—¡Por Dios, Franz! ¡No digas sandeces! La obligación la tiene Alemania contigo. Alemania es la que debería cuidar de ti, asegurarte un bienestar, un trabajo, una vivienda, un futuro. Esperaré a que me llamen. Aunque no pienso ir ni voluntario ni forzoso. Pero, bueno, ya veremos, a lo mejor se me ocurre algo de aquí a unos meses.

—Tranquilo, amigo, todo saldrá bien. ¡Ya lo verás! Hasta mañana.

—Espero que no te equivoques. Hasta mañana, amigo.

* * *

Estuve meditando mi decisión un par de días hasta que el jueves por la mañana a última hora me acerqué al taller para hablar con el gerente acerca de mi intención de causar baja en la empresa. Lo entendió perfectamente. Me dijo que había llegado el momento en el que los alemanes debíamos hacer un esfuerzo por nuestro país, y que si todos poníamos un poco de nuestra parte, saldríamos adelante. Me despedí de mis compañeros, en especial de Robert, por el cual había llegado a sentir un gran afecto. Quedamos en volver a vernos una vez que todo hubiese pasado.

Ese mismo viernes me acerqué a la Wehrersatzdienststelle más cercana. Cuando llegué había una gran columna de hombres, la mayor parte de ellos jóvenes, aunque también había alguno que pasaría de los cuarenta, que esperaban a ser atendidos. Cuando llegó mi turno, le entregué al soldado el Wehrpass y, tras ojearlo y tomarme nota en una lista, me dio un documento a modo de citación donde figuraba la fecha y el lugar donde debía presentarme, y una especie de orden de viaje o volante que debía canjear en la estación de ferrocarril. El lugar asignado fue la 1.^a División Ligera, que tras la campaña de Polonia en octubre de 1939 pasaría a denominarse 6.^a División Panzer. Debía presentarme en el acuartelamiento de la unidad, en la ciudad de Wuppertal^[20], el 30 de julio.

Al salir de la oficina de reclutamiento le pregunté al soldado de la puerta sobre la 1.^a División Ligera, y me dijo que era una unidad principalmente de carros de combate y vehículos acorazados, lo cual me encantó. ¡Qué ilusión! ¡Tanques!

Disponía de casi quince días antes de tener que incorporarme, por lo que pensé en aceptar el ofrecimiento que en numerosas ocasiones me había hecho *herr* Müller y pasar en Müncheberg unas pequeñas vacaciones. Así podría estar con Hildegard y explicarle mejor los motivos que me habían llevado a presentarme voluntario.

* * *

El siguiente sábado, como de costumbre, me acerqué a Müncheberg y una vez más ella se encontraba esperándome. Al verme salió corriendo hacia mí, al igual que en otras ocasiones. También yo hice lo propio. Cuando estuvimos cara a cara ella sacó de su bolsillo la almendra del melocotón y me la mostró, yo saqué la mía del bolsillo de mi pantalón y las juntamos. Nos echamos a reír y la abracé y besé como nunca

antes lo había hecho. Durante unos segundos me arrepentí de haberme alistado, porque sabía que eso me iba a suponer una separación forzosa de Hilde. No quería separarme de ella, pero debía hacerlo.

—¿Qué te pasa hoy, Franz? ¡Estás más efusivo de lo normal! Y tienes los ojos vidriosos, como si fueses a llorar.

—No, amor mío, no me pasa nada. Solo quiero que sepas que, pase lo que pase, te amaré siempre.

—Ya lo sé, tonto. Yo también. Veo que vienes con una maleta. ¿Te quedarás unos días?

—Sí, una semana aproximadamente.

—¡Estupendo! Ya verás la de cosas que vamos a hacer. Iremos a bañarnos al río, a comer en nuestro pedacito de paraíso o al mercado a comprar, ¡ya verás! Te encantará. Vamos a casa, estarás cansado de llevar la maleta.

Juntos pasamos la semana más maravillosa que dos personas que se aman pueden pasar. Durante todo ese tiempo no encontré el momento apropiado para hablar con ella de mi decisión, de nuestro futuro o de mis sentimientos hacia ella. Estuvimos bañándonos en el río, fuimos de pesca, a comprar al mercado e incluso a una especie de feria de ganado y animales de granja, donde compré una pareja de pollos de pavo real que le regalé y que ella misma se encargó de sacar adelante como si fuesen sus propios hijos. Me deleitaba viendo la delicadeza con la que les daba de comer dentro de aquella pequeña caja de cartón, y cómo los pollos la miraban cuando les hablaba con su aterciopelada voz. Todo fue muy bonito y los días pasaron como se pasa del otoño al invierno, sin darse uno cuenta.

Ya el último día fuimos a comer a aquel idílico rincón del bosque, a nuestro pedacito de paraíso, como lo llamaba Hilde. Debía armarme de valor y hablarle con franqueza para hacerle entender que mi decisión de alistarme y ella eran dos caminos distintos y que me encontraba en un dilema.

Tras comer, nos sentamos en el viejo y podrido tronco a escuchar abrazados el ruido del agua al chocar contra los cantos rodados, a la vez que dos libélulas volaban a escasos centímetros del riachuelo observándolo todo, a modo de improvisados testigos de tan idílico amor. Un pequeño palo viajaba por el agua sorteando las piedras hasta que se quedó enganchado en un saliente de la orilla. Hubiese podido quedarme así siglos. Decidí entonces que debía decírselo, aun a sabiendas de que ese momento desaparecería.

—Hilde, amor mío, debo decirte algo. Por lo visto la guerra con nuestros vecinos es poco menos que inminente. A principios del año que viene van a empezar a llamar a filas a la gente, entre los cuales estaría yo. Mi casero, que está muy bien informado, me recomendó que me presentase voluntario para poder así acceder a mejores puestos que la gente de los reemplazos.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Has decidido algo?

—Sí, cariño, ya me he alistado —le respondí.

—¿Ya? Me da miedo esta situación, Franz. No quiero que te vayas —comenzó a llorar.

—Lo sé, pero entiende que he tomado esta decisión con la intención de estar mejor y más cerca de ti. Además, no debes preocuparte, me han destinado en la 1.^a División Ligera de Wuppertal, cerca de Dortmund. Es una unidad de carros blindados, iré protegido. Vendré a verte siempre que pueda y te escribiré todas las veces que me sea posible. ¡Ya verás, estaremos en contacto continuamente! Lo que no quiero es que pienses que me das igual, porque no es así. El ir voluntario creo que representará una mejoría notable con respecto a la gente de los reemplazos. Piensa también que ganaré mucho más que en el taller. Te iré mandando dinero para que lo guardes, y cuando todo esto termine, nos compraremos una casa y nos casaremos. ¿Te parece bien?

—Sí, me parece una idea estupenda. —Comenzó a sonreír—. Y tendremos hijos y formaremos una familia. Me gustaría tener también algo de terreno para poder cultivar tomates, pepinos o cebollas...

—Cuenta con ello. No sé el tiempo que va a durar esta situación e incluso no sé ni siquiera si ganaremos la guerra, pero siempre que te encuentres mal, sola o triste piensa en nuestro proyecto, en nuestro futuro, porque cueste lo que cueste lo llevaremos a cabo. Te lo prometo.

—Prométeme también que cuando todo esto termine nunca más nos volveremos a separar. —Se abrazó a Franz.

—Te lo prometo.

Era mi última noche allí y no podía dormir pensando en qué me depararía el futuro a partir de aquel momento. ¿Quizás me matasen? ¿Quizás fuese mi última noche cerca de Hilde? Un aluvión de preguntas surgió en mi cabeza. Debía decírselo a mi abuela, la pobre ni se lo imaginaba. Me sentía raro, con muchos sentimientos encontrados: por un lado, la idea de servir en el ejército no me disgustaba, es más, tenía hasta ganas de cambiar un poco de aires y conocer algo de mundo; por otro lado, dejar de ver a Hildegard me aterraba y el hecho de que me matasen y el sufrimiento que ese hecho le ocasionaría todavía me aterraba más. No sabía si estaba haciendo bien. Pero ya era demasiado tarde, la decisión estaba tomada y no había marcha atrás.

A la mañana siguiente (todavía recuerdo ese día, el 25 de julio de 1939) preparé mis cosas y desayuné con Hilde y su padre, que me llevaría con el carro a la estación de ferrocarril de vuelta a Berlin. Muy sabiamente *herr Müller*, antes de irnos, se fue a la nave de los animales con la intención de que su hija y yo pudiésemos despedirnos en la intimidad.

—¡Bueno, cariño! Recuerda lo que hablamos ayer. Tú estate tranquila, no sufras por mí, sé cuidarme. Y recuerda que nunca he querido a nadie como te quiero a ti. Todo esto pasará y entonces nos tocará mover ficha a nosotros, a ti y a mí.

—De acuerdo, Franz. Te he hecho un pequeño colgante de lana para que lleves

siempre encima la almendra del melocotón. —Ella lo colgó de mi cuello y saqué del pantalón mi almendra, para guardarla dentro del colgante—. Te amo.

—¡Adiós! —me despedí.

A medida que me iba alejando en el carro, la figura de Hilde se hacía más y más pequeña hasta que la perdí de vista. A partir de ese día ya nada volvería a ser como antes.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO III

SANGRE

Julio de 1939

Ya lo tenía todo preparado. Al día siguiente por la noche cogería el tren para estar el día 30 por la mañana en Wuppertal. Solo faltaba que me despidiese de los Wagner y de Helmuth, cosa que hice en cuanto tuve la oportunidad.

—*Herr* Wagner, disculpe. ¿Puedo pasar? —El casero se encontraba en su despacho.

—Sí, Franz, por supuesto. Adelante, chico.

—Mire, como ya sabe, al final me alisté voluntariamente y, como ya le dije la semana anterior, tengo que estar pasado mañana en Wuppertal, en la 1.^a División Ligera; así que, si mañana no coincidimos, prefiero despedirme de usted y de *frau* Wagner hoy a no despedirme.

—Me parece bien, chico. En ese caso, voy a avisar a mi mujer. ¡Anna!... ¡Anna!
—gritó su nombre y en escasos segundos mi casera estaba allí.

—Dime, cariño. ¿Necesitas algo?

—Sí. El chico se va al ejército y por lo tanto, casi con toda seguridad, a la guerra. Ha caído en una buena unidad, son carros blindados y vehículos acorazados, verá máquinas que ni siquiera sabe que existen. En tecnología estamos muy por delante de nuestros adversarios.

—Cuídate mucho, Franz, por favor. Me da mucha pena que te vayas. Queremos verte de vuelta. Siempre que pases por Berlín recuerda que aquí tienes tu casa. Has sido un excelente inquilino y un magnífico y refinado chico.

—Así lo haré, *frau* Wagner. Muchas gracias a ustedes por la confianza y la ayuda

que me han proporcionado. —Su rostro mostraba una gran tristeza y me dio dos besos de despedida, tras lo cual se fue sollozando.

—Debes perdonarla. Ya sabes... —explicó—. Se acuerda de nuestro hijo... ¡Bueno, Franz! Mucha suerte. Y si tienes cualquier problema en la unidad, no dudes en hacérmelo saber.

—Muchas gracias, *herr* Wagner. Mi intuición me dice que saldrá todo bien. Adiós.

A Helmuth no lo vi hasta tres horas antes de coger el tren. Por un momento pensé que me iría sin despedirme de él. Estaba en mi habitación, terminando de preparar la maleta, cuando le oí llegar.

—Hola, ¿qué haces? ¿Te vas ya? ¿No era la semana que viene?

—No, amigo, el día 30 de julio, es decir, mañana.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo? ¿Crees que servirá de algo? ¿No te convendría más esperar a tu reemplazo?

—Sí, Helmuth, estoy seguro al cien por cien. Debo hacerlo. Aunque te parezca extraño, estoy muy ilusionado con este cambio de rumbo en mi vida. Conoceré gente nueva, otros lugares, otras experiencias...

—¿Y si te matan o te hieren?

—¡No seas agorero! También puedo salir a la calle y que me atropelle un camión, como casi me pasó aquella vez. Mira, Helmuth, no le des más vueltas. Cuando te llamen cumple con tu obligación, y lo que sea será. El destino de una persona en su mayor parte está escrito y hay cosas que no se pueden cambiar.

—No se trata de cumplir o no con mi obligación, es que ¿acaso tengo otra alternativa que no sea un tiro en la cabeza o la horca? ¿Qué va a pasar con mi hermana? ¿Cómo se lo ha tomado?

—Ya hablé con ella y lo entendió perfectamente, la mantendré informada de mi situación en todo momento y me acercaré a verla siempre que pueda.

—Amigo mío y futuro cuñado, que tengas mucha suerte y cuídate mucho. No te hagas el valiente, los cementerios están llenos de héroes. Si te pasase algo, sería una gran pérdida. Eres una buena persona.

—Gracias, amigo, estaremos en contacto. Cuando te llamen a filas, no olvides mandarme una carta para indicarme la unidad en la que te hayan destinado.

—De acuerdo. —Los dos nos abrazamos y él se marchó de la habitación cabizbajo.

* * *

A las 21:30 horas estaba en la estación de ferrocarril de Berlin, dispuesto a coger el tren que me llevaría hasta mi unidad en Wuppertal. Había muchos chicos jóvenes como yo, con sus maletas y despidiéndose de madres, padres o novias. Supuse que su destino, si no igual, sería muy similar al mío. Al subir a mi vagón tomé asiento y coloqué como pude la maleta entre mis piernas, ya que no había sitio alguno donde

dejarla.

El tren iba repleto de gente, de los cuales la gran mayoría no tenía más de treinta años. Apenas había personas más mayores y era patente la ausencia casi completa de mujeres.

Escogí un sitio junto a la ventana, ya que prefería apoyarme en el cristal para dormir algo durante el trayecto, que duraría prácticamente toda la noche. A las 22 horas el convoy comenzó a moverse. A mi derecha se sentó un chico muy joven, con cara de asustado y de no haber salido nunca de casa hasta entonces, con pecas por toda la cara, algo nervioso y de pelo rubio muy corto. Enseguida entablamos conversación.

—Qué cantidad de gente, ¿verdad?

—Sí —contestó Niko—, y a juzgar por las despedidas en la estación, supongo que todos iremos a lo mismo, al ejército. Mi nombre es Nikolas, pero todo el mundo me llama Niko.

—Encantado, Niko, yo soy Franz. ¿Hasta dónde vas tú?

—Hasta Hannover. Voy destinado a la 19.^a División de Infantería. En realidad deberían haberme enviado a alguna unidad de Berlín, pero supongo que necesitarán gente en otras unidades. ¿Y tú?

—Yo sigo hasta Wuppertal, a la 1.^a División Ligera. A mí me ha pasado lo mismo. Pero, si no es indiscreción, ¿cuántos años tienes? ¡Pareces muy joven!

—Tengo dieciocho años. A lo mejor te parece raro, pero llevo toda la vida deseando ser militar, es mi verdadera vocación. Mi padre y uno de mis tíos también lo son.

—No, no me parece raro, al revés, me parece estupendo que una persona tan joven como tú tenga las ideas tan claras respecto a su futuro. Yo pocas veces he tenido claro qué es lo que quería y siempre me he inclinado en cierta forma a dejarme llevar un poco por las circunstancias de la vida. Tú sin embargo tienes una idea, un proyecto, y decides ir a por él. Es estupendo, créeme.

—No sé al final cómo saldrá toda esta aventura. Estoy muy ilusionado, pero me preocupan mis padres, ya sabes... No sé si me explico. Yo soportaría perfectamente que me hiriesen o algo peor, incluso la muerte, porque es mi decisión, es lo que quiero ser y hacer, por lo tanto asumo las consecuencias; pero no me perdonaría que mi madre sufriera. Me resultaría muy cruel y egoísta por mi parte, así que no me ha sido fácil tomar esta decisión. Pero al final llegas a la conclusión de que uno debe hacer aquello que ama, aquello sin lo cual no sería uno mismo, con independencia de sus consecuencias.

—Sí, creo que tienes toda la razón. A mí me pasó algo parecido cuando dejé a mi abuela para venirme a Berlín a buscarme un futuro. A veces me arrepiento cuando pienso en lo sola que estará, pero... ¿qué iba a hacer? ¿Vivir allí toda mi vida? Debía hacerlo, aunque en ocasiones me sienta mal.

Estuvimos hablando durante bastante tiempo. Teníamos casi que gritar porque

entre el ruido del propio tren y el que armaban un grupo de chicos, que no dejaban de festejar su alistamiento cantando canciones y bebiendo vino, apenas nos oíamos. Ya de madrugada llegamos a Hannover, donde bajó Niko y también donde afortunadamente se bajó el grupo de chicos que estaba armando escándalo. Estuvimos parados durante bastante tiempo, supongo que por cambio de maquinista o por la bajada y subida de pasajeros. En el vagón se respiraba algo más de tranquilidad y por fin pude dormirme. Sobre las 07:30 horas llegamos a Wuppertal. Tenía la espalda hecha trizas de dormir en aquel incómodo asiento.

Cogí mi maleta y me dirigí hasta el acuartelamiento, donde ya había otros chicos esperando en el control de entrada para acceder al interior. El complejo militar era muy grande, con altos muros de cemento y grandes espacios.

Entramos en una oficina bastante amplia donde solo había cuatro mesas y, en la pared, un retrato del Führer. En cada una de ellas había un soldado al que debíamos entregar la documentación que nos dieron en la Wehrersatzdienststelle. Tras entregarla, el soldado escribió algo en mis papeles y me dijo que me dirigiese a una segunda estancia contigua, donde me darían el equipo, uniforme y camareta asignada para después dirigirme a mi unidad, el 4.º Regimiento de Infantería Motorizada.

Me entregaron la ropa, el casco, botas, una mochila, un pesado abrigo, una máscara antigás y algunas cosas más. Me faltaban manos para poder llevar todo ese material. Localicé como pude mi unidad, preguntando a los soldados que me iba encontrando. Era una nave de tres alturas y de grandes proporciones, alineada con otras tantas de similares características. Cuando entré hacía frío y olía bastante mal, una mezcla entre sudor, olor a pies y lejía, pues allí pernoctaban entre seiscientas y setecientas personas. Sin embargo, todo estaba bastante ordenado y limpio.

Sobre las 12:00 horas nos mandaron formar de paisano en un enorme patio. Allí comenzaron a llamar por megafonía. Nos llevaron a una especie de garaje con grandes ventanales, parecido a un hangar, donde había gran cantidad de vehículos ligeros, como Kübelwagen^[21] y motocicletas.

Un teniente muy amable nos explicó que, en función de la información que facilitamos el día de nuestro alistamiento, habíamos sido seleccionados como conductores de motocicletas. Éramos un grupo de unos quince muchachos.

Me llevé una gran alegría, nunca pensé que saber llevar una motocicleta me iba a servir de algo. Me hacía mucha ilusión, ¡qué servicio más divertido! Me fue asignada una preciosa BMW con sidecar. Sentado a mi derecha, en el interior de la barca, iba otro soldado llamado Klaus, un chico delgado, no muy alto y moreno, de gran nariz y grandes manos, muy chistoso y entretenido, que parecía no tener nunca miedo, siempre se estaba riendo y haciendo bromas, parecía darle todo igual. Era oriundo de un pequeño pueblo al sur de Alemania, muy cerca de Austria, llamado Prien. Klaus hacía que todo pareciese una broma y que uno no se tomase en serio la solemne voz con la que los mandos militares nos daban las órdenes.

La guerra con Polonia era inminente, de hecho estuvimos varios días realizando

ejercicios tácticos y los mandos no hacían otra cosa que motivarnos con frases como «¿Quiénes se han creído que son estos polacos de mierda?», «Polonia es nuestra, la conquistaremos para el Führer», o «Nuestros Panzer^[22] los aplastarán como cucarachas». Ya no había marcha atrás.

Recuerdo estar en la formación, todos de uniforme, con nuestra equipación. Éramos miles de soldados, perfectamente ataviados y listos para el combate. Mirabas hacia delante y solo veías cientos y cientos de cascos en fila uno tras otro, como una perfecta estructura de ingeniería. La música, las banderas, las armas... Se te ponían los pelos de punta, te sentías inmortal, parte indispensable de algo vital, de algo grandioso, sentías que cambiarías la historia, derrochábamos patriotismo y excitación. Era muy difícil, por no decir imposible, no dejarse llevar por todo aquel teatro, por toda aquella escenificación meticulosamente estudiada y preparada para que te sintieses parte de un todo. Cualquiera que haya estado en una formación militar sabe a qué sentimiento me refiero.

Nuestra unidad formaba parte del Grupo de Ejércitos Sur, cuyo mando estaba a cargo del mariscal de campo Von Rundstedt.

A mediados de agosto recibimos la orden de posicionarnos en Silesia, desde donde entraríamos en Polonia, en compañía del 8.º Ejército. El viaje desde Wuppertal hasta allí resultó agotador, pero a finales de mes estábamos ya preparados y posicionados.

El día 1 de septiembre de 1939, un poco antes de las 05:00 horas, llegó la orden desde Berlín. ¡Adelante! Al principio pasamos la frontera y todo parecía muy fácil, yo estaba tremendamente nervioso, algo normal teniendo en cuenta que no se invadía un país todos los días, con el consiguiente riesgo que conllevaba esa situación. Tenía una sensación extraña, como si estuviese saltando la valla de una finca privada para robar una gallina. Algo en mi interior me decía que no debíamos estar allí. Tras algunos kilómetros recorridos en el interior de Polonia, comencé a relajarme al no encontrar resistencia alguna por parte de las tropas polacas. Llegué incluso a hacerle gestos y muecas a Klaus, como si estuviese aburrido.

No se veía el principio de nuestra columna. Era increíblemente larga y, cuando mirabas hacia atrás, solo veías una gigantesca nube de polvo. Todos aquellos vehículos blindados, los enormes Panzer, nuestros uniformes, las motos, el rigor, la organización y la entrega hicieron que me sintiese por primera vez en mi vida parte de algo muy grande, parte de un colosal proyecto al que yo iba a contribuir. Me sentía orgulloso de formar parte de todo aquello que, sin duda, cambiaría el mapa político de Europa.

Hacía un día claro, despejado, pero con algunas pequeñas nubes en el horizonte. Nosotros íbamos detrás de un blindado, tragando gran cantidad de polvo y porquería. La carretera era pésima, nada que ver con las carreteras alemanas. Nuestro Grupo de Ejércitos Sur era el más grande y mejor equipado de todos los que aquel día invadimos Polonia.

Cuando llevábamos recorridos unos treinta kilómetros, nos encontramos de frente con una masa boscosa bastante densa, en cuyo interior se encontraba esperándonos la primera línea defensiva polaca. Ahí tuvimos nuestro primer enfrentamiento con el enemigo. Klaus y yo, al igual que el resto de motoristas, nos bajamos de nuestras motos y nos pusimos a cubierto, intentando repeler el fuego de los polacos. Las manos me temblaban de miedo y me daba cierta rabia ver cómo Klaus, a la vez que apuntaba con su fusil y disparaba, no dejaba de reír y hacer comentarios jocosos. Yo no sabía muy bien dónde disparar, entre los nervios y la confusión del momento. Era la primera vez en mi vida que me veía en una situación así, tenía miedo y mi corazón parecía salirse del pecho. Tampoco creo que Klaus disparase a alguien en particular, ya que todo era fuego de artillería y los polacos se encontraban bastante alejados de nosotros como para darle a alguno con nuestros fusiles.

Tras un par de horas empecé a asimilar la situación y me empecé a encontrar algo más cómodo y suelto. A veces costaba coger una bocanada de aire limpio y fresco, todo el aire que se podía respirar apestaba a humo de pólvora o a leña quemada. Los polacos con los que nos enfrentamos no parecían ser muchos, por lo que al poco tiempo cesó el ataque y se retiraron.

Sin embargo, la 4.^a División Panzer, la cual formaba parte de nuestro 10.^o Ejército, tuvo serios y encarnizados combates, con un gran número de bajas alemanas en las cercanías del pueblo de Mokra, al enfrentarse contra una brigada de caballería polaca.

Apoyando a la brigada de caballería existía un tren blindado que presentó cara a los Panzer, a muy corta distancia, hasta que la Luftwaffe^[23] con sus Stukas^[24] se encargaron de él y lo inutilizaron. Nuestro cometido consistía en pasar entre los dos grandes ejércitos polacos de Lodz y Krakow, que teníamos enfrente, cruzar el río Warta y envolver a las fuerzas polacas a lo largo de la frontera occidental, para posteriormente dirigirnos sin demora a Varsovia.

Al día siguiente circulábamos a baja velocidad cuando, de repente, una patrulla de reconocimiento nos alertó de la presencia de aviones polacos. Rápidamente rompimos la formación y procuramos ponernos a cubierto mientras nuestros cañones antiaéreos de 20 mm se preparaban. Enseguida pudimos verlos en el cielo, dirigieron sus bombardeos contra nuestras posiciones más avanzadas, aunque no llegaron a donde nos encontrábamos nosotros. Nuestros antiaéreos consiguieron derribar algunos aparatos polacos aquel día.

El cuarto día habíamos conseguido cruzar el río Warta a través de un puente que no dinamitaron los polacos y en la siguiente jornada romper la unión que existía entre los ejércitos de Lodz y Krakow, gracias a la brecha producida por la 1.^a División Panzer, tras un intenso combate con la caballería e infantería polacas.

Klaus me dijo que el conductor de un blindado le había comentado que el día anterior, el día 3, Francia y Reino Unido nos habían declarado la guerra. ¿Qué pasaría entonces? ¿Francia o Reino Unido ayudarían a Polonia? Esto se empezaba a

complicar demasiado. Me preocupaba que Polonia encontrase aliados.

Íbamos en dirección a la ciudad de Kielce para desde allí encauzar nuestra marcha hacia Varsovia, lo que en principio iba a ser muy rápido y sencillo, ya que la topografía desde Kielce hasta Varsovia era muy llana y los Panzer podrían coger velocidad. Los mandos decidieron que debíamos hacer una parada en el pueblo de Miniszek para descansar, comer algo y revisar armas y vehículos, ya que las tropas polacas se habían retirado a la orilla oriental del río Vístula, y de momento podíamos estar algo más tranquilos. Nos encontrábamos completamente agotados, dormíamos poco y mal, a veces incluso sin bajarnos de la moto.

Allí estuvimos durante todo el día 7. Ya hacía una semana que habíamos traspasado la frontera y no había tenido ni un momento para poder escribir a Hildegard o a mi abuela, la cual ni siquiera sabía que estaba en el frente. La mayor parte del día Klaus y yo nos la pasamos durmiendo y, ya al caer la tarde, revisé el nivel de aceite de la moto y tensé un poco los frenos, pues no iban a mi gusto. Al comenzar la noche y a escondidas, pues no se podían encender las linternas, empecé a escribir a Hildegard, resumiéndole toda la semana, omitiendo a los compañeros muertos o heridos y el enfrentamiento con las tropas polacas.

Pasamos por pequeños pueblos, completamente destrozados por la artillería o por la Luftwaffe, parando en alguno de ellos con la intención de descansar y buscar algo para comer, pero no encontrábamos nada y lo poco que había daba asco.

Ver a compañeros muertos por el fuego enemigo me impresionó bastante. Nunca antes había visto un cadáver aparte del de mi abuelo y, en siete días que llevaba allí, ya había visto decenas. Lo peor no fue verlos, sino las condiciones en las que quedaban los cuerpos en ocasiones. Cuerpos desmembrados, con la cabeza abierta como una sandía o con enormes heridas por donde se les salían los intestinos. Todo esto me afectaba sobre todo a la hora de conciliar el sueño. Creía que iba a ser distinto y me acordaba mucho de Hildegard.

Íbamos bastante rápido. Nuestro avance era imparable. A veces estaba eufórico, contento y orgulloso de nuestros triunfos. Me sentía pletórico. Todo aquello me empezaba a gustar, aunque hubiese cosas con las que no estaba de acuerdo. Al día siguiente llegamos a un pequeño pueblo llamado Radzanow, al norte de la ciudad de Radom, donde volvimos a detenernos en espera de nuevas órdenes. Solo estuvimos allí unas horas, ya que las nuevas órdenes consistían en dirigirnos a la mayor brevedad posible a la orilla sur del río Bzura, muy cerca de Varsovia.

El día 9 nos comunicaron que la 4.^a División Panzer se encontraba ya a las afueras de Varsovia. Recuerdo que esa noticia fue como una inyección de moral para todos nosotros. Nos pareció mentira que en tan solo nueve días una unidad de nuestro 10.^o Ejército hubiese conseguido llegar ya a los suburbios de Varsovia. Todos sabíamos que Varsovia no sería fácil, pero si caía, caería toda Polonia.

En poco más de veinticuatro horas nos encontrábamos en la orilla sur del río Bzura. Hasta ahí habíamos tenido algunas ocasiones comprometidas, pero nada que

ver con lo que nos esperaba en los próximos diez días.

El 8.º Ejército pretendía cerrar en una bolsa al ejército polaco, pero este, al percatarse de la maniobra, lanzó una dura contraofensiva que, aparte de ocasionarnos numerosas bajas, obligó a nuestros compañeros a retroceder desde las posiciones donde se encontraban, unos veinte kilómetros. Nuestro cometido era apoyar al 8.º Ejército y terminar de aislar y cerrar a los polacos.

Llegamos a un pueblo llamado Mszczonow. El pueblo estaba totalmente destruido y en principio no debería representar un problema, pero estábamos pendientes en todo momento de posibles francotiradores o de la existencia de minas. Pocas eran las casas que se encontraban en pie, casi todas estaban totalmente destrozadas y las que conservaban la fachada estaban huecas por dentro. Procurábamos no andar junto a las edificaciones ante el peligro de derrumbamiento, pero por otra parte era muy arriesgado andar por medio de la calle sin cubrirte con nada, ya que te convertías en un blanco seguro. El día estaba despejado y a lo lejos se podían apreciar algunas columnas de humo negro. Allí nos reagrupamos y se nos dieron las órdenes precisas respecto a las posiciones y los avances que debíamos llevar a cabo.

Parte de mi batallón debía colocarse como a unos diez kilómetros al oeste de donde nos encontrábamos y, junto con la artillería, ir avanzando tras los Panzer hacia el pueblo de Lowicz. Klaus y yo nos preparamos y con el resto del dispositivo nos pusimos en marcha.

Nada más salir del pueblo donde estábamos, el paisaje cambió radicalmente, y si hasta entonces habíamos podido disfrutar de grandes llanuras, a partir de ese momento comenzamos a entrar en zonas más elevadas y boscosas. Hacía fresco, sobre todo en moto. Todo iba bien, Klaus estaba muy callado y yo algo nervioso. De repente, la columna en la que íbamos se empezó a desplegar y se nos ordenó que nos pusiésemos a cubierto. Algunos Panzer pararon en seco y comenzaron a abrir fuego. Entonces comenzamos a recibir fuego enemigo. Vimos cómo un vehículo blindado nuestro, que se encontraba como a unos trescientos metros de nosotros, fue alcanzado por la artillería polaca y comenzó a arder, a la vez que uno de sus ocupantes salía corriendo envuelto en llamas, gritando desesperadamente para que alguien le aliviase de ese infierno, hasta que cayó al suelo muerto. Klaus saltó del sidecar cuando apenas había detenido la moto. Yo hice lo mismo y la moto continuó en marcha unos cuarenta metros hasta que se caló. Nos pusimos a cubierto y a apuntar con nuestros fusiles, pero no alcanzábamos a ver nada. Estuvimos en esa posición cerca de una hora, hasta que pudimos avanzar de nuevo.

Esa noche no dormimos mucho porque no disponíamos de tiempo para ello. Las órdenes eran claras: llegar a Varsovia cuanto antes. A lo lejos, en el silencio de la noche, se oían las detonaciones de la artillería de ambos bandos. El verdadero núcleo duro de la batalla aún nos quedaba un poco retirado.

—Klaus, ¿consigues dormirte?

—No, ¿por qué? ¿Tú tampoco?

—No consigo quitarme de la cabeza la imagen del soldado saliendo del blindado ardiendo vivo. ¡Podríamos haber sido cualquiera de nosotros! ¿Le conocías?

—Ese chico en concreto no sé quién era, pero me había cruzado alguna vez con alguno de los ocupantes de ese blindado. ¡Tienes que acordarte, seguro que los has visto por ahí! ¿Recuerdas una mañana de mucha niebla que junto a un kübelwagen había un chico intentando afeitarse y se quejaba de que la maquinilla no cortaba nada, y detrás de otro vehículo había dos chicos observándole y riéndose porque le habían quitado la cuchilla de la maquinilla para gastarle una broma?

—Sí, ya lo recuerdo. ¿Eran esos tres chicos? ¡Dios! ¡Qué pena!

—Sí, una pena, pero mejor ellos que nosotros, ¿no? —dijo sonriendo—. Intentemos dormir algo, no disponemos de mucho tiempo.

En los tres días siguientes conseguimos avanzar bastante y llegar hasta las inmediaciones del pueblo de Lowicz, y antes de que pudiésemos tomar posiciones, los polacos comenzaron a acribillarnos con su artillería. Varios Panzer fueron alcanzados de lleno y sin ni siquiera poder bajar de la moto oí silbar varios proyectiles sobre mi cabeza. Me tiré al suelo y entre Klaus y yo volcamos la moto con el fin de parapetarnos tras ella. Al contrario que en otras ocasiones, donde el fuego había sido principalmente de artillería, oír proyectiles significaba que habría infantería polaca no muy lejos. Sentí verdadero terror, estaba tras la moto y notaba latir a mil por hora mi corazón. Por un momento me acordé de mi abuela y de Hildegard y temí no volver a verlas. Las manos me temblaban y era incapaz de montar el fusil mientras algunos proyectiles impactaban a mi alrededor. Miré a Klaus y por primera vez no se reía; todo lo contrario, nunca le había visto tan serio. No podíamos hacer otra cosa que no fuese cubrirnos y esperar, porque si levantábamos la cabeza estábamos muertos.

Un proyectil de artillería cayó tan cerca de nosotros que nos saltó a la cara gran cantidad de tierra. Era una situación muy comprometida, nunca había pasado tanto miedo. Mientras mi cabeza trabajaba a toda velocidad, intentando analizar toda la información que recibía segundo a segundo, se oía gritar a compañeros que habían sido alcanzados, el ruido de los motores de los blindados o las explosiones. El olor era tremendamente desagradable, una mezcla de gasolina, carne quemada y pólvora.

A los pocos minutos, los cuales se me hicieron eternos, aparecieron unos compañeros con una MG-34^[25], abrieron fuego y tras unos angustiosos momentos nos dijeron que estaba despejado y que avanzásemos.

Al ponerme en pie noté cómo las piernas me flojeaban del miedo. Salimos corriendo en diferentes tramos hasta una pequeña elevación del terreno que se encontraba como a unos cuatrocientos metros y donde estaban apostados ya otros soldados. Abrimos fuego contra un grupo de polacos que pretendían evitar nuestro avance, pero, la verdad, no hice mucho por intentar darle a alguno, algo en mi interior quería evitar matar a alguien y disparaba más por asustar que por herir. Todos los días nos enfrentábamos a los polacos, yo no sabía cuándo terminaría eso, no quería estar

allí. Hubiese dado mi brazo derecho por volver a Alemania. Tenía momentos de euforia y alegría alternados con momentos de asco y repulsa hacia todo aquello. Eso me generaba no pocas dudas sobre mi posición frente a aquel conflicto.

* * *

Durante varios días la Luftwaffe estuvo bombardeando las posiciones enemigas y tras casi diez días de combates, el 21 de septiembre, los ejércitos polacos de Poznan y Pomorze se rindieron. Aquella batalla fue la más sangrienta y dura librada en la campaña de Polonia y costó la vida de miles de personas en uno y otro bando. Ese día nos enteramos de que cuatro días antes los rusos habían invadido Polonia por su frontera del este.

Al día siguiente y con el horizonte despejado, nos dirigimos a Varsovia. Nuestro cometido sería cercarla y obligar al ejército polaco, que se encargaba de protegerla, a rendirse incondicionalmente. El final estaba cerca y Klaus y yo algo más tranquilos.

El día 23 se planeó el primer asalto a la capital, que fue ferozmente repelido por las unidades polacas, así como por un nutrido grupo de civiles, voluntarios de la resistencia. Todos, incluso los polacos, sabíamos que entrar en Varsovia era solo una cuestión de tiempo.

Dos días más tarde, empleando a fondo la artillería y apoyados por la Luftwaffe, se bombardeó la ciudad manzana por manzana durante cuarenta y ocho horas. Tal fue la cantidad de bombas que lanzaron los Stukas sobre la capital que provocaron una inmensa nube de humo y polvo, lo que ocasionó que algunas de esas bombas cayesen encima de nuestra infantería debido a la falta de visibilidad, con las consiguientes bajas. Fue un error imperdonable por el que los mandos de estas unidades protestaron enérgicamente ante la Luftwaffe, llegando el mismo Führer a tener que intermediar en el conflicto.

Tras esta lluvia de fuego, el día 27 de septiembre Varsovia se rindió. Nos ocupamos de peinar la capital y revisar casa por casa. Las Feldgendarmerie^[26] se encargaban de arrestar a todos los judíos que encontraban a su paso, aunque a veces también nos tocaba a nosotros colaborar. Vi muchas cosas que no me gustaron y con las que nunca estaré de acuerdo, pero yo era el último eslabón de una larga cadena y mi opinión, aparte de comprometerme y buscarme problemas, carecía de importancia.

Solo quedaban algunos pequeños reductos en Kock y Modlin con ejércitos polacos que se negaban a aceptar la realidad, pero el día 6 de octubre Polonia entera se rindió. ¡Habíamos ganado! Lo celebramos por todo lo alto, no sin recordar a los compañeros que habían caído, sin los cuales no hubiésemos conseguido esa victoria. Ahora Polonia o, mejor dicho, la mitad de Polonia era nuestra, ya que la otra mitad les pertenecía a los rusos.

Todo aquello supuso mi bautismo de fuego y había logrado trabajar y colaborar en mi unidad como el que más, sin llegar a matar o herir a nadie, lo cual de alguna

forma me enorgullecía. Habíamos ganado, sí, efectivamente, pero Polonia puso de relieve los fallos y las carencias que existían en ciertas unidades, concretamente en las Divisiones Ligeras, como la mía, por lo que mi unidad a partir del 18 de octubre se reformó en profundidad y pasó a denominarse 6.^a División Panzer.

Mi unidad fue trasladada de inmediato a la frontera con Holanda, concretamente a las inmediaciones de la ciudad de Kleve, ya que después de habernos declarado la guerra los franceses se esperaba un ataque inminente.

Conseguí que me autorizasen un permiso de quince días y obviamente lo primero que hice fue ir a ver a Hildegard. Estaría preocupada, ya que llevaba más de dos meses sin verla y apenas había podido escribirle dos o tres veces.

En el tren, de camino a Berlín, viendo el paisaje por la ventanilla caí en la cuenta de lo maravilloso que era mi país, del futuro que tenía y de que todo aquello que mis ojos veían pertenecía a nuestro imperio, a Alemania.

La gente que subía al vagón, al verme de uniforme, me sonreía y algunos me estrechaban la mano y me felicitaban, dándome ánimos para seguir. Me sentía como un héroe al que todos admiran por su valentía, a la vez que muy orgulloso de nuestros logros, aunque no estuviese del todo de acuerdo con las formas. Me sentía más maduro, como más pesado, con más aplomo. Sin duda alguna el fragor de la batalla me había influenciado en apenas dos meses.

Entre el tren hasta Berlín y luego el autobús, llegué a Müncheberg sobre el mediodía. Había una densa bruma que apenas permitía ver a más de cincuenta metros, el típico ambiente otoñal. A veces parecía que el sol conseguía alcanzar los campos, pero sus intentos eran inútiles. Todo el campo estaba cubierto de rocío. Bajé del autobús, servicio que habían restablecido aunque temporalmente, cogí todas mis cosas y me subí el cuello del abrigo. Comencé a andar por el mismo camino que tantas veces había hecho, acompañado como de costumbre por mis viejos amigos los chopos, testigos indudables de la que ya era la mejor parte de mi vida. Una suave brisa movía las pocas hojas que aún les quedaban, a la vez que hacía que otras cayesen al suelo después de no conseguir aferrarse a las alturas.

Tenía muchas ganas de ver a Hilde, estaba ansioso. Los tres kilómetros del camino ese día se me hicieron como veinte. Por fin oí a las ocas, antes incluso de ver la casa. Salí corriendo y al final del túnel de bruma estaba ella, dándoles de comer. Se giró repentinamente y me vio. Dejó caer el pequeño saco de maíz, a la vez que salió corriendo hacia mí. Yo también solté todo lo que llevaba, sin preocuparme si caería encima del barro. La abracé con tanta fuerza que temí haberle hecho daño. Era el momento más maravilloso de mi existencia después de todo lo que había visto y pasado.

Mientras mi nariz se enredaba en su pelo, yo no hacía otra cosa que recordar las escenas de horror y muerte que había vivido apenas unos días antes. Comenzaba a darle mucho más valor a la vida, pero especialmente a esas pequeñas cosas que en el día a día pasas por alto y que hacen entre todas tu mundo, tu existencia.

La amaba con locura. Fue tal la felicidad que ambos sentimos en ese momento que comenzamos a llorar a la vez que nos besábamos. Nunca antes había sentido nada igual. Dos meses atrás creía que ya no la podía amar más, que era imposible, y sin embargo en ese momento me di cuenta de que la quería cien veces más que entonces.

Entramos en la casa y sin decir ni una sola palabra, mirándonos a los ojos, ambos declaramos ante Dios el amor que sentíamos. No había que hablar, no era necesario hacer nada, estar así en silencio mirándonos frente a frente, sin máscaras, sin miedos, ya era un fin por sí solo. La felicidad completa. Yo cogí el colgante que tiempo atrás me había regalado Hilde, donde guardaba celosamente mi media almendra de melocotón, y la saqué para juntarla con la de ella. Este hecho se había convertido en una especie de ritual que no hacía más que renovar nuestro amor y nuestro compromiso, como si de un contrato se tratase.

Ambos no queríamos otra cosa que no fuese estar juntos en aquella pequeña casa, en medio del campo, en un pequeño pueblo de Alemania. Para nosotros ese era nuestro universo. Fuera de esos límites el mundo era otro, con personas que se mataban unas a otras por ambiciones desmesuradas, que no hacían otra cosa que producir dolor, mucho dolor.

Tras un largo rato observándonos, mirándonos, en definitiva, amándonos, se rompió el silencio, ya que oímos el carro de *herr Müller* que volvía del pueblo, y ambos salimos a recibirle.

—Buenas tardes, *herr Müller* —le dije—. ¿Cómo se encuentra?

—¡Pero bueno, qué sorpresa! ¡Has vuelto! Me da mucha alegría volver a verte, chico. Dame un abrazo.

—Muchas gracias. ¿Qué tal está usted?

—Solo regular. Con esta humedad las antiguas heridas de guerra me hacen sufrir un poco. Pero en cierto modo soy tan viejo que ya estoy casi acostumbrado. Me dijo Hildegard que estuviste en Polonia. ¿Qué tal allí? ¿Fue muy duro?

—Solo un poco. Mucho menos de lo que yo me esperaba. Tuvimos algunos momentos un tanto complicados, pero nada que no se supiese ya con anterioridad.

No podía decirle delante de su hija lo mal que lo había pasado ni entrar en detalles sobre batallas, muertes o algún pasaje bélico que seguramente a un viejo soldado como era él le hubiese encantado oír.

—Chico, no sabes lo que me enorgullezco de ti. Eres un referente para todos los jóvenes de Alemania.

Viendo Hildegard que su padre podría empezar a dilatar la conversación con historias de la Guerra del Catorce, que solo le interesaban a él, decidió cortarle con mucha educación.

—Padre, disculpa que te interrumpa, pero Franz seguramente esté muy cansado después de haberse tirado tanto tiempo por ahí, malcomiendo, sin dormir, además del viaje. Le prepararé algo de comer.

—Sí, hija. Tienes toda la razón.

Esa noche me acosté muy temprano, estaba verdaderamente molido. Me dolían la espalda y las piernas, seguramente del peso de mi equipaje o los cientos de horas que había pasado encima de la moto. A la mañana siguiente mi propósito era dormir cuanto más mejor, pero las ocas consideraron que con nueve horas tendría suficiente.

Pasé allí una semana, ya que tenía intención de bajar a Landsberg al menos unos días para ver a mi querida abuela. El día antes de irme quise darle a Hilde una sorpresa.

—Hilde, esta noche nos acercaremos a Berlin. Quiero invitarte a cenar y después si quieres podemos ir al cine.

—¿Sí? Me parece una idea estupenda, nunca he ido al cine. —La cara se le iluminó—. Ya es hora de que pagues algo, después de estar comiendo aquí desde hace varios días —sonrió, a la vez que movía la cabeza de un lado a otro a modo de broma.

—¿Encima de lo que ayudo a tu padre? Deberíais pagarme vosotros a mí. —Ambos nos reímos.

Al caer la tarde, como habíamos planeado, ella se arregló con lo mejor de su armario y se maquilló un poco, aunque nunca le había hecho falta, tenía una belleza natural. Eso hizo que todavía me pareciese aún más guapa.

Llevaba una blusa blanca y una falda verde oscuro que dejaba entrever sus rodillas, todo ello cubierto con un abrigo de lana negro, algo anticuado y feo, pero me daba igual, me seguía pareciendo el ser más maravilloso de la Tierra.

Antes de salir de casa me di cuenta de un detalle: Hilde llevaba una línea dibujada en cada pierna, justo en la parte posterior, desde el tobillo hasta más arriba de su rodilla.

—Hilde, cariño, ¿qué son esas líneas que llevas dibujadas en las piernas?

Ella se sonrojó.

—Son unas rayas que me dibujo para que parezca que llevo medias. Es que son muy caras y no dispongo de dinero para comprarlas, así por lo menos a cierta distancia parece que las llevo.

—¡Ya entiendo! A mí con raya o sin raya me sigues pareciendo un ángel.

—Muchas gracias. Pero vamos, que si no llegaremos tarde.

A nuestra llegada a Berlin cogimos el tranvía para desplazarnos hasta el centro, y tras dar una vuelta viendo los escaparates de las principales tiendas, decidimos ir a cenar al restaurante del hotel Fürstenhof, del cual mi casero me había hablado muy bien, aunque también me dijo que no era barato. Era un precioso hotel situado en Potsdamer Platz, con un enorme vestíbulo, el suelo totalmente cubierto de alfombras y unas grandes lámparas hechas de pequeños cristales que colgaban del techo. Había mucho movimiento de clientes, todos muy bien vestidos, ellos de traje y corbata y ellas con preciosos vestidos, enormes sombreros, todo ello aguantado por unos largos tacones.

La gente se nos quedaba mirando porque yo iba de uniforme y Hildegard no es

que precisamente fuese a la última moda. Se veía que el sitio se nos quedaba un poco grande y que no pertenecíamos a ese estrato social.

Aquella situación incomodó mucho a Hildegard, que rápidamente se percató de la forma en que los demás nos miraban.

—Franz, ¿has visto cómo nos miran? Se ve a la legua que este sitio no es para nosotros. Seguramente nos miren así por mí, por este viejo abrigo que llevo o por no llevar esos tacones que llevan ellas. Me siento observada, muy incómoda.

—No seas tonta, nos miran así por el uniforme. Muchos de esos que ahora nos observan con indiscreción saben que, tarde o temprano, algún día les tocará llevarlo a ellos.

—Estoy segura de que es por mí. Me quiero ir de aquí.

—Hilde, cariño, ¿vas a permitir que estos estirados se salgan con la suya y que nos vayamos a cenar a otro sitio? Yo tengo dinero y mi dinero es tan bueno o mejor que el de ellos, porque yo me lo he ganado sirviendo y luchando por mi país, cosa que ellos aún no han hecho. Hazme caso. ¿Sabes lo que debes hacer? Tú compórtate como si tuvieses muchísimo dinero, con soltura, con despreocupación, de alguna forma como si estuvieses harta de comer y cenar siempre fuera de casa. Si te comportas así, ellos entenderán que eres una rica y joven heredera que está cansada de preciosos vestidos y grandes lujos, y que vistes así simplemente por comodidad. Porque como se supone que llevas viviendo con el dinero desde que naciste, estás por encima de formalismos y convencionalismos.

—¿Crees que verdaderamente se lo creerán?

—Por supuesto. Este sitio es caro y todas las personas que vienen se supone que tienen dinero. Simplemente es lo que ellos pensarán.

—De acuerdo, tienes razón. Tenemos tanto derecho como ellos a cenar aquí.

Entramos en el restaurante. Era una sala muy grande y rectangular, a modo de gigantesco pasillo. Nunca había estado en un sitio tan lujoso, aunque a mi juicio algo falto de iluminación. El suelo estaba enmoquetado y había muchas mesas, organizadas todas ellas en tres filas, la mayoría redondas con manteles blancos. Encima de todas las mesas había un pequeño ramillete de flores y en las filas laterales hasta tenían una pequeña lámpara.

Hilde se comportó tal y como le dije, y poco a poco se fue sintiendo más cómoda. Comimos estupendamente y durante toda la cena estuvimos hablando acerca de nuestro futuro, de nuestra futura casa, de niños, de hacer un viaje a España y de todas esas cosas que suelen hablar dos enamorados. Estaba muy contenta de tenerme allí y evitó continuamente hablar de la guerra y de mi condición de soldado. No quería aceptar la posibilidad de que pudiese pasarme algo. El que me matasen simplemente no entraba en sus planes.

Tras la cena nos dirigimos al cine. Fuimos a ver una película americana llamada *Der Glöckner von Notre-Dame*^[27], la cual estaba basada en una novela de Víctor Hugo, y que contaba la dramática historia de Quasimodo, un chico jorobado que

habita en la catedral de Notre-Dame de París, que se enamora de una gitana llamada Esmeralda, y que muere de amor cuando ve que ejecutan a su amada. Una historia desgarradora. Hilde salió llorando del cine, se había emocionado mucho.

—Vamos, Hilde, no llores más, es solo una película.

—Sí, lo sé. Pero ¿quién te dice a ti que no pudo pasar realmente? ¿O que no le haya pasado a alguien algo similar en algún lugar del mundo? Lo siento, pero el personaje me ha dado mucha pena. La crueldad con la que le tratan, las burlas que le hacen..., ¡pobre hombre!

Ya de regreso a Müncheberg se fue tranquilizando y comenzó a olvidarse del pobre Quasimodo.

Pasaron esos maravillosos días en compañía de Hilde. Cada vez me costaba más despedirme de ella porque tal y como estaban las cosas no sabía cuándo la volvería a ver o ni siquiera si la volvería a ver. Pero era hora de hacer una visita a mi querida abuela, a la que no veía desde hacía más de dos años, aunque había mantenido una fluida correspondencia postal con ella. De nuevo me encontraba en un tren, pero esta vez de camino a Landsberg.

Aunque muy cansado del viaje, también estaba ilusionado e impaciente por ver a mi abuela. Era una fría mañana de primeros de diciembre y nada más bajarme del vagón comenzó a llover, el cielo estaba totalmente encapotado y no parecía que fuese a escampar. El aire olía distinto que en el norte, tenía un ligero toque rural, agreste, como a hierba. Me encantaba, era el olor con el que me había criado.

A la salida de la estación reconocí a un vecino del pueblo y le dije que si me podía acercar a Landsberg en su coche, a lo que accedió muy amablemente. Cuando llegué noté cierto nudo en la boca del estómago, ya que no sabía cómo se iba a tomar mi abuela mi visita después de tanto tiempo sin vernos. Suponía que bien, pero había una pequeña posibilidad de que se enfadase conmigo por no haberme acercado a verla mucho antes.

Entré en la casa sin llamar antes y allí estaba, preparando la comida. Se giró y le cambió la cara. Dejé caer mi maleta y, sin quitarme el abrigo para que no viese el uniforme, la abracé. No estaba enfadada, y si en algún momento lo estuvo, al verme me perdonó.

—Franz, hijo mío, ¿cómo has tardado tanto en venir a verme?

—Ya sabes, entre el trabajo y el escaso dinero se han ocupado de mantenerme alejado de aquí.

—Cuéntame. ¿Qué tal te va en la empresa esa de torno que me comentaste?

—Bueno, bien... Pero ya hace un tiempo que no trabajo allí. Ahora estoy en otro sitio, es más sacrificado, pero gano bastante más.

—¿Has cambiado de trabajo? ¿No estabas bien ahí? ¿Dónde estás ahora?

—Sí, estaba bien, pero sabes que estamos en guerra y que tarde o temprano me iban a llamar, así que tomé la determinación de alistarme voluntario y conseguir así un mejor destino. Aunque, con sinceridad, empiezo a dudar de ello.

Un gesto de preocupación invadió su rostro.

—Ya me lo imaginaba. En una de tus últimas cartas, aunque pusiste la dirección de Berlin, se podía apreciar un matasellos de una unidad militar.

—Intenté ocultártelo para no preocuparte, pero veo que eres una buena investigadora y que no se te puede engañar tan fácilmente. —En ese momento me quité el abrigo.

Con gran sorpresa ella sonrió y levantó los brazos para abrazarme de nuevo.

—Lo importante es que estás bien y sobre todo que estás aquí, aunque solo sea de visita. Estas guapísimo con ese uniforme. Si te viese tu abuelo, se sentiría muy orgulloso de ti. Supongo que con ese uniforme habrás conseguido cortejar a alguna chica, ¿no?

—Sí, estoy saliendo con una chica. Se llama Hildegard. Es de un pueblo llamado Müncheberg, al este de Berlin. Vive en el campo, su padre tiene una pequeña granja. Es la hermana de Helmuth, mi compañero de casa.

—Si no has venido a verme antes entiendo que debe hacerte muy feliz, de lo cual me alegro mucho. Tienes una buena excusa. Ahora que hablas de compañero de casa..., ¿qué te pasó con Rudolf? Su padre cuando me ve ni siquiera me saluda, parece como si yo le hubiese hecho algo.

—Rudolf y yo discutimos un día y se fue de casa. Desde hace algunos meses no sé absolutamente nada de él. Todo comenzó a raíz de que empezase a salir con gente del NSDAP, es como si le hubiesen lavado el cerebro, se volvió inhumano y grosero. Lo último que sé de él es que entró a formar parte de las SS. Solo le deseo que le vaya bien y que algún día alguien le abra los ojos y se dé cuenta de sus errores. Pero bueno. ¿Por aquí todo bien?

—Sí, hijo, aquí todo sigue igual, mi vida es muy monótona, sin ninguna novedad, a excepción de las noticias que nos van llegando de la guerra. ¿Ves que no me equivoqué cuando te dije que este hombre, Hitler, nos llevaría a la guerra? Es un loco.

—No digas eso, abuela, por favor. Hice un juramento de lealtad hacia él y si sigues hablando de esa forma, no tendré más remedio que denunciarte a las autoridades. —Los dos nos echamos a reír.

—Yo soy la que debería denunciarte a las autoridades. Valiente sinvergüenza estás hecho, más de dos años sin venir a ver a tu abuela.

Volver a dormir en mi cama después de tanto tiempo era por sí solo un placer. El olor de las sábanas, mi acogedora habitación con todas mis cosas, la foto de boda de mis padres encima de la cómoda o el trofeo que gané en una carrera de sacos en mi infancia. No me parecía verdad que me hubiese ido hacía dos años.

Por suerte, ni mi abuela ni sus vecinos teníanocas, por lo que a la mañana siguiente pude dormir hasta bien entrado el día. Cuando me desperté continuaba lloviendo; abrazado a mi almohada y sin ninguna intención de ponerme en pie por lo menos por el momento, comencé a seguir con la vista el recorrido de las gotas de agua por el cristal de la ventana, a la vez que cogí el colgante de mi cuello, donde

guardaba la almendra. Pensaba en Hildegard y en qué estaría haciendo en ese preciso momento. Me acordaba de Polonia, de todos aquellos compañeros que habían muerto, del chico del blindado que salió corriendo en llamas. Él también tendría una familia que le esperase a su vuelta, una chica con la que formar un futuro, o un trofeo de la infancia en su habitación.

Me preguntaba si la suerte que había tenido hasta entonces me seguiría acompañando o, por el contrario, debía saborear al cien por cien ese pequeño momento de gloria que estaba disfrutando en mi cama. ¿Hay mayor placer que ver cómo llueve mientras estás tapado en tu cama? Aunque así fuera, la verdad es que al menos este era el más fácil de conseguir.

Mi corazón latía muy despacio, tranquilo. Podía ver en mis muñecas cómo la vena se movía con cada latido. Si pudiera elegir el instante para morir, elegiría un momento así, lloviendo, en la cama, tranquilo, viendo mi corazón latir en mis muñecas. Sin sobresaltos, ni dolor, ni sangre, como cuando te quedas dormido.

Estuve en Landsberg apenas cuatro días, tras lo cual mi tiempo de permiso se agotaba y debía volver a Kleve con mi unidad en el frente occidental. Se me hacía cuesta arriba abandonar mi pueblo para embarcarme en Dios sabía qué proyecto que me tendrían reservado. Era más que probable que los franceses nos atacasen si no lo hacíamos nosotros antes. De una manera o de otra, y casi sin haberme repuesto psicológicamente de lo de Polonia, me vería inmerso en otra serie de batallas.

Me reincorporé a mi unidad y volví a la pesada rutina militar, que por otra parte conseguía llevar más o menos bien gracias al inagotable humor de Klaus y a la excelente relación personal que mantenía con algunos compañeros de mi entorno más cercano, como Wolfgang, Joseph o Karl, todos ellos conductores u ocupantes de otras motocicletas. El ambiente dentro de la unidad era muy bueno y, dejando a un lado los momentos de combate donde el estrés y el miedo se apoderaban de todo, el resto de las jornadas transcurrían en un ambiente afable y relativamente cómodo, aunque tenso.

Pese a esta buena relación, no tenía intención alguna de llegar a una madura relación de amistad con ninguno de ellos, debido sin duda al miedo que me daba encariñarme y hacerme muy amigo de alguien para luego perderle en el frente. Sabía que mi actitud era una forma de vivir a medias, y que seguramente me perdería el conocer a fondo a personas de una gran valía, pero preferí correr ese riesgo antes que sufrir innecesariamente. Mi sensibilidad representaba más un defecto que una virtud.

Dentro de mi unidad, y más concretamente dentro de mi mismo batallón, había un grupo de compañeros cuya forma de actuar no congeniaba mucho con el resto de la gente, y en especial conmigo. Ya me fijé en ellos cuando estuvimos en Polonia. Hacían cosas que no eran normales, como quemar sin motivo aparente algunas cabañas de aldeas por las que pasábamos o entrar en una vivienda buscando comida y destruirlo todo a golpes. Eran comportamientos a mi juicio totalmente innecesarios y gratuitos que no nos llevaban a ninguna parte. Era el típico grupillo de chulos que

hacían un poco lo que querían, con el beneplácito de algunos jefes.

Estuvimos varios meses en las inmediaciones de Kleve hasta que, a primeros de mayo, observé el aumento de la tensión en mis mandos y el frenético ir y venir de algunos mensajeros, lo que indicaba que íbamos a movernos.

El 10 de mayo de 1940 cruzamos la frontera occidental, adentrándonos en las Ardenas, junto con otras unidades. Era una zona de una densa vegetación, con grandes bosques y estrechas y sinuosas carreteras que en algunos tramos se convertían en caminos de barro. Fue tal el número de efectivos que nos encontramos allí que a veces nos quedábamos totalmente parados por la congestión de las vías, lo que obligaba a la Luftwaffe a sobrevolar la zona para evitar que los aviones de reconocimiento franceses se percataran de nuestra presencia.

El día 15 por fin pudimos cruzar el río Mosa, al norte de la ciudad de Mezieres, y hasta ese momento todo había ido bastante bien, sin enfrentamientos relevantes con otras tropas.

Nosotros conformábamos parte de las tropas alemanas que avanzarían por el norte de Francia para ir hacia París. Pero la tranquilidad duraría poco, ya que al día siguiente nos topamos de frente con la 2.^a División Acorazada Francesa, la cual se encontraba apostada al norte de la ciudad de Péronne y que, tras durísimas horas de combate, donde nuestra artillería se empleó a fondo, conseguimos aniquilar con un reducido número de bajas alemanas. Nada tenían que hacer sus blindados con nuestros Panzer. De hecho, muchos de sus acorazados quedaban detenidos por averías mecánicas sin que ni siquiera hubieran recibido un solo tiro.

Uno de mis compañeros, Wolfgang, fue herido en un ojo y un oído al estallarle cerca un proyectil de la artillería francesa. En principio no fue nada serio, pero sí obligó a su ingreso en un hospital de campaña para su recuperación.

Tras este enfrentamiento, nuestro primer choque con tropas francesas, paramos durante dos días para descansar, comer y esperar a que llegasen algunos tanques que habían quedado retrasados. Fue entonces cuando se nos comunicó la noticia de que Holanda se había rendido, lo que nos llenó de satisfacción y orgullo.

Nuestro siguiente objetivo consistía en acercarnos a la ciudad de Dunkerque, ya que allí se encontraba un numeroso contingente de tropas británicas, y poder así acorralarlas contra la costa, en un gigantesco movimiento de pinza.

No conservo buen recuerdo de aquellos días. La enorme urgencia de nuestro cometido nos obligó a recorrer más de 350 kilómetros en poco tiempo. Todavía me acuerdo de los callos que me salieron en las manos y el dolor de espalda que me produjo pasar tantas horas en la moto. En algunas ocasiones, y muy disimuladamente, Klaus conseguía dormir o, mejor dicho, dormitar algo, ya que iba en el sidecar, pero yo al ser el conductor no podía disponer de ese pequeño aunque valioso privilegio.

El día 23 de mayo llegamos a la ciudad de Saint Omer, muy cerca de Cassel, pueblo donde se encontraba la 145.^a Brigada Británica. Las jornadas posteriores no fueron nada fáciles, sostuvimos duros enfrentamientos con los británicos. Uno de los

días debíamos realizar un patrullaje de reconocimiento, con varias motos y dos vehículos semiblandados, con el fin de concretar información acerca del armamento y las posiciones de ciertas baterías de cañones enemigos. Nuestra moto iba en segundo lugar, a unos setenta u ochenta metros de la primera. Todo se desarrollaba bajo una relativa pero tensa calma, íbamos muy despacio y expectantes ante cualquier movimiento ante nuestros ojos. Tomábamos muchas medidas de seguridad, como ir bastante espaciados unos de otros, armas preparadas y numerosas paradas con el fin de otear con los prismáticos nuestro entorno ante cualquier movimiento.

Era un día claro, sin nubes, el típico buen día que apetece estar dando un paseo o leyendo el periódico en la terraza de un café, pero no para estar en el norte de Francia esperando a enfrentarte con una brigada británica deseosa de hacernos trizas.

La verdad es que no los vimos, pero el caso es que de repente nos empezaron a disparar con una ametralladora desde un sotobosque que se encontraba a nuestra derecha. Los ocupantes de la motocicleta que iba delante de nosotros fueron los primeros que cayeron abatidos. Klaus y yo saltamos de la moto y nos pusimos a cubierto como pudimos a la vez que disparábamos contra la vegetación, sin saber muy bien la posición de la ametralladora. Los semiblandados comenzaron a abrir fuego contra el sotobosque, callando para siempre ese traqueteo mortal de la ametralladora en pocos segundos. Tras asegurar convenientemente la zona, inspeccionamos el foco del problema y encontramos a dos soldados británicos muertos, muy jóvenes, junto al arma que había matado a nuestros compañeros, y un aparato de radio. Estaban solos vigilando el camino y me llamó la atención que no hubiese más efectivos ni ningún vehículo. Seguramente su cometido consistía en avisar de nuestro paso o de nuestra presencia en la zona, pero no en dispararnos. Dada su aparente juventud, se pondrían nerviosos o, en el afán de conseguir su momento de gloria heroica, supusieron que conseguirían matarnos a todos. Craso error.

Seguramente los disparos habrían alertado al resto del ejército británico, por lo que subimos a los compañeros fallecidos a uno de los semiblandados. Klaus se encargaría de conducir la moto de ellos para volver todos de nuevo con el resto de la unidad. Al volver a coger mi moto me percaté de que el sidecar había recibido dos impactos de bala, por lo que le pregunté a Klaus si se encontraba bien. Él se miró y observó que en la pierna derecha, junto al gemelo, tenía un orificio en la caña de la bota con un poco de sangre. Se descalzó y remangándose la pernera pudimos ver que tenía un corte en el gemelo y sangraba.

—Klaus, esa herida no me gusta nada. Tiene mal aspecto —le dije.

—No es nada, Franz, es solo un rasguño. Además, me escuece un poco, pero nada más. Luego me acercaré a los sanitarios a que me la curen. Me he librado por poco.

—Sí. Un poco más y te hubiesen destrozado la pierna.

—Lo que verdaderamente siento es que con esos dos agujeros en el sidecar va a entrar aire y seguramente me resfríe —se rio.

—Eres un caso. Siempre de broma. ¿De dónde sacas las fuerzas para ver siempre el lado humorístico de todo?

—La vida es así, Franz. Las cosas no van a cambiar por estar preocupado o enfadado, te va a dar igual. En ese caso prefiero tomarme las cosas con humor antes que amargarme con un futuro incierto.

Razón no le faltaba, aunque para llevarlo a cabo había que valer, y más en las condiciones en las que nos encontrábamos.

* * *

Todo se desarrollaría muy rápido, y a primeros de junio conseguimos capturar al grueso de la 145.^a Brigada Británica en Cassel, cerca de Dunkerque. Esto no había sido el aplastante triunfo de Péronne con los franceses, aquí tuvimos gran número de bajas y compañeros que no volvería a ver jamás. Recuerdo en particular un día en el que temí seriamente por mi vida. Un grupo de vehículos, entre los cuales estábamos nosotros, quedamos rodeados por los británicos, que soltaron una lluvia de proyectiles como nunca antes había visto. Todos creímos que nos freirían allí mismo, hasta que por fin la artillería comenzó a repeler el ataque e hizo que los británicos retrocediesen. Tras esta difícil situación hubo algún compañero que comenzó a vomitar e incluso llegué a ver llorar, medio a escondidas, a más de uno. Cuando ves la muerte tan cerca no sabes cómo va a reaccionar tu cuerpo. Además, cuando creíamos que la situación estaba controlada, el día 5 tuvimos de nuevo otro serio enfrentamiento en el río Somme. Eso hizo que me acordase de *herr* y *frau* Wagner, los cuales perdieron a su hijo en ese mismo lugar años atrás, en la otra guerra.

Cada avance, cada nueva conquista para el Führer, estaba bañada con litros y litros de sangre del pueblo alemán, de chicos jóvenes que no habían visto nada en la vida o padres de familia en cuyo hogar los esperaba su mujer con sus hijos. ¿Verdaderamente tanta sangre merecería la pena? ¿Serviría de algo alimentar con tanto dolor la desmesurada ambición de algunos?

Llevaba casi un año en la Wehrmacht y consideraba que había visto lo suficiente como para que en mi cabeza comenzasen a surgir algunas preguntas para las que no encontraba una clara respuesta. Intentaba darle cierta coherencia y sentido a todo aquello. Pero se me iban acabando los argumentos.

Nuestro avance continuó, pero esta vez hacia el sur. En la primera semana de junio de 1940 tomamos la ciudad de Reims para más tarde atravesar el río Marne, con el objetivo final de avanzar hacia París.

Aprovechando una parada tras la toma de Reims, me acerqué con Klaus a un comercio de ropa femenina, que había visto en la calle principal, con la intención de comprarle a Hildegard unas medias. En la tienda había un matrimonio mayor al frente del establecimiento, los cuales al vernos entrar se asustaron mucho y dieron varios pasos hacia atrás a la vez que levantaban las manos en señal de rendición. Yo les indiqué con señas que las bajasen y que estuviesen tranquilos. Dado que nosotros no

hablábamos francés ni ellos alemán, estuvimos varios minutos intentando comunicarles lo que queríamos. Tras ciertos momentos que en otras circunstancias se hubiesen podido catalogar de cómicos, la señora nos entendió y nos sacó las medias.

Frente a la entrada tenían colgado un precioso vestido de color rojo con algunos volantes que ya me había llamado la atención nada más entrar. Al interesarme por él, el matrimonio se mostró reacio a enseñármelo y en ese momento no entendí por qué. Al final accedieron y decidí llevarme las medias y el vestido. Al echarme mano al bolsillo para sacar el dinero, el tendero se sorprendió y miró a su esposa, extrañado por el gesto. Fue entonces cuando entendí su primera negativa a mostrarme el vestido. Seguramente creyeron que me lo iba a llevar sin pagar, a modo de botín de guerra, como sin duda me constaba que hacían otros compañeros. Les puse varios billetes encima del mostrador y les indiqué que en un papel me apuntasen el total de la compra, pero el señor insistió en no cobrarme.

A mí no me parecía bien llevarme el vestido y las medias sin abonarles la cuenta, por lo que ante su negativa de no decirme el total les dejé encima del mostrador algo de dinero que estimé les cubriría la venta. La señora me hizo un paquete con ambas cosas y lo ató fuertemente con un trozo de cuerda. A la salida ambos se despidieron de nosotros con amabilidad y entendí que nosotros no éramos nadie para estar allí. Al menos creo que mi actitud con ellos sirvió para que entendiesen que todos los soldados alemanes no éramos iguales y que una cosa era la guerra y otra muy distinta era robar a dos abuelos poniendo la guerra como excusa.

A medida que nos íbamos acercando a París, nos encontrábamos gran cantidad de civiles, a pie o en vehículos, que abandonaban la ciudad con todas sus pertenencias ante el temor de nuestro avance. Era un éxodo en toda regla, teniendo en cuenta que el día 10, apenas dos días antes, Italia le había declarado la guerra a Francia.

En una de las paradas que solíamos hacer para descansar un poco y agruparnos, observé algo.

—Klaus, ¿te has fijado cómo nos miran los niños franceses? Nos miran con auténtico pánico, son la viva imagen del terror, como si pensarán que nos los fuésemos a comer.

—Es peor la cara de los adultos. Si en la cara de los niños se ve el miedo, en la de los adultos se ve el asco que les damos. ¡Malditos hijos de puta!

Ahí me di cuenta por primera vez de quiénes éramos y cómo nos veían los demás. En Polonia seguramente pasase lo mismo, pero no me percaté. En Francia era distinto, nos veían como el mismísimo demonio. Razón no les faltaba, estábamos invadiendo su país, sus pueblos, su cultura. Pero se trataba de una cuestión de justicia, después de habernos humillado durante años mediante el Tratado de Versalles. Después de muchos años pisoteados por media Europa, por fin nos tocaba mover ficha a nosotros.

El 14 de junio de 1940 la Wehrmacht entró en París, y aunque mi batallón no llegó a acceder a la ciudad, aproveché un día tras la rendición de Francia, el 22, para

acercarme, ya que nos encontrábamos próximos, al menos para ver la torre Eiffel o la catedral de Notre Dame. Fui montado en un camión, aprovechando que otros compañeros pretendían pasar el día allí y disponíamos de un par de días de descanso. Klaus no quiso acercarse, ya que decía encontrarse cansado. Yo también estaba cansado, pero me movía la curiosidad por conocer la ciudad de la luz. Una oportunidad así no se presentaba todos los días.

A nuestra llegada aparcamos cerca de los Campos Elíseos, junto a un improvisado aparcamiento de vehículos militares donde se encontraban, entre otros, algunos vehículos provistos de megafonía mediante los cuales se informaba a la población francesa de que no se tenía nada contra ellos y podrían permanecer en la ciudad sin ningún problema. Esto se hacía en las ciudades importantes para evitar que la población civil se sublevase u ocasionase problemas a las tropas alemanas.

Me llamó poderosamente la atención el tamaño tan desmesurado de la torre Eiffel; era impresionante. Si te situabas debajo de ella y mirabas hacia arriba, te daba la sensación de que llegaba hasta el cielo. Una verdadera maravilla.

Estuvimos dando unas vueltas por la ciudad, no sin cierta precaución, ya que se nos avisó de la existencia de pequeños ataques de la resistencia francesa.

Intentamos empaparnos de todo el arte que teníamos a nuestro alrededor, para dirigirnos después de comer a visitar la catedral de Notre Dame. Me situé frente a ella y comencé a imaginarme a Quasimodo haciendo sonar las campanas, mientras que desde las alturas observaba a Esmeralda. Notre Dame me fascinó por su belleza y su majestuosidad. Allí, con la catedral de fondo, me hice una foto que dedicaría y enviaría a Hildegard. Seguro que le encantaría.

También fuimos al museo del Louvre para visitarlo, pero unos compañeros de las SS, que se encontraban en la puerta, nos lo impidieron alegando que eran órdenes de arriba.

Al finalizar el día nos fuimos a tomar unas cervezas al casco histórico de la ciudad, y ya casi de madrugada volvimos con nuestra unidad.

Tres días más tarde nos encontrábamos cerca del río Aisne, avanzando hacia el sur de Francia. A primeros de julio llegamos hasta la frontera con Suiza, donde recibimos la orden de regresar a la mayor brevedad posible a Alemania, ya que nuestra división había sufrido importantes bajas tanto personales como materiales y necesitaba reorganizarse.

Cuando llegamos a Alemania me concedieron un permiso de siete días que aproveché para ir a ver a Hildegard. Mi vida transcurría entre trenes, motocicletas o camiones, continuamente viajando. Me cruzaba Alemania de lado a lado en apenas tres días.

Ella no me esperaba, no le dije que iría a verla. Cuando llegué a Berlin supe que se había suprimido de nuevo el servicio de autobús a Müncheberg, por lo que tuve que hacer los sesenta kilómetros que separaban Berlin de Müncheberg en tren.

Por suerte para mí, nada más salir de la estación y comenzar a andar para

dirigirme a la casa de Hilde, paró con su automóvil el sacerdote de la iglesia de Müncheberg donde cantaba Hildegard, que me reconoció.

—Muchas gracias, *herr*... Disculpe, sé que es usted el sacerdote amigo de Hildegard, pero no recuerdo su nombre.

—Mi nombre es Bauer. Sube. Vas a ver a Hildegard, supongo.

—Sí, efectivamente. No sabe que voy, es una sorpresa.

—¿Desde dónde vienes?, ¿dónde estás destinado?

—Hace unos días volví de Francia, y me encuentro en la 6.^a División Panzer.

—¡Qué interesante! ¡Conduciendo un tanque!

—No, yo no estoy conduciendo tanques, solo una motocicleta con sidecar.

—Entiendo. Hildegard es una gran chica, la mejor que conozco. Ten mucho cuidado, todos deseamos que al finalizar toda esta locura estés de vuelta sano y salvo. Hildegard me ha contado algunos de vuestros planes y para llevarlos a cabo es condición indispensable que estés vivo —sonrió.

Me acercó hasta la puerta de la granja. Cuando Hilde oyó el automóvil se asomó a la ventana para ver de quién se trataba. Al verme bajar del vehículo del cura salió corriendo de la casa y nos abrazamos, a la vez que el sacerdote se alejaba por el camino de los chopos.

No dejábamos de comernos a besos, para momentos después coger nuestras almendras y juntarlas, como ya veníamos haciendo siempre que nos veíamos. A los dos nos gustaba esa especie de ritual. Era una bonita forma de decirnos el uno al otro que nos amábamos cada día más.

—Ayer recibí tu foto en la catedral de Notre Dame. Es preciosa. ¡Qué suerte haber podido estar allí!

—Sí, la verdad es que es una maravilla. Es impresionante. Pero más maravillosa e impresionante eres tú.

—Gracias, amor mío —sonrió y me abrazó de nuevo—. Vamos dentro, aquí al sol hace calor. Mi padre se alegrará de verte.

Herr Müller no me había oído llegar ni tampoco entrar en la casa, el pobre hombre estaba cada vez más sordo y su salud iba menguando a medida que iba pasando el tiempo. Hildegard no se daba del todo cuenta porque le veía todos los días, pero yo sin embargo, como mis encuentros con él eran esporádicos y distanciados, me percataba de su estado y cómo se iba consumiendo poco a poco, como una vela a la que se le acaba el pabilo. Se fatigaba mucho, tanto que en ocasiones después de andar unos metros con un cubo de agua debía parar y coger aliento antes de seguir.

—¡*Herr Müller*, buenos días! —le grité, y se giró.

—Franz, hijo, ¿qué tal estás? No te he oído entrar.

—No se preocupe. Yo estoy bien. ¿Y usted?

—No está bien, se fatiga mucho y a veces se despierta por las noches cuando le dan unos pinchazos en el pecho. Le he dicho que debe ir al médico, pero se niega. Es

un cabezota y algún día me dará un susto —contestó Hildegard.

—No le hagas caso, Franz. Nuestra Hilde es muy alarmista. Me fatigo porque tengo ya algunos años, es normal. Y los pinchazos son malas digestiones. Estoy perfectamente.

—¿Malas digestiones? ¿En el pecho? —Hildegard movió la cabeza de lado a lado, como dando a entender que no había nada que hacer para convencer a su padre de lo contrario.

—*Herr Müller*, con razón o sin ella, lo que es verdad es que usted debe cuidarse. Le he traído una botella de vino francés para suavizar sus digestiones.

—No tenías por qué haberte molestado. Muchas gracias, Franz, la probaremos mañana en la comida. ¿No?

—Sí, por supuesto. Por cierto, ¿sabéis algo de Helmuth?

—Sí, viene dentro de tres días, con un poco de suerte le podrás ver. Porque te quedarás aquí más de tres días, ¿no?

—Sí, si me dejáis, ¡claro! Estupendo, tengo ganas de verle. ¿Dónde está?

—Está de fotógrafo en una unidad, pero no recuerdo el nombre. Por ahí están sus cartas. Las últimas noticias que tenemos de él es que estaba en Francia.

—¡Vaya, vaya! Eso es fantástico. A él le encantaba la fotografía, qué suerte.

—¿Suerte? Ninguna. Se lo arregló todo *herr Wagner*, vuestro casero —comentó *herr Müller*.

Tras la cena, *herr Müller* se fue a acostar mientras que Hilde y yo nos sentamos al fresco, bajo el melocotonero. Hacía una noche estrellada maravillosa, todo estaba en calma, apenas soplaba una suave brisa y la temperatura era perfecta. Yo estaba recostado sobre un sillón de madera, con Hildegard en mi regazo, abrazada a mí. Era mi niña. No consentiría que nadie le hiciese daño. Era mi ángel de la guarda. Allí en mis brazos tenía a la criatura más bella que conocía.

Estuvimos así durante bastante tiempo, con el universo por techo. Las estrellas permanecían inmóviles observando a dos tortolitos sentados en un sillón. Decidimos irnos a acostar nosotros también. Yo estaba cansado y tenía sueño.

Nos despedimos y ella se metió en la casa mientras yo me dirigía a la habitación contigua de la nave. No había andado ni siquiera treinta metros cuando de repente ella salió y corrió hacia mí. Esa tarde yo le había dejado encima de su cama el paquete que compré en Francia, con las medias y el vestido rojo acompañado de una nota en la que decía: «Ya puedes tirar el lapicero. Te amo».

—Franz, cariño. ¿Qué es este paquete?

—Ábrelo y saldrás de dudas.

Entramos en la casa para poder ver con luz el regalo.

—¡Dios mío! Qué vestido tan bonito. Nunca he tenido un vestido así, es precioso. ¿Y esto? ¿Son unas medias?

—Sí. Son unas medias, para que nunca más tengas que pintarte la raya en las piernas. Haré lo posible porque nunca más te falten, cariño.

—¡Ah! Ahora entiendo la nota. Muchísimas gracias. Eres un encanto de hombre.

—Pues eso no es todo. Mañana iremos de nuevo a cenar al restaurante del hotel Fürstenhof y les daremos una lección a esos estirados que tanto nos miraban la otra vez.

—Me parece estupendo. Muchas gracias, amor mío.

Al día siguiente por la tarde yo estaba sentado bajo el melocotonero mientras esperaba a que Hildegard se arreglase y saliese para irnos a Berlin. Cuando la vi con aquel vestido rojo me quedé boquiabierto. Era sencillamente increíble, estaba guapísima. El vestido dejaba al descubierto una perfecta clavícula rodeada de suaves e insinuantes formas. Se había dejado el pelo más largo y le cubría parte de los hombros. Su imagen era como una visión del más allá, no parecía un ser de este planeta, brillaba con luz propia. Todavía la recuerdo.

A nuestra llegada a Berlin se había levantado algo de viento y comenzaba a oler a tierra mojada. A lo lejos, en el horizonte, se podía ver algún rayo. Es curioso cómo el aire huele distinto cuando llueve en verano que cuando lo hace en invierno. Entramos en el restaurante del hotel y pedimos una mesa. Todo el mundo la miraba, pero esta vez no porque pareciese que estábamos fuera de lugar, sino porque ella estaba radiante.

—Observa cómo te miran. Eres el centro de todas las miradas.

—Seguramente no sea así. Reconozco tener una cara agradable, pero de ahí a pensar que todo el mundo me mira... Creo que exageras, Franz.

—Hilde, cariño. Lo tuyo es más que una cara agradable. Eres preciosa por naturaleza, pero además hoy estás deslumbrante.

—No me lo termino de creer, pero, en cualquier caso, muchas gracias.

Pasamos una velada maravillosa, intentando evitar el tema de la guerra. Estuvimos conversando acerca de su hermano Helmuth, de nuestros planes y de nuestra infancia. Tras disfrutar de una succulenta cena y una larga sobremesa, brindamos por nosotros y nos dirigimos al guardarropa para recoger una ligera rebeca que Hilde había llevado. Al salir del hotel hacía fresco y empezaba a chispear. De repente oí que alguien me decía desde atrás: «Adiós, Franz». Me di la vuelta y cuál fue mi sorpresa... Se trataba de Rudolf. Estaba mucho más gordo, en compañía de otras dos personas y vistiendo los tres el uniforme de las SS. Me sorprendió enormemente que me saludase cuando fue precisamente él quien me dejó de hablar y se enfadó conmigo.

—¿Dónde vais, tortolitos?

—¡Rudolf, qué sorpresa!, te hacía en el frente. Venimos de cenar y nos dirigíamos ya a Müncheberg, es tarde.

—¿Yo en el frente? ¡Qué dices! Eso es para los prescindibles. Al final creyeron que mi entrega a la causa era lo suficientemente valiosa como para arriesgarse a perderme en algún campo de batalla de Polonia o Francia. ¿En qué unidad caíste? ¿En Infantería?

—No. Estoy en la 6.^a División Panzer. Yo sí he estado en el frente, además en los dos que mencionas, y eso que has dicho atenta contra el honor y la memoria de los miles de alemanes que han caído en el frente, aunque fuesen menos valiosos que tú. Al menos ellos dieron su vida por Alemania, cosa que en tu caso aún está por ver. ¿O es que ahora en las SS los buscan cobardes y gordos?

Rudolf, claramente enojado, me dijo:

—No sabes con quién estás hablando. No tienes ni idea del poder y los contactos que tengo. Ya no soy el Rudolf que conociste, el pobre chico hijo del tabernero. Ahora soy alguien, por fin se ha reconocido mi valía. Puedo hacer que tu vida se complique enormemente con solo una llamada de teléfono.

—No me asustan tus amenazas. Si tanto poder tienes y tan valioso te consideras, pide a tus mandos que te manden a combatir y demuestra lo que vales.

Rudolf miró a Hildegard detenidamente y de arriba hacia abajo, de manera obscena.

—Al final conseguiste lo que querías. ¿Te la has beneficiado ya? ¿Qué tal se mueve en la cama?

Aquello me hizo perder los nervios y le cogí por el cuello de la camisa, le arrinconé contra la pared mientras sus dos compañeros se mantuvieron al margen.

—¡Maldito seas! Mírala bien, bola de sebo. Un solo pelo de su cabeza ya vale más que tú y tus amiguitos. Si algún día se te ocurre tocarla, aunque sea con una uña, puedes dar por hecho que será lo último que hagas. Lo juro por la memoria de mis padres.

Rudolf no se esperaba de mí una reacción así, creo que por ese motivo se quedó paralizado. Las manos me temblaban del estado de nervios al que ese individuo, que ya no reconocía como un amigo, había conseguido llevarme. Yo no estaba acostumbrado a comportarme así, pero bien sabía Dios que aquellas palabras las pronuncié sabiendo lo que decía.

Cogí a Hildegard por la cintura y nos fuimos. Durante el viaje de vuelta no hablamos acerca de lo sucedido. Seguramente aquella situación le sirvió a Hildegard para darse cuenta de que por ella estaba dispuesto a todo, incluso a matar al que había sido durante muchos años como un hermano para mí.

Al día siguiente estuve ayudando a *herr* Müller a limpiar los animales. Los pavos reales que le regalé a Hilde estaban preciosos, sobre todo el macho, que no dejaba de cortejarme abriendo su enorme y coloreada cola cada vez que me acercaba a él. No sé por qué motivo el pobre animal no entendía que hiciese caso omiso a sus propuestas amorosas.

Por la tarde vimos que alguien se acercaba andando hacia la casa; era Helmuth. Hildegard y yo corrimos a su encuentro, tenía muchas ganas de ver a mi buen amigo. Una vez en casa, Hilde le sacó algo de comer. Estaba mucho más delgado y demacrado de lo habitual.

—¡Bueno, amigo! ¿Qué tal te encuentras? —le pregunté.

—Bien, aunque muy cansado. Estoy en la unidad PK^[28]. Mi trabajo consiste en hacer reportajes fotográficos de los avances de nuestras tropas y del día a día de la Wehrmacht. Soy una especie de reportero de guerra. Es entretenido, además llevo una Leica mucho más moderna y mejor que la que yo tengo. Pero nos obligan a estar en primera línea en todos los frentes. Ahora vengo de Francia. He estado cerca de Dunkerque, en Metz y en París. Es agotador.

Le notaba distante y sin fuerzas, posiblemente debido a que nunca había gozado de una buena forma física. Al día siguiente busqué la oportunidad para quedarme a solas con él, ya que intuía que bajo ese cansancio físico se escondía algo más.

—Hola, Helmuth. ¿Qué tal has dormido?

—Bien. Gracias, Franz. Parece que me encuentro algo mejor después de haber descansado.

—¿Qué te pasa? Y no me digas que estás cansado, porque sé que te pasa algo más.

—Mi querido amigo, qué bien me conoces. Estoy destrozado. No quiero estar metido en toda esta porquería del ejército. Ya sabes que incluso pensé en desertar, y que no lo hice por mi padre y mi hermana, pero esta situación me puede. Créeme que intento llevarlo lo mejor posible, pero no puedo con todo esto, no quiero formar parte de este sinsentido. Al igual que tú, he visto cosas que no podré olvidar nunca y que me han dejado una profunda huella. Al entrar en París pude observar cómo dos niños de apenas cuatro o cinco años se encontraban en medio de la calle junto a su madre, todos muertos por el fuego de nuestra Luftwaffe o nuestra artillería. ¿Qué culpa tienen esas criaturas de todo esto? Los niños deberían ser intocables. Si matamos a los niños, estamos matando al futuro.

—Te entiendo mejor de lo que crees. A veces cuando me acuesto y cierro los ojos empiezo a recordar situaciones o personas que me han marcado especialmente. Como, por ejemplo, al entrar en Polonia recuerdo un matrimonio mayor de labradores que se encontraban en una cabaña, se les hizo salir de ella y se le prendió fuego. ¿Qué necesidad teníamos de hacer eso? Eran inofensivos, cualquiera de los dos sería incapaz de empuñar un arma. Yo no participé en aquello, pero pude ver la cara de aquellas personas, su expresión de desolación. Todo lo que tenían estaba dentro de aquel chamizo, y se convirtió en pocos minutos en una gigantesca antorcha. El fuego se llevó consigo todos los recuerdos y los sueños de aquellos dos abuelos. Yo miraba cómo se elevaba el humo. Toda la vida de dos personas ahora se encontraba en el aire, como si nunca hubiese existido. ¡Qué triste! Era una forma de matarlos en vida. Me pareció tremendamente injusto, pero sabía que debía guardar silencio. Nunca olvidaré esas caras.

—Te contaré un secreto. He llegado a valorar seriamente la posibilidad del suicidio, pero no tengo valor. Me siento atrapado, metido en una ratonera de la que no sé cuándo saldré. Llevo un arma, todavía no la he usado y espero no tener que hacerlo. A lo mejor la única vez que la use sea para meterme una bala en la cabeza.

—No quiero que vuelvas a pensar en esa posibilidad, eso es una locura. No puedes hacerle eso a la gente que te rodea y que te quiere. Debes ser fuerte y tener paciencia. Estoy seguro de que todo terminará algún día. Yo también empiezo a estar harto de todo esto, pero ¿qué escapatoria tenemos? Ninguna. Esperemos que toda esta locura al final sirva de algo. Y te lo digo yo, que soy un claro convencido de que lo que estamos haciendo no está del todo mal y de que ya era hora de ajustar las cuentas después de lo que nos han hecho pasar unos y otros; pero eso es una cosa y ensañarse o generar dolor innecesario es otra muy distinta.

Yo esperaba que mis palabras hubiesen hecho reflexionar a Helmuth, aunque no estaba seguro del todo. A la mañana siguiente debía irme para reincorporarme a mi unidad, pero no me iba tranquilo, Helmuth era débil y su carácter simpático y dicharachero había desaparecido. Por un momento pensé que a lo mejor no volvería a verle nunca más. Me despedí de todos, especialmente de mi amor. Le di a Hilde un sobre con algo de dinero para que lo guardase, aunque esta vez no pude reunir mucho, ya que me había gastado parte en comprar el vestido, las medias y el vino.

En el tren de camino a Wuppertal reflexionaba sobre mi año en la Wehrmacht, sobre Hilde y sobre todo pensaba en Helmuth. Las situaciones que vivíamos eran extremas, se nos exigía más allá de ciertos límites tanto físicos como psíquicos, límites que obviamente no todos estaban preparados para alcanzar.

CAPÍTULO IV

FRÍO

Agosto de 1940

Aquel caluroso mes fuimos destinados al este de Prusia, no muy lejos de Königsberg, en espera de nuestra próxima misión. De camino hacia allí sucedería algo que me haría reflexionar sobre mi posición frente al régimen nazi y nuestra función en toda aquella tragedia griega.

Nuestra unidad avanzaba paralela a la vía del ferrocarril. A veces, debido a las características del terreno o de las carreteras, nos distanciábamos bastante de esa referencia, pero sin llegar a perderla nunca de vista.

Ya en Prusia, a lo lejos vimos un convoy de bastantes vagones que se encontraba parado sin saber cuál sería el motivo. Nuestros mandos consideraron que era buen momento para detener nuestro avance y hacer un descanso junto al tren, con el fin de aprovechar, quien quisiera, la sombra y la cobertura generada por este, lo cual agradecemos debido al asfixiante calor del que éramos objeto. Era un calor húmedo, similar al que sufríamos en muchas partes de Alemania, pero ese mes fue particularmente bochornoso.

Llegamos a la altura del convoy, el cual se encontraba detenido, al parecer por un problema en la caldera de la locomotora que hacía que perdiese agua. Eran vagones de ganado, exactamente los mismos que se utilizaban para transportar vacas o cerdos. Pero aquellos no estaban llenos de animales, sino de personas. Eran la viva imagen de la desesperación, hombres, mujeres y niños se hacinaban en aquellos nauseabundos compartimentos, intentando alcanzar a través de las pequeñas ventanas una bocanada de aire fresco que les permitiese permanecer con vida unos segundos más. Dentro se

oían gemidos y sollozos angustiosos. En ese momento no había cosa que más desease que la locomotora se pusiese en movimiento y siguiese hacia su destino, fuese el que fuese, con tal de aliviar de alguna forma la agonía de aquella gente.

Muchos de nosotros nos quedamos perplejos ante aquello. Sin embargo, otros compañeros comenzaron a mofarse y reírse de esos pobres desgraciados. Klaus y yo nos acercamos a preguntar a uno de los soldados que viajaban en el convoy y que se encargaban de su seguridad.

—¿Qué tal, compañero? ¿Hacia dónde os dirigís? —pregunté.

—Hola. Vamos de camino a Stutthof —contestó un soldado—. Sois de la 6.^a Panzer, ¿verdad?

—Sí.

—¿Stutthof? Eso creo que está en Polonia, ¿no? ¿Qué hay allí?

—¡Bueno! Era Polonia, ahora también es Alemania. Esta asquerosa turba son judíos y los llevamos a un campo de trabajo o algo así. Allí se les empleará en algo positivo. De momento lo único que hacen es propagar enfermedades y robar. Tened mucho cuidado, no os acerquéis a ellos, están infestados de pulgas y garrapatas. Son peores que las ratas.

—¿Cuánto tiempo más pensáis estar aquí parados?

—No creo que mucho, llevamos aquí más de una hora. Esperemos que nos podamos mover enseguida, por lo menos evitaremos que esta escoria se muera asfixiada ahí dentro.

Mientras Klaus siguió hablando con el soldado, yo empecé a distanciarme de la conversación y comencé a andar lentamente junto a los vagones, observando detenidamente todo aquello. Los que estaban dentro gritaban, lloraban, gemían y clamaban, pero a mi paso se iban callando, seguramente ante el temor de que los matase de un tiro por armar escándalo.

Llevaba recorridos unos cuatro o cinco vagones cuando decidí que ya había visto lo suficiente y me di la vuelta. En ese momento oí una voz femenina que me resultó familiar: «¡Vecino!». Me giré y allí, asomando la cabeza como podía entre los barrotes de la ventana, estaba mi entrañable vecina de Berlín. Aquella atractiva y madura meretriz que me hizo sonrojar en más de una ocasión. Me acerqué a ella sin preocuparme por las pulgas o las garrapatas, que seguramente las hubiese, ya que eran antiguos vagones de ganado, y no porque esos pobres las tuviesen ya.

—Sácame de aquí, por favor —suplicó.

—No puedo hacer eso. A ti te matarían sin mediar palabra y a mí Dios sabe qué me harían. Además no tengo las llaves. No sabía que eras judía.

—No lo soy. Tu amigo Rudolf me denunció por no querer hacérselo gratis a él y a unos amigos en una fiesta privada. Además, alguien le dijo que te había advertido de sus salidas nocturnas con los del NSDAP. Dijo que me arrepentiría y qué razón tenía.

—¡Maldito sea! ¿Estás dentro de ese vagón por culpa de Rudolf? ¡Maldito hijo de puta! Debes ser fuerte y aguantar. Solo os llevan a un campo de trabajo, seguramente

para fabricar munición o algo similar. Sois mano de obra barata, no os pasará nada.

Ella comenzó a llorar suplicándome que la sacase de aquel infierno, pero yo no podía hacer mucho por ella a excepción de aliviar su calvario con mi agua. Le pasé mi cantimplora a escondidas a través de los barrotes, aunque sabía que si alguien me veía tendría serios problemas.

Un tremendo silbido anunció que la locomotora estaba a punto de ponerse en marcha. Ella asomaba su mano a través de los barrotes, a modo de desesperada petición, mientras el vagón comenzó a moverse muy lentamente.

—Lo siento, no puedo ayudarte, espero que me perdones.

Ella metió su mano dentro del vagón, como signo de rendición, a la vez que mirándome fijamente sonrió muy levemente y me guiñó un ojo, como solía hacer siempre que me veía, años atrás.

Una lágrima comenzó a recorrer mi rostro, aunque no llegaría muy lejos debido a la gran cantidad de polvo y suciedad que tenía en la cara después de tantos kilómetros en moto. El tren se alejaba y con él parte de mis felices días en Berlín. ¿Dónde iría a parar? ¿Volvería a verla? Mi intuición me decía que formaría para siempre parte de mi pasado.

* * *

El otoño transcurrió sin grandes sobresaltos, nuestra misión estaba aún por determinar, o por lo menos eso es lo que nos decían. Nuestro cometido en la zona este de Prusia se limitaba a labores de control territorial, reorganización y tensa inactividad. De hecho, considero todo aquel periodo que pasé en Prusia como el más tranquilo de toda la guerra, a veces se te olvidaba incluso que estuviésemos dentro de ella.

Tras el otoño llegó diciembre con su intenso frío. Tengo un especial recuerdo de aquellas Navidades que, aunque parezca una locura, fueron quizás las más bonitas que he vivido jamás, a excepción de alguna que otra mala noticia. ¿Cómo en medio de aquella horrible guerra pude disfrutar de las Navidades más maravillosas de mi vida? Precisamente porque el motivo de que me pareciesen tan felices no fue obviamente la guerra, sino mi situación personal. Y en esa situación personal Hildegard era la columna vertebral, donde yo me refugiaba y me apoyaba para aguantar todo aquel sinsentido.

Cada noche al acostarme me hacía un ovillo, apretaba la almendra dentro de mi mano y hablaba con ella como si delante tuviese a Hildegard. Hablar solo, aunque fuese en voz muy baja, me hacía sentir mucho mejor porque así conseguía mantenerme unido a lo que más quería, no dejando nunca que la guerra y sus atrocidades pudiesen hacer mella en mí.

Ese gesto que realicé a diario durante todo el tiempo que duró mi estancia en el ejército, y aunque a algunas personas pudiera parecerles pueril o inmaduro, fue en definitiva mi nexo de unión con lo que me esperaba cuando terminase la guerra. Era

mi escudo imaginario que impedía que todo el dolor y las salvajadas de las que fui testigo durante años pudieran herirme.

Las Navidades estaban muy cerca y a Klaus se le ocurrió la idea de ir con la moto a cortar un abeto para colocarlo en el hospital de campaña. Cogimos un hacha que nos prestó un compañero y nos acercamos al bosque. Klaus se empeñó en talar uno bastante grande, como de unos dos metros y medio. Yo intenté convencerle de que semejante árbol no nos entraría en la moto, pero todo lo que tenía mi compañero de bromista y dicharachero lo tenía por partida doble de testarudo. Una vez cortado, lo pusimos encima del sidecar como pudimos, y mientras yo conducía la moto, no sin cierta dificultad debido a la gran cantidad de hielo que había en el camino y de las enormes ramas que golpeaban mi cara y me impedían ver, Klaus sentado en el asiento trasero lo sujetaba como podía.

La distancia hasta nuestro campamento no era muy grande, pero en esas condiciones se me hizo eterna. Llegamos al hospital y cavamos un agujero en el suelo para colocar el abeto. Una vez colocado, Klaus y yo nos miramos y nos dimos cuenta de lo idiotas que habíamos sido. Teníamos el árbol delante de nosotros, pero no teníamos con qué decorarlo. Entonces a mí se me ocurrió que sería buena idea colgar en el abeto las postales y cartas que los enfermos recibían de sus familiares durante su estancia en el hospital, así podrían ver el enorme amor que les profesaban sus seres queridos desde Alemania, nuestra querida Alemania. ¡Dios, cómo la echaba de menos! A ellos les pareció una buena iniciativa y así lo hicimos. El árbol quedó precioso. Pedacitos de amor alemanes colgados en un abeto prusiano.

Esas Navidades me concedieron un permiso de bastantes días, por lo que tuve la ocasión de visitar a Hilde y a mi abuela y darme una vuelta por Berlin. Una vez en la ciudad, me acerqué a ver a los Wagner. Llamé a la puerta y esperé bastante tiempo sin que nadie me abriese, lo que me sorprendió. Volví a llamar y miré a mis espaldas, hacia arriba, lo poco que se veía de la azotea de mi vecina. Me acordé de ella y de su incierto destino. Sus preciosas y coloridas macetas de antaño se habían tornado nidos de ocre maleza. ¿Dónde estaría su gato? Desistí de seguir llamando y me fui. Llevaba apenas unos metros recorridos cuando un chico abrió la puerta.

—Buenos días, ¿están *herr* o *frau* Wagner? Soy Franz Schneider.

—No, ahora no se encuentran en casa. He oído hablar de ti. Soy Hans, el nuevo inquilino de los Wagner. ¿Necesitas algo?

—No, gracias. Solo diles que he estado aquí y que quería saludarlos.

—Así lo haré. Encantado de conocerte. Adiós.

Decidí acercarme a la empresa donde trabajé con la intención de ver a Robert y al resto de los chicos. Al entrar en el local me llevé una gran y desagradable sorpresa. La única cara conocida era la de Gustav, el encargado, el cual se alegró enormemente al verme. Todos los operarios eran chicos jóvenes a los cuales no había visto nunca antes.

—¡Pero bueno, Franz! ¿Qué tal, chico? ¿Qué haces por aquí? Te suponía en

Francia o en Holanda.

—Hola, Gustav. ¿Qué tal, amigo? ¿Dónde están todos?

Su rostro cambió de expresión radicalmente en apenas un segundo. Con cara de lástima, me dijo:

—Tuve que contratar a estos chicos. Son judíos polacos, sin experiencia ninguna. Los demás se fueron al frente.

—¿Y Robert? ¿También se alistó? Era mayor y, además, lo de su mano.

—Ese fue precisamente su problema, fue el primero en partir. Una mañana hace seis meses se presentaron aquí a primera hora dos hombres de las SS y le empezaron a hacer preguntas. Luego me dijeron que cuál era su función en la empresa y que si aun faltándole casi la mano entera servía de algo. Yo les dije que era mi operario más valioso, que su experiencia y su trabajo eran incuestionables. Pero ellos insistieron en que el pobre Robert debía acompañarlos para aclarar ciertas cuestiones que no me explicaron. Ya no le volví a ver. Ahí está su bicicleta. El mes pasado, y a través de un primo que tengo con ciertas amistades, me enteré de que le habían catalogado como inútil o inservible y que se lo habían llevado a un campo de trabajo o algo similar.

—No me lo puedo creer. ¿Robert, inútil? No puede ser, debe ser un error. Nunca vi a nadie tener tanta destreza con esa máquina. Además, si le catalogan como inútil e inservible, ¿cómo le pueden llevar luego a un campo de trabajo? ¿No se supone que es inútil? ¿A trabajar en qué? Ya es la segunda persona que conozco que es trasladado a un campo de esos.

Aquel día fue el único que hubiese quitado de mis Navidades del 40 si hubiese tenido la posibilidad. ¡Pobre Robert, no lo aguantaría!

Esa misma tarde, me dirigí de nuevo a casa de los Wagner. El único que podía ayudar a Robert era *herr* Wagner, él tenía muchos e importantes contactos en el ejército y pensé que quizás pudiese hacer algo al respecto.

* * *

Herr Wagner estaba sentado en el enorme sillón de piel de su despacho. Al verme, se quitó las gafas repentinamente, se levantó y me abrazó.

—¡Por Dios, chico! ¡Qué alegría me da verte! ¿Qué tal estás? Pareces algo más delgado, pero te veo bien, estás fuerte.

—Hola, *herr* Wagner. Estoy bien, muchas gracias. ¿Qué tal por aquí? ¿Cómo se encuentra su esposa?

—Bueno, ahí andamos con los pequeños achaques de la edad, pero en general bien. Ella está hoy visitando a su hermana, vendrá dentro de un par de horas. ¿Qué te trae por aquí? Me dijo el chico que habías venido esta mañana.

Tras más de una hora hablando de la guerra y del ejército, temas por otra parte que eran los únicos que le interesaban al anciano casero, me dispuse a sacarle el tema de Robert.

—*Herr* Wagner, usted sabe que tenía una buena amistad con uno de los operarios

de la empresa de Gustav con el que llegué a intimar bastante, era un buen hombre.

—Sí, me lo comentaste en alguna ocasión. ¿Albert?

—No. Albert no. Robert.

—¡Ah! Sí. Dime. ¿Qué pasa con él?

—Hace seis meses que las SS se lo llevaron de la empresa y, por lo visto, se encuentra en un campo de trabajo. Los motivos que alegaron fue que era un inútil.

—¿Y qué quieres que haga yo ahí?

—Necesito que me haga el favor de interesarse por él y saber cómo se encuentra. Es un hombre algo mayor y no goza de buena salud, fuma continuamente. Si pudiese usted traerle de vuelta, yo le estaría agradecido el resto de mi vida, más aún si cabe de lo mucho que ya le estoy por lo que hizo por mí cuando vine del pueblo.

Herr Wagner cogió aire, soltándolo de repente.

—Mira, hijo. Haré lo que pueda y desde ahora te prometo que haré cuanto esté en mi mano para hacer esas gestiones que me pides, pero debes entender algo: el ejército es una cosa y las SS son otra muy distinta. Las SS son políticos y ya sabes cuáles son las directrices a seguir en cuanto a los retrasados mentales, lisiados o defectuosos. No quieren que formen parte de la nueva sociedad alemana, solo así se conseguirá la supremacía y la pureza de nuestra raza aria.

—Pero él está lisiado a consecuencia de un accidente, no es un problema de nacimiento o genético, si es eso lo que les preocupa.

—Lo sé y puede que tengas razón, pero yo no pongo las normas. En la Wehrmacht tengo contactos, pero en las SS ya no tantos. Muchos han sido trasladados fuera de Alemania, a los nuevos territorios. No te prometo nada, pero lo intentaré. Te escribiré con el resultado de mis gestiones.

—Muchísimas gracias, *herr Wagner*.

—¿Dónde vas a dormir esta noche? ¿Podrías cenar con nosotros? A mi esposa le encantará verte de nuevo. Y tu habitación sigue vacía, ya que el chico está ocupando la que tenía Helmuth.

—Sí, de acuerdo. Muchas gracias.

A la mañana siguiente abandoné Berlin en dirección a Müncheberg, con la esperanza de que *herr Wagner* me hiciera el favor que le pedí. Al llegar, ya por el camino de los viejos y frondosos chopos, las ganas incontenibles de ver a Hilde hicieron que no pensase en otra cosa. Allí en Müncheberg pasé diez maravillosos días con ella. Cada día estábamos más enamorados y, como consecuencia del dinero que yo le iba enviando desde media Europa, nuestros ahorros iban creciendo poco a poco. Cada billete que enviaba suponía un paso más para alcanzar nuestro deseado sueño, el sueño más maravilloso que dos personas pueden tener: envejecer juntas.

Un día me mostró el lugar donde guardaba el dinero. Había aprovechado la botella de vino que meses antes le había regalado a su padre para meterlo todo ahí. La botella la metía dentro de una enorme cavidad que existía en el tronco del viejo melocotonero. Aseguraba que cuando no entrase más dinero en la botella sería el

momento de romperla juntos y comenzar nuestra nueva vida. También contaba con que para cuando ese momento llegase, la guerra habría terminado. No quería guardar el dinero dentro de casa porque decía que, en caso de robo, sería el primer lugar donde buscarían, mientras que a nadie se le ocurriría mirar dentro del anciano y retorcido frutal.

Tras aquel idílico paréntesis navideño viajé hasta Landsberg para visitar a mi querida abuela Jutta, la cual estaba atravesando por aquel entonces un pequeño bache sentimental a consecuencia de las Navidades. No me dijo nada, pero la conocía bien y sabía lo que se acordaba de mi madre y su marido en esas fechas. Fechas en las que en otros tiempos el hogar era un ir y venir de familiares y amigos, con niños correteando por toda la casa, y cuando todo apuntaba a un bonito futuro. De hecho, adelanté mi viaje a Landsberg renunciando a permanecer más días en Müncheberg para evitar que pasase el día de año nuevo sola. Al final mereció la pena el esfuerzo de no pasar más días con Hilde, ya que conseguí que la pobre Jutta se distrajese y no pensase en lo que había dejado atrás.

Increíble, ya estábamos en 1941. Parecía como si hubiese sido ayer cuando veía esa luna de luz azulada desde mi ventana la noche antes de partir a Berlin. Y ya habían pasado casi cuatro años.

Cumplí con el deber y obligación de incorporarme de nuevo a mi unidad. Cada vez se me hacía más cuesta arriba la vuelta a mi vida castrense y pensaba en Helmuth y en si no tendría parte de razón cuando pensaba en desertar. Atrás quedaron las Navidades. La nieve y el hielo comenzaron a retirarse para dejar paso a unas pequeñas flores moradas que salían por todas partes entre la rasurada hierba. Estábamos ya a finales de marzo y en principio no se preveían cambios para nosotros, seguíamos en el este de Prusia esperando no sé qué. Algunos decían que todo ese tiempo en Prusia sin entrar en combate era una especie de descanso para lo que vendría después. Se barajaba la posibilidad de invadir Rusia, lo cual a mí me parecía un tremendo disparate. Además, aunque se rumoreaba por aquel entonces que las relaciones del Führer con Stalin no eran las de antaño, no había que olvidar que los rusos habían sido socios nuestros en el reparto de Polonia en 1939.

Una mañana de sábado de finales de marzo me encontraba dando betún a mis botas y cosiendo pequeños enganchones de mi guerrera sentado en una piedra, aprovechando el calor del incipiente sol. Era un día claro y tranquilo. Un compañero del Servicio Postal me avisó de que tenía correspondencia, como era habitual, ya que recibía cartas de Hildegard cada diez días. Fui a recogerla, dando por hecho que sería de Hilde o de mi abuela, pero el remitente era *herr* Wagner. Entonces supuse que las gestiones encargadas a mi casero habrían resultado positivas. Abrí la carta con gran nerviosismo, con la esperanza de saber del paradero y estado de mi buen amigo Robert.

Berlin, 9 de marzo de 1941.

Apreciado Franz:

Al día siguiente de estar en mi casa comencé a realizar ciertas gestiones encaminadas a localizar a tu amigo Robert, tal y como me pediste.

No te he escrito antes porque hasta hace unos días no obtuve respuesta. He tenido que pedir el favor a terceros, ya que, como te dije en su momento, los contactos que tenía en las SS ya no se encuentran destinados en Alemania.

Tu amigo Robert fue conducido a un campo de trabajo en Buchenwald, allí se le asignó a un grupo de trabajo encargado de la construcción de barracones hasta que el pasado día 4 de noviembre falleció a consecuencia de la tuberculosis, tal y como me dijeron que figuraba en su parte médico.

Lamento enormemente esta pérdida. No me gustaría que por esto te revelases contra el orden establecido, ni que creyeses que la labor que estás desempeñando es nimia y carente de fundamentos. Debes entender que las cosas están pensadas y diseñadas por personas que se encuentran muy por encima de nosotros y que solo ellos saben los motivos que les hacen tomar ciertas decisiones. Decisiones que estoy seguro de que son acertadas y nos llevarán a conseguir los objetivos que nuestra patria necesita.

Recuerda que no había nada personal contra tu amigo Robert, simplemente ha sido un daño colateral necesario.

Recibe un fuerte abrazo.

Un sentimiento entre rabia y dolor invadió mi cuerpo. «¿Daño colateral necesario?». ¿Cómo se atrevía aquel hombre a hablar así de un amigo mío? ¿Acaso la pureza de la raza aria radicaba en gordos sebosos aburguesados?

Me quedé abatido, como si una losa de mil kilos me hubiese caído encima. Me apoyé como pude en un árbol porque las piernas me fallaban. Tras unos instantes releendo la carta, conseguí reponerme y me dispuse a buscar a Klaus para contárselo. Necesitaba hablar con alguien de aquello. El resto del día lo pasé mal, acordándome del pobre de Robert.

Al acostarme cogí la almendra y comencé a contarle lo que me había pasado. Entonces fue cuando me derrumbé y empecé a llorar, en silencio. De intentar llorar sin hacer ruido se me creó una presión en la parte superior de la nariz que me producía mucho dolor. Todo aquello no era justo. Con aquel buen hombre se había cometido una enorme injusticia. Era un buen alemán. Formal y profesional en su trabajo, pero al parecer nada de eso era importante si te faltaba media mano. ¿Qué clase de sociedad pretendían crear?

El mes de mayo de aquel año fue especialmente lluvioso, con el consiguiente problema del lodo que, en algunas zonas, hacía impracticable la circulación de vehículos y hasta de personas. Había barro por todas partes. Esto ocasionaba no pocas averías en los vehículos, que a veces quedaban literalmente sumergidos en aquel pegajoso elemento, aparte del tiempo que se tardaba en sacar, por ejemplo, un camión de varias toneladas.

A primeros de junio empezaba a coger peso el rumor de que invadiríamos Rusia, y me di cuenta de la razón que tenían los que decían que tantos meses de inactividad bélica nos traerían nuevas misiones y, con ellas, nuevas desgracias.

A las 3:15 horas del 22 de junio cruzamos la frontera rusa y, tan solo dos días después, ya tuvimos el primer combate con el 3.º Cuerpo Mecanizado ruso cerca de la

ciudad lituana de Rossiennie. Nuestro cometido consistía en llegar cuanto antes a Leningrado. Los tanques rusos a los que nos enfrentamos aquel día no eran ni mucho menos como los que conocíamos, y resultaban ser infinitamente mejores que los blindados con los que hasta el momento nos habíamos topado en Polonia o en Francia. Nuestras armas antitanque no parecían hacerles mella y solo a base de realizar numerosos impactos de cañón contra un mismo carro blindado conseguíamos destruirlos. Eso nos supuso un enorme esfuerzo, tanto táctico como físico.

Tras dos días de crueles y sangrientos enfrentamientos con la punta de lanza de la tecnología soviética, el 3.º Cuerpo Mecanizado fue destruido; se le causaron numerosísimas bajas personales y la destrucción de cerca de doscientos tanques. Los rusos eran gente recia y valiente; solo había que mirarles la cara, sus grandes manos y bruscas facciones. Algunos de ellos con dieciocho o diecinueve años aparentaban tener treinta y cinco. Un muy digno enemigo.

Al día siguiente, el 25, nuestra unidad se topó con la 1.ª División Panzer cerca de la localidad de Sokaiciai. Fue una enorme alegría encontrarnos con ellos después de lo mucho que habíamos sufrido en las últimas cuarenta y ocho horas.

Nuestro avance se hacía imparable, éramos como una enorme apisonadora que aplastaba y destrozaba todo lo que encontraba a su paso. Todo iba muy rápido y a mi juicio demasiado fácil. Yo temía que los rusos tuviesen un as en la manga. Algunas semanas después de aquello leí en una *Signal*^[29] que la anchura del frente de la invasión había rondado los mil seiscientos kilómetros y que cerca de tres millones quinientos mil soldados alemanes entramos en Rusia aquel mes de junio. También recuerdo las fotos de las poblaciones civiles lanzando flores a la Wehrmacht, en Bielorrusia y Ucrania, donde fuimos muy bien recibidos. Nosotros éramos sus libertadores después de la opresión sufrida por el zarismo y el bolchevismo.

El día 2 de julio de 1941 fuimos la primera unidad en alcanzar la Línea Stalin^[30], y en tan solo ocho días más nos encontrábamos a unos cien kilómetros de Leningrado. Todo parecía ir sobre ruedas y según lo previsto. Apenas tres semanas más tarde, el día 21, nuestra unidad se encontraba al sur de la localidad de Krasnogvardyesk, pero no fue hasta el mes de septiembre cuando atacamos las posiciones que el ejército rojo tenía desplegadas en esa zona, dando como resultado la aniquilación de tan férrea resistencia.

El verano se retiró dando paso al otoño, antesala de lo que luego sería nuestro enemigo más fiero y cruel: el invierno. A primeros del mes de octubre hicimos una profunda penetración en las líneas rusas, cerca de Vyazmz, y para el día 20 los soviéticos fueron rodeados; nuestras unidades capturaron cerca de 600 000 prisioneros.

Para el 25 de noviembre se libró el ataque sobre Moscú, llegando nuestra unidad a estar a tan solo veinticinco kilómetros de la ciudad rusa. Por aquel entonces nuestra suerte empezó a cambiar y en diciembre los rusos contraatacaron, lo que provocó que nos tuviésemos que retirar unos doscientos kilómetros. Ese repliegue de nuestras

unidades no hubiese existido si no fuese por los tres enemigos a los que nos enfrentábamos: el propio ejército rojo, divisiones de refuerzo que los rusos hicieron llegar desde Siberia y el intenso y cortante frío.

En la batalla de Moscú fue donde maté a mi primer hombre. Era una noche sin nubes y había una gran luna que proporcionaba la luz necesaria para ver a bastante distancia. El gélido aire te cortaba la cara y te abría los labios, que tardaban en cicatrizar semanas, produciéndote corte sobre corte hasta contar más de quince en la boca. Nosotros estábamos en una especie de trinchera, cubriéndonos del fuego enemigo.

En un momento dado, un compañero que se encontraba a unos cien metros de mí cayó abatido de un disparo en la cabeza que, de una manera limpia y aséptica, le perforó el casco. A los pocos minutos volvió a suceder lo mismo con otro compañero. Y de nuevo, a la media hora, un tercer soldado cayó en las mismas circunstancias. No conseguíamos determinar el lugar exacto desde donde se efectuaban los disparos, pero algo había que hacer o ese francotirador conseguiría aniquilar a los quince hombres que allí nos encontrábamos.

Klaus y yo decidimos cambiar de posición para ver si así conseguíamos tener otra perspectiva del terreno y localizar al ejecutor. Tras varios minutos en silencio y sin observar nada anormal, en lo alto de una colina, como a unos trescientos metros de nosotros, detrás de lo que parecía un grupo de arbustos, vi durante dos segundos la luz de un cigarrillo. La misma luz que años atrás me delató ante mi vecina en Berlín ahora me estaba brindando la oportunidad de salvar la vida del resto de mis compañeros o la mía propia.

En ese preciso momento no dudé ni un instante en que lo que debía hacer era abatir a ese hombre, fuese como fuese, al margen de mis convicciones morales. El dilema era sencillo: o moría él o seguíamos cayendo nosotros uno tras otro, como el tirador de una atracción de feria va eliminando los patos de chapa sin que estos puedan hacer nada al respecto.

Le comuniqué a Klaus rápidamente mi descubrimiento. Una vez fijada con exactitud la posición del verdugo, decidimos disparar los dos a la vez con la intención de acabar con el ruso de un plumazo. A duras penas conseguí meter el dedo índice dentro del guardamonte de mi fusil para poder accionar el gatillo, ya que los gruesos guantes me lo impedían. Así lo hicimos. El tirador cayó abatido colina abajo. Nunca llegué a saber qué bala le mató. ¿La mía? ¿La de Klaus? ¿Quizás las dos? No me preocupó en exceso. Si hubiesen sido tres o cuatro hombres tampoco me hubiese sentido culpable por ello, hubiese actuado de igual forma. A esas alturas ya estaba muy familiarizado con la muerte y, puestos a morir, antes él que nosotros.

* * *

Nuestros soldados morían congelados, algunos amanecían muertos, completamente helados, duros como piedras. No se nos suministró ropa de invierno a su debido

tiempo, y los víveres y el material se retrasaban en llegar hasta semanas por la incapacidad de nuestra logística frente al intensísimo frío. Nada llegaba a tiempo, estábamos en medio de la nada, a 50 grados bajo cero, sin gasolina, sin ropa, sin comida, y víctimas además de unas tremendas diarreas. Eso hizo mella en nuestra ya debilitada moral. En algunos vehículos se llegó a congelar hasta el aceite de los motores, y los sistemas hidráulicos de los camiones se quedaban petrificados.

En aquellas condiciones se hacía prácticamente imposible manejar un arma, andar o pensar con claridad. La situación era desesperante. Mientras que en Polonia o Francia a nuestros muertos se les enterraba poniendo encima de una improvisada cruz su casco, en Rusia los cadáveres de nuestros compañeros eran abandonados en el mismo sitio donde caían, en medio del hielo, en medio de la estepa rusa, la cual parecía ser infinita, miles y miles de kilómetros cuadrados cubiertos por un mortal y aterrador manto blanco. Se había convertido en algo totalmente normal estar calentando algo de sopa para comer mientras a pocos metros el cadáver de un compañero fijaba sus ojos en ti, como si de un maniquí se tratase. Daba igual donde fueses, todo estaba plagado de pétreas figuras que un día fueron personas. A veces te encontrabas cadáveres medio comidos por los lobos y los zorros, o sin ojos, que ya se habían encargado de sacar de sus órbitas los cuervos.

En muchas ocasiones, y cuando la ropa no se partía a consecuencia del frío, les quitábamos los abrigos o los calcetines a los muertos para poder aprovecharlos. Yo llegué incluso a llevar hasta cuatro pares de calcetines, lo que me obligó a conseguir de otro difunto unas botas tres tallas más grandes. Otras veces nos veíamos en la necesidad de entrar en las casas de los lugareños, las pocas que no habían sido incendiadas por sus dueños, para coger ropa de invierno, lo que en la mayoría de los casos no servía de nada dada la enorme cantidad requerida y la poca disponibilidad existente de ese tipo de prendas. Ni siquiera podíamos dormir. Por las noches me hacía un ovillo y, tiritando, apenas podía articular palabra para hablar con mi imaginaria Hildegard.

Me atrevería a decir que aquel invierno, el frío y la disentería causaron entre nuestras filas más bajas que las generadas por el ejército soviético. Allí es donde pude conocer la verdadera capacidad de aguante que tiene el cuerpo humano. Todavía hoy no me explico cómo no amanecí uno de aquellos días convertido en una figura de hielo.

En esa situación permanecimos durante algunos meses hasta la llegada de la primavera. En abril de 1942, y dado el grandísimo número de bajas que sufrimos, nuestra división fue transferida al noroeste de Francia para descansar, recibir reemplazos y reabsorber los remanentes de la 22.^a División Panzer.

Estábamos abatidos y totalmente desmoralizados. Klaus hacía ya meses que no gastaba bromas, sobre todo después de que le amputasen dos falanges de la mano izquierda a consecuencia de una congelación en el mes de febrero. Hacía bastante tiempo que no recibía carta de Hildegard, seguramente por los problemas de logística.

Un buen día de mediados de mayo recibí tres cartas de Hilde a la vez y comencé a leerlas cronológicamente. En la última la caligrafía se tornaba irregular. En ella me contaba que su padre, *herr Müller*, había amanecido muerto una mañana. ¡Qué pena sentí por ese buen hombre!, aunque la que verdaderamente lo estaría pasando mal sería Hildegard, allí sola en medio del campo. Debía conseguir algunos días, fuese como fuese, para estar con ella.

Solicité por escrito hasta en tres ocasiones un permiso extraordinario por motivos familiares, pero la respuesta siempre fue la misma: denegado por no considerar una relación sentimental como familiar. Ya en el mes de julio se me concedió un permiso ordinario de tres semanas que aproveché para ir a verla. La echaba muchísimo de menos y me acordaba constantemente de ella.

A mi llegada a Müncheberg, sobre el mediodía, todo seguía igual. Los mismos campos, las mismas casas y, por supuesto, mis viejos amigos los chopos que, como centinelas del camino, permanecían año tras año apostados en las posiciones que un remoto día alguien decidió darles. Corría una suave brisa que hacía que las miles de hojas murmurasen a mi paso, como si comentasen entre sí que allí estaba de nuevo aquel chico sonriente, ya cada vez menos, a medida que las atrocidades de la guerra iban haciéndose hueco en él como si fuesen unos parásitos.

Hildegard no sabía que me acercaría a verla, preferí no decirle nada por carta, ya que era más que probable que mi visita se adelantase al correo. Cuando me fui acercando a la casa pude ver como ella se encontraba en el interior de la vivienda, junto a la ventana, tocando el piano que tanto le gustaba practicar, sobre todo cuando estaba sola, en silencio. Ella no me vio ni me oyó llegar. La puerta estaba entreabierta. La abrí suavemente y me quedé apoyado en el quicio, en silencio, observando toda aquella escena que me parecía de lo más bella. Hilde se encontraba de cara a la ventana, los rayos de sol entraban por esta y algunos hacían que su pelo pareciese de oro, mientras que otros antes de chocar contra el suelo dejaban al descubierto las numerosas partículas de polvo que se mantenían en el aire, casi en una atmósfera de ingravidez. La paz que se respiraba no solo en aquella habitación, sino en todo aquel entorno, era tan patente y gratificante como patente y desagradable era el dolor, la angustia y el miedo en el frente.

Delante de ella, ese enorme y viejo instrumento sobre el cual un ángel terrenal deslizaba sus pequeñas y blancas manos, convirtiendo aquellas sutiles caricias sobre el teclado en la música del tercer movimiento de la *Suite Francesa n.º 1*^[31] de Bach, su compositor favorito, que impregnaba con su magia todos los elementos de aquella emotiva fotografía.

Al terminar, ella se dio la vuelta de manera inesperada, como si supiese que yo me encontraba allí. Se levantó, nos abrazamos y comenzó a llorar desesperadamente, como una niña. Se había ido un pilar fundamental en su vida, su padre. Además, su hermano y yo estábamos en el frente, con el consiguiente riesgo de no volver. La soledad se había apoderado de ella.

Nos abrazamos con fuerza mientras yo le acariciaba el pelo con mi mano. Los dos lo habíamos pasado francamente mal en los últimos meses. Permanecimos así varios minutos. Ella no paraba de llorar, estaba destrozada. A mí me afectaba bastante verla en esa situación, pero no me podía permitir el lujo de lamentarme y venirme abajo, ya que en ese momento yo era todo lo que Hildegard tenía, y debía ser fuerte para poder tirar de ella y ayudarla a sobrellevar todo aquel dolor.

Conseguí tranquilizarla y llevarla hasta un viejo sillón, donde la senté mientras yo me quedé de rodillas a su lado, con su mejilla en la palma de mi mano y mi pulgar limpiando de lágrimas aquel rostro suave como el mármol que parecía haber sido esculpido por el mismísimo Miguel Ángel. Con los ojos encharcados y su cabeza reclinada en el respaldo, me miraba fijamente con una tenue pero aliviadora sonrisa. Luego se quedó dormida, momento que aproveché yo para recoger y limpiar un poco la casa, que se encontraba algo abandonada.

A medida que pasaban los días, mi presencia allí daba una pincelada de optimismo y de fuerza a Hilde, que comenzó a encontrarse mucho mejor. Yo le insistía a diario en que no debía caer en la apatía y el abandono, porque era muy joven y teníamos un gran futuro por delante. Constantemente le proponía actividades e ideas que desarrollar con la intención de que mantuviese su cabeza ocupada. Hicimos un cercado nuevo para los pavos reales y arreglamos el tejado de la cuadra, bastante deteriorado después de las últimas lluvias de abril y mayo. También fuimos con las bicicletas a comer a nuestro pedazo de paraíso en el bosque. Allí, en la tranquilidad y sosiego de aquel mágico lugar, le pregunté por su hermano.

—¿Qué sabes de Helmuth? ¿Se encuentra bien?

—La última vez que le vi fue en el funeral de nuestro padre, y la verdad es que no tenía muy buena cara. Sigue en la unidad esa de fotógrafos, recorriendo Europa de arriba abajo. Me dijo que era probable que los enviasen una temporada al norte de África. Está continuamente cansado, según me dijo —me contestó con tristeza en los ojos.

—Sí. A todos nos exigen más allá incluso de nuestros propios límites. Yo más o menos consigo que la situación no me supere, pero a veces estoy tan cansado que ni siquiera puedo dormir. Y antes de entrar en combate el miedo es como una tenue y macabra brisa que se apodera de todos, en mayor o menor medida.

—Es normal. Pero Helmuth no tiene la misma constitución ni la misma fortaleza que tú. Cuando éramos pequeños recuerdo que siempre se encontraba enfermo.

—Por lo menos está haciendo algo que le gusta. La fotografía es su verdadera pasión.

—Sí. Eso es cierto.

Por la tarde, al volver, una de las bicicletas se pinchó, por lo que tuvimos que hacer gran parte del trayecto a pie.

Hasta aquel día, todo el tiempo que permanecí en la casa había preferido dormir en la habitación anexa a la nave, donde había dormido siempre, aunque Hilde me

había insistido en la posibilidad de que pernoctase en la casa, pero en la cama de su padre. Esto lo hacía por respeto hacia ella. No me parecía bien dormir en la cama de *herr Müller* cuando podía dormir perfectamente en otra parte. La idea de hacer el amor con Hildegard me apasionaba, porque la deseaba con todo mi corazón, pero no quería ser yo quien tomase la iniciativa y prefería que fuese ella, una vez que se sintiese segura y consciente de lo que significaría para los dos dar aquel paso. De hecho era un tema del que ya habíamos hablado abiertamente y los dos estábamos de acuerdo en hacerlo así. Aparte, a mí no me importaba esperar el tiempo que fuese necesario, porque sabía que cuando llegase ese día, sería el momento más maravilloso de nuestra relación, pese a que me preocupaba el hecho de caer en el frente y no haber podido hacer el amor con ella para demostrarle todo lo que la amaba.

Esa noche nos acostamos excesivamente pronto, nada más llegar, ya que la caminata cargando con una de las bicicletas nos había dejado agotados. Me acababa de meter en la cama tras despedirnos y me disponía a dormir. No habían pasado más de diez minutos cuando de repente ella llamó a mi puerta. Me levanté alertado creyendo que podía ocurrirle algo. Allí estaba, vestida con un camisón de color blanco que, al trasluz provocado por la tenue luz del pequeño pasillo, dejaba entrever toda su frágil y delicada silueta. Nada más verme me miró y sin pronunciar ni una sola palabra entró en la habitación, cerró la puerta y se desabrochó parte de los botones del camisón, que se deslizó por toda aquella etérea figura de piel lechosa, hasta que cayó por completo al suelo con la misma lentitud con la que caen las hojas de los árboles en otoño, dejando al descubierto todo su cuerpo desnudo. Nunca había visto criatura más hermosa. Sus delicadas y equilibradas formas en combinación con aquel angelical rostro hacían de ella la mujer con la que cualquier hombre hubiese soñado.

El tan ansiado momento había llegado. Nos abrazamos y yo comencé a besarla por el cuello y la clavícula, a la vez que ella me quitaba una fina y vieja camisa con la que solía dormir. La cogí en brazos y la conduje hasta la cama. Mis dedos se perdían una y otra vez entre sus pechos, sus muslos o su espalda, mientras sus manos recorrían mi torso. Juntos pasaríamos la noche más bonita que dos personas que se aman pueden pasar.

A la mañana siguiente, como era habitual en la granja, nos despertaron las ocas. Amanecimos abrazados, de hecho creo que nos pasamos toda la noche así, sin apenas dormir. Temíamos que si nos dormíamos no disfrutaríamos de aquel mágico momento. Los dos necesitábamos piel. Tras aquella muestra de amor que ambos experimentamos, todo sería distinto. Habíamos subido un escalón importante en nuestra relación, nos habíamos dicho lo mucho que nos amábamos el uno al otro sin necesidad de pronunciar una sola palabra. Estábamos más unidos de lo que nunca antes habíamos estado. Era algo especial, indescriptible.

Mis tres semanas en Müncheberg habían pasado con la misma velocidad con la

que se observa un rayo en una tormenta, casi sin darte cuenta. Lo peor de marchar hacia Francia no fue el hecho de alejarme de Hildegard, que ya de por sí me resultaba doloroso, sino que se quedase completamente sola en aquella pequeña casa en medio del campo.

Antes de coger el tren me pasé por la parroquia de *herr* Bauer con la intención de saludarle, aunque mi verdadera razón era pedirle el favor de que estuviese pendiente de ella y fuese a verla periódicamente, siempre que pudiese, al menos para controlar que estaba bien y para darle un poco de conversación, a lo que el párroco accedió muy gustosamente. Le dije que cuando volviese de Francia le traería algunas botellas de vino francés, lo que provocó que se tomase más en serio, si cabe, la tarea que le había encomendado.

Ya en mi unidad, en el noroeste de Francia, se me comunicó que nuestros Regimientos de Infantería Motorizada habían pasado a llamarse Panzergrenadier^[32] y que se nos asignarían nuevas motocicletas más potentes. Le había cogido cariño a mi BMW R12, con ella Klaus y yo habíamos estado tan al oeste como Dunkerque y tan al este como Moscú, aunque la pobre en Rusia, con la nieve y el barro, dejó patente que necesitaba un relevo.

Seguíamos en Francia, llevábamos allí más de seis meses y estábamos casi a finales de noviembre; había vuelto el frío y hacía casi un año ya que Klaus y yo cortamos aquel abeto para el hospital de campaña. ¡Cómo pasa el tiempo! Mantenía correspondencia con Hilde prácticamente todas las semanas y, sin que ella lo supiese, *herr* Bauer, el párroco, también me escribía de vez en cuando para informarme del estado y evolución de Hildegard, aparte de recordarme en todas sus cartas lo de las botellas de vino.

El día 28 de noviembre nos pusimos en marcha. Nuestro destino era de nuevo Rusia, cerca de Stalingrado. Allí el 6.º Ejército alemán de Von Paulus estaba siendo sometido a un cerco que debíamos evitar por todos los medios que se cerrase. Si eso llegase a pasar, cientos de miles de soldados alemanes caerían en manos de los soviéticos.

Esa mañana, en las letrinas, al conocer la noticia de nuestra partida de nuevo hacia Rusia, un compañero que estuvo el invierno pasado en aquel gélido país se había volado la cabeza de un disparo. Al parecer le había comentado a su compañero que no aguantaría otro invierno en aquellas condiciones inhumanas. Otra víctima de la guerra. No era la primera vez que ocurría, el año anterior se ahorcaron dos chicos en uno de los barracones, pero esas cosas se mantenían en secreto. Quizás para no dinamitar la moral del resto de soldados que estábamos allí o por no reconocer que, aparte de marciales militares de un ejército que mantenía en jaque a toda Europa, también éramos personas normales y corrientes, con nuestras limitaciones y nuestros miedos.

En el mes de diciembre tuvimos serios y encarnizados combates con el 2.º y 51.º Ejércitos de Guardia y con el 4.º Cuerpo de Caballería rusos, a los que infligimos

gravísimas bajas y destruimos cerca de cuatrocientos tanques en apenas quince días. Hacía mucho frío, pero nada tenía que ver con el invierno anterior. Esa vez teníamos ropa apropiada y las temperaturas no llegaron a bajar tanto.

Todo parecía ir a nuestro favor, pero el día 24 de diciembre, de manera inesperada, se nos ordenó desde Berlín que nos retirásemos para combatir en otra zona del frente ruso, y en consecuencia abandonamos al 6.º Ejército alemán a su suerte. Muchos de nosotros creímos que esa decisión era una tomadura de pelo por dos razones principalmente: la primera era que habíamos puesto mucho esfuerzo y mucha sangre en intentar liberar del cerco al 6.º Ejército para que ahora nos retirasen, y la otra era el hecho de abandonar a nuestros compañeros de esa manera y dejarlos ahí tirados. ¿Acaso no le importaban al Führer los hijos de su Alemania?

Cada día quedaba más patente que estábamos allí para satisfacer los caprichos de algunos megalómanos con complejo de inferioridad. Atrás quedaron esos ideales de una gran nación, una gran patria y una gran raza. En aquel momento todo se resumía en conseguir cuanto más mejor, fuese al precio que fuese, sin importar las miles de vidas alemanas que se perdían prácticamente a diario. ¿Qué más les daba eso? Mientras hubiese tontos que sacrificar en el frío, a miles de kilómetros de sus casas, lo demás no importaba con tal de conseguir más y más territorios, y ser más y más poderosos.

El 12 de febrero de 1943 se nos ordenó avanzar hacia la ciudad de Járkov para intentar recuperar este enclave, que arrebatamos a los rusos en octubre de 1941 y que ahora volvía a estar en su poder. Era la tercera vez que la Wehrmacht iba a derramar su sangre en aquella maldita ciudad.

El miedo de los tanquistas a morir abrasados dentro de los Panzer se propagaba como la peste. Aquellas máquinas eran trampas mortales si eran alcanzadas por la artillería soviética. Muchos hombres murieron totalmente carbonizados dentro de aquellos gigantescos hornos con ruedas, vehículos con un importante blindaje y una gran potencia de fuego. Los grandes tanques podían llegar a pesar hasta 57 toneladas, lo que los hacía poco ágiles frente a otro tipo de vehículos.

El día 23 contactamos físicamente con la División SS Das Reich cerca de la ciudad de Pavlograd, y estuvimos combatiendo junto a ellos hasta que el día 15 de marzo Járkov cayó en nuestras manos de nuevo, con mucho esfuerzo. En aquella batalla mantuvimos constantes enfrentamientos con la resistencia rusa en los suburbios de la ciudad, y tuvimos que recuperar dicha plaza revisando casa por casa. Fue una dura tarea que una vez más se llevó por delante a no pocos compañeros. Incluso a la entrada de la ciudad grandes fosas antitanque acompañadas de una incesante artillería soviética hicieron que no pudiésemos penetrar con los Panzer hasta donde nosotros hubiésemos querido.

Siempre que contactábamos con alguna unidad preguntaba por el personal fotográfico de las PK, con la esperanza de ver a Helmuth o por lo menos hablar con alguien que le conociese y me informase acerca de su estado, ya que hacía mucho

tiempo que no sabía absolutamente nada de él. Me preocupaba ese chico. La guerra no estaba diseñada para hombres como él, de hecho creo que no estaba hecha para nadie.

Recuerdo uno de esos días en concreto. Un día nublado, cerrado, como si fuese a llover. A las afueras de la ciudad había un grupo de pequeñas casas como de labranza. Unos seis soldados nos encontrábamos escondidos a unos trescientos metros en una pequeña hondonada, junto a un riachuelo, desde donde podíamos ver con claridad cualquier movimiento que se generase en la zona. Debíamos asegurar posiciones y revisar si había alguien en las casas y cuál era su actitud frente a nosotros. ¿Se rendiría? ¿Presentaría resistencia? ¿Estaría armado? Decenas de preguntas cuya respuesta llegaría en segundos.

Yo estaba muy nervioso; después de tanto tiempo y tantas situaciones comprometidas, nunca me terminé de acostumbrar. Siempre tenía miedo, controlable, pero miedo al fin y al cabo. El soldado que dijese que no tenía miedo estaba loco o era un mentiroso.

Me encontraba tumbado en aquel húmedo y frío suelo de hojarasca y pequeños troncos que se clavaban en las costillas. Miraba un diminuto insecto que tenía frente a mis ojos, a escasos quince centímetros de mi cara, y cómo ese insignificante ser andaba por encima de las hojas, en su mundo, ajeno a los problemas del ser humano, al margen de todo. Por un momento me hubiese gustado evadirme de todo aquello, desaparecer y convertirme en un pequeño insecto del que nadie tomase cuenta, esfumarme, hacerme invisible.

Me empecé a sentir mal. Una sensación de asco en la boca del estómago hizo que empezasen a darme arcadas hasta vomitar. Como no había comido casi nada desde hacía horas, excepto un par de porciones de Scho-ka-kola^[33], lo único que expulsé fue bilis. Un fuerte dolor de cabeza apareció a continuación. Era la primera vez que me ocurría algo así. Había visto como les sucedía a otros compañeros, siempre antes de entrar en combate, pero yo siempre creí controlar mi miedo. Los nervios hicieron que el miedo se desbocase como un caballo salvaje. Tras unos minutos con la cara apoyada en el ingrato e incómodo suelo de humus, me encontré algo mejor. Junto a mí, también tumbado, estaba un compañero que, aunque lo había visto en otras ocasiones, nunca había hablado con él hasta ese momento.

—¡Chico! ¿Te encuentras bien? —me dijo.

—Sí. Gracias. No sé qué me ha pasado. Es la primera vez que me sucede esto. Aunque es verdad que no me termino de acostumbrar a estas situaciones. Cada vez parece ser la primera.

—Tranquilo. No eres el único. No te tienes que excusar conmigo. Al final lo terminas haciendo por sistema, como una máquina que está programada. El miedo es la parte humana de la que la máquina no se puede desprender. Si no sintieses miedo, es cuando deberías empezar a preocuparte.

—Sí. Creo que tienes razón... ¿Piensas que habrá alguien allí? —le pregunté.

—No lo sé. Puede ser. Parecen casas de agricultores, pero aquí hasta los agricultores son peligrosos.

—¿De dónde eres?

—Soy de Meersburg, un pequeño pueblo a orillas del lago Constanza. ¿Y tú?

—Yo soy de Landsberg am Lech.

—Sí. Lo conozco. Pasé un día por allí.

En ese momento y sin poder preguntarle tan siquiera cómo se llamaba, nos ordenaron avanzar hacia las casas. Era una llanura, sin ningún sitio donde refugiarnos ni cubrirnos, y debíamos ir corriendo a pecho descubierto, a merced de quien quisiera estar dentro de aquellas viviendas. Yo corría todo lo que podía, con mi fusil en las manos, mientras el soldado con el que había estado hablando lo hacía a mi izquierda. Por fin llegamos al lado derecho de las casas. Mi corazón latía con fuerza y notaba cómo el aire frío me entraba hasta los pulmones al respirar por la boca. Mi compañero se dispuso a abrir de una patada la puerta de la casa que nos había tocado revisar a nosotros mientras yo debía apoyarle en ese momento.

De un fuerte golpe con la bota descuadró la podrida puerta, y cedieron las bisagras. Acto seguido, y según cayó esta al suelo ante mí, dos tiros impactaron en el pecho de mi compañero, haciendo que cayese hacia atrás con el mismo aplomo y de la misma inerte forma que lo había hecho la puerta. En ese momento el terror se apoderó de mí y abrí fuego indiscriminado hacia todos los rincones de aquella pequeña estancia, lo que provocó la muerte de un miembro del ejército soviético que por alguna extraña razón se había refugiado allí.

Rápidamente atendí a mi compañero. Sangraba abundantemente por la boca cada vez que respiraba. Cogí mi mochila y se la puse bajo la cabeza mientras le sujetaba la mano con el fin de tranquilizarle en aquellos agonizantes momentos. Solicité un sanitario, pero no había ninguno por la zona, y aquel hombre no parecía disponer de mucho tiempo. Tenía una cita importante.

—Tranquilo, no intentes hablar. Respira despacio —le pedí.

Él intentaba hablar, pero apenas tenía fuerzas, y con voz entrecortada me dijo:

—Si pasas por Meersburg, acuérdate de mí.

—Así lo haré.

Segundos después empezó a toser, y con cada esfuerzo una bocanada de sangre salía de su boca, tiñendo su chaqueta y la manga de mi uniforme. Poco después dejó de respirar, con sus ojos abiertos fijos en mí. Se había muerto en mis brazos y ni siquiera supe cómo se llamaba.

El resto de las casas estaban vacías, por lo que supusimos que aquel soldado ruso se habría escondido allí para desertar y que su intención no era enfrentarse a seis alemanes. Pero ¿no habría sido mejor para todos que se hubiese rendido? No habríamos disparado contra él de haber sido así. Una vez más el miedo, que no conoce de ejércitos, colores ni razas, se apoderaría de él en aquel preciso momento en que mi difunto binomio tumbó aquella maldita puerta.

Tras aquellos días, con la victoria de la reconquista de Járkov, la moral de la Wehrmacht se había recuperado bastante para contrarrestar el deterioro que había sufrido el invierno anterior en aquel mismo país. Se nos prometieron nuevas motos y nuevos tanques, pero aunque las motos habían llegado, yo seguía con mi R12. «No hay para todos», fue la respuesta. Los tanques también habían llegado, aunque en número infinitamente menor que las motos.

Estábamos en la región rusa de Kursk, al menos a primeros de julio el frío no haría acto de presencia. Allí tuvo lugar la batalla de tanques más grande de la historia. Cerca de seis mil, entre los dos bandos, concentrados en un punto en concreto. Estuvo lloviendo el día anterior de manera torrencial y todo se encontraba empapado. Aquel día, el 9 de julio de 1943, íbamos en dirección a la ciudad de Projorovka. Se habían iniciado serios enfrentamientos con las tropas rusas, y la situación, lejos de mejorar, se complicaba a medida que iban pasando los días. Nos hostigaban continuamente con su artillería y su fuerza aérea, la cual propició un duro golpe a nuestra Luftwaffe bombardeando a nuestros cazas en el suelo antes de despegar.

La moral volvía a estar comprometida y la gente se encontraba muy cansada, tanto física como psíquicamente. Por las noches era vital no encender ninguna luz ni ningún fuego, ya que los rusos solían realizar ataques aéreos nocturnos. Nos distanciábamos unos de otros, no aglomerando vehículos ni armamento pesado. Todo debía estar convenientemente mimetizado con ramas, lonetas o lo que pudiésemos encontrar con tal de no ser detectados por los cazas soviéticos.

Los Panzer nuevos estaban teniendo bastantes averías, seguramente por las prisas por ponerlos en servicio. No se encontraban lo suficientemente probados ni revisados. Algunos comenzaban a arder sin motivo aparente mientras otros se quedaban detenidos sin más.

Donde yo estuve no sucedió, pero me consta que en algunos puntos las tropas de ambos bandos llegaron a luchar cuerpo a cuerpo, como en las guerras napoleónicas. Lo que sí pude presenciar es cómo soldados rusos se acercaban lo suficiente a los Panzer como para lanzarles cócteles explosivos con gasolina que convertían los tanques en pequeños pedazos de infierno.

El día 13 se nos informó de que nuestro 11.º Regimiento Panzer había cruzado el río Donets, a la altura de Rshavetz, y que había hecho contacto con unidades blindadas de las SS, lo cual no dejaba de ser una buena noticia.

Al día siguiente tuvimos constancia de una triste noticia: nuestro jefe, el general Von Hünersdorff, había recibido un disparo en la cabeza de un francotirador ruso, y las esquirlas del casco se le alojaron en el cerebro, provocándole serias lesiones de las que fue tratado en un hospital de campaña en el que, curiosamente, se encontraba trabajando de enfermera su propia esposa. Era un buen hombre, con una reconocida y condecorada trayectoria militar. Una persona afable, amena, con la que podías hablar y exponerle tus inquietudes; al menos te escuchaba. La noticia cayó como un jarro de agua fría entre los compañeros.

Uno de aquellos días, concretamente el 16, se nos ordenó hacer un avance con algunas motos hasta una loma. Nada complicado y aparentemente fácil, lo habíamos hecho cientos de veces. Debíamos ir por un camino pedregoso y lleno de tremendos agujeros, lo que hacía prácticamente inviable conducir a una velocidad normal. Yo pensé que a esa velocidad tan lenta y todas las motos en hilera seríamos un blanco perfecto para cualquier posición rusa, por lo que algunos de nosotros decidimos salirnos del camino e ir por campo abierto, bastante más practicable que aquel infernal sendero. Yo iba el primero, a unos 30 o 40 kilómetros por hora, cuando de repente, en milésimas de segundo, oí un tremendo estallido a la vez que volamos por los aires inmersos en una intensa ola de calor, como una pelusa a merced del viento. Caímos al suelo, tras haber subido algunos metros, y encima de mí cayó la moto con todo su peso. Me oprimía tanto el pecho que apenas podía respirar.

A mi derecha se encontraba Klaus, inmóvil, petrificado, seguramente muerto. Yo estaba aturdido, no conseguía razonar y saber qué era lo que nos había pasado. Pero no me importaba nada, excepto que alguien me quitase de encima la motocicleta. Fue entonces cuando muy levemente y a lo lejos oí a algunos compañeros que gritaban «¡minas!», mientras que otros reclamaban un médico. Un pitido continuo martilleaba mis oídos y me impedía oír bien. Pero nadie se acercaba por miedo a volar por los aires ellos también. Habíamos caído en la trampa de cambiar el pedregoso e incómodo camino por la mortal llanura de los márgenes. Los rusos sabían que ese sendero era insufrible y apostaron por minar el campo creyendo que algún tonto alemán caería en la tentación. ¡Bingo!

Mi compañero Klaus seguía inerte en el suelo y no parecía respirar. El dolor hizo acto de presencia casi de inmediato. Me dolían mucho el cuello y la espalda, pero seguía sin acercarse nadie, o por lo menos yo desde mi posición no lo veía. Entonces decidí hacer un esfuerzo y mover la moto con las piernas, pero ¿qué ocurría? ¡No las sentía! No es que no me respondiesen, simplemente parecía que no las tuviese. Me entró el pánico y comencé a perder los nervios, a la vez que hacía un inhumano esfuerzo por levantar la cabeza y confirmar la existencia de mis piernas. Conseguí verlas durante un segundo y me tranquilicé algo más, aunque no entendía por qué no las sentía. ¿Sería la consecuencia del enorme dolor de cuello y espalda que tenía?

Tras angustiosos minutos allí tirado, dolorido, con el implacable sol dándome en la cara, aparecieron unos compañeros que me retiraron de encima la motocicleta. Después de aquello me desmayé y no recuerdo nada.

Al día siguiente me desperté en el hospital de campaña, precisamente el mismo en el que ese día falleció nuestro general Von Hünersdorff. Estaba tirado en la cama, boca abajo, tapado parcialmente con una sábana. Mi brazo derecho estaba vendado prácticamente en su totalidad, lo que hacía que apenas pudiese moverlo, mientras que el izquierdo no conseguía verlo, ya que no podía mover el cuello.

Lo primero que hice en cuanto me desperté fue intentar mover la cabeza lo suficiente como para comprobar el estado de mis piernas, las cuales seguía sin sentir,

pero fue imposible. Todo mi cuerpo se había convertido en un dolorido bloque. Comencé a llorar, presa del pánico que me invadió solo de pensar en la idea de quedarme parapléjico y del dolor de las heridas, el cual se hacía insoportable como si cientos de agujas se me clavasen al ritmo de los latidos de mi corazón. Empecé a pensar en Hildegard, en si estaría dispuesta a casarse con un inválido, a cuidar de un hombre adulto como si tuviese un hijo de cuatro años. ¡Dios mío! Eso no me podía estar pasando a mí. ¿Qué iba a hacer yo ahora? Ni siquiera podría trabajar para mantener una familia o montar en bicicleta con ella, y mucho menos viajar a España como teníamos planeado cuando nos casásemos. ¡Era el fin de mis sueños! ¡Así de cruel era la realidad por el solo hecho de salirte de un camino! En un segundo pasé de tenerlo todo a no tener nada. De repente me acordé de Klaus. La última vez que le vi juraría que no respiraba. Si así fuese y Klaus estuviese muerto por mi culpa, no me lo perdonaría jamás. La idea de atajar por el campo y salirnos del camino fue mía. Necesitaba saber qué había sido de él.

Al rato apareció un médico en compañía de una enfermera, los cuales me comunicaron que había sufrido, al parecer, la rotura de al menos dos vértebras, la T8 y la T9, lo que seguramente me impediría caminar el resto de mi vida. Aparte de las fracturas abiertas en mi pierna y brazo derechos, y de gran cantidad de pequeños trozos de metralla alojados por todo el lateral derecho de mi cuerpo. Aquello fue como un jarro de agua fría. Al menos podían haberme mentido y decirme que la parálisis de las piernas era temporal, o cualquier otra explicación médica que yo hubiese hecho un esfuerzo por creer por muy inverosímil que me hubiese parecido. Eso me habría permitido ir haciéndome a la idea, se lo hubiese agradecido enormemente. Aquello confirmaba mis peores augurios: sentado en una silla de ruedas de por vida.

—¿Tienes muchos dolores? —me preguntó el doctor.

—Sí —apenas podía articular palabra.

—Bien, en ese caso te suministraremos algún calmante para que puedas al menos dormir.

Cerré los ojos lentamente a modo de agradecimiento.

—¿Klaus?

—¿Klaus? ¿Te refieres a tu compañero? Lo siento, la metralla de la mina le alcanzó de lleno. Murió en el acto. Ahora intenta descansar y procura no pensar en nada.

Qué fácil era pronunciar esas palabras cuando estabas de pie. ¿Cómo quería que no pensase en nada? ¿Qué otra cosa podía hacer allí, tumbado, inmóvil, con la vista clavada en la cama de al lado? ¡Dios! Klaus, mi buen amigo y compañero. Perdóname, por favor. Aquello me dolió más que mis heridas. Una decisión equivocada había acabado con mis sueños y, lo que era aún peor, con la vida de otra persona, de un amigo. En ese momento hubiese preferido morirme. No tenía fuerzas para seguir luchando. El enemigo al que debía enfrentarme a partir de ese momento

era demasiado grande para mí. Me rendí por completo. ¿Cómo le iba a explicar lo sucedido a Hildegard? El mundo se me vino encima.

Estuve más de un mes sin ganas de comer. Me pasaba el día con los ojos encharcados de lágrimas, caí en un tremendo pozo. Apenas tenía ganas de respirar. No dejaba de pensar en Hilde y en mi abuela y en el enorme disgusto que la nueva situación les iba a provocar. Yo asumía las consecuencias de mis erróneas decisiones y las aceptaba con resignación, pero lo que verdaderamente me preocupaba era el daño que les iba a ocasionar a ellas.

Casi mes y medio después del accidente, por llamarlo de alguna forma, y aunque mi relativa recuperación se prolongaría en el tiempo casi de manera indefinida, había mejorado bastante, consiguiendo hablar con normalidad y mover ambos brazos, por lo que decidieron trasladarme a un hospital en Alemania. Al fin volvía a casa, aunque fuese tumbado en una camilla. Para mí la guerra había terminado, o al menos eso era lo que yo creía.

Tras un tortuoso e interminable viaje, otros heridos delicados y yo llegamos al nuevo hospital, al sur de Frankfurt, cerca de Darmstadt. Era un edificio vetusto y gris, con enormes ventanales, algunos de ellos con los cristales rotos. Una escalera de piedra y cemento daba acceso a la recepción, donde un soldado nos saludó. Yo quise confiar en la profesionalidad de sus médicos porque la verdad es que el edificio como tal imponía respeto. Parecía un lugar destinado a realizar autopsias más que a evitarlas.

Mientras que al resto de heridos los subieron a otras plantas del edificio, a mí me asignaron una cama en la planta baja, muy cerca de la entrada, pero en el lado posterior. A pocos metros de mí, a la derecha, había una puerta blanca con un ojo de buey que daba acceso a un pequeño y coqueto jardín con dos grandes y majestuosos olmos, algunos arbustos ornamentales y algunas flores plantadas en grandes tarros de cristal, seguramente aprovechando los envases procedentes de alguna solución médica o algún medicamento. También había un pequeño banco de madera donde los días soleados podías sentarte a leer el periódico o fumar un cigarro. Yo era a lo único que podía aspirar, a estar sentado o tumbado. Para mí pasear o correr ya era agua pasada.

A medida que transcurrían las semanas iba haciéndome a la idea, como no podía ser de otra forma, de mi nueva condición y de mis limitaciones. Ya lo había asumido. Tras más de dos meses sin escribir a nadie, le pedí a la enfermera, *frau* Klessinger, que por favor me trajese papel y lapicero para escribir un par de cartas. Era una mujer ya madura, de unos cincuenta años, muy entregada a su trabajo. De esas personas que se les nota que su trabajo les apasiona, que han nacido para ello. Ella perdió a uno de sus hijos en la invasión de Polonia, motivo por el cual, y según me dijo, había olvidado sonreír. Daba igual lo cansada que pudiera estar o los problemas que pudiese tener, siempre estaba ahí, esperando a que la llamasen para echarle una mano en lo que pudiese. Una mujer ejemplar.

Comencé escribiendo a Hilde, mintiéndole deliberadamente. Le conté que no había podido escribir antes debido a un pequeño accidente que tuve con la moto, nada serio, y al constante movimiento de tropas que me impedía a veces sentarme tranquilamente y escribirle. Tanto a Hilde como a mi abuela les comenté que nos encontrábamos en Frankfurt realizando unos cursos de entrenamiento de los nuevos vehículos, y que permaneceríamos allí algunos meses, pero que no iba a poder moverme de esa ciudad debido a que ya no se concedían tantos permisos como antes. La excusa no parecía muy creíble, pero ¿qué otra cosa podía decirles?

En los sobres no puse remitente y le dije a *frau* Klessinger que me hiciese el favor de enviarlos, pero no a través del servicio de correos del hospital, sino por correo ordinario civil para evitar que viesen el matasellos o alguna señal del centro médico.

La única persona que estaba al corriente de mis lesiones y de la situación real era *herr* Bauer, al cual advertí, utilizando a *frau* Klessinger como secretaria, de la importancia de que Hildegard no se enterase de ello, por no hacerla sufrir, aun a sabiendas de que este segundo favor me costaría otra botella de vino. De esa forma conseguí estar al corriente del estado de Hilde sin necesidad de que ella me escribiese. El interesado párroco me escribía una vez cada quince o veinte días, informándome acerca de mi amada. Ella estaba bien, aunque, por lo visto, algo más callada de lo normal, ya que todavía no había superado, como yo esperaba, la muerte de su padre. Eso me entristecía enormemente, aunque sabía que el que lo superase era una cuestión de tiempo. El tiempo tarda en sanar, pero es el mejor cicatrizante.

Todos los días por la mañana, *frau* Klessinger me despertaba, me daba los buenos días y me preguntaba qué tal había dormido, todo ello mientras me movía de un lado a otro de la cama para cambiar las sábanas y ahuecar la almohada. Yo colaboraba en lo que podía, agarrándome al somier de la cama y quedándome tumbado lateralmente, en equilibrio, hasta que ella me indicaba que ya podía dejarme caer de nuevo. Mis fracturas abiertas prácticamente se encontraban curadas, pero seguía sin sentir nada en las piernas, eran como dos trozos de carne inertes que colgaban de mi cadera. Lo más embarazoso era cuando tenía que decirle a *frau* Klessinger que me acercase en la silla de ruedas al aseo para hacer mis necesidades. A duras penas conseguía sentarme en la silla con la ayuda de la buena mujer. Una vez en el cuarto de baño, ella me ayudaba a sentarme en la taza del inodoro, con pantalones y todo, tras lo cual ella me cerraba la puerta y me dejaba solo. Con bastante esfuerzo y únicamente valiéndome de mis brazos conseguía bajarme o subirme los pantalones. Lo peor era cuando perdía el equilibrio y mis brazos no podían soportar solos el peso de mi cuerpo. Entonces caía al suelo, como un muñeco, golpeándome incluso en la cabeza con la pared. En esos casos no me quedaba otra opción que gritar el nombre de la enfermera y, semidesnudo, agachar la cabeza de vergüenza mientras entre dos o tres mujeres me conseguían sentar de nuevo en la fría loza. Todo aquello era muy desagradable e incómodo para mí, aunque *frau* Klessinger, al ver en ocasiones mi cara sonrojada, me decía que había visto muchos hombres desnudos durante tantos

años trabajando en el hospital y que no debía avergonzarme. Pero aquello para mí era totalmente nuevo y no terminaba de acostumbrarme.

Tras permanecer todo el invierno metido en aquel edificio, llegó el mes de marzo de 1944. Me encontraba realmente fuerte y ya conseguía subir y bajar de la cama yo solo, incluso sin necesidad de que nadie me sujetase la silla de ruedas. Los días comenzaban a ser más largos, y después de todo aquel tiempo allí metido, le dije a la enfermera que me trajese una chaqueta, ya que me apetecía salir un rato al jardín a tomar el sol. Estaba allí sentado, en aquella silla, con la cabeza hacia arriba mirando las copas de los viejos olmos y cómo una ligera brisa los hacía moverse muy levemente. Cerré los ojos mientras cogía aire y reflexionaba sobre mis últimos años. La guerra, Landsberg, Hilde, mi abuela, etcétera. Aquello hizo que me acordase de Rudolf y de la última vez que le vi a la salida de aquel lujoso restaurante de Berlín. Comencé a pensar en el destino y en cómo la vida es un conjunto de elementos que están interrelacionados entre sí, consiguiendo que uno te lleve al siguiente. Conocí a Hildegard porque a Rudolf se le ocurrió tomar una cerveza en aquella taberna, donde curiosamente vimos el anuncio de la habitación de los Wagner y donde, a su vez, en esa casa conocería a Helmuth, que fue el que me presentó a su hermana. En definitiva, creo que la amistad de tantos años con Rudolf estaba programada desde mi nacimiento como vehículo para facilitarme conocer al amor de mi vida. A lo que no conseguía encontrarle el sentido era a mi actual condición de parálítico. ¿Qué explicación tendría aquello? ¿Por qué un obstáculo tan grande en mi camino? ¿Esa parálisis me serviría de algo en el futuro?

Recordaba momentos y situaciones entrañables en compañía de Klaus, el bueno de Klaus, al que yo mismo sentencié con mi decisión. Me acordaba del buen humor con el que siempre se tomaba todo y ese carácter envidiable. Mi buen amigo Klaus, al que siempre llevaré en mi corazón.

Empezaba a quedarme dormido en aquel tranquilo jardín cuando un hombre me llamó desde el interior del edificio. Era Stefan, un soldado de una unidad de ingenieros al que habían amputado una pierna y vaciado un ojo. Tenía cerca de cincuenta años y una simpatía natural que hacía que mi estancia allí fuese más amena. Su cama se encontraba junto a la mía y no dejaba de hacer comentarios picantes sobre tal o cual enfermera; hablaba continuamente, hasta el punto de hacerme el dormido en algunas ocasiones para que se callase.

—¡Franz! ¡Franz! ¿Sigues vivo? ¡Despierta, gandul!

—Sí, sigo vivo. ¡Dime!

—Habíamos quedado en jugar hoy a las cartas. ¿O es que no quieres jugar por si pierdes?

—¡Qué dices! Todavía no ha nacido quien me gane a mí a las cartas.

—¡Venga, entra! Y demuéstrame lo pésimo que eres.

La guerra no iba bien para Alemania, las cosas se habían complicado enormemente, sobre todo en el frente del este. Habíamos perdido nuestro dominio en

el norte de África, y atrás quedaron las victorias de la Wehrmacht de años anteriores. Según Stefan, todo era culpa del Führer, que creía ser un buen estratega cuando en realidad quienes debían tomar las decisiones estratégicas eran los militares.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO V

VENGANZA

Abril de 1944

Llevaba meses en aquella lamentable situación. Completamente inmóvil de cadera hacia abajo. Empecé a plantearme tomar una decisión y armarme de valor para comunicárselo a Hilde. No me asustaba la idea de que me abandonase porque estaba plenamente convencido de la sinceridad de su amor hacia mí, pero indudablemente mis limitaciones físicas iban a ser un escollo importante en la realización y desarrollo de nuestros planes.

A finales de abril, una mañana me desperté repentinamente cuando *frau* Klessinger, sin querer, dejó caer una bandeja metálica sobre mis pies. Sentí perfectamente un ligero golpe en la punta de mis dedos. Comencé a llamarla gritando.

—¡*Frau* Klessinger, he sentido la bandeja! ¡La he sentido! ¡La he sentido!

—¿Pero qué dices? Eso no puede ser, Franz, hijo. A lo mejor al ver caer la bandeja has creído sentirla.

—No, yo estaba dormido y no la vi caer, el golpe fue lo que me despertó.

—Bien, bien, tranquilo, voy a avisar al doctor.

El doctor vino al momento y comenzó a pasarme levemente un lápiz por la planta de los pies, pero yo no sentí nada. Fue cuando me pinchó un poco con el lapicero cuando noté perfectamente su punta, a la vez que le indicaba en qué parte del pie me pinchaba. El médico me indicó que si empezaba a sentir algo era sin duda muy buena señal y que me iría observando para ver si evolucionaba. ¡Qué alegría, Dios mío! Era un primer paso. Seguía sin sentir las piernas, pero la bandeja y el lapicero los había sentido. Aquello era el principio de algo importante, lo presentía.

Desconocía cómo estaba Hildegard, porque seguía sin poner remitente en mis cartas, y le mandé una postal en la que le decía que seguíamos de aquí para allá sin parar y que solo cuando volvíamos a Frankfurt podía escribirle. No sé hasta qué punto se lo creyó, era una chica muy inteligente. No obstante, consideré que era el momento de no seguir ocultándole mi situación. Situación, por otra parte, mucho más esperanzadora que la que había vivido hasta entonces.

A primeros de junio de aquel año el soldado de la puerta me dijo que el ejército aliado había desembarcado en las playas de Normandía, en el norte de Francia, con un gran contingente de tropas. Aquello, por un lado, me preocupó, pero por otro no me importaba que Alemania perdiese la guerra con tal de que toda aquella locura terminase de una vez. La guerra se nos había ido de las manos. Yo estaba muy tranquilo con mi conciencia, había cumplido incluso por encima de mis posibilidades y había pagado un precio muy alto por mi lealtad a mis ideales y a mis principios. Pero realmente lo que quería era comenzar mi nueva vida con Hilde, y que el tiempo me hiciese olvidar aquellos terribles años lo antes posible.

Durante todo ese mes los aliados siguieron avanzando hacia el interior del viejo continente e hicieron retroceder a la Wehrmacht hasta posiciones que se suponían bien consolidadas en años anteriores. El 20 de julio de 1944 Hitler sufrió un atentado fallido por parte de un grupo de sus militares mientras se encontraba en una reunión en su búnker de Prusia Oriental. Eso evidenciaba claramente una cosa: el Tercer Reich comenzaba a desmoronarse al perder parte de los apoyos internos del régimen. El fin se acercaba.

Todas las semanas llegaban nuevos heridos de los diferentes frentes, pero cada vez llegaban más jóvenes. Frente a mí, tres camas a la izquierda, se encontraba un chico de la 352.^a División de Infantería, que no tendría más de dieciséis o diecisiete años, al que le habían tenido que amputar una pierna y una mano. Era muy cruel y doloroso verle ahí echado en la cama en esas condiciones. Todavía era un niño, aún tenía esa pelusilla encima del labio, antecesora del bigote. Ni siquiera era un hombre y ya tenía que pagar como tal. Cuando se me partía el corazón era por las noches, cuando le oía llorar desconsoladamente mientras llamaba a su madre. Me daban ganas de levantarme y estrecharle entre mis brazos para consolarle. ¡Pobre criatura!

Por aquel entonces mis piernas iban evolucionando favorablemente y ya tenía sensibilidad hasta las rodillas. El tiempo transcurría lentamente, aunque gracias a la compañía de Stefan y de otros heridos se me hacía algo más llevadero y ameno.

Estábamos a finales de noviembre y recuerdo pasear muy lentamente por los largos pasillos del hospital ayudado de unas muletas. Todo aquello resultaba fantástico. A veces no conseguía llevar las piernas hacia delante y *frau* Klessinger me las movía. Cada determinado número de metros debía sentarme en la esquina de alguna cama para descansar mis brazos, los cuales se llevaban la peor parte porque mis piernas no se encontraban lo suficientemente fuertes como para aguantar mi peso. Pero no me importaba, sabía que era una cuestión de tiempo. La vida volvía a

sonreírme.

Una mañana recibí carta de mi eclesiástico doble agente, *herr* Bauer. En ella me decía que un tal Rudolf había visitado a Hildegard con no muy buenas intenciones. Aquel individuo había intentado abusar de ella, sin conseguirlo, gracias a la repentina e inesperada aparición del cura. Proseguía diciendo que ella se encontraba bien, aunque algo asustada. Después de haberle contado a Hilde toda la verdad sobre mi convalecencia y volviendo a poner el remitente en la correspondencia, recibí su primera carta, pero ella no mencionó nada acerca de aquel desagradable incidente con Rudolf. Aquella noticia hizo que me revolviere de rabia. ¿Pero qué le pasaba a aquel hombre? ¿Estaba loco? Indudablemente un individuo como Rudolf no se hacía más de sesenta kilómetros para abusar de una indefensa chica si no era para conseguir algo más: hacerme daño. Le conocía muy bien y sabía que pretendía algo más.

Aquel bastardo no dejaba de aparecer en mi vida de vez en cuando para hacerme perder los nervios. Entonces me resultaba imposible por mis limitaciones, y muy peligroso debido a la situación política, darle un merecido castigo a tan despreciable ser. Pero mis piernas cada día estaban más fuertes y la guerra algún día terminaría. Sabiendo que aún permanecía en Berlin y sus tan insanos hábitos, seguramente no me resultaría difícil dar con él. Aquello no se lo iba a perdonar. Además, cuando me lo encontré en Berlin a la salida del restaurante ya se lo advertí: no iba a consentir que le tocara ni un pelo. Nunca creí que llegaría a tal extremo. ¿Cómo puede cambiar una persona tanto? ¿Quizás fue así siempre y solo necesitaba el marco idóneo para desarrollarse? Todo eso me confirmaba que la guerra sacaba a la luz lo mejor y lo peor de cada persona. Igual que había gente que arriesgaba su vida por salvar la tuya, otros te pisoteaban, intentando abusar de tu novia mientras estabas fuera. Durante muchos años le consideré mi único y mejor amigo, y ahora era él quien me hacía daño atacando a lo que más quería en este mundo, a mi parte más vulnerable.

Me encontraba sentado en una silla, frente a una de las cristaleras que daban al jardín. Estaba nevando copiosamente y me entretenía en observar un punto cualquiera del suelo y contar cuántos segundos tardaba en ser cubierto por un copo de nieve. Estábamos en diciembre, y en las tertulias de lisiados que solíamos tener, la guerra se daba ya por perdida. De hecho, ya se consideraba más o menos acabada en algunas partes de Europa. La Wehrmacht se empleaba a fondo en intentar detener o ralentizar en la medida de lo posible el arrollador avance de las tropas aliadas en las Ardenas. Las Ardenas... Todavía recuerdo aquel año cuando cruzamos el río Mosa de camino a Francia. Cuando creíamos ser los dueños del mundo y cualquier ejército se rendía a nuestros pies. Cuánto habían cambiado las cosas. Nos encontrábamos en la misma zona que cuatro años antes, pero esta vez marcha atrás, hacia Alemania, para intentar salvar lo máximo posible. Era una pena. ¿Para qué tantísimo esfuerzo y sangre?

Mis piernas se encontraban en relativas buenas condiciones, aunque demasiado débiles aún. Podía andar, aunque muy despacio, con incipiente normalidad, no sin la ayuda de unas muletas y de la constante e incansable presencia de *frau* Klessinger.

Todos los días por la mañana debía realizar unos ejercicios encaminados a fortalecerlas. El doctor, ante mi evolución de los últimos meses, me comentó que podría darme el alta quizás en tres meses, cuando pudiese desplazarme por mí mismo. Esa fue una muy buena noticia, debía esforzarme y trabajar duro para que llegase ese momento. Me moría de ganas por ver a Hildegard. La echaba muchísimo de menos y no dejaba de pensar por las noches en nuestro encuentro.

El lunes 1 de enero de 1945, día de Año Nuevo, el Führer a través de la radio mandó un mensaje a toda Alemania en el que dijo, entre otras cosas: «Sepa todo el mundo que este país jamás capitulará». Con aquella frase dejó patente la caótica situación que vivía nuestro país. Muchos de nosotros confiábamos en él hasta cierto punto. No sabíamos si verdaderamente tendría un as en la manga para darle repentinamente la vuelta a la guerra o si, por el contrario, se había vuelto loco y desconocía, o no quería reconocer, la cruda realidad. De una forma o de otra deseaba con todo mi corazón que todo aquello acabase para siempre.

Ese mes de enero comenzarían las malas noticias para Alemania. Los avances y victorias del ejército aliado y del soviético eran constantes y numerosos. Se sucedían prácticamente todas las semanas y en algunas ocasiones casi a diario, como las fichas de un dominó que colocas de pie una tras otra y que cuando empujas la primera ya no hay forma de detener la incesante caída del resto.

El día 11 los soviéticos se encontraban próximos a Varsovia, y en tan solo dos semanas más, los rusos habían ocupado Prusia Oriental, llegando hasta Danzig.

El día 30 de enero Hitler volvió a hablar por la radio, con motivo de sus doce años en el poder. Me quedé perplejo. El Führer pidió al pueblo alemán que aceptase todos los sacrificios que él nos pidiese. ¿Acaso le parecía poco el sacrificio que el pueblo alemán había hecho ya por él? ¿Qué más quería que hiciésemos? ¿Morir todos?

Al día siguiente los rusos se encontraban cerca de Konisberg, a solo ciento veinte kilómetros de Berlín, y tan solo tres días después, el 3 de febrero, Berlín fue ferozmente bombardeado por los americanos. A aquello seguirían los bombardeos contra Dresden y Nürnberg.

La guerra estaba ya totalmente perdida y solo quedaba esperar a ser capturado por los aliados antes que por el ejército ruso, de los cuales y de sus principios no había oído decir nada bueno. Además, toda la Wehrmacht sabía que los rusos nos odiaban por encima de todas las cosas y que el soldado alemán que cayese prisionero suyo no lo pasaría precisamente bien.

Por las noches agarraba la almendra entre mis dedos, y tras hablar con mi imaginaria Hilde, comenzaba a rezar y a pedirle a Dios que me diese toda la fuerza necesaria para mis piernas, con el fin de encontrarme en la mejor situación posible cuando los rusos o los aliados llegasen a Frankfurt. A algunos de nosotros se nos ofreció voluntariamente el alta médica incluso antes de la total recuperación, en vista de cómo estaban sucediéndose los hechos, para dar la posibilidad al que quisiera de

no permanecer en el hospital cuando llegasen las tropas invasoras. A Stefan ya le habían dado el alta hacía un par de meses y me dejó la dirección de una prima que tenía en Dortmund, donde se iba a hospedar durante bastante tiempo, por lo que valoré seriamente irme de allí. Pero aunque ya me manejaba solo con las muletas, aún lo hacía muy despacio y torpemente, por lo que pensé mejor en quedarme y afrontar mi destino como prisionero de guerra. No tenía otra opción. De cualquier forma, tanto en el hospital como en Dortmund nos encontrarían. Sin embargo, hubo otros heridos que aceptaron el ofrecimiento y se fueron con drenajes en las heridas o con fracturas abiertas, operadas dos días antes. Todavía recuerdo sus gritos de dolor al ponerse los pantalones o la camisa y como alguno de ellos incluso antes de salir por la blanca puerta de la entrada ya llevaba la ropa manchada de sangre por lo precipitado de su marcha.

El 6 de marzo los americanos entraron en Köln y el día 10 capturaron Bonn. Cuatro días más tarde el 3.º Ejército de los Estados Unidos se encontraba cerca de Koblenz y la RAF^[34] atacó Wuppertal, la ciudad donde se encontraba la base de nuestra 6.ª División Panzer. Mi querida Alemania estaba siendo convertida en un gigantesco colador. Después de aquel año no quedaría ni una sola ciudad alemana más o menos importante que no fuese ferozmente arrasada, a veces innecesariamente, por alguno de los dos ejércitos. Sin duda parecía que se habían propuesto barrernos del mapa. Después de todo, los alemanes habíamos sido los iniciadores de aquella barbarie y, en el fondo, algunos de nosotros podíamos comprender que tanto rusos como aliados quisieran saciar su sed de venganza.

El día 26 los americanos entraron en Frankfurt. Ya solo se encontraban a poco más de treinta kilómetros de nosotros. Cuando supe la noticia me puse muy nervioso, porque que apareciesen por la puerta del hospital era solo una cuestión de tiempo. Al menos parecía que serían los americanos quienes llegarían antes que los soviéticos, lo cual de alguna forma me aliviaba. Desde mi cama podía oír en la lejanía el fuego de la artillería, incesante e implacable. A veces se cruzaban las detonaciones de ambos bandos produciendo un ruido casi continuo, como el de una gigantesca bocina.

Apenas dos días después, por la mañana muy temprano, unas voces me despertaron sobresaltado. Un grupo de diez o doce soldados estadounidenses irrumpieron en el hospital como un elefante en una cacharrería. El soldado alemán de la puerta obviamente no ofreció resistencia y entregó su arma, a la vez que era sacado del edificio apresuradamente. Primero un teniente con cara de pocos amigos, fumando un cigarrillo y con barba de varios días, quiso hablar con los médicos para recabar información acerca de los heridos que se podían encontrar en situación de alta inmediata. El doctor responsable del hospital le explicó, a través de un soldado americano que hacía de traductor, que ninguno se encontraba en esa situación, y que de haber sido así no estarían allí. Aquella respuesta tan sumamente lógica enojó al oficial americano, que miró de arriba abajo al doctor, a la vez que le echaba a este el humo del pitillo en la cara para tirar posteriormente la colilla encendida en medio del

pasillo. El teniente y su traductor comenzaron a recorrer la planta baja del hospital, observando detenidamente cama por cama, a la vez que el oficial nos miraba a la cara con su desagradable rostro mientras el resto de soldados subían a las plantas superiores.

El traductor comenzó a gritar en alemán lo que su mando le decía. Todavía lo recuerdo: «Como ya habrán podido observar ustedes, somos soldados pertenecientes al Ejército de los Estados Unidos de América. Desde este preciso momento su situación pasa a ser la de prisioneros de guerra, por lo que a medida que vayan produciéndose sus altas serán trasladados a un campo de prisioneros. Espero que a ninguno de ustedes se le pase por la cabeza intentar escapar de aquí o hacer cualquier otra tontería, porque de suceder algo así nos veríamos en la obligación de abrir fuego».

* * *

20 de abril de 1945. Ese día Adolf Hitler cumplió cincuenta y seis años. Hacía tres días que nuestro Grupo de Ejércitos B, comandados por el mariscal de campo *herr* Model, se había rendido a los aliados cerca del Ruhr. Hacía casi un mes que el hospital se encontraba custodiado y yo me esforzaba en intentar alargar lo máximo posible mi estancia en aquel sobrio edificio para retrasar todo lo que pudiese mi traslado a un campo de prisioneros, pero veía que al final ese sería mi destino, quisiera o no.

Cuando salía a andar por los pasillos con mis muletas, fingía estar mucho peor de lo que realmente estaba. Un día incluso me dejé caer deliberadamente al frío y duro suelo cerca de un soldado americano para dar mayor realismo a mi pueril treta. *Frau* Klessinger, al ayudarme a levantarme, me miró de reojo a la vez que sonrió muy levemente, consagrándose en aquel momento como mi más atenta cómplice. Sería la única vez que vería sonreír, aunque fuese de una manera tenue y fugaz, a aquella sufrida mujer.

A raíz de salir a andar por el hospital, y dado mi carácter afable y abierto, solía sonreír a los americanos cuando pasaba delante de ellos a modo de tensa cordialidad. A veces incluso solía hablarles unas pocas palabras en alemán a la vez que les hacía distintos gestos con las manos, refiriéndome por ejemplo a la meteorología o a cualquier otro tema liviano. Conseguí incluso tener cierto trato con un soldado llamado Harry. Harry era un chico muy joven, de unos veinte años, con numerosas marcas por toda la cara, secuelas de un agresivo acné de la pubertad. Era originario de Texas y a veces me contaba, entre palabras que no siempre comprendía, gestos y muecas, su vida en el rancho de su familia, o por lo menos eso es lo que yo le entendía.

Un día de finales de abril, mientras fumaba un cigarrillo en compañía de Harry, este me dijo en una jerga mezcla de alemán e inglés que Berlin se encontraba totalmente rodeada por el ejército soviético, y que su caída sería inminente. Cada vez

éramos menos heridos en el hospital y eso hizo que empezase a valorar seriamente la posibilidad de mi inmediato traslado.

El miércoles 2 de mayo por la mañana observé a dos enfermeras jóvenes llorar desconsoladamente, medio escondidas, en un extremo de la galería donde yo me encontraba. En un primer momento pensé que alguno de los heridos habría fallecido y que a las pobres chicas les habría afectado. Pero me parecía algo extraño que llorasen a escondidas, no dejando de mirar por si se acercaba alguien.

—*Frau* Klessinger, ¿ha pasado algo? ¿Por qué lloran Karin y Birgit? ¿Y por qué lo hacen a escondidas?

—Anteayer, el día 30, el Führer se suicidó. Y lloran a escondidas ante el temor de ser vistas por los americanos y que las consideren nazis. —Su rostro no mostraba pena, pero sí preocupación.

—¿Cómo dice? ¿Se ha suicidado? ¿Pero... cómo?

—Las informaciones son algo confusas. Parece ser que se ha disparado en la cabeza, en compañía de su compañera *frau* Braun, la cual también habría fallecido. El destino de Alemania está en el aire, en suspenso, a merced de lo que unos y otros quieran hacer con nosotros.

No alcanzaba a asimilar la noticia. Todos éramos conscientes de que la guerra se había perdido y de que nuestra situación a partir de aquel momento no iba a ser precisamente buena, pero nunca hubiese podido creer al Führer capaz de suicidarse. ¿Por qué el suicidio? ¿Por qué no una rendición pactada? No alcanzaba a entender todo aquello. Hitler nos había dejado a todos a merced del viento, nos había abandonado tirados como colillas en medio de un pasillo, esperando a que todo el mundo las pisotee y en aquel desolador escenario.

Mi estado anímico en aquel momento era una mezcla de preocupación y miedo, por un lado, e indiferencia, por otro. La preocupación que me creaba nuestro incierto destino como nación y como pueblo y la profunda indiferencia que sentí por la muerte de aquel hombre, un hombre que durante una etapa de mi vida creí el Mesías del siglo xx, el Salvador que haría de nuestra patria algo grande, algo que perduraría a lo largo de los tiempos, pero a quien últimamente había empezado a considerar como un loco al que solo le importaba él mismo. Después de todo, no me había equivocado mucho. Qué fácil resultaba para algunos apretar un gatillo y evitar así enfrentarse a sus errores.

Al día siguiente por la tarde oí cómo varios soldados norteamericanos comenzaban a aplaudir, por lo que supuse que habrían conocido la noticia del fallecimiento de Hitler, aunque me extrañó que no lo hubiesen sabido hasta entonces. Efectivamente, no se trataba de eso. Harry me dijo momentos después que Berlin había caído definitivamente en manos del ejército ruso.

Después de más de un mes sin recibir correspondencia alguna, me llegó carta del párroco *herr* Bauer.

Müncheberg, 20 de abril de 1945.

Querido y estimado Franz:

Lamento mucho no haberte escrito antes, pero debo decirte sin ánimo de asustarte que la situación en esta zona del país es realmente mala. Los rusos han arrasado prácticamente todo el pueblo, ni siquiera la parroquia se ha salvado del odio y el rencor de los comunistas. Han muerto muchos vecinos del pueblo, aunque no debes temer por Hildegard, ya que su finca se encuentra a las afueras.

Antes de que empezase todo esto, la semana pasada fui a verla después de casi dos semanas sin poder acercarme. Ella en general se encuentra bien, aunque un poco cansada por una tenaz tos que la martiriza desde hace unos días. También ha perdido algo de peso, aunque en estos últimos meses ha ido sacrificando a las ocas para alimentarse. Se ha visto en la obligación de vender los cerdos y el resto de los animales antes de que se los robasen, aunque los pavos reales que le regalaste no los ha vendido y los tiene bajo llave en la nave. Intenté convencerla de que debía visitar a un médico y que le dijese a qué se debía esa persistente tos y esa pérdida de peso, pero fue imposible. Me dijo que por nada del mundo abandonaría aquella granja, ni siquiera para ir al médico. En el fondo teme salir de casa y que le pase algo que le impida volver.

A partir de ahora no sé si voy a poder seguir escribiéndote, ya que todo esto es un auténtico caos. No obstante, eso no impedirá que siga pendiente del estado de Hildegard. Ella sabe que la situación es muy mala para todos, más aún para los que formáis parte de la Wehrmacht, eso al menos es lo que me dijo el otro día, por lo que debes estar tranquilo si no puedes escribirle, porque ella es consciente de nuestra actual situación.

Solo deseo que te recuperes de tus lesiones lo antes posible y regreses con tu amada. Sería para mí un verdadero placer casaros cuando las aguas hayan vuelto a su cauce.

Recuerda que el Señor estará contigo allá donde vayas.

Aquella misiva me preocupó enormemente por dos razones fundamentales: una, la salud de Hildegard, que al parecer no era todo lo buena que yo hubiese deseado; y otra, que los rusos pudiesen hacerle algo. Era una chica muy guapa y a cualquier hombre le podría gustar. Aparte, el hecho de que viviese sola la hacía muy vulnerable. Me preocupaban mucho más los rusos que su precaria salud.

Debía advertirla del peligro de las tropas soviéticas y de que se escondiese donde fuese, con tal de que no la encontrasen, pero me temí que fuese demasiado tarde. Hacía casi quince días que los rusos habían estado en Müncheberg. Solo cabía la posibilidad de que ella se hubiese ocultado al verlos llegar o apelar a los principios del citado ejército. De todas formas, aunque hubiese estado a tiempo para prevenir a mi amada, me hubiese sido imposible escribirle, ya que, dadas las circunstancias, el servicio postal se encontraba suspendido.

Caí en la cuenta de que Hildegard en ninguna de sus cartas me había hecho mención a la venta de los animales ni a las necesidades que pasaba al tener que alimentarse de carne de oca prácticamente durante meses. Tampoco me comentó en su día nada del incidente con Rudolf. Era la segunda vez que me ocultaba malas noticias por no preocuparme. Ella era así, toda bondad y dulzura, un alma pura. Pero aquella actitud no me ayudaba nada porque me ocultaba la realidad.

Esa noche, en el silencio del hospital, imploré a Dios como nunca antes lo había hecho, pidiéndole que no permitiese que le pasase nada malo a Hilde. Mentalmente me dirigí al Todopoderoso rogándole una y otra vez que cuidase de ella. A cambio, y como muestra de mi agradecimiento, prometí olvidar lo de Rudolf y no vengarme de él, tras lo cual empecé a rezar una vez tras otra hasta que me dormí.

Una mañana de primeros de mayo un grupo de soldados americanos entró en el

hospital con cajas y lo que parecía material fotográfico. En un primer momento supuse que se dedicarían a hacernos fotos para algún expediente o algo así, pero mis dudas se resolvieron rápidamente. Una de las cajas albergaba un proyector de cine y otra, algunos rollos de película.

Nos ordenaron a todos que permaneciésemos en nuestras camas e hicieron bajar de otras plantas a los heridos que podían andar para ocupar un lugar en uno de los extremos del pasillo de la planta baja, donde yo me encontraba. Pusieron el proyector a unos diez metros de la blanca pared del otro extremo, de la que habían descolgado previamente un enorme crucifijo.

Nos dijeron que las imágenes que íbamos a presenciar habían sido tomadas días antes, tras la liberación del campo de concentración de Dachau, que no estaban manipuladas y que eran el fiel reflejo de las atrocidades de los nazis, de las que nosotros habíamos sido cómplices y colaboradores. Nos aseguraron también que existían multitud de campos de esas características repartidos por media Europa.

Tras llevar escasos tres minutos viendo las imágenes, se me revolvió el estómago. Era terrible ver un convoy de unos cuarenta vagones, sin techo, llenos hasta arriba de miles de huesudos cadáveres de hombres y mujeres, muchos de ellos en avanzado estado de descomposición. Otros deambulaban como muertos vivientes por el interior del campo, irreconocibles, con los ojos hundidos, sin pelo, encorvados, semivestidos con harapos, de caderas y omóplatos prominentes y pesando apenas cuarenta kilos.

Nos mostraron una nave de altos techos con montañas de personas, unas encima de otras, muertas, inertes, desnudas, sin ninguna consideración ni decoro, como si fuesen patatas después de la recogida. También pudimos ver unos hornos, donde al parecer se incineraban los cadáveres resultantes de los crueles trabajos, experimentos médicos o sacrificios aleatorios, y otros, los más afortunados, víctimas del hambre y el tifus. Los americanos nos explicaron que había una cámara donde a la gente se la gaseaba en pequeños grupos para, posteriormente, incinerarla o enterrarla en fosas comunes en tandas de cientos o miles. Yo no daba crédito a esas palabras, y de no ir acompañadas de aquellas dantescas imágenes, nunca hubiese creído tales afirmaciones.

Por un momento cerré los ojos. No deseaba ver más todo aquello. Me repugnaba la sola idea de pensar que alguien había podido ser capaz de algo así. *Frau Klessinger* hizo intención de abandonar la sala, después de taparse en dos ocasiones los ojos con la mano, pero se le impidió y fue obligada por un soldado norteamericano a terminar de ver la filmación. Miré al resto de las camas y mientras algunos se quedaban con los ojos clavados en aquella pared de horror, sin pestañear, otros se daban la vuelta para no verlo, a la vez que se tapaban la cabeza con la almohada que momentos después les retiraba algún soldado. *Birgit*, la enfermera que días antes lloraba a escondidas la muerte de Hitler, estaba vomitando y llorando junto a una de las puertas de acceso al jardín. Algo en mi interior se negaba a aceptar que aquella horrible barbarie hubiese sido cometida por soldados bajo mi misma bandera. Todos nosotros

habíamos oído hablar de los campos de trabajo para judíos y prisioneros, pero aquello no eran campos de trabajo, sino de exterminio.

De repente caí en la cuenta del trágico final de Robert y de mi vecina de Berlin. No podía ser, aquello no podía haber ocurrido así. Quizás Robert tuvo el mismo desagradable final que esos famélicos cadáveres de la película, o quizás mi vecina de Berlin fuese alguno de esos inertes cuerpos en estado de descomposición que se encontraban amontonados por miles en el interior de aquellos nauseabundos vagones. Vagones de muerte y hedor.

Mi cabeza no podía asimilar algo tan espantoso, tan brutalmente inhumano, en tan solo unos minutos. Me quedé como en estado de *shock*.

Al terminar la filmación todos permanecimos en silencio. Estábamos petrificados, algunos con la cabeza contra el colchón, otros con la mirada perdida, abstraídos, y otros, como yo, sollozando, avergonzado de ser alemán por primera vez en mi vida. Estuvimos así durante algunos minutos, intentando asimilar y racionalizar de alguna forma las imágenes, que quedarían en nuestras retinas para el resto de nuestras vidas.

Me sentí estafado. Me habían utilizado a mí y a millones de alemanes. Millones de alemanes que creímos durante casi seis años que luchábamos por unos ideales, por una patria, por una gran nación, pero no por el asesinato injustificado y cruel de miles o quizás centenares de miles de inocentes. Mientras la Wehrmacht derramaba su sangre y su sudor en los campos de batalla de toda Europa, otros aprovechaban esa motivación y ese sacrificio para ejecutar sus planes raciales de exterminio. Yo no juré lealtad al Führer para eso. Los nazis se habían aprovechado de nosotros para llevar a cabo su política antisemita y racista. Sentía vergüenza y asco.

Como responsable directo de esa ingente cantidad de muertos a sus espaldas, no me extrañó entonces que Hitler optase por coger un atajo y suicidarse.

* * *

Al fin llegó la tan ansiada noticia. El 7 de mayo de 1945 Alemania se rindió. La capitulación se llevó a cabo en la ciudad francesa de Reims. Estaba contento porque al final había terminado ese sinsentido que había ocasionado millones de muertos en tan solo seis años, pero me preocupaba enormemente ya no solo mi futuro, sino el de mi país. ¿Qué pasaría ahora? ¿Se repartirían Alemania entre los vencedores? Tenía miedo ante lo que nos depararía el futuro a partir de aquel momento.

A la semana siguiente, una soleada y radiante mañana, un médico norteamericano me informó de que se me iba a dar el alta esa misma tarde, ya que habían podido observar mi estado y habían determinado que, aunque con muletas, me podía mover y desenvolver con relativa facilidad. Entendí entonces que al haber terminado la guerra me dejarían en libertad y por fin podría volver a Müncheberg a cuidar de Hildegard. Si no fuese así, ¿qué sentido tenía retener a cientos de miles de prisioneros en tiempo de paz? Los prisioneros de guerra se solían mantener en tiempos de guerra para utilizarlos como mano de obra barata o simplemente como moneda de cambio frente

al enemigo, pero ante la inexistencia de conflicto lo normal debería ser que nos dejasen en libertad. ¿O es que aún temían que nos fuésemos a reorganizar? Nada más lejos de nuestra intención, ya que aparte de abatidos y cansados estábamos desarmados.

Cuando vi a *frau* Klessinger la llamé y le dije la buena nueva que aún no sabía. Le di dos besos y las gracias por toda su incondicional ayuda. Entonces ella me estrechó entre sus brazos, como lo haría una madre con su hijo, y con lágrimas en los ojos me dijo que me cuidase mucho. También me despedí uno por uno de todos los de la sala, en especial del pobre chico de la 352.^a División de Infantería.

Por la tarde, sobre las 16:00 horas, ya tenía preparadas todas mis cosas, las cuales cabían dentro de la pequeña mochila militar, y se me informó de que estaba de alta y de que acompañase a dos soldados americanos. Al salir le di la mano a Harry y él efusivamente me deseó mucha suerte. Es curioso cómo apenas unos meses antes él me hubiese disparado en el campo de batalla o yo a él. Las personas éramos las mismas y el lugar también podía haber sido ese, pero el tiempo y las circunstancias lo cambiaban todo.

Los soldados me condujeron en compañía de otros heridos hasta un camión donde había más prisioneros, y fuimos llevados hasta un gigantesco recinto rodeado de alambre de espino que se encontraba a una hora y media de carretera desde el hospital, cerca de Bad Kreuznach. Supuse que en principio nos tendrían allí poco tiempo, hasta que se empezase a formalizar nuestra puesta en libertad.

Aquel inmenso recinto de alambre era el campo norteamericano de prisioneros de Bretzenheim, una enorme explanada a la intemperie, sin barracones donde dormir o cobijarse. Había varias torretas con vigías armados y unos enormes focos. Nos metieron allí sin ningún tipo de consideración, a patadas y empujones, a la vez que me quitaban las muletas, por lo que di con mi cara en el suelo.

El lugar era nauseabundo, se encontraba repleto de miles y miles de personas tiradas en el suelo, medio escondidas en unos agujeros que ellos mismos se habían encargado de excavar para guarecerse de las inclemencias del tiempo. Al fin y al cabo me podía considerar un privilegiado, ya que se había respetado mi convalecencia en el hospital, cosa que no todo el mundo podía decir.

Pude observar prisioneros con heridas sangrantes que me dijeron ser víctimas de desalojos forzosos en los hospitales, sin importar a los vencedores la gravedad o el estado de sus lesiones.

Nada más llegar, algunos prisioneros nos saludaron y yo les correspondí con un «Buenas tardes». Nos dijeron que buscásemos cuanto antes un sitio para pasar la noche. Entre ellos se encontraba un hombre mayor de unos sesenta y cinco años, de larga y cana barba, muy delgado, famélico, de generosa nariz y tristes ojos hundidos en sus cuencas. De huesudas y rudas manos, con venas en relieve que parecían salirse de estas. Vestía una camisa antaño blanca, unos pantalones cortos marrones y unos viejos y roídos zapatos que carecían de cordones. Aquel hombre de mirada

intrigante que parecía saber lo que estabas pensando se presentó.

—¡Chico! ¿Te parece a ti que estas son unas buenas tardes? —Levantó los brazos en alto a la vez que giraba su cuerpo casi 360°, a modo de mostrarme todo aquello.

—No. Tiene usted razón. No creo que sean unas buenas tardes —respondí.

—Mi nombre es Ludwig. Ludwig Weiss. Aunque todos me llaman el Viejo. Perdona si soy algo brusco. Aquí dentro uno pierde la educación, aparte de otras muchas cosas.

—No, no se preocupe, no pasa nada. Después de la guerra nadie es como era. Todos en mayor o menor medida hemos cambiado. A peor, por supuesto.

—Ven conmigo, te mostraré dónde duermo yo. A lo mejor con un poco de suerte esta noche muere alguno de los que están conmigo y así podrás disponer de un agujero sin que te lo tengas que excavar.

—«¿Con un poco de suerte?». ¿Los odia?

—Sí. No me llevo bien con ellos, son unos estúpidos que se creen alguien por ser de la Luftwaffe. Hace unos días conseguí capturar un erizo y me lo quitaron para comérselo ellos. Pero hay uno que se encuentra muy mal, no creo que viva más de dos o tres días. Por cierto, veré si puedo conseguirte mañana alguna muleta para que puedas apoyarte.

—Muchas gracias. La verdad es que sin algo donde apoyarme estoy perdido.

La crudeza e indiferencia que aquel esquelético hombre sentía hacia el resto de la gente me impresionó muchísimo, además del escenario donde nos encontrábamos. Había mujeres, niños y ancianos entre los miles de prisioneros. Las condiciones en las que estábamos eran infrahumanas. El viejo me dijo que llevaba allí casi un mes y que apenas les daban de comer y beber, teniendo que beberse su propia orina para no morir de sed. Rápidamente comprendí que mi estancia allí no iba a ser cosa fácil ni breve.

Llevaba allí una hora escasa cuando pude presenciar la muerte de un hombre. Le había visto cuando hablaba con Ludwig. Estaba agonizando en el suelo, demacrado, blanco, cogiendo como podía algo de aire que le permitiese seguir con vida, con la mirada perdida. Dejé de mirarle para atender a la conversación del Viejo y cuando segundos después volví a mirar ya no respiraba. Se había quedado boca arriba, con la boca y los ojos abiertos. El cadáver permaneció allí, como si de una piedra se tratase, durante toda la noche hasta que por la mañana fue retirado por los vigilantes. Lo llevaron a las afueras del campo junto a la entrada, donde esperaba un camión cargado con decenas de cadáveres que otros vigilantes iban rescatando de otras zonas del recinto.

Esa noche, para desgracia del anciano, no falleció ninguno de sus odiados vecinos, por lo que permanecí durmiendo al raso junto a las letrinas un par de días hasta que la Parca se encargó de buscarme alojamiento cerca de Ludwig.

En las dos noches que pasé allí el olor era insoportable. Una mezcla de barro, excrementos y agua podrida hacían de aquel sitio una trampa mortal. Las letrinas

consistían en una profunda zanja cavada en el suelo, cerca de la alambrada, desde donde los vigilantes podían observarte mientras hacías tus necesidades. Encima de la zanja y situados de lado a lado se encontraban unos tablones, donde debías situarte para poder defecar. Algunos compañeros se encontraban tan sumamente débiles y agotados que cuando se dirigían hacia las letrinas y se situaban encima de los tablones perdían el equilibrio y caían al interior de la zanja, donde los excrementos y el barro se encargaban de hacer el resto.

Una noche, mientras dormía, oí gemir en el interior de la zanja. Me acerqué como pude, con la certeza de que alguien habría caído a su interior, pero no veía absolutamente nada. De repente e inesperadamente, la luz de uno de los focos del campo, que no cesaba de inspeccionar cualquier reducto durante toda la noche, alumbró por unos segundos aquella nauseabunda trampa. Entonces pude ver como un hombre se encontraba totalmente empapado en aquella mortal mezcla y, apenas con fuerzas para mantenerse en pie, me suplicaba con su mirada que le ayudase a salir de allí, pero era imposible. Los casi dos metros de profundidad de la zanja, totalmente verticales, hacían impracticable cualquier intento de socorrer a alguien. Así que igual que una mosca atrapada en la miel, aquel pobre desgraciado siguió gimiendo envuelto en los excrementos de cientos de personas, hasta que a las dos o tres horas dejé de oírle.

A la mañana siguiente me asomé para ver el cuerpo de aquel hombre, y cuál fue mi desagradable sorpresa cuando observé que a escasos cinco metros de él se encontraba boca abajo el cuerpo de otro soldado alemán, cubierto casi en su totalidad por el barro y las heces. A nadie aparentaba importarle ya lo que al parecer solía ocurrir con relativa frecuencia. Algunos compañeros se encontraban tan débiles y enfermos que se hacían sus necesidades encima, al carecer de fuerzas para levantarse.

Las raciones de comida eran ridículas hasta para un niño. Consistían, en su mayoría, en productos en polvo que era preciso mezclar con agua, lo cual era un tremendo problema porque el agua resultaba casi tan escasa o más que la comida. Ante la ausencia de agua y la terrible inanición, la gente se comía como podía la leche o el huevo en polvo, y fallecía a los pocos días de enfermedades intestinales.

La disentería, las tremendas e incontrolables diarreas de las que yo mismo fui víctima, o el tifus ya habían hecho acto de presencia a mi llegada al campo. Los heridos y enfermos no eran trasladados a ningún sitio, simplemente se los abandonaba a su suerte sin que a nadie le preocupase.

En algunas ocasiones la policía del campo daba vueltas por su interior para reírse de los prisioneros o golpearlos sin razón aparente, solo por el hecho de ser alemanes. Con nosotros también se encontraban soldados de otras nacionalidades, aliados de Alemania, como rumanos, búlgaros, españoles o italianos. Además, no todos los allí recluidos eran militares, muchas de aquellas personas eran civiles acusados de colaboración con la Wehrmacht o con los nazis, mientras que otros solo habían cometido el error de estar en el momento y el lugar equivocados, como en el caso de

Ludwig, el cual se refugió de un bombardeo en el interior de un nido de ametralladora abandonado hasta que una patrulla de reconocimiento norteamericana lo detuvo por creer que formaba parte de la resistencia civil.

A primeros de julio me encontraba muy débil, había perdido unos diez kilos en mes y medio. La falta de comida y agua y las incesantes e incómodas diarreas hacían peligrar mi vida. Me encontraba deshidratado, sin fuerzas, con la vista borrosa y con un intenso dolor de cabeza. Me quedé dentro de mi agujero varios días, prácticamente sin moverme, dormitando, abatido. Casi no podía abrir los ojos y me costaba trabajo respirar. En esa lamentable situación permanecí durante dos semanas hasta que muy lentamente empecé a recuperarme gracias a la mitad de la exigua ración de agua y comida que Ludwig me cedía. Por las noches continuaba haciéndome un ovillo dentro de aquel medio agujero prestado, y agarrando con todas mis fuerzas la almendra recordaba a Hildegard y los maravillosos momentos que habíamos vivido juntos.

A mediados de aquel mes la dirección y control del campo fue cedido por los americanos a los franceses, ya que los territorios alemanes donde estaba situado este se encontraban bajo las autoridades francesas, a modo de botín de guerra. La situación con los nuevos caseros, lejos de mejorar, se mantuvo en similares, por no decir iguales, condiciones. Todas las mañanas eran retirados del recinto decenas de cadáveres de la noche anterior.

A las pocas semanas varios soldados franceses comenzaron a sacar del campo a aquellos prisioneros alemanes que se encontraban aparentemente sanos con la intención seguramente de emplearlos en trabajar. Uno de esos soldados al pasar junto a mí me ordenó que me pusiese en pie, cosa que hice con la ayuda de la única muleta que me había podido conseguir el Viejo. El francés me miró de arriba abajo y me indicó que anduviese. Lo hice con la muleta, unos seis o siete metros. Luego el soldado me arrebató la muleta y me ordenó que volviese a hacerlo. Yo deseaba con todas mis fuerzas no caerme y andar correctamente para poder salir de aquel infierno, pero aunque antes de salir del hospital mi mejoría había sido patente, todavía me encontraba muy débil a consecuencia de mi reciente enfermedad, por lo que cuando llevaba apenas tres metros caminando solo, mis piernas se doblaron repentinamente, como un junco. Caí al suelo de manera estrepitosa y el soldado francés prosiguió su búsqueda a la vez que se rio de mí, tirando la muleta a unos diez metros de donde estábamos. Nunca me había sentido tan humillado.

Esa noche, agarrado a mi almendra de melocotón y hecho un ovillo, lloré desconsoladamente como un niño por toda aquella desesperante situación. ¿Hasta cuándo nos iban a tener ahí metidos? La guerra ya había terminado. Estaban deleitándose lentamente con el agrídulce sabor de la venganza.

Los soldados alemanes que durante muchos días salieron del campo, bajo su delicada y engañosa condición de sanos, serían llevados a Francia y empleados en la reconstrucción y reparación de los daños originados por la Wehrmacht durante la

guerra. Trabajos forzados que ocasionaron la muerte de muchos de aquellos compatriotas. Tiempo después de aquello entendí que haber sido rechazado por el soldado francés a consecuencia de mis lesiones seguramente me salvó la vida. No haber sufrido el accidente pisando la mina y poder caminar correctamente me hubiese llevado igualmente a terminar con mis huesos en un campo como ese, con la diferencia de haber sido seleccionado y conducido a Francia a un destino incierto. ¿Quién sabe si haber permanecido en la cama de un hospital durante tanto tiempo me habría evitado otros peligros? ¿Mi convalecencia me habría salvado quizás de morir en el frente? Me resultaba curioso e interesante reflexionar sobre aquello. Uno se lamenta a veces de no haber conseguido algo que deseaba con todas sus fuerzas, creyendo en su mala suerte, y el paso del tiempo te enseña que aquel día el destino eligió por ti, haciéndote un favor.

* * *

La falta de contacto con el exterior, y concretamente el hecho de no poder comunicarme con Hilde o con mi abuela, me ocasionaba una enorme angustia que a veces me dificultaba conciliar el sueño. Necesitaba saber cómo se encontraba mi amada. ¿Qué pensaría ella de todo ese silencio? ¿Creería que me habían matado? Aquella incertidumbre era una verdadera tortura para mí.

Una mañana de septiembre fresca y soleada me dispuse a acercarme en compañía de Ludwig a las letrinas. Como era habitual, por las mañanas nos tocaba esperar un poco hasta que quedaba libre algún tablón. La situación era muy incómoda y denigrante, ya que mientras te encontrabas en el tablón haciendo tus necesidades, el resto de compañeros que aguardaban su turno estaban a tu lado, mirándote, esperando a que terminases para ocupar tu lugar.

Mientras esperaba en aquella fila de nerviosos y famélicos soldados, observé como un pequeño y colorido herrerillo se posaba en el alambre de espino, encima de las púas, totalmente ajeno a todo aquel calvario. La alambrada no existía para él tal y como la percibíamos las personas; para aquel bonito pájaro solo se trataba de un objeto más donde descansar sus escasos diez gramos de existencia. Me quedé embelesado mirando a aquel diminuto y bello ser. ¿Cómo era posible reunir tanta belleza en tan poco espacio? Desde muy pequeño siempre me había apasionado la ornitología, pero apenas dispuse en su día de un par de libros que me permitieron conocer las especies europeas más comunes. Noté como alguien me golpeaba en la espalda a modo de empujón. Era el Viejo, que me indicaba la llegada de mi turno.

El invierno en aquellas condiciones se cobró nuevas víctimas, aparte de las ya habituales por desnutrición o diversas enfermedades. Habían llegado las primeras Navidades en paz desde hacía seis largos años. El 25 de diciembre, al empezar a caer la escasa luz que el sol conseguía mandarnos a duras penas a través de las nubes, un vigilante de una de las torretas que se encontraba como a unos doscientos metros de mí realizó dos disparos. Otro desesperado que quiso saltar la valla de espino para

pasar el Año Nuevo en familia había sido abatido, y con él abatidas también las esperanzas de su familia de volver a verle con vida. No era ni mucho menos la primera vez que ocurría y de hecho esto no se repitió en muchas más ocasiones, debido al debilitamiento físico del que éramos objeto. Yo me encontraba débil y excesivamente delgado, pero en relativo buen estado de salud si me comparaba con otros. Aprovechando la última luz del día, me acerqué al cadáver de aquel iluso abatido minutos antes para ver de quién se trataba. La desencajada e inexpresiva cara de aquel hombre, cuya sangre comenzaba a coagularse encima de la nieve, me resultó conocida, pero no alcanzaba a recordar dónde la había visto antes. Por más que hice memoria hasta que me dormí, no conseguí recordar dónde había coincidido con el difunto.

A la mañana siguiente seguí intrigado en la identidad de aquel sujeto. Pensando en quién era ese hombre, me acerqué de nuevo a ver al finado para lograr hacer memoria antes de que se llevasen el cuerpo. Allí frente a él me vino a la memoria quién era ese soldado. Era aquel inocente chico, Niko, si mal no recuerdo, que seis años antes se sentó conmigo en el tren que nos llevó de Berlín a nuestros destinos. Aquel extrovertido chaval de claras y ordenadas ideas que siempre había deseado ser militar, ansioso de dar lo mejor de sí por Alemania, ahora se encontraba tirado en aquel gélido suelo con dos tiros en el pecho. ¡Qué enorme pena! ¡Qué irreparable y lamentable pérdida!

A primeros de marzo de 1946 la situación se había estabilizado un poco y ya no era tan alarmante el número de bajas, debido en gran medida a los alimentos y asistencia que proporcionó la Cruz Roja. Hacía un bonito día, un día claro y despejado que nos permitía observar un precioso cielo azul. Mientras miraba el cielo oí el canto de unas aves a lo lejos. Conseguí localizarlas a cientos de metros de altura, volando en grupo, formando una uve. Por el canto y la silueta de vuelo, que apenas se veía con nitidez debido a lo lejos que se encontraban, supuse que podría tratarse de grullas, un majestuoso y numeroso grupo de grullas en uno de sus desplazamientos migratorios. Me di cuenta del verdadero valor de la libertad. La libertad es el bien máspreciado que posee cualquier ser al nacer, y uno no es consciente de su valía hasta que la pierde. Qué estupendo sería poder volar de aquí para allá cuando quisieras, sin tener que dar cuenta a nadie, sin fronteras, sin más ley que la de volar sin golpear a los demás.

Iba a cumplirse un año sin saber nada de Hilde, eso me entristecía y preocupaba cada día más. Estaba allí aislado, sin más contacto con el exterior que el que pudiera aportarme un pequeño pájaro o una lejanísima carretera que se veía desde donde yo estaba y por la que de vez en cuando se podía ver pasar algún vehículo. Los días empezaron a ser más largos y el sol comenzó a calentar algo más. Con las lluvias de abril y mayo, las letrinas volvieron a convertirse en la mortal trampa del año anterior, ya que el barro que había en las inmediaciones de la inhumana y apestosa zanja a veces hacía que te resbalases, con el consiguiente riesgo de caer en ella y no poder

salir.

Por aquel entonces yo me encontraba algo más fuerte y ya conseguía andar ayudado solo de un palo, a modo de bastón, que el anciano Ludwig me había conseguido. A su vez me tuve que deshacer de la muleta porque el viejo se la tenía prometida a otro prisionero. Eso funcionaba así. Ludwig se pasaba el día recorriendo el campo, hablando con unos y cerrando tratos con otros. Aquel insignificante hombre, más parecido a un faquir que a cualquier otra cosa, estaba al corriente de todo lo que pasaba en aquel inmenso recinto. Cualquier cosa que pudieras necesitar, menos comida, era fácil que te la pudiese conseguir. A un compañero que dormía seis agujeros a mi derecha le consiguió el mes anterior unas gafas y a otro unas botas. Un entrañable hombre que nunca olvidaré.

* * *

Pronto llegó el verano y con él los implacables rayos del sol que aumentaban enormemente la probabilidad de deshidratarse. La gente utilizaba los abrigo usados durante el invierno e incluso las camisas a modo de improvisados toldos sujetos como podían con cordones de zapato y finos palos. Cualquier cosa servía con tal de no morir abrasado por el sol en aquella explanada. Uno no sabía si era mejor el invierno o el verano, si prefería morir ahogado en las letrinas, muerto de frío y asco, o sucumbir a la falta de consideración del sol.

Con la llegada del otoño llegaron las buenas noticias, y después de más de un año malviviendo dentro de aquel contorno de espino, se comenzó a poner en libertad a los prisioneros del campo. Cada dos o tres días permitían salir a cientos de nosotros, atendiendo a la gente que más cerca se encontrase de la salida. Como no fuimos registrados a nuestra llegada, tampoco había que realizar ningún trámite para salir. Esto ocasionó verdadero hacinamiento en las zonas del campo cercanas a la puerta, llegando incluso a pelearse unos con otros por ocupar un sitio privilegiado que les permitiese salir dos días antes. Todo el mundo quería salir de allí cuanto antes para empezar una nueva aunque tormentosa vida.

A Ludwig y a mí nos tocó el turno una fría pero emotiva mañana de mediados de noviembre. Había estado mucho tiempo pensando en ese día y me lo había imaginado decenas de veces, pero cuando salí fue como si mi cerebro se hubiese quedado en blanco. No tenía documentación ni dinero, y no sabía en qué dirección comenzar a andar, estaba desorientado y aturdido. Además estaba sucio y apestaba después de más de seis meses sin asearme correctamente, cuando muchos de nosotros aprovechamos para tal fin las lluvias de mayo. En el bolsillo de mi pantalón aún guardaba totalmente arrugado y deshecho un trozo de papel con la dirección que Stefan, mi amigo del hospital, me dio de su prima en Dortmund. Dada mi situación en aquel momento y teniendo en cuenta que esa ciudad se encontraba al norte, decidí ir avanzando hacia Müncheberg y realizar una parada en Dortmund, por lo menos para dormir en una cama, lavarme y comer algo.

Ludwig y yo nos abrazamos al salir y le di las gracias por haberme salvado la vida. Prometí acercarme a verle algún día a Mannheim, donde vivía antes de la guerra, cuando todo se hubiese estabilizado, y cada uno de nosotros siguió su camino. Había un gran bullicio a la salida y todos estábamos muy contentos, aunque visiblemente agotados. Había personas que, aun sabiendo que podían salir del recinto, se quedaban dentro asustadas, recelosas, como si no se creyesen tan esperada noticia. Allí dentro se sentían falsamente seguras, mientras que el terror de enfrentarse a un nuevo e incierto futuro las hacía dudar. Estaba totalmente desorientado y pregunté a un pequeño grupo de compañeros si sabían dónde se encontraba el norte.

—¿Hacia dónde vas?

—Voy a Dortmund —respondí.

—Bien, en ese caso vente con nosotros, vamos a Köln. Todos nosotros somos de allí. ¿De dónde eres tú?

—Soy de Landsberg am Lech, al sur del país, pero mi intención es ir a Dortmund para después desplazarme a Müncheberg, un pueblo al este de Berlin.

—¿Y qué te lleva al norte si eres del sur?

—Mi novia está allí.

—Buena razón para recorrerte medio país, sin duda alguna la mejor razón que un hombre puede tener. Nosotros vamos a Köln, pero no sabemos qué es lo que nos encontraremos.

—Creo que estamos todos en las mismas condiciones. Yo llevo más de un año sin saber nada de ella, tampoco sé qué es lo que me voy a encontrar. Solo deseo que ella esté bien.

Caminamos durante más de una hora, yo ayudado todavía de mi palo, hasta que una camioneta paró y nos acercó hasta Siegen. Allí nos separamos y yo continué andando por la carretera, todo lo rápido que mis debilitadas piernas me lo permitían. Al cabo de una media hora vi como se acercaba tras de mí un carro tirado por un caballo o un mulo, y cuando estuvo a mi altura le levanté la mano para que parase. Un hombre mayor que viajaba en compañía de su mujer detuvo el carro y con un gesto me indicaron que subiese atrás, donde había gran cantidad de hierros, la mayor parte de ellos retorcidos. Les pregunté qué es lo que iban a hacer con todo ese material y la anciana me dijo que guardarlo de momento, hasta que fuese tiempo de venderlo.

—¿Y quién va a querer comprarles esto? No es más que basura.

—En las fundiciones. Cuando tengamos que reconstruir el país, ¿de dónde crees que va a salir el hierro para hacer vigas, cercas o escaleras? —me contestó con una irónica sonrisa.

Me di cuenta de la visión de futuro que tenían aquellos dos campesinos. Tras casi hora y media de tortuoso viaje, pendiente de que no me saltase un ojo con alguno de los hierros, llegamos a un cruce donde el anciano, que no había dicho ni una sola palabra en todo el trayecto, me miró y me dijo que debía bajarme, ya que ellos se

desviaban y Dortmund estaba muy cerca. Me despedí y comencé de nuevo a andar. A lo lejos se veía lo que parecía una ciudad, sin una forma definida. Tenía un hambre atroz, llevaba casi veinticuatro horas sin comer nada. Tardé aproximadamente una hora y cuarto en llegar a la ciudad y comencé a preguntar a la gente con la que me encontraba por la dirección que tenía escrita en aquel insignificante pero valioso trozo de papel.

Todo estaba destruido. Había montañas de escombros de varios metros de altura, casas todavía en pie sin su fachada, donde se podía ver el interior de los dormitorios como en una casa de muñecas. Había gente limpiando uno por uno los ladrillos que cogían de las viviendas derribadas para poder reutilizarlos en las nuevas construcciones. Niños solos deambulando entre los edificios en ruinas buscando no sé qué.

De cada diez casas, ocho se encontraban en un lamentable estado, unas sin fachada, otras sin techo y otras simplemente habían sido reducidas a escombros y cenizas. Roñosos y enlutados vehículos se encontraban de manera aleatoria por las calles, víctimas tiempo atrás de las llamas producidas por los bombardeos aliados. El aire olía mal, unas veces a cloaca, otras a orina y, en otras ocasiones, solo olía a goma de neumático quemada, algo que de alguna manera se agradecía.

Viendo todo aquel panorama, solo deseaba que la casa que buscaba se encontrase en pie y siguiese viviendo allí la prima de Stefan. Conseguí localizar un edificio antiguo de dos plantas que coincidía con la dirección que Stefan me dio.

Entré en una especie de soportal que no tenía puerta y desde donde se accedía a unas escaleras antiguas de madera, tras haber sorteado un largo y oscuro pasillo con dos dedos de agua. Cada peldaño de aquella vetusta escalera crujía con fuerza, avisando sin duda de la llegada de las visitas. No tenía más remedio que agarrarme todo lo que podía a la barandilla, una barandilla de forja pintada en un frío negro, la cual se zarandeaba haciendo que subir a la primera planta se convirtiese en una arriesgada y peligrosa aventura.

Llamé a la puerta varias veces sin que me contestase nadie. No había tenido suerte, en aquella vivienda ya no vivía nadie. Me dispuse a agarrarme de nuevo a aquel engañoso trozo de metal para bajar las escaleras cuando, desde dentro de la casa y sin abrir la puerta, una voz de mujer preguntó.

—¿Quién es?

—Buenas tardes. Soy amigo de Stefan. Me llamo Franz Schneider.

Durante unos largos segundos la mujer permaneció en silencio. Fue entonces cuando oí que descorrían los cerrojos. Tras abrir la puerta, allí estaba el bueno de Stefan, que en cuanto me vio me abrazó tan efusivamente que se le cayó la muleta y casi se cae encima de mí.

—¡Pero Franz, amigo! Al final has venido, ¡qué alegría, cuánto tiempo sin saber nada de ti!

—Sí, amigo. Después del hospital me llevaron a un campo de prisioneros cerca de

Bad Kreuznach y allí he estado casi año y medio hasta esta misma mañana, que nos han liberado. ¿Y tú? ¿Qué ha sido de ti durante todo este tiempo?

—Yo después del hospital vine a Dortmund, y en esta misma casa fui arrestado por los británicos y conducido a un campo de prisioneros cerca de aquí. Como vieron que faltándome un ojo y una pierna no les servía de mucho, debí de darles pena y en un año me soltaron. ¡Oh, perdón! No os he presentado. Franz, esta es mi prima Berta.

—Encantado, Berta. Es un placer conocerte.

—Igualmente, Franz. Mi primo me ha hablado mucho de ti. Dice que eres uno de los pocos románticos que quedan.

Me eché a reír y contesté:

—¿En serio te ha dicho eso? ¡Este hombre es un caso!

Era una humilde vivienda, tiempo atrás un acogedor hogar. Las paredes no tenían ni cuadros ni adornos, solo grandes grietas que las recorrían de arriba abajo y cuyo hueco había sido rellenado con periódicos para evitar la entrada del frío aire de la calle. Los únicos muebles de los que su inquilina disponía eran una destartalada mesa, cuatro sillas en similares condiciones y un banco de madera antiguo que hacía también las funciones de arcón. La cocina apenas tendría seis u ocho metros cuadrados, con una enorme cocina de carbón que ocupaba la mayor parte de aquella superficie. La vivienda carecía de baño, y para preservar la intimidad de las dos habitaciones en lugar de puertas había unas cortinas de rayas en distintos tonos de marrón. Su propietaria, Berta, era una mujer hecha y derecha, de unos treinta y cinco años, de ancha espalda y fuertes manos. Una mujer acostumbrada a la fuerza, a buscarse la vida. Se la veía dura, con las ideas claras, y su rostro evidenciaba las secuelas de la otra guerra, la que les había tocado vivir a los civiles en las ciudades. Seis largos años de incertidumbres y miedos para al final pasar penurias y necesidades.

—Pronto va a anochecer y no tenemos luz eléctrica —dijo Berta—. Llevamos así desde que terminó la guerra. Vamos a sentarnos a la mesa y encenderé una vela, así podremos hablar un rato. Lo único que puedo ofrecerte para cenar es un caldo que hice ayer con unas mondas de patata y un trocito de col que encontré. ¡Lo olvidaba! También tengo una lata de carne en salsa que he encontrado entre unas ruinas. No es mucho, pero te sentará bien.

Aquel aguado, tibio e insípido caldo que la pobre mujer consiguió preparar y la carne en salsa que tuvimos que comernos sin calentar por la falta de carbón me supieron a gloria después de la porquería que durante año y medio había estado comiendo tirado en el suelo como un perro. Era la primera vez en todo ese tiempo que me sentaba en una silla y delante de una mesa.

Estuvimos charlando hasta bien entrada la noche, recordando viejos tiempos. Berta me preparó y acomodó con unos cojines el banco de madera, a modo de cama. Todo aquello me parecía una bendición. Dormir cincuenta centímetros por encima del suelo era otra de las cosas que llevaba mucho tiempo sin hacer.

Stefan y yo decidimos acostarnos, yo al menos me encontraba exhausto de cansancio. Sin embargo, Berta se disponía a salir. Comenzó a maquillarse con algunos colores que guardaba en una vieja lata de galletas. Se puso un sobrio aunque provocador vestido de flores y se calzó unos zapatos negros de tacón. La verdad es que no encontraba el sentido de todo aquel ritual, y me extrañaba enormemente que, si no tenía dinero ni posibilidades para preparar convenientemente una sopa, tuviese recursos para salir de fiesta. Tras terminar de acicalarse, se despidió de nosotros diciendo que había quedado con una amiga, y abandonó la casa.

—¿Dónde va tu prima, si no es indiscreción? —le pregunté a Stefan.

—No debes darte por enterado. Yo no te he dicho nada. Si supiese que te lo he dicho, se avergonzaría mucho, pero se está acostando con un soldado inglés. ¿De dónde crees que salen las latas de carne en salsa? Se acuesta con ese cabrón para no pasar hambre. Prefiere herir su orgullo que su estómago. Ese hijo de puta queda con ella cada dos días, a veces durante varias noches seguidas, y siempre le da la misma ridícula lata a modo de limosna. A excepción del mes pasado, que le dio un kilo de arroz. Arroz que la pobre tuvo que cambiar por dos coles lombardas y un trozo de pan duro, pues fue imposible conseguir suficiente carbón para poder cocerlo. Hay muchas mujeres que están saliendo con soldados británicos con tal de que sus hijos o sus maridos no pasen hambre.

—Ahora entiendo por qué la lata de carne estaba en inglés. Ya me extrañaba que una lata inglesa hubiese aparecido entre las ruinas de una casa de Dortmund.

—Está muy disgustada por tener que hacer esto para comer, pero no tiene alternativa. Yo la intento ayudar en lo que puedo. Todos los días, temprano, salgo a dar una vuelta y rebusco entre los escombros para traerme al final de la mañana algún trozo de carbón a medio quemar o algunos trozos de madera de una vieja ventana.

Aquella conversación con Stefan me descubrió las tremendas necesidades que parte del pueblo alemán estaba sufriendo. Madres de familia que con el forzoso beneplácito de sus maridos se prostituían por una lata de sardinas, una tableta de chocolate o un mendrugo de pan.

Al día siguiente Berta apareció sobre las 11:00 horas, esta vez sin maquillar y con cara de pocos amigos, como enfadada consigo misma. Nos saludó con normalidad y dejó encima de la mesa del comedor una lata de aquella carne en salsa. Luego se metió en su habitación y comenzó a llorar mientras Stefan y yo nos mirábamos sin saber muy bien qué hacer. Él se levantó y se dirigió a su habitación para consolarla. Yo, como no podía darme por enterado de aquel secreto, opté por quedarme mirando aquella pequeña lata. ¡Qué poco podía llegar a valer la dignidad de una persona en tiempos de posguerra!

Permanecí con ellos un día más hasta que decidí que debía emprender mi viaje hacia Müncheberg para reunirme con el amor de mi vida. Al despedirme, tanto Stefan como Berta me desearon mucha suerte y la mujer me regaló la puñalada del inglés de la noche anterior para poder comer algo durante mi largo camino. Intenté rechazar tan

costoso regalo, pero los dos insistieron.

—Adiós, amigos. Muchísimas gracias por todo. Espero algún día poder devolveros el favor.

—Adiós, Franz. No te preocupes por eso y ten mucho cuidado cuando entres en la parte de Alemania controlada por los rusos, ya sabes lo que estuvimos hablando anoche.

—Sí. No os preocupéis, andaré con cuidado —les respondí.

Aquel día hacía un frío atroz y mi plan era llegar hasta Müncheberg intentando evitar a toda costa las grandes ciudades y viajar todo el tiempo posible por caminos o campo a través para no ser localizado por las patrullas rusas. Me había deshecho del andrajoso y roído uniforme de la Wehrmacht, que hubiese delatado a la legua mi antigua condición, para pasar a vestirme de paisano gracias a la generosidad de Stefan. Dentro del bolsillo interior de la chaqueta, mi buen amigo había dejado deliberadamente un mapa que sin duda me sería de gran ayuda. Por delante tenía un largo y cansado viaje que mis torpes piernas se encargarían de ralentizar aún más.

Esa primera noche me refugié en una casa abandonada cerca del pueblo de Ahlen. Tampoco hice mucha intención de esconderme, ya que aún no me encontraba en zona rusa. Me introduje en una de las desoladas habitaciones, y con varios cartones y planchas de madera que encontré por la casa conseguí fabricarme una especie de refugio donde pasar la noche lo más protegido posible del gélido aire que entraba por el hueco de la ausente ventana. Durante la noche me tocó ahuyentar a una despistada rata que pretendía encontrar algo de comida en aquel páramo de cemento y azulejos rotos. La idea de que el roedor volviese y comenzase a morderme la cara o las manos me impedía dormir de nuevo, aunque al final el cansancio hizo que me sumiese en un profundo y reparador sueño del que desperté cuando la luz de la mañana comenzó a llenar la habitación. Me encontraba tirado en el duro suelo, encima de unos cartones, y observaba el dibujo de las baldosas. Cada una de ellas tenía impreso un cuarto de círculo de color rojizo en cada una de sus esquinas que, unida a la baldosa de al lado, hacían que toda la habitación estuviese llena de círculos. Círculos idénticos unos a otros excepto por los golpes y los excrementos de los pájaros, que un día fueron fieles testigos de los sueños de un niño o del amor de dos jóvenes.

Rápidamente me levanté, recogí mi exiguo equipaje y me dispuse a proseguir mi viaje. Viaje que debía realizar en el menor tiempo posible, con la esperanza de encontrar en buen estado a Hildegard. Cada día de retraso podía ser vital.

Continué por un estrecho y embarrado sendero a través de sotobosques inertes con árboles desprovistos de sus hojas y cuyas largas y sinuosas ramas, a la caída del día, se convertían en gigantescos brazos que parecían querer atraparte bajo la indiscreta y sigilosa mirada de un cárabo. A lo lejos se encontraba la ciudad de Paderborn, la cual dejé a mi derecha justo antes de que tuviese que volver a buscar cobijo para pasar la noche. Sin viviendas o estructuras a la vista que me permitiesen guarecerme, opté por dormir al raso junto al tronco caído de un enorme árbol. No

conseguí dormir casi nada, pendiente de la visita de un zorro y de los inquietantes aullidos de los lobos, que parecían encontrarse cada vez más cerca de mí.

Los dos días siguientes fueron especialmente duros, haciendo acto de presencia mi vieja amiga la nieve. Las piernas comenzaban a fallarme, obligándome a besar el suelo en más de una ocasión. Estaba castigándolas demasiado y era indispensable que descansase al menos un día si quería llegar a mi destino, por lo que, aprovechando que aún no me encontraba en zona rusa, opté por acercarme al siguiente núcleo urbano que apareciese en mi mapa para intentar conseguir algo de comida y un lugar donde descansar y recuperarme de la diarrea que me había sobrevenido después de beber agua del arroyo que atravesaba los sotobosques. Así mi camino me llevó hasta el pueblo de Dassel, donde nadie me preguntaría nada. Bastante tenía la gente con sus problemas como para ocuparse de la vida de los demás. De todas formas, y debido a lo desconfiado que me había vuelto la guerra, decidí no entrar en el núcleo urbano y acercarme a una pequeña granja de las afueras.

Me fui aproximando, pendiente de cualquier movimiento, pero todo parecía en calma. Dos palomas que se encontraban en uno de los árboles cercanos alertaron de mi presencia en las inmediaciones de la casa con su escandaloso vuelo. Parecía no haber nadie, aunque tanta tranquilidad me inquietaba. Un chico joven de unos veinte años salió tras un cobertizo anexo a la vivienda y apuntando hacia mí una pistola me dijo que levantase los brazos.

—¿Quién es usted? ¿Qué busca?

—Me llamo Franz. No pretendo hacerle daño ni nada por el estilo. Solo necesito un poco de comida y agua. Puedo cambiarlo por algo que sea de tu interés.

Aunque mi situación era comprometida, sus ojos delataban que no dispararía. En el frente aprendes a ver en unos ojos ese tipo de cosas.

—¿Y qué le hace pensar que estoy en disposición de ayudarle? ¿O que tiene usted algo que pueda interesarme?

—No, no estoy dando por hecho nada. Simplemente te estoy pidiendo ayuda. Si no puedes, me iré por donde he venido y se acabó el problema.

El chico se quedó pensando mientras yo continuaba con los brazos en alto, manteniéndome de pie como podía sin mi bastón. Creo que esto hizo que el joven granjero me viera como un lisiado que no le haría daño.

—Tienes cara de buena persona —me dijo—, y si no eres capaz de mantenerte en pie sin tener que hacer malabarismos para guardar el equilibrio, tampoco lo serás de hacerme nada. Puedes bajar las manos y coger tu bastón.

—Gracias. Solo estoy de paso. No pretendo quedarme mucho tiempo por aquí.

—Está bien. Pasa dentro, aquí hace frío.

Entramos al interior de la casa, aparentemente abandonada. Todo estaba roto y tirado por el suelo. La mesa, una mecedora, la vajilla..., todo se encontraba hecho añicos.

—No te asustes. No vivo aquí. Precisamente no he recogido esto desde que la

Gestapo^[35] vino a buscarme y lo destrozó todo al no encontrarme para que parezca que la casa está abandonada. Pretendían que me alistase. Si lo hubiese hecho, ¿qué habría sido de mi madre? ¿Quién hubiese cuidado de ella?

—Entonces, ¿dónde vives? O, mejor dicho, ¿dónde vivís?

—En el sótano de la casa. Ahí hemos permanecido desde que empezó la guerra. Sin contacto con el exterior, a excepción de una tía mía que nos visitaba de vez en cuando para traernos comida. Aunque lleva más de tres meses sin venir y estoy preocupado por ella, es la hermana de mi madre.

—¿Y cómo conseguís aguantar aquí sin comida?

—Yo cazo en el bosque. Tengo muchas trampas repartidas por ahí. A veces cae un conejo, otras un corzo o incluso un jabalí. Gracias a eso la comida no representa un problema para nosotros. El problema es cocinarlo, ya que nadie debe saber que estamos aquí, así que lo guisamos de noche cuando el humo no se ve.

Se notaba a la legua la necesidad que aquel chaval tenía de hablar con alguien después de permanecer tanto tiempo escondido. Me llevó a una esquina de aquella desastrosa habitación. Allí, al pisar con fuerza la tarima del suelo, este basculó dejando al descubierto una retorcida escalera que se perdía en las entrañas de la casa. Bajamos apoyándonos en las húmedas y frías paredes. Allí a la luz de unas velas se encontraba una mujer mayor sentada en una silla. Me recordó a mi abuela, aunque esta señora era más joven.

—Mira, madre, este hombre ha venido a hacernos una visita.

—Encantado, señora. Me llamo Franz.

La mujer permaneció inmóvil, con la mirada perdida en el suelo de aquel lúgubre sótano, como si nadie hubiese llegado, como si se encontrase sola.

—No te preocupes —me dijo el chico—, reacciona así con todo el mundo. Poco antes de la guerra sufrió una especie de ataque y a veces se queda así durante horas, mientras que otras veces no para de hablar. Hace tiempo mi tía nos mandó al médico del pueblo, pero dijo que no sabía qué era lo que le pasaba.

—Pero estar aquí metidos tanto tiempo sin la luz del sol no es bueno.

—No estamos aquí siempre. Cuando vemos todo en calma solemos salir a que nos dé el aire. De hecho, cuando te oí llegar me encontraba fuera. De haber estado aquí no me hubiese percatado de tu presencia. Toma una silla y siéntate. Te daré algo de comer. Bueno, ya he oído que te llamas Franz. Yo soy Josef.

—Encantado, Josef.

Me sorprendió enormemente el valor y la determinación de aquel joven y más aún sus dotes en la cocina nocturna. El guiso de carne que me sirvió estaba verdaderamente exquisito, o al menos a mí me lo pareció, aunque no comí demasiado. Josef me permitió que durmiese en el sótano con ellos aquella noche, no sin antes contarle a grandes rasgos el periplo de mi vida y el motivo de mi presencia en un lugar tan alejado de mi hogar.

A la mañana siguiente me encontraba bastante bien, aunque todavía con la

molesta diarrea, motivo por el cual achaqué la debilidad y cansancio de mis piernas a la falta de comida más que a la necesidad de descanso. Decidí proseguir mi viaje y Josef, muy amablemente, me aprovisionó de algunas raciones de aquel delicioso guiso que sin duda sabría agradecer a lo largo del resto del viaje.

Continué por senderos aprendices de camino, dejando atrás la localidad de Seesen y llegando hasta las cercanías de Magdeburg, ya en territorio alemán controlado por los soviéticos. A partir de entonces debía tener los ojos bien abiertos y no cometer errores, pues caer en manos de los rusos me llevaría casi con toda seguridad a terminar con mis huesos en un campo de prisioneros soviético y, por lo tanto, a seguir sin ver a Hildegard.

Procuraba andar cerca de los árboles o incluso por el interior de los bosques para aprovechar la cobertura proporcionada por estos. Atravesar la zona boscosa próxima al pueblo de Görzke me llevó más de dos días y un esfuerzo extra con el que no contaba, racionando como buenamente podía mi última ración de guiso y mi último litro de agua. Agreste paisaje de interminables y frondosos bosques, de suaves colinas unas veces y de escarpadas rocas otras.

Doce días habían pasado desde mi partida de Dortmund, y aunque me encontraba relativamente cerca de mi destino, no debía bajar la guardia, ya que mis expectativas podían verse truncadas en cualquier momento por alguna patrulla rusa.

Un atardecer de lluvia de finales de noviembre, a la altura del pueblo de Zossen, me encontraba andando entre los árboles y me deleitaba parando de vez en cuando para escuchar el sonido de las gotas de lluvia al colisionar con el nutrido y fértil suelo. El silencio y la paz eran absolutamente gratificantes, ese menudo e irregular martilleo del agua, roto solo por algún escandaloso mirlo, me llenó de quietud, de armonía, y cuando cogí aire, el olor me recordó a aquella vez en Landsberg, junto al río, antes de proponerle a Rudolf ir a Berlin.

Comenzaba a anochecer y el final de aquella inmensa masa arbórea tocaba a su fin, dando paso a una llanura de verduzco y rasurado pasto con pequeñas isletas de nieve. Al fondo de aquella llanura y junto a una tesela se encontraba abandonado un tanque del que no podía precisar modelo ni nacionalidad debido a lo lejos que estaba. Atravesé la descubierta llanura todo lo rápido que pude con el fin de quitarme de la vista cuanto antes.

A mi llegada al tanque pude comprobar que se trataba de un carro blindado soviético, modelo T-34, abandonado posiblemente el año anterior por la rotura de una de sus cadenas. Me pareció un buen sitio donde pasar la noche, a cubierto de la tenaz lluvia y de los lobos, por lo que me metí dentro como pude y cerré la escotilla superior para abrir las laterales y disponer de algo de luz hasta que se hiciese de noche por completo. El sitio era pequeño e incómodo. Resultaba difícil estirar las piernas o apoyar la espalda en algún sitio sin que te clavases algún mando del blindado. Pocos lugares podía haber por los alrededores tan seguros como el interior de aquella máquina de toneladas de acero. Antes de dormirme me aseguré de cerrar

convenientemente todas las escotillas, a excepción de la trasera, que dejé entornada para permitir la entrada de algo de aire durante la noche.

Dormí hasta bien entrada la mañana. Unas voces hicieron que me despertase de un salto, alertado. No conseguía ver a nadie, pero hablaban en ruso y al menos oía a tres hombres distintos. Debía conservar la calma. Al final conseguí verlos por la escotilla trasera que había dejado abierta durante la noche. Eran cinco soldados soviéticos. ¿Qué demonios hacían en medio del bosque? Me fijé en que dos de ellos cogían algo del suelo que cortaban con una navaja, parecía como si estuviesen cogiendo setas. Efectivamente, es lo que estaban haciendo, a la vez que no paraban de hablar entre ellos y reír. Poco a poco se iban aproximando al blindado hasta encontrarse a unos cincuenta metros, y conseguí cerrar la escotilla trasera sin llamar su atención. Oí perfectamente cómo se paraban delante del tanque y comenzaban, al parecer, a hablar de él. Mi corazón latía a toda velocidad y las manos me temblaban. Uno de los soldados se subió encima y comenzó a intentar abrir la escotilla superior, escotilla que momentos antes ya me había encargado yo de agarrar fuertemente para impedir que la abriesen y me detuviesen. El soldado empezó a hacer un gran esfuerzo por abrirla, pero yo me encontraba literalmente colgado de ella desde el interior, a la vez que con mis piernas me sujetaba a los bajos del asiento del conductor para hacer mayor resistencia. Tras más de dos interminables y agotadores minutos luchando en silencio con aquel fornido soldado, este desistió y se bajó del tanque mientras el resto del grupo se reía de él, creyendo seguramente que el óxido se había encargado de bloquear aquel trozo de acero y, por consiguiente, doblegar los esfuerzos de su compañero.

Después de aquellos aterradores momentos, prosiguieron su marcha en busca de más hongos, y solo cuando dejé de oírlos en la lejanía me atreví a salir de mi férreo escondite.

Continué mi viaje pasando muy cerca de Grünheide para en un par de días reconocer parte del camino andado como el mismo que hacía con Hilde cuando íbamos a montar en bicicleta. Eso significaba que me encontraba muy cerca de su casa. Tenía un nudo en el estómago. La incertidumbre que me embargaba desde hacía tiempo desaparecería, para bien o para mal, en escasas dos horas.

Sufría heridas en ambos pies que me impedían llevar la misma marcha que cuando salí de Dortmund y una enorme ampolla en la mano derecha de apoyarme en el bastón, pero la ilusión de volver a verla y estrecharla entre mis brazos hacía que me olvidase de las heridas, de los rusos y de los cientos de kilómetros andados hasta llegar allí. Más tarde reconocí el mismo lugar donde nos cogimos de la mano por primera vez y las lágrimas comenzaron a recorrer mi rostro, parte a consecuencia de la alegría que me ocasionaba estar de nuevo en aquel lugar y parte por la tristeza del tiempo perdido.

CAPÍTULO VI

DOLOR

Diciembre de 1946

La tan ansiada imagen de la casa de Hildegard no se hizo esperar. Allí estaba aquella granja, en cuyo interior se encontraba lo más preciado para mí. Aceleré mi paso aún más, hasta el punto de caerme en una ocasión e hincar mis rodillas en la blanca nieve. Ansiaba con toda mi alma llegar cuanto antes, sin importarme que algún soldado ruso me pudiese ver. Acercarme a toda prisa sin tomar las debidas medidas de seguridad fue una imprudencia que por fortuna me salió bien, pero en aquel momento no podía evitar el satisfacer la enorme necesidad de verla y abrazarla para acabar de una vez con aquella angustia.

Fatigado y faltándome el aire me encontré al fin frente a la casa. En aquel momento estaba hecho un manojo de nervios, había pasado mucho tiempo y habían ocurrido demasiadas cosas desde la última vez que salí por aquella vieja puerta. Nunca me había gustado la amarga sensación de la incertidumbre y siempre preferí conocer la respuesta cuanto antes, por muy dolorosa que me pudiese resultar. No sabía qué era lo que me iba a encontrar, pero debía salir de dudas de una vez y comprobar cómo estaba Hildegard.

Entré repentinamente sin llamar. Todo parecía estar igual que cuando me fui. El piano, la mesa, las viejas sillas o la oscura cocina seguían allí como si el tiempo no hubiese pasado por ellos, testigos de la soledad de una bella mujer abandonada a su destino en medio del campo. En la casa parecía no haber nadie, hasta que al oírme entrar salió de una de las habitaciones. Allí estaba ella, por fin la tenía delante de mí. Mi amada, mi niña, la criatura por la que había cruzado media Alemania a pie. Al

verme dejó caer una pequeña toalla al suelo y corrió a mis brazos. ¡Dios mío! No me lo podía creer, estaba abrazándola. El volverla a tener entre mis brazos era lo más maravilloso del mundo. Ella apoyaba su cabeza en mi pecho a la vez que me besaba repetidamente el abrigo y la camisa mientras me decía que me quería, y yo llenaba mis pulmones con el olor de su piel y de su pelo, intentando impregnarme de ella todo lo posible. Aparentemente se encontraba bien, aunque un poco más demacrada, seguramente por las necesidades que se estaban pasando en el país. Ella estaba viva y para mí eso era lo único que me importaba en aquel momento.

Las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos cuando, teniéndola entre mis brazos, recordaba el accidente con la mina, la parálisis de mis piernas o mi tortuosa y cruel estancia en el campo de prisioneros. Todo eso había merecido la pena pasarlo si con ello había conseguido volver a estar con Hildegard.

Los dos dejamos de abrazarnos por un instante para mirarnos a los ojos. Entonces ella sacó su almendra de melocotón y la puso junto a la mía. Menos mal que nada había cambiado y que nuestros planes, a pesar de la guerra, seguirían adelante.

En un momento dado, cuando desde lo más profundo de mis entrañas era plenamente consciente de que ya no podía ser más feliz, oí el llanto de un bebé que desde aquella habitación me lanzaba una cuchillada traicionera directa al corazón. Por un momento no conseguía entender qué hacía allí un niño, pero, al pensar en lo que seguramente había sucedido y con la sensación de haber sido apuñalado por la espalda, le pregunté mientras ella hacía el esfuerzo, sin conseguirlo, de mirarme a la cara. Su respuesta me aterraba.

—Es mi hijo, Franz. Has estado fuera mucho tiempo y han pasado cosas que debo contarte. No es lo que te imaginas.

Nunca me habían hecho tanto daño. Ni siquiera tuve la innata curiosidad de todo ser humano de ver a la criatura. Me daba igual cómo fuese. Ella me había engañado con otro hombre. No había esperado a mi regreso, eso evidenciaba que mi amor por ella era bastante más sólido que el que ella habría sentido por mí. No podía estar dentro de la casa, me faltaba el oxígeno, y con un ataque incontrolado de ira salí todo lo rápido que pude. Necesitaba salir de allí, tomar el aire y reflexionar sobre todo aquello. Necesitaba estar solo unos instantes para poder encajar el golpe tan brutal que acababa de recibir.

Anduve durante unos metros mientras Hildegard me seguía a corta distancia repitiéndome una y otra vez que me amaba, hasta que en un momento dado tropecé y caí al frío suelo. Fue en ese instante cuando un sentimiento de lástima hacia mí mismo me invadió mientras una voz desde mi interior me recordaba lo estúpido e iluso que había sido al creer en el amor eterno de una mujer. Comencé a llorar desconsoladamente como un adolescente al que su primer amor le causa la primera e inesperada cicatriz en el corazón. No podía creerlo. ¿Por qué había tenido que engañarme así? ¿Quizás la idolatré? ¿Cómo alguien que está enamorado es capaz de traicionar así a su pareja? Muy sencillo, quien es capaz de engañar a su pareja es

porque claramente no está enamorada de ella; si no, es químicamente imposible. Ella no estaba enamorada, parecía claro. La prueba de mi desamor se encontraba en una cuna a cien metros de mí.

Con los ojos encharcados de lágrimas me di la vuelta y allí se encontraba la traidora, arrodillada en el suelo, entre la nieve, llorando más desconsoladamente si cabe que yo. Me miró a los ojos con la cara empapada en esa agua salada y no pude evitar, a pesar del daño que me había hecho, acercarme gateando hacia ella y, apartándole el pelo de la cara con mi mano, decirle que no llorase. Obviamente aquella chica tirada en el suelo, por mucho daño que me hubiese producido, seguía siendo el ser sobre la tierra que más amaba, por encima incluso de mi propia vida. No podía soportar ver cómo sufría. Por un momento llegué incluso a justificar y perdonar la traición con tal de no verla llorar.

—Hildegard, no llores, amor mío.

—Franz, cariño, te juro que no es lo que te imaginas. Puedo explicártelo todo. No te culpo por tu reacción, pero solo te pido que me escuches. Después si quieres podrás desaparecer y no volverme a ver nunca más si es lo que quieres. Lo entenderé, pero déjame que te cuente ciertas cosas que por desgracia han ocurrido durante tu ausencia —me dijo con la voz entrecortada.

No perdía nada por escuchar sus explicaciones. Al fin y al cabo ya estaba todo perdido y las cosas difícilmente podrían empeorar. Al menos oiría de sus labios reconocer su amargo error.

—Una mañana de mediados de abril del año pasado estaba dando de comer a los pavos reales cuando a lo lejos vi que se acercaban a pie tres hombres, uno bastante más bajo que los otros dos. La noche anterior se habían oído grandes explosiones, algunas de las cuales hicieron vibrar la casa entera, por lo que supuse que serían soldados de uno u otro bando. En principio no temí por mí, porque si eran alemanes eran compatriotas y si eran rusos yo era una persona civil, sin interés militar para ellos, a lo más que llegarían era a robarme los pavos si no conseguía esconderlos. Antes de lo que me di cuenta se encontraban mirando en el interior de mi casa. Efectivamente eran soldados y para mi desgracia soviéticos, por lo que les pregunté qué es lo que querían. Uno de ellos, el más bajo, hablaba algo de alemán y fue quien me dijo que estaba en zona ocupada por los rusos y, por lo tanto, todo lo que se encontrase dentro de esos límites les pertenecía. Me preguntaron si vivía sola y luego me pidieron que les sacase comida. Les dije que no tenía gran cosa y empezaron a insultarme, llamándome *zorra alemana*, *puta nazi* y cosas similares. Uno de los altos, un hombre con la cabeza redonda y grandes coloretos en las mejillas, me golpeó en el estómago con la culata de su fusil y me hizo caer al suelo por el tremendo dolor. Antes de que me pudiese reponer, los dos hombres altos me cogieron por los brazos y las piernas, el bajo me arrancó el vestido y lo hizo tiras mientras me abofeteaba, para después violarme a la vez que me bañaba con su asquerosa saliva por todo el cuerpo. Cuando terminó, le dio el relevo al que me sujetaba por la derecha, que, si cabe, fue

aún más violento...; el pecho me sangraba después de uno de sus mordiscos. Cuando me di cuenta de que era peor si me resistía, decidí permanecer inmóvil, con la esperanza de que así fuesen más benévolos conmigo y no me hiciesen tanto daño, pero dio igual. Ellos disfrutaban con aquello... Al terminar, le tocó el turno al de las sonrosadas mejillas. Yo ya no sentía nada, ni dolor, ni rabia, ni tan siquiera su nauseabundo aliento, que notaba en mi cara cuando intentaba besarme. Solo deseaba que terminase y dejase de hacerme daño. Por suerte para mí terminó antes de lo previsto. Deseé que todo hubiera acabado y traté de apartarme, de alejarme de ellos, pero me sujetaron de nuevo... y comenzaron a violarme de nuevo, uno tras otro. Cuando se cansaron entraron en casa y se llevaron todo lo que les apeteció, incluso los pavos reales. Me quedé en el suelo tirada durante horas hasta que conseguí reunir las fuerzas suficientes para ponerme en pie y entrar dentro de casa. Sangraba sin parar y me sentía pisoteada, humillada y deshonrada por esos tres malditos soldados rusos. Al mes y medio me di cuenta de que estaba embarazada...

Mientras me contaba todo ese horror que había vivido, pude ver su dolor y la angustia que reflejaba su rostro al tiempo que me narraba esa verdad hiriente, dura, cruel y despiadada. Mi pobre, etéreo y delicado ángel había sido obligado a estrellarse contra el suelo, después de que esos tres cancerberos le amputaran las alas.

Ante aquel desagradable y asqueroso relato, y viéndola ahí tirada en el suelo llorando, no pude evitar abrazarla de nuevo y pedirle perdón por haber dudado de su amor. Le pedí disculpas decenas de veces y le juré que nunca más volvería a dudar de ella. Me sentía ridículo y estúpido por haberme imaginado lo que no era. El odio y el asco que me invadieron en aquel momento hacia aquellos tres individuos, donde quisiera que estuviesen, era superlativo. ¿Cómo alguien podía ser capaz de hacer daño a una persona así? ¿Por qué algunos hombres se empeñan en coger por la fuerza aquello que su propia condición les debió negar desde el día que nacieron? Para mí aquellas personas no eran hombres, sino animales sedientos de lujuria y sexo. Ser «hombre» engloba muchas otras cosas, como el sentido común, el respeto hacia los demás, el valor de mostrarte como eres y no como esperan los demás que seas y, sobre todo, el control de tus impulsos más primarios. El control de los impulsos es verdaderamente lo que nos diferencia del resto de animales, si no ¿qué diferencia habría entre un hombre y un ciervo o un perro? Sencillamente, ninguna. Todos nacemos varones, pero no todos llegan a ser verdaderos hombres. Pese a ello, si en ese momento les hubiese tenido delante, no habría dudado ni un segundo en saltar a su cuello y despedazarles con mis propias manos, pero no por una cuestión de incapacidad de control sobre mis impulsos, sino por una cuestión de justicia, otra injusticia más de las muchas que deja a su paso la guerra.

Seguíamos de rodillas en el suelo cuando oímos llorar al niño. Cuando entramos en la casa, Hilde sacó al bebé en sus brazos, con el orgullo de alguien que tiene algo precioso y preciado. Era un niño de casi un año de edad, rubio como el oro, rollizo y hermoso, que en brazos de su madre comenzó a sonreír mientras me miraba con unos

enormes ojos, redondos como platos, que no dejaban escapar nada a su alrededor.

—Se llama Sebastián, como Bach. No pude evitar la tentación de llamarle así.

—Es un nombre muy bonito para un niño, y espero que llegue tan lejos en la vida como Bach.

Me costaba enormemente asimilar las nuevas condiciones de nuestro contrato. El relato y el sufrimiento de Hilde me habían afectado y todo había cambiado demasiado en apenas unas horas. Estuve la mayor parte del tiempo jugando con Sebastián, el cual parecía tener una especial simpatía hacia mí. Por la noche, y cuando el pequeño se quedó dormido, Hilde y yo nos tumbamos en la cama, destrozados, completamente agotados por la incesante actividad del niño. Abrazados en aquella cama, sin más luz que la proporcionada por dos velas, le juré amor eterno.

—Franz, cariño. Yo te amo con locura, nunca he querido tanto a nadie como te quiero a ti y nada me haría más feliz que pasar el resto de mi vida junto a ti. Pero sé que la aparición de Sebastián en nuestro mundo y nuestros planes es un factor con el que ninguno de los dos contábamos. Por eso, aunque para mí fuese lo más doloroso, comprendería que quisieras romper nuestro compromiso y no nos volviésemos a ver jamás. Lo entendería.

—¿Tú lo harías si la situación fuese al contrario? Es decir, ¿si yo tuviese un hijo de otra mujer? —le pregunté.

—No, de ninguna manera. Estaría junto a ti igualmente —dijo sin dudar apenas un segundo.

—Pues de igual forma yo tampoco. Además, no veo en qué lugar no encajaría Sebastián en nuestros planes. Nos tenemos que hacer a la idea de que a partir de ahora somos tres y no dos.

—Franz, es la muestra de amor más clara y generosa que he visto —me dijo sonriendo, sonrisa que se vio interrumpida por una pertinaz tos.

—Tienes que consultar con un médico a qué es debida esa tos. Además, estás demasiado delgada. Deberías cuidarte. Mejor dicho, ahora que estoy aquí yo mismo cuidaré de ti.

A los cuatro o cinco días Hilde me avisó de que un hombre se acercaba por el camino de los chopos y de que debía esconderme cuanto antes por si se trataba de algún militar ruso. Antes de que pudiera hacerlo, Hildegard me dijo que no hacía falta, ya que se trataba del bueno del párroco de Müncheberg, *herr* Bauer, el cual había sustituido la tradicional y enlutada sotana por un traje de chaqueta y un abrigo.

—Buenos días, *herr* Bauer. Pase, hay alguien que le va a gustar volver a ver —dijo Hildegard.

—¿En serio? ¿De quién se trata? —Entró en la casa.

—Buenos días —lo saludé—. ¿Qué tal se encuentra?

—¡Dios mío! Franz, bendito seas. ¡Qué alegría volver a verte! ¿Qué tal te encuentras? Veo que llevas un bastón. ¿Algún problema?

—Sí. Pero ya nada serio. Que me deshaga de él es solo una cuestión de tiempo.

—Bueno, me alegro. ¿Ya has conocido al pequeño Sebastián? Sé que no ha sido la mejor forma de concebir a este hijo, pero no por ello deja de ser una criatura de Dios. Debéis acogerlo y aceptarlo en vuestro seno e integrarlo en vuestro futuro como algo enriquecedor —nos dijo a los dos mientras sacaba un pequeño crucifijo de madera de uno de los bolsillos de su abrigo.

—Sí, *herr* Bauer, ya hemos hablado de esto y decidimos seguir juntos los tres.

—Eso es maravilloso, una decisión que te honra como persona y como hombre. Estoy orgulloso de ti, hijo. Podría encargarme de incluir en el registro del niño tu nombre para que no apareciese Hildegard como madre soltera. Así el pequeño Sebastián tendría una madre y un padre, como debe ser.

—No tengo inconveniente. Hay que formalizar esta situación antes de que Sebastián sea mayor.

Hilde me miró como si hubiese visto a un dios, y acto seguido me abrazó por la cintura mientras se le escapó una lágrima.

El cura nos había traído cuatro pequeñas patatas que sacó de su chaqueta envueltas en un pañuelo. Tras pasar unas horas con nosotros, alertarnos y prevenirnos sobre las tropas rusas que merodeaban por la zona, y comerse dos de los preciados y escasos tubérculos cocidos por Hilde, se fue no sin antes recordarme en el exterior, en voz baja y mientras Hilde se encontraba con el niño dentro de la casa, que le debía dos botellas de aquel vino francés que le prometí tiempo atrás. ¿De dónde iba a sacar vino francés en aquella situación? Debería entonces compensar sus favores de alguna otra forma.

Aunque nos apetecía enormemente salir a dar una vuelta por el campo o visitar nuestro pedazo de paraíso y sentarnos en aquel podrido tronco mientras veíamos correr el arroyo, como solíamos hacer años atrás, nos era imposible por lo arriesgado de la aventura. No podía permitirme caer en manos de los rusos. Siempre permanecíamos en las inmediaciones de la casa y pendientes del camino. Subsistíamos a base de algo de maíz rancio de las ocas que Hilde había guardado, algunas patatas que *herr* Bauer nos traía y algún conejo que conseguía cazar poniendo unos lazos de alambre. Ante la escasez de alimentos y la necesidad de amamantar a Sebastián, Hildegard no conseguía coger peso, aunque su estado físico y anímico parecía haber mejorado considerablemente desde mi llegada. Lo que no había manera de calmar de ninguna forma eran sus ataques de tos. Por lo que, tras insistir al párroco, logramos que nos enviara un médico.

El doctor llegó una fría mañana de febrero de 1947 y, tras observar y auscultar a Hilde, determinó que se trataba de un simple resfriado que le había llegado a los bronquios. Su diagnóstico no me convenció demasiado, pero dados mis conocimientos de medicina no estaba en disposición de discutir al licenciado. Solo nos dijo que procurase tomar bebidas calientes y mantener una temperatura agradable en la casa, cosa poco menos que imposible dada la falta de carbón y de leña seca.

Pasadas apenas dos semanas de aquella visita, marzo hizo acto de presencia y con

él la tenue subida de las temperaturas. Hilde seguía tosiendo, con ataques cada vez más largos y más frecuentes. Yo no quería decirle nada, pero su estado de salud me preocupaba; había visto en el campo de prisioneros algunos casos de tuberculosis y, aunque me resignaba a aceptar la idea de que pudiese tener esa enfermedad, cada día que pasaba los síntomas se hacían más y más patentes.

Conseguí que la visitase otro médico, el cual nos confirmó que se trataba de tuberculosis y nos envió el medicamento que necesitaba a través de *herr* Bauer. Por aquel entonces Hilde había comenzado a toser sangre y también tenía fiebre.

La administración del medicamento comenzó a dar los tan esperados resultados y ella empezaba a sentirse mejor, con menos ataques, más animada, y la fiebre parecía haber desaparecido por completo. Ella se encontraba cada día más fuerte y con la llegada de la primavera todo parecía sonreírnos de nuevo. Le propuse abandonar la granja y dirigirnos a Landsberg, donde comenzaríamos una nueva vida fuera del alcance de los rusos y de los terribles recuerdos que habían dejado estos en aquella casa. Todavía disponíamos del dinero que habíamos estado ahorrando durante la guerra y allí nos resultaría más fácil conseguir todo al encontrarnos en un pueblo en lugar de estar en medio del campo. Sin embargo, Hilde no quería irse, pues, pese a que hacía años que no tenía noticias de su hermano Helmuth, no deseaba abandonar todo aquello por si un buen día aparecía.

Traté de convencerla diciéndole que habían pasado casi dos años desde el final de la guerra y que, si no había vuelto, quizás era porque Helmuth hubiese muerto. Resultaba duro hablarle así, pero debía afrontar las cosas. La vida seguía y ya no solo para ella y para mí, sino para el pequeño Sebastián, que cada día estaba más y más simpático. Aquellas condiciones, escondiéndonos todo el día, pasando hambre y penurias, no eran las más idóneas para criar a un hijo. Además la convencí definitivamente cuando le comenté que el clima algo más suave del sur le haría bien a su delicada salud. El viaje iba a ser largo y duro, al menos hasta que saliésemos de la Alemania ocupada por los soviéticos. Pero el esfuerzo merecería la pena.

Los vencejos ya habían llegado y mayo fue un mes lluvioso en el que las temperaturas bajaron bastante, algo anormal para aquella época del año. Ese frío le trajo a Hilde un resfriado que con su delicado estado pulmonar hizo que tuviese nuevos rebrotes de aquella persistente tos que dábamos por olvidada.

Pasó unos diez días francamente mal, en los que volvió a escupir sangre y comenzó a sentir un fuerte dolor en el pecho, por lo que decidimos posponer nuestra marcha hasta su mejoría. Intenté conseguir más medicamento, pero me fue imposible. Llegué a ofrecerle a *herr* Bauer todos mis ahorros por un bote de aquella pócima maravillosa que tanto bien le había proporcionado semanas antes, pero las gestiones del cura fueron infructuosas.

Ella se encontraba débil, cansada, y la mayor parte del tiempo estaba tumbada en la cama, por lo que me tuve que hacer cargo tanto de su cuidado como del de Sebastián, el cual se encontraba ajeno a la situación y su única preocupación era que

jugase con él a todas horas.

Aún no había anochecido y en la lejanía se escuchaba el canto de un cuco.

—Franz, cariño —dijo—. Ven conmigo aquí, a la cama. Necesito que me abrases ahora que Sebastián se ha dormido y estamos tranquilos.

—Por supuesto, amor mío. ¿Qué tal te encuentras?

—Solo regular. ¿Oyes a ese cuco? Lleva toda la tarde cantando.

—Sí. Lo oigo. ¿Sabías que los cucos no construyen nidos? Se dedican a poner los huevos en los nidos de otras aves para que sea otra madre quien los incube y alimente.

—¿En serio?

—Sí. Además, normalmente la especie receptora suele ser infinitamente más pequeña que el cuco, con lo cual es fácil ver un pollo de cuco con su madre posada encima dándole de comer en un ridículo y diminuto nido. También el pollo de esta ave, al ser más grande y fuerte que sus hermanos adoptivos, consigue expulsarlos del nido para quedarse solo él. Curioso, ¿verdad?

—Sí lo es. ¿Cómo sabes tanto de pájaros? ¿Cómo consigues acordarte de todos esos detalles? A mí se me olvidaría toda esa información apenas unos días después de haberla leído.

—Créeme, si lo leyese con mucho interés no se te olvidaría.

—Te quiero.

La abracé y me percaté del intenso calor que su frente desprendía, por lo que fui a por paños para mojarlos en agua y conseguir rebajar la fiebre. Tras dos horas, la fiebre remitió y juntos, abrazados, formando un único ser, nos quedamos dormidos.

La temprana e incipiente luz de la mañana que entraba por la ventana me despertó. Aún era muy temprano. Me sentía tan bien que era como un sueño para mí. El día prometía ser tan luminoso y claro que se me ocurrió la arriesgada idea de proponer a Hildegard salir a dar una vuelta, después de los encapotados días que nos habían acompañado últimamente.

Yo estaba boca arriba y con mi brazo derecho rodeaba su espalda a la vez que ella descansaba su cabeza en mi pecho. Me percaté de lo frías que estaban sus manos. Le toqué los brazos y la frente, comprobando que también estos estaban gélidos, mortalmente fríos. Me alarmé y rápidamente me incorporé, dándole la vuelta para verle la cara. Estaba como dormida, con una tenue sonrisa en sus pálidos labios. Puse mi oído en su pecho ansiando oír algo, pero ahí dentro ya no había vida. Estaba muerta. Había muerto abrazada a mí.

Era la imagen de un ángel, tan bella, tan blanca, tan delicada. En un primer momento sentí tanto dolor que no podía llorar. Luego mis lágrimas se acumularon de tal forma dentro de mis ojos que brotaron por cientos, a la vez que comencé a hablar con ella en voz baja, pausadamente, mientras que con mis dedos le acariciaba el pelo. No podía creer que hubiese muerto.

—Hilde, amor mío. Ya no sufrirás más esos angustiosos ataques de tos que te

martirizaban. Sé que me estarás viendo desde algún elevado rincón de esta habitación antes de partir hacia otro cuerpo, hacia otra vida. Soñábamos con llevar a cabo nuestros planes de casarnos, formar una familia, viajar y todas esas cosas que durante estos últimos años fueron el oxígeno para seguir adelante en un mar de problemas y miedos. Pero, amor mío, todo eso tendrá que esperar. Quizás dentro de cincuenta o cien años nos volvamos a encontrar, en otra época, con otras circunstancias y en otros cuerpos, para terminar lo que quisimos esta vez empezar. Nunca he amado a nadie como te he amado a ti. Todavía recuerdo la primera vez que te vi en esta misma casa. Quiero que sepas que durante el tiempo que duró nuestra relación me hiciste el hombre más feliz del mundo. Yo me encargaré de tu legado, educaré a Sebastián y me ocuparé de hacer de él un hombre. Te amo.

Me incliné y la besé, cayendo abatido, destrozado, encima de su gélido e inmóvil cuerpo para abrazarla y llorar desconsoladamente de nuevo. La dejé recostada en la cama, boca arriba, como si estuviese dormida, descansando, sin dejar de recorrer con mis ojos cada milímetro de su percedero cuerpo.

Al cabo de una hora el niño comenzó a llorar, por lo que me levanté y lo cogí en brazos mientras miraba a su madre sin ser consciente de lo que realmente presenciaba. Debía actuar rápido, pero no podía acercarme a buscar al cura porque, aunque Hilde se merecía un entierro como era debido, en el pueblo corría el riesgo de ser detenido por los rusos, poniendo así en peligro la vida y el futuro de Sebastián. Para aquel pequeño yo era lo único que tenía en el mundo.

Atendí convenientemente al niño y comencé a cavar un profundo hoyo al pie del viejo melocotonero, aprovechando los ratos en los que se quedaba dormido o jugando en la habitación, lo que me llevó prácticamente el día entero.

A la mañana siguiente me desperté nuevamente a su lado, abrazado a ella. Mientras el pequeño Sebastián aún dormía, incorporé a Hilde y comencé a desnudarla, con la misma delicadeza y el mismo mimo con el que se maneja algo valioso, único, para vestirla con aquel precioso vestido rojo que le compré en Francia. No podía dejar de decirle lo mucho que la amaba mientras uno a uno introducía los pequeños botones rojos en sus ojales. Luego, suavemente, le puse las medias, lentamente, deslizando mis manos por sus heladas piernas. Más tarde le coloqué los zapatos y la maquillé un poco. Le desenredé aquel bonito pelo rubio ceniza con un peine de plata, herencia de su madre. Aquel color rojo contrastaba enormemente con la extrema palidez de su piel. Estaba preciosa, a pesar de llevar más de veinticuatro horas muerta. La besé nuevamente y la saqué en brazos de la habitación para depositarla dentro de aquel frío, húmedo y oscuro agujero, a los pies de aquel viejo árbol que la había visto crecer, testigo mudo de su nacimiento, juventud y muerte. Ella adoraba los frutos y la sombra de aquel anciano.

Me quedé mirándola unos segundos más, allí recostada con su precioso vestido, rodeada de pequeñas raíces del árbol, a la vez que le pedía perdón por lo poco comfortable de su lugar de descanso. Comencé a echarle encima la tierra con una pala,

pero fui incapaz de tirársela encima de aquella preciosa cara, tenía la sensación de que le molestaría, por lo que opté por bajar al agujero y con puñados de tierra, ir rodeando poco a poco sus labios, su nariz y sus ojos, hasta que cubrí su rostro por completo, no sin antes darle un último beso de despedida. Palada tras palada la cubrí, como si nunca hubiese existido. ¡Qué insignificantes somos! Debía ser fuerte y no venirme abajo. Como improvisado padre de Sebastián tenía una responsabilidad y no me podía permitir fallarle al pequeño.

Después de aquello mi estancia en aquella casa me atormentaba hasta límites inaguantables. Todo me recordaba a ella. Mirase donde mirase, cada rincón, cada flor, cada mota de polvo me recordaba a ella. Ya nada me retenía allí, por lo que días más tarde preparé todo y comencé mi viaje, no sin antes coger el dinero del melocotonero, que se encontraba en aquella sucia botella de vidrio que un día soñamos romper juntos para llevar a cabo una nueva vida, y que en aquel momento rompí yo solo bajo la atenta mirada de Sebastián.

Estaba todo el dinero que le había mandado durante años. No se había gastado nada a pesar de las penurias y necesidades que había pasado y que seguramente la llevaron a debilitarse y caer enferma.

A medida que me iba alejando de la granja se me hacía más duro abandonar aquel lugar, el lugar donde yacía el cuerpo de Hilde. Poco a poco la casa se iba haciendo más y más pequeña hasta que casi la perdí de vista, no así la copa del melocotonero, el cual me indicaba el lugar exacto donde se encontraba ella, hasta que pasados unos minutos también esta referencia desapareció en el horizonte. Atrás quedaron esos maravillosos e inolvidables días junto a ella en aquella pequeña granja, días que dejaron de existir salvo en lo más profundo de mi memoria, en mi cuarto trastero de los recuerdos.

* * *

El viaje de vuelta a Landsberg fue enormemente duro y sacrificado, ya que debía cargar con el pequeño en brazos y mis piernas se resentirían ante aquel esfuerzo extra. Una vez que hubiese llegado a la Alemania controlada por los aliados no tendría tanta prisa, pero debía llegar a esa frontera cuanto antes. El camino de vuelta lo hice volviendo exactamente sobre mis pasos para no desorientarme.

Durante el viaje me acordaba de ella y de lo mucho que la echaba de menos, rompiendo a llorar una y otra vez hasta que me llegaron a doler los ojos. Viajar con Sebastián me retrasaba enormemente, ya que el pobre se cansaba de ir en una especie de mochila que le había improvisado y me reclamaba que le dejase andar y correr por el suelo. A veces debía parar media hora para jugar con él sin alzar la voz.

Tras varios días en los que el niño cada vez tenía menos paciencia, malcomiendo ambos, llegamos a Seesen. A partir de entonces pudimos relajarnos. Ya no nos encontrábamos en zona rusa. ¡Gracias a Dios! Habíamos tardado casi quince días solo en salir de la Alemania soviética.

Cerca de la ciudad de Dassel cogimos un tren que nos llevó hasta Paderborn y allí enlazamos con otro hasta Frankfurt. Estaba exhausto de cansancio.

Una vez en el interior del vagón, un hombre de mediana edad, al verme con el niño y el bastón, me cedió muy amablemente su asiento, el cual acepté y agradecí. Me senté al lado de una señora obesa y mayor que llevaba un bonito pañuelo de color azul en la cabeza.

—¡Qué niño tan guapo! ¿Qué edad tiene? —me preguntó.

—Muchas gracias. Tiene diecisiete meses.

—¿Cómo te llamas, guapo?

—Se llama Sebastián.

—¿Hasta dónde van?

—Hasta Frankfurt. ¡Bueno! En realidad nos dirigimos bastante más al sur, a Landsberg.

—¿Landsberg? No lo conozco. ¿Está allí su madre? —dijo señalando al niño.

—No. Su madre está muerta. Vamos a casa de mi abuela. Yo vivía allí antes de la guerra.

—¡Cuánto lo siento! ¡Pobre criatura! Menos mal que le tiene a usted.

—Sí, efectivamente, al menos estoy yo aquí para cuidar de él.

La señora era muy simpática y educada, pero no dejaba de hablar en voz muy alta, y tras hora y media hablando sin parar me empezó a doler la cabeza. En varias ocasiones le hice un gesto con el dedo índice en mis labios pidiéndole que guardase silencio y no despertase al niño, pero fue imposible. Bajaba la voz en un primer momento para luego volver a gritar.

Por fin llegamos a la estación de Frankfurt. Me despedí de la parlanchina señora, coloqué a Sebastián en la improvisada mochila y abandoné el vagón todo lo rápido que pude. Todo el mundo parecía tener prisa, y me llevé más de un pisotón.

El andén era un hervidero de gente, apenas se podía andar y la masa te obligaba a ir muy despacio. Mientras me dirigía a las taquillas para sacar el billete del siguiente tren, en el hueco de una antigua puerta en desuso observé a un hombrecillo que pedía limosna vestido casi con harapos, sentado en el suelo, de ojos hundidos tras unas gafas y barba de varios días; le faltaba un brazo y tenía el lado izquierdo de la cara desfigurado y sin oreja. Lo miré varias veces y no salía de mi asombro: era Helmuth, el hermano de Hildegard.

—¡Helmuth, Helmuth, amigo!

Levantó la vista muy lentamente, me miró y sonrió.

—¿Franz? ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí?

—Estoy de paso, voy a Landsberg. ¿Qué tal estás? Te había perdido la pista.

—Ya ves. Perdí un brazo y media cara en Kursk. La guerra..., ya sabes... Ahora soy un despojo humano que se ve obligado a mendigar para comer.

—Pero, amigo, levántate. Tenemos mucho de qué hablar.

Se le veía abatido y moralmente deshecho.

—Sí, ya lo creo. —Se incorporó despacio y nos abrazamos.

Salimos de la estación y nos dirigimos a una especie de cafetería a pocos metros de allí que no tenía casi nada, ni siquiera café, excepto un pastel de nueces. Nos sentamos en una mesa de mármol y hierro y, mientras dejé que el pequeño Sebastián corretease entre las mesas sin perderle de vista, pedí para Helmuth una porción de pastel que devoró con tanta ansia como si hiciese una semana que no hubiera comido.

—Veo que has sido padre. ¿Sabes algo de mi hermana?

—Lo siento, amigo mío, pero tu hermana falleció hace algunos días por la tuberculosis. Este niño es su hijo, tu sobrino.

Helmuth dejó de comer de inmediato y, visiblemente afectado, se quitó aquellas deterioradas gafas para limpiarse las lágrimas que cruzaban sus ojeras con un pañuelo muy sucio que sacó del bolsillo de su pantalón, mientras repetía el nombre de su hermana y las migas del pastel se le caían de la boca junto con hilos de saliva. Se encontraba débil y derrotado hasta para exteriorizar dignamente la pérdida de su hermana.

—Lo siento mucho, Helmuth. Ella no sufrió. Murió abrazada a mí, en paz, mientras dormía. La enterré yo mismo a los pies del melocotonero. ¿Por qué no volviste cuando terminó la guerra?

—Después de herirme caí prisionero de los rusos y conseguí escaparme junto con otros soldados. Logré pasar a la zona aliada, y aunque pensé en muchas ocasiones arriesgarme y volver a Müncheberg, lo descarté otras tantas. Además, no quería que mi hermana me viese así, con la cara desfigurada, sin una oreja y un brazo. Ahora que lo pienso fui un cobarde. Me tendría que haber arriesgado, por lo menos hubiese cuidado de ella —me dijo con voz entrecortada.

—No te martirices. Ya no hay solución. Ella siempre creyó que te encontrabas bien —le mentí a propósito para no hacer más duro aquel momento, pero Helmuth volvió a llorar—. Sin embargo, aquí tienes a tu sobrino. ¡Mira su pelo! ¡Es igual que el de tu hermana!

—Sí, es cierto. Se parece mucho a su madre, aunque la nariz y los ojos son tuyos, no puedes negar que es tu hijo.

Yo le sonreí agradecidamente por el cumplido, no tenía ninguna intención de sacarle de su error y contarle lo que aquellos rusos hicieron con su querida y única hermana.

—¿Qué nos ha pasado, Franz? ¿Dónde están aquellos chicos intrépidos, decididos y vivos que éramos? Al final me hubiese compensado más haber desertado y morir fusilado que estar condenado a vivir así, objeto de las burlas de los niños cuando me ven por la calle.

—No lo sé, amigo mío. Todo ha sucedido demasiado rápido. Hemos madurado forzosamente a base de sangre y muerte, habiendo pasado en apenas seis años de la juventud a la senectud, sin el eslabón intermedio. Ya somos viejos. Hemos vivido demasiado para nuestra edad. Pero aun así debemos mirar hacia delante. Y tú

también. No tienes ninguna necesidad de vivir en la calle, pasando frío o malcomiendo de la misericordia de los transeúntes. ¿Por qué no te vienes conmigo a Landsberg? Allí podríamos vivir los tres. Seguro que a mi abuela le encanta la idea de volver a ver gente en casa. Además, es un bonito y tranquilo lugar para vivir, a orillas del río Lech.

Helmuth se quedó durante unos segundos con la mirada fija en los cristales de la cafetería, como sopesando mi tentadora propuesta, pero al cabo de unos instantes moviendo la cabeza de lado a lado la desestimó.

—Muchas gracias, amigo mío, pero no creo que sea una buena idea. Seguramente te vaya a costar mucho sacar algo de dinero para poder vivir tú y tu hijo como para tener que alimentar también a un lisiado como yo. Además, quiero permanecer por esta zona hasta que pueda volver a Müncheberg, al fin y al cabo todo aquello sigue siendo mi hogar y el lugar de descanso de mi hermana. Mis raíces y mis más bellos recuerdos están en aquella tierra. Tú tienes un futuro y a tu hijo. Un hijo es la manera que tiene un hombre de hacerse inmortal. Yo en cambio no dispongo de nada, ni siquiera de futuro.

—No hables así. ¡Claro que tienes futuro! Podrías volver a Berlin y pedirles a los Wagner que te buscasen algún trabajo.

—¿Los Wagner? ¿En qué mundo vives? Berlin está prácticamente arrasado. No queda piedra sobre piedra. Seguramente la casa de los Wagner ya solo exista en nuestras memorias. Además, los rusos ya se habrán encargado de *herr* Wagner, su nombre aparecía en las agendas telefónicas de muchos peces gordos.

La angustia y el dolor que le generó la nefasta noticia sobre Hildegard impidió que se terminase de comer el pastel. Estuvimos charlando tranquilamente, solo interrumpidos esporádicamente por los requerimientos de Sebastián, el cual se entretuvo durante todo el tiempo con los cordones de mis zapatos y una cajetilla metálica de cigarrillos que se encontraba llena de pequeñas piedras de distintos colores y que habíamos ido recogiendo por el camino. Helmuth era digno de lástima. Años atrás fue un chico culto, inquieto, lleno de vida y de ideas claras, pero en ese momento solo era un mendigo más de los muchos que se veían en las estaciones o en las calles de las ciudades rebuscando entre los escombros algo para llevarse a la boca. Las peores heridas de guerra eran las que no se veían, aquellas cuyo titular llevaba muy dentro de sí, como si del marcaje a fuego del ganado se tratase. Quien más, quien menos, tenía alguna. Otros, como Sebastián, habían nacido ya con su pequeña herida de guerra sin saberlo.

No intenté convencer a Helmuth, porque sus razones me parecieron de lo más elocuentes y lógicas. Me despedí de mi buen amigo, no sin antes darle algo del dinero que llevaba, envolverle en un papel de periódico el trozo de pastel que no había podido comerse y metérselo en una bolsa de tela del ejército que llevaba, donde guardaba todas sus pertenencias.

Había pasado la tarde con Helmuth y había perdido el tren, por lo que decidí que

lo mejor para mí y para el niño sería dormir en Frankfurt, en una casa que me recomendó mi amigo. Pagando una pequeña cantidad de dinero a la dueña de la vivienda conseguí pasar la noche a cubierto antes de proseguir mi viaje al día siguiente. Era una habitación oscura, lúgubre, con las paredes pintadas en un horrible marrón anaranjado y con una pequeña ventana sin cortinas que daba a un patio interior estrecho desde donde se podían ver las viviendas de enfrente, la mayoría de ellas vacías, abandonadas, seguramente por defunción de sus inquilinos. La estancia dejaba mucho que desear, pero a Sebastián le daría igual y yo había dormido en sitios infinitamente peores. A la mañana siguiente me fui a poner los zapatos cuando noté que había algo dentro de uno de ellos. Al volcar este para ver de qué se trataba, cayó muerta y aplastada por mi pie una enorme cucaracha.

Conseguí llegar en tren hasta Stuttgart, pero a partir de allí tuve que proseguir mi viaje andando, o en coche cuando conseguía que alguien se compadeciese de un cojo con un niño y parase. Tardé casi dos días en llegar a Ulm y estaba totalmente agotado por tan ingente esfuerzo. El final de mi aventura tocaba a su fin.

En dos días más, en los que aún hoy desconozco de dónde conseguí sacar fuerzas, me encontré a escasos kilómetros de Landsberg. Llevaba más de dos años sin saber nada de mi abuela. Solo esperaba que se encontrase bien.

Entré en el pueblo diez años después de mi partida a bordo de aquel Opel del padre de Rudolf, pero esta vez con un niño a mis espaldas y con el corazón quebrado, roto de arriba abajo por lo que había dejado en mi camino. Pasé junto a la plaza, con su preciosa torre de planta cuadrada, todavía en pie y en aparente buen estado, no como algunas de las casas colindantes, que dejaban ver en sus fachadas agujeros de metralla de días pasados más tensos y conflictivos que el que estaba disfrutando yo en aquel momento.

Por fin allí, frente a mí, estaba mi casa. Llamé a la puerta, ya con Sebastián en brazos, y tras unos instantes que se me hicieron eternos abrió mi querida Jutta, que hecha un mar de lágrimas, lágrimas que esa vez no pudo contener, se abrazó a mí y al pequeño.

—Hola, abuela. Por fin estoy aquí.

—Franz, hijo mío. ¿Dónde te has metido durante todo este tiempo? No he sabido nada de ti desde hace años. Todas las noches rezaba por ti. Pasa, pasa adentro.

—Es una historia larga de contar. Vengo para quedarme definitivamente. No volveré a irme de tu lado. Este es Sebastián, mi hijo. Su madre ha muerto... Tengo tanto que contarte.

—¡Oh, hijo! Lo siento mucho. ¿Qué te ocurre en las piernas? ¿Por qué llevas un bastón?

—Es solo provisional, con el tiempo no lo necesitaré. ¿Tú cómo estás?

—¡Bueno, más vieja que cuando te fuiste! Han pasado tantas cosas... Fue todo relativamente bien hasta 1944. Lo peor lo empezamos a sufrir entonces, cuando comenzó a escasear la comida y comenzaron las restricciones. Al final, la tristeza y la

incertidumbre se han apoderado del pueblo, y la mayoría de los que se fueron al frente no han vuelto. ¿Sabes algo de Rudolf? No ha regresado, y su madre, la pobre...

—No sé nada de él desde hace mucho tiempo. Estaba en Berlin. Pero, la verdad, es que no me importa dónde se encuentre ahora. Me da igual. Hizo cosas que prefiero no recordar. Me hizo daño.

—Nunca me gustó ese chico.

Los meses transcurrieron en Landsberg en compañía de mi querida Jutta y el pequeño Sebastián, que crecía casi sin darme cuenta. Tres generaciones felices bajo un mismo techo.

En octubre de 1950, más de tres años después de la muerte de Hilde, conseguí por fin caminar sin el dichoso bastón, aunque con una extraña cojera que dejaba entrever mi pasado. Por aquella época logré un puesto de trabajo en la oficina de Correos de Landsberg. Estaba muy contento, era el primer trabajo que tenía en años y, aunque el sueldo era muy bajo, me permitía cierta seguridad económica y personal, ya que sentía que servía para algo. Me sentía verdaderamente útil.

Todos los días pensaba en Hildegard. Aunque llegase a casa exhausto al final de mi jornada, siempre procuraba, antes de dormirme, coger la almendra que seguía colgada de mi cuello y desearle buenas noches a Hilde, estuviese donde estuviese, a la vez que le comentaba los adelantos y progresos de su hijo en la escuela.

Sebastián tenía casi cinco años y era un niño bastante maduro para su edad. Desde el principio aprendió a convivir con la ausencia de su madre, la cual era sustituida en la mayor parte de las ocasiones por mi abuela. Ella le adoraba y nunca conté a nadie, ni siquiera a Jutta, que yo no era el padre biológico de Sebastián. ¿A quién importaba ya eso?

Abuela y nieto pasaban mucho tiempo juntos mientras yo me dedicaba a trabajar horas extras en la oficina para sacar algo más de dinero al final del mes. El trabajo en la oficina postal era muy monótono y aburrido, pero Sebastián y el recuerdo de Hildegard hacían que sacase ánimos y fuerzas de donde no los tenía.

Una mañana del mes de febrero de 1953 llegó a la oficina una compañera nueva a la que habían trasladado desde otra oficina. Se llamaba Sigrid y tenía aproximadamente mi edad. Su rostro era redondo y agradable, era muy simpática y dicharachera, de fuertes brazos y prominentes caderas, y desde el principio me llevé muy bien con ella. Era la típica persona con la que resultaba fácil conectar, me di cuenta desde el primer momento de que había comunicación, de que pensábamos igual. De todos los que trabajaban allí era con ella con quien mejor me llevaba, y me constaba que ella tenía la misma sensación conmigo.

Llegamos a ser muy buenos amigos. Una tarde después del trabajo ella me propuso tomar una cerveza y yo accedí. Hacía más de un año que nos conocíamos y era una buena persona con la que podía reírme y pasar un rato agradable. Ella también tenía mucho que contar y la guerra le había pasado su correspondiente factura al perder a su marido en el frente apenas dos meses después de su boda.

—¿Qué tal va Sebastián en la escuela? —me preguntó.

—Bien, muy bien. Es un buen chico y muy trabajador, aunque a veces le cueste un poco ponerse a ello.

—El otro día lo vi. Iba de la mano de tu abuela. ¡Qué educado es! En cuanto me vio, me sonrió y me saludó.

—Sí, he tenido suerte con él. Y, la verdad sea dicha, mi abuela también ha puesto de su parte para que el niño sea así.

—Franz, yo en realidad quería proponerte algo.

—Tú dirás. ¿De qué se trata?

—Nos conocemos desde hace más o menos un año y salta a la vista que nos llevamos muy bien, por lo que he pensado que quizás sería buena idea que empezásemos a salir juntos. Por el momento, y para que nuestra amistad no se viese perjudicada, podríamos dar los fines de semana alguna vuelta en bicicleta o salir a caminar, pero sin forzar nada, sin compromisos, ¿sabes? ¿Qué te parece?

—Me sorprende mucho que me propongas esto, la verdad es que no me lo imaginaba, pero me parece una buena idea, yo también siento algo por ti, aunque por el momento no tengo muy claro ni definido lo que es.

Sigrid sonrió ampliamente, dejando ver aquella dentadura blanca, casi perfecta, que se encargaba de cepillar todos los días con bicarbonato. Entonces me cogió la mano y me dio un beso en la mejilla. Volví a sentir algo en la boca del estómago, sensación que daba por perdida desde hacía años. Me sentía muy bien con ella y me gustaba mucho la forma en que me trataba, hacía que me sintiese como alguien especial, sin embargo físicamente no me atraía demasiado. No era fea, ni mucho menos. Tenía un rostro agradable, con unos bonitos ojos azules y pecas en la nariz, como una niña traviesa, pero no me sentía atraído por su físico, aunque sí por su forma de ser y su carácter.

Solíamos quedar los domingos por la mañana para dar una vuelta con las bicicletas, siempre y cuando el tiempo nos lo permitía. Nos reíamos mucho juntos. Una vez me empeñé en llevarla por un estrecho sendero al borde del río. Tan angosto era aquel itinerario que perdimos el equilibrio y terminamos los dos con las bicicletas en el agua, empapados, pero felices y contentos, riéndonos de nosotros mismos.

De alguna extraña forma me sentía culpable por estar saliendo con otra mujer que no fuese Hilde. Ella estaba muerta y obviamente yo debía rehacer mi vida con otra persona. Además, pensé que si Hilde me estuviese viendo desearía que yo fuese feliz, aunque no fuese con ella; pero ese sentimiento de culpabilidad me seguía atormentando.

Estuvimos saliendo esporádicamente durante algo más de seis meses, sin prisas, sin forzar nada, esperando a que las cosas llegasen por su velocidad y no por buscarlas. Como amigos, esperando a que surgiese algo más. Una noche cenamos en su casa, me preparó un rico codillo que seguramente pagó a precio de oro en el mercado. Nos lo pasamos muy bien y después de la cena, al coincidir a la salida de la

cocina mientras recogíamos la mesa, ambos nos detuvimos el uno frente al otro y comenzamos a besarnos mientras nuestras manos recorrían aquellos cuerpos hambrientos de cariño, de afecto, de alguien que los acariciase y los hiciese sentirse vivos. Después de escasos dos minutos yo me aparté de ella rápidamente, como se aparta una mano del calor de un ascua. Una inesperada y extraña sensación de rechazo hacia aquella buena mujer me invadió.

—Lo siento, Sigrid, no puedo. No puedo hacer el amor contigo, lo siento.

—¿Por qué? ¿Te ocurre algo?

—Sigo enamorado de Hildegard. Perdóname.

Abandoné apresuradamente aquella casa, esclavo de mis sentimientos y de mi pasado. Sigrid no se merecía un desprecio así. No sé muy bien si esa sensación de rechazo fue originada porque aún estaba enamorado de Hildegard o por la falta de atracción sexual que aquella buena chica me generaba. Era una bellísima persona y una gran mujer. Me gustaba como compañera y amiga, pero no como mujer, por eso siempre podríamos ser amigos, pero nunca pareja, de igual forma que no podrías mantener una relación estable y duradera con una mujer de la que solo te atrajese su cuerpo.

Después de aquella bochornosa situación creí que Sigrid nunca más me miraría a la cara y que me odiaría hasta la muerte, pero tal era la bondad de aquel corazón que no fue así. Ella estaba convencida de que yo necesitaba más tiempo para olvidar a Hildegard, y volvimos a salir como antes, como viejos amigos esperando algo.

Sin embargo, cada vez que salíamos se repetía siempre la misma escena: juntos nos lo pasamos estupendamente, pero llegado el momento de intimar, yo era incapaz de proseguir. Ella no me gustaba y además seguía enamorado de otra mujer, muerta, lo sabía, pero mujer al fin y al cabo. Mi corazón estaba ocupado por un sentimiento muy fuerte y no dejaba espacio para albergar nada más. Obviamente esto último es lo que le expliqué a Sigrid, omitiéndole deliberadamente la parte concerniente a mi falta de atracción hacia ella, para no herirla.

Después de aquello ella decidió desaparecer de mi vida y pidió de nuevo cambio de oficina, cosa que le concedieron al cabo de dos meses. Años más tarde me enteré a través de un amigo común de que se casó con un buen hombre como ella, una buena persona, como se merecía. Al menos ella consiguió cerrar su herida de guerra. Yo, sin embargo, estaba condenado a sufrirla hasta el final de mis días.

* * *

Corría el año 1956 y todos los prisioneros de guerra alemanes que se encontraban en campos de prisioneros soviéticos habían sido liberados el año anterior. Diez largos años en los campos rusos. ¡Qué suerte tuve yo al caer en un campo norteamericano! Rudolf, que en principio habría sido internado en uno de aquellos campos de la Estepa, no había regresado, al igual que decenas de miles de alemanes que perdieron su vida en aquella remota tierra, víctimas del frío y las enfermedades. Todos nos

imaginamos cuál fue su destino. No sentí nada cuando caí en la cuenta de su sino. Le odiaba por lo que me había hecho, pero no se merecía una muerte en Siberia. ¿O quizás sí? El padre de Rudolf había fallecido a tiempo para no conocer el verdadero final de su único hijo, pero la madre cuando se cruzaba conmigo por la calle me miraba con cara de odio, a la vez que me escupía. No la culpo por ello. Sé que fui la persona que le propuso a su hijo irnos a Berlín y que ella me considera el responsable de que su hijo no esté vivo, pero ¿cómo explicarle quién era verdaderamente su hijo? ¿Sabía que su hijo era un nazi convencido? ¿Sabía esa mujer que su hijo fue el responsable de la muerte de alguna que otra persona? No merecía la pena abrirle los ojos. Preferí que siguiese recordando a Rudolf como lo que para ella era, simplemente su hijo.

El tiempo pasó sin apenas darme cuenta, de una manera monótona pero al menos sin sobresaltos, y Sebastián se hizo un hombre, cosa que no pudo llegar a ver mi querida Jutta, la cual amaneció muerta una plomiza mañana de invierno.

Viví durante años completamente solo en aquella casa, porque Sebastián estaba estudiando Ingeniería Industrial en München. Se había convertido en un simpático y apuesto joven por el que las chicas de Landsberg se volvían locas en verano cuando venía a visitarme por vacaciones o los fines de semana. Intenté hacer de él un hombre sin rencores, sin odios, una persona nueva que valorase y respetase a sus semejantes por encima de cualquier otra condición. Cuando tuvo la edad necesaria para entenderlo, le expliqué los hechos que me tocó vivir, con la intención de que le quedase muy claro que bajo ningún concepto deberían repetirse por las generaciones venideras. Nunca le conté a nadie su verdadero origen. Ni siquiera él lo sabía. Él creyó siempre que yo era su padre biológico. Amaba a mi hijo por la parte de Hildegard que llevaba, pero a la vez no podía evitar odiarle por lo que su padre le hizo a mi niña, a ella. Eran una especie de sentimientos encontrados que lograba superar a base de repetirme en la cabeza una y otra vez que él era mío, mi hijo.

Habían pasado veintitrés años desde el fin de la guerra, y la Alemania de 1968 poco tenía que ver con la de años atrás. Éramos un país industrializado, enormemente comercial y teníamos una reputación de formalidad y seriedad como pocos países tenían en el mundo. Media Alemania seguía bajo control de los rusos, bajo el nombre de República Democrática Alemana, y en Berlín construyeron un muro que separaba la parte soviética del resto de la ciudad. Todo había cambiado mucho en pocos años. Hasta Müncheberg cambió su nombre por el de Bezirk.

La guerra nos pasó una costosa factura que tardaríamos generaciones en pagar. Nuestro territorio después del conflicto se vio mermado considerablemente en relación al que teníamos antes de la guerra. Sin duda alguna, la guerra fue un paso atrás. Eso sin contar los millones de vidas humanas que la contienda se llevó por delante, las generaciones perdidas y, lo que es peor aún, la enorme lacra que suponía el fantasma del nazismo. Nadie nos recordaría por Beethoven, Goethe, Schiller o Bach, sino por Hitler, Mengele, Himler o Goebbels. ¡Dios mío, qué locura! ¡Qué

angustia me generaba todo aquello! Siglos de historia de una nación emborronados para siempre por doce años gobernados por unos locos. ¿Cómo decirle a alguien que eres alemán sin que el otro piense que eres un nazi? ¿O sin que le venga a la cabeza la imagen de los campos de exterminio? Tardaremos años en dejar claro a las generaciones venideras que todos no éramos iguales. Por mi parte, yo no me he sentido nunca responsable del genocidio, sencillamente porque no lo soy. Porque nunca he sido un nazi, sino un soldado alemán entregado a una causa tan ancestralmente legítima como es la lucha entre los pueblos, la guerra. Lo que nos sucedió a los alemanes en aquellos años le pudo haber sucedido a cualquier generación de jóvenes de cualquier país del mundo. ¿Acaso alguien con veinte años sería capaz de resistirse a aquella puesta en escena? ¿A aquellas banderas, símbolos, máquinas o promesas? Es fácil creer que sí cuando uno no ha estado allí, respirando aquel aire, aquel ambiente, rodeado de miles y miles de personas con un sentimiento patriótico único, cuando en el interior de una formación militar se te ponían los pelos de punta.

De lo único que me considero culpable es de haberme dejado engañar, de haber sido un iluso que soñaba con una gran nación, sin tener los pies en la tierra. De cualquier forma no había elección, estuvieses o no de acuerdo con la guerra; la otra opción era peor.

Todos los pueblos de Alemania han pagado con la vida de sus padres, hijos o hermanos el error de confiar en quien no debían, de creer en un proyecto de expansión que ya desde el principio sonaba ambiciosamente imposible. Ese fue el error del pueblo alemán y no otro.

Me encuentro sentado en mi mecedora, en la terraza de mi casa. Mi vieja casa de verjas azules que heredé de mi abuela. Hoy es 3 de marzo de 1972 y el sol brilla con ganas, aunque no consigue calentar el aire lo suficiente como para que me quite mi chaqueta de lana. No sé a raíz de qué he comenzado hace unas horas a hacer un repaso de mi vida, volviendo a recordar detalles que daba por perdidos.

Hoy me duelen especialmente las piernas, seguro que va a cambiar el tiempo. Siempre que va a llover me duelen los huesos de todo el cuerpo, sobre todo de las piernas, al igual que le dolían al padre de Hildegard. Las viejas heridas de guerra se han convertido en una eficaz herramienta meteorológica.

Hoy vendrán Sebastián y su novia Ilse, quieren que tomemos café y luego seguramente cenaremos juntos. Es una chica muy guapa que conoció en la universidad, hija de un empleado de la Bayerische Motoren Werke^[36]. Llevan más de dos años saliendo y parecen ser muy felices. Hacen buena pareja.

Sebastián ha sido contratado en una empresa a las afueras de München. Los dos están muy contentos, ya que su idea es casarse en cuanto ella encuentre trabajo. Me enorgullece ver cómo al final, pese a todo lo que he pasado, he conseguido hacer de aquel niño el hombre que es ahora. Seguro que su madre estaría orgullosa de él.

Ya están aquí. Solo hay que mirarlos para darse cuenta de lo felices que son.

Nueva sangre, nuevos alemanes, nuevas generaciones dispuestas a levantar lo que otros tumbamos. Voy a abrirles la cancela.

—Hola, chicos. ¿Qué tal?

—Hola, papá. ¿Qué tal estás tú? ¿Parece que tienes más canas que la última vez que te vi, no? —me dice en broma.

—Hola, Franz. Buenas tardes. No le hagas caso a tu hijo, ya sabes que siempre está intentando pincharte.

—¿Y tú? ¿Estás más gordo o me lo parece? —le pregunto a Sebastián.

—¡Eso ha sido un golpe bajo! —espeta a la vez que me abraza y me da un beso.

—Pasad adentro —los invito—. El sol empieza a marcharse y hace fresco. Enseguida preparo el café.

Juntos pasamos una bonita velada mientras ellos me cuentan la montaña de planes que tienen para su futuro. Me recuerdan a Hilde y a mí treinta años atrás. Yo miro a Sebastián y a veces creo reconocer en él gestos de su madre. Aunque también posee unas mejillas visiblemente sonrojadas que me recuerdan quién era su padre.

—Ilse está un poco nerviosa porque no encuentra trabajo —me cuenta Sebastián.

—Hay que ser paciente —respondo—. Las cosas que más cuestan son aquellas que luego más valoramos.

—Sí, lo sé, pero necesito trabajar ya para poder casarnos —comenta Ilse.

—Lo entiendo —añado—, pero las cosas llegarán cuando tengan que llegar y no antes. A veces lo importante no es conseguir las cosas, lo verdaderamente importante para uno es saber que has hecho todo lo posible por conseguirlas, que te has esforzado, que has luchado por un sueño, por una meta. Conseguirlas o no, no siempre depende de uno, sino de la suerte. Para que tengas trabajo lo principal es que lo intentes, aunque no te saldrá hasta que el destino determine el momento.

—¿De verdad, Franz, crees que las cosas funcionan así? —me pregunta ella—. Si no consigo un trabajo pronto me sentiré fracasada.

—Sí, por supuesto. Los años me han enseñado que a veces te empeñas en sacar un proyecto adelante poniendo lo mejor de ti y no sale. Sin embargo te sale otra cosa en la que empleaste la tercera parte del esfuerzo. Siempre hay alguien que decide por uno, que te guía. Para bien o para mal. Lo único que está a tu alcance es intentarlo con todas tus fuerzas, eso es lo que te evita reproches a ti mismo. El fracasado es el que al final de su vida se da cuenta de que no tiene nada y además le ha faltado valor para intentar cambiar su destino. Sin embargo, nadie se puede considerar un fracasado por haberlo intentado, por haber luchado con uñas y dientes, en definitiva, por haber sido un valiente capaz de mirar a los ojos al destino y haberle retado. Ese no es un fracasado, sino un desafortunado, lo cual cambia considerablemente. A un desafortunado no se le puede reprochar nada.

Más tarde Sebastián ha preparado una estupenda ensalada de patata y algo de embutido para cenar. Como hemos terminado muy tarde se han quedado a dormir para poder así madrugar al día siguiente e ir a München. Primero se han acostado

ellos mientras yo me he quedado recogiendo un poco todo. Antes de meterme en la cama he salido a la terraza a respirar ese maravilloso aire limpio y frío procedente del campo, como suelo hacer todas las noches desde que murió mi abuela. Hace una noche despejada aunque con algunas nubes sueltas que se van moviendo debido a algo de viento que sopla. Todo está en calma, en paz. He cerrado la puerta con el cerrojo, apagado las luces y el televisor y me he metido en la cama, la cual está fría como el hielo, al menos durante un par de minutos. Estoy tumbado sobre el costado izquierdo, con el brazo estirado debajo de la almohada, mientras fijo mi mirada en una maravillosa luna llena que, entre las nubes, proyecta una azulada luz que hace años no veía. Esa mágica y extraña luz llena la habitación, y permite percibir cada detalle de la estancia. Mi trofeo de la niñez o la foto de mis padres parecen brillar más que nunca. Con la otra mano cojo con fuerza la almendra de melocotón y comienzo a hablar con ella, como vengo haciendo desde que conocí a Hildegard. Detengo mi vista en mi muñeca y me veo latir el corazón. Una leve elevación de mi piel que cada segundo me indica que estoy vivo. Estoy tranquilo, disfrutando de esa luz y del incesante y pausado latido. Acabo de sentir un agudo y pequeño pinchazo en el pecho, pero no creo que sea nada. El embutido por la noche no me sienta demasiado bien. Continúo disfrutando de esa disimulada luz que parece entrar en mi habitación sin querer hacer ruido, sin molestar.

La puerta de la habitación se abre y entra una mujer con una especie de camisón blanco. Debe de ser la novia de mi hijo, quizás necesite algo. Se aproxima hasta que la extraña y azulada luz la alcanza y entonces veo bien su cara. ¡Dios mío! Es Hildegard. Esta más guapa que nunca y me sonrío, a la vez que me extiende su mano para que la coja. Miro mi muñeca, pero mi piel ya no se mueve. Mi corazón ya no late. Acepto su invitación mientras ella no deja de sonreír y me muestra en su otra mano la almendra de melocotón. Siento una indescriptible paz, por fin soy feliz. Por fin juntos.



CARLOS DE LA FUENTE Y PÉREZ-VILLAMIL es agente de Policía Nacional en la comisaría de Aravaca, pero eso no tiene nada que ver con esta noticia. No sabe explicar por qué, pero “desde los seis años” siente una atracción inusitada por Alemania. Así, tal cual, sin saber bien la razón, se empezó a interesar por la cultura germana, y esa pasión ha culminado en una novela histórica que acaba de publicar.

Notas

[1] Señor. <<

[2] Jefe o líder. En este contexto se refiere a Adolf Hitler. <<

[3] Señora. <<

[4] Siglas del partido nacionalsocialista de los trabajadores alemanes, más conocido como partido nazi. <<

[5] Fuerzas armadas alemanas, ejército alemán. <<

[6] Áreas fronterizas con Checoslovaquia en las que vivía gran cantidad de población alemana. <<

[7] Parlamento alemán. <<

[8] Reichsmark: marco alemán en circulación durante el periodo del Tercer Reich. <<

[9] Marca y modelo de cámara fotográfica alemana. <<

[10] Anexión de Austria a Alemania. <<

[11] Siglas de las palabras alemanas Schutz Staffel (Escuadrilla de Protección). Órgano de seguridad del Tercer Reich, que llegó a controlar todos los estamentos del Estado y que a partir de 1941 se encargaría de llevar a cabo el exterminio de judíos en los campos de concentración. <<

[12] Se refiere a la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938, más conocida como «La noche de los cristales rotos», en la que las SS arrestaron a miles de judíos y destrozaron sus comercios. Noventa judíos murieron y unos treinta mil fueron internados en campos de concentración. <<

[13] Oficina central de las SS. <<

[14] Oficina de personal de las SS. <<

[15] Documento militar de identidad que acreditaba tener el servicio militar realizado, el cual se instauró como obligatorio a partir de 1935. <<

[16] Iglesia de Santa María, en Berlin. <<

[17] Último movimiento del *Réquiem* (KV 626), compuesto por W. A. Mozart. <<

[18] Marca alemana de motocicletas. <<

[19] Oficina de reclutamiento militar. Existían infinidad de ellas por toda Alemania.

<<

[20] Ciudad del noroeste de Alemania donde se creó la 1.^a División Ligera y posteriormente la 6.^a División Panzer. <<

[21] Automóvil todoterreno fabricado por Volkswagen. <<

[22] Carro blindado, tanque. <<

[23] Fuerza aérea alemana. <<

[24] Avión cazabombardero alemán Junkers Ju-87. <<

[25] Ametralladora de dotación en la Wehrmacht. <<

[26] Policía militar de campaña. <<

[27] Película *El jorobado de Notre-Dame*, de 1939. <<

[28] Propagandakompanie: compañía formada por fotógrafos, reporteros y periodistas encargados de recoger y difundir los avances de la Wehrmacht. <<

[29] Revista de propaganda de la Wehrmacht que se repartía entre la tropa y que narraba el curso de la guerra. <<

[30] Línea de la antigua frontera de Rusia antes de sus invasiones de los Países Bálticos y Polonia en 1939. <<

[31] Compuesta por Johann Sebastián Bach. La obra a la que se refiere es la *Suite Francesa n.º 1 en re menor – BWV 812*. <<

[32] Granaderos Panzer, nueva denominación con la que se conoció a los regimientos de Infantería Motorizada a partir del 5 de julio de 1942. <<

[33] Chocolate vigorizante que se suministraba a la Wehrmacht en pequeñas latas redondas. <<

[34] Royal Air Force: Fuerza Aérea Británica. <<

[35] Policía secreta oficial de la Alemania nazi. <<

[36] BMW: marca de automóviles y motocicletas. <<